ANTOLOGÍA

DE

POETAS ARGENTINOS

(TOMO V)

ANTOLOGÍA
DE
POETAS ARGENTINOS

POR

JUAN DE LA C. PUIG.

«LA PATRIA ES UNA NUEVA MUSA QUE INFLUYE DIVINAMENTE.»

Fr. C. J. Rodriguez.

«NUESTROS POETAS HAN SIDO LOS SACERDOTES DE LA CREENCIA DE MAYO.»

J. M. Gutierrez.

TOMO V—LA SOCIEDAD DE MAYO

BUENOS AIRES
EDITORES: MARTIN BIEDMA É HIJO
BOLIVAR Nº 535
AÑO DEL CENTENARIO—1910

ANTOLOGÍA

DE

POETAS ARGENTINOS

LA SOCIEDAD DE MAYO

ESTEBAN ECHEVERRÍA

MARCO AVELLANEDA

FLORENCIO VARELA

FLORENCIO BALCARCE

LUIS L. DOMINGUEZ

JOSÉ MARÍA CANTILO

NOTICIAS

BIOGRÁFICAS Y BIBLIOGRÁFICAS

JOSÉ ESTEBAN ECHEVERRÍA

Don José Esteban Antonio Echeverría nació en Buenos Aires el 2 de Setiembre de 1805. Habiendo quedado huérfano siendo todavía muy niño, su juventud se resintió de la tolerancia maternal que saciaba en él las complacencias de todo su amor, pero los ligeros extravíos que él mismo condenó después, no impidieron que fuese alumno aventajado del Colegio de Ciencias Morales, y que su paso por las aulas que dirigían el respetable don Mariano Guerra y el célebre don Juan Manuel Fernández Agüero, quedase señalado con los mejores testimonios de aplicación y de exelencia, distinguiéndose entre sus demás condiscípulos por su talento y su aprovechamiento.

Causas ajenas á su voluntad frustraron su inclinación al estudio, y lo obligaron á emplearse en el comercio. Pero allí mismo, su espíritu bregaba por ascender á la cumbre de los conocimientos en que la humanidad debatía entonces sus ideales, y en medio de los tercios de yerba-mate del almacén donde trabajaba como despachante de aduana, entretenía sus ocios leyendo obras sobre historia y literatura, y aprendiendo el francés.

Su anhelo por ilustrarse determinó al fin la orientación de sus valientes energías, y rompiendo el grillete de la exigencia que lo encadenaba al mostrador, resolvió ir á Europa, para buscar, en el centro de irradiación del pensamiento revolucionario de la época, las luces con que después había de resplandecer su ingenio en el lóbrego escenario de su patria.

Después de cinco años de permanencia en el viejo mundo en que gustó el sabor de las doctrinas emancipadoras que proclamaban la libertad del pensamiento, y con ella la libertad del arte, y admiró la forma de la poesía sin ritmo, pero inmensa y avasalladora, que trascendían los Saint Pierre, Lamennais, madame de Stael y Chateaubriand y la dulzura, la gracia y el ingenio que caracterizaba las estrofas de los grandes artífices del verso como Lamartine, Millevoye, Vigny y Victor Hugo, por escasez de recursos se vió obligado á regresar al país, antes de haber concluído los cursos de economía política y de legislación que seguía en la universidad de París, y cuando la situación política interna de la república se hallaba más perturbada por el choque de las dos tendencias en que se dividía la opinión: federales y unitarios.

El mismo Echeverria ha juzgado esa situación en uno de sus escritos, que parece ser una auto-biografía, diciendo: «el retroceso degradante en que hallé á mi país, mis esperanzas burladas, produjeron en mí una melancolía profunda. Me encerré en mi mismo, y de ahí nacieron infinitas producciones de las cuales no-

publiqué sino una mínima parte con el título de *Consuelos.*

Filósofo más que poeta, las elegantes vaguedades de las rapsodias socialistas que había escuchado á Lamennais, habían armonizado su cerebro para pensar en la gama de todas las reivindicaciones y en el tono de todas las protestas; y este estado de alma, agravado por la dolencia física que empezaba á preocuparlo, se reflejó desde el primer momento en todas sus composiciones, que, á los ojos de los viejos partidarios del seudoclasisismo literario, aparecieron con los caracteres de un pensamiento y de una forma nueva.

Sin embargo, la publicación de su poema «Elvira ó la Novia del Plata» no produjo toda la impresión que él esperaba en la opinión pública; y mortificado por la aparente indiferencia ó la velada crítica que se le hiciera, se ausentó de Buenos Aires, yendo por algun tiempo á restablecer su quebrantado organismo á la ciudad de Mercedes, en la República Oriental del Uruguay.

La soledad y el retiro fueron propicios para la mejor terminación de su segundo trabajo que tituló «Consuelos» y publicó en 1834. Estos fueron recibidos con unánime y general aplauso, y, desde aquel momento, nadie pudo disputar á Echeverría su puesto de avanzada en la reforma de las ideas estéticas y filosóficas de nuestra cultura literaria.

En aquella ocasión alzó Echeverría su bandera literaria, reformadora de la vieja escuela, diciendo al respecto lo siguiente: «La poesía entre nosotros aún no

ha llegado á adquirir el influjo y prepotencia moral que tuvo en la antigüedad, y que hoy goza entre las cultas naciones europeas: preciso es, si quiere conquistarla, que aparezca revestida de un carácter propio y original, y que, reflejando los colores de la naturaleza física que nos rodea, sea á la vez el cuadro vivo de nuestras costumbres y la expresión más elevada de nuestras ideas dominantes, de los sentimientos y pasiones que nacen del choque inmediato de nuestros sociales intereses, y en cuya esfera se mueve nuestra cultura intelectual. Solo así, campeando libre de los lazos de toda extraña influencia, nuestra poesía llegará á ostentarse sublime como los Andes; peregrina, hermosa y varia en sus ornamentos como la fecunda tierra que la produzca».

Por lo tanto: al intentar reflejar los colores de la naturaleza física, espiritualizando sus bellezas más características hasta darles vida y significación de símbolos; identificando el mundo exterior y sensible con la visión subjetiva del ideal increado, y teorizando en la esfera de lo abstracto para arreglar después sus conclusiones ó sus dogmas á las condiciones diferentes de la realidad, nuestro compatriota incurría en el mismo error filosófico que, á través del tiempo, solidariza al transformismo Hegeliano con la escuela Alejandrina; y resultaba siendo, en literatura, el primer representante del romanticismo en la república.

Dice don J. M. Gutiérrez: «Fué romántico de buena ley, y no aceptando del Medio día sino los instrumentos del arte, se inspiró, en el fondo, en las

escuelas serias y filosóficas del Norte, afiliándose bajo las inmediatas banderas de Goethe, de Schiller y de Byron, grandes hablistas á su vez, y artífices cuidadosos de la forma».

Pero Echeverría hizo más que representar á la escuela filosófica y literaria cuyas ideas compartía: pues, recordando la estrecha vinculación que han tenido siempre las letras con la civilización de los pueblos en la historia de la humanidad, concibió el proyecto de concurrir á la realización de los ideales políticos de su partido, dirigiendo el pensamiento de la juventud hacia los nuevos rumbos que iluminaba el genio de la Francia.

«Poeta en acción» le ha llamado don Félix Frías, y este es el título que mejor cuadra á Echeverría; porque sus concepciones responden siempre á una belleza ideal, inmediatamente perceptible, y en su realización agotó todos los recursos de su ingenio como artista, y colmó todas las aspiraciones de su alma como escritor.

El filósofo y el poeta, se presentan confundidos en los siguientes renglones que reasumen su credo ético y estético: (1)

«El espíritu del siglo lleva hoy á todas las naciones á emanciparse: á gozar la independencia, no solo política sino filosófica y literaria; á vincular su gloria no solo en libertad, en riqueza y en poder, sino en el libre y espontáneo ejercicio de sus facultades mo-

(1) Obras de Echeverría. Tomo 5, pg. XXI.

rales, y de consiguiente en la originalidad de sus artistas. Nosotros tenemos derecho para ambicionar lo mismo, y nos hallamos en la mejor condición para hacerlo. Nuestra cultura empieza: hemos sentido solo de rechazo el influjo del clasicismo. Quizá algunos lo profesan, pero sin séquito, porque no puede existir opinión pública racional sobre materia de gusto, en donde la literatura está en embrión y no es ella una potencia social. Sin embargo, debemos, antes de poner mano á la obra, saber á que atenernos en materia de doctrinas literarias, y profesar aquellas que sean más conforme á nuestra condición y estén á la altura de la ilustración del siglo, y nos trillen el camino de una literatura fecunda y original, pues en suma, como dice Hugo: el romanticismo no es más que el liberalismo en literatura»...

Echeverría se había propuesto realizar la emancipación del pensamiento sojuzgado por las trabas de arcaicos dogmatismos, con el objeto de apresurar el progreso de la ciudad constituída sobre este gran escenario, humeante todavía por las batallas de la independencia.

Trabajó en este propósito con verdadera fé en la eficacia del procedimiento. Pero como era pensador prudente y previsor, no quiso exponer el éxito á la suerte de una campaña desigual y precipitada, tan radical como novedosa para el criterio general de los hombres de estos países; y, sabiendo que tendría que contrariar las tendencias centralizadoras que empezaban á descubrirse en el gobierno, en franca deriva-

ción hacia el oprobioso despotismo en que cayó más tarde, y escandalizar necesariamente al optimismo religioso encastillado dentro de los muros que levantaron los artistas del siglo de oro, trató de oponer, á aquella corriente nefasta y á esta apatía vergonzante, el viril consorcio de la ilustración, la altivez y la nobleza de la juventud con el espíritu republicano, inspirador de la revolución de Mayo; y convirtiendo su causa en causa común y en causa de la patria, solidarizó en la misma idea á un grupo de hombres de lo más distinguido é ilustrado de Buenos Aires, vinculándolos en una agrupación en forma de logia, de carácter político y literario, que se llamó: *Asociación de Mayo.*

La sociedad se reunió por primera vez la noche del 23 de Junio de 1833, con más de 35 miembros, entre los cuales estaban: López, Thompson, Wright, Rivera Indarte, Mármol, Frías, Tejedor, Barros, Domínguez, Alberdi y D. J. M. Gutiérrez.

El 8 de Julio de aquel mismo año tuvo lugar la sesión de iniciación solemne, prestando juramento los asociados por una *fórmula* análoga á la de la «Joven Italia».

Recordando este hecho, en un notable artículo sobre la asociación y el dogma socialista de Echeverría, dice el Sr. Paul Groussac con toda verdad: «Jóvenes expecticos de hoy, no os sonriáis demasiado, por esa inocente francmasonería, esas emociones de patria, y el juramento de la *Joven Italia:* no es la crítica lo que transporta las montañas, sino la fé.

Tratábase de unirse, sea cual fuera la forma ó rito

de la unión. Puede discutirse después de la batalla si fuera mejor haberse formado en legión ó en falange, pero en la hora crítica lo que importaba era y fué la formación». (1)

Este mismo recuerdo arranca al Dr. D. Juan B. Alberdi las siguientes palabras:

«No hay hombre de aquel país, en efecto, que con apariencia más modesta haya obrado mayores resultados. El ha influido como los filósofos desde el silencio de su gabinete, sin aparecer en la escena practica. El adoctrinó la juventud, que más tarde impulsó á la sociedad á los hechos, lanzándose ella la primera.

Todas las novedades inteligentes ocurridas en el Plata y en más de un país vecino, desde 1830, tienen por principal agente y motor á Echeverría. El cambió allí la poesía, que hasta entonces había marchado bajo el yugo del sistema denominado vulgarmente *clásico;* introdujo en esa arte las reformas que este siglo había traído en Europa. Gutiérrez, Mármol, y cuantos jóvenes se han distinguido en el Plata como poetas, son discípulos más ó menos fieles de su escuela». (2)

La generación que recibió directamente el legado intelectual del promotor de la Asociación de Mayo, representada por uno de sus más inteligentes hombres de letras, que es también muy inspirado poeta,

---

(1) La Biblioteca. Vol. 4 pg. 264.
El *Dogma* de la «Asociación de Mayo» estaba dedicado á Avellaneda, Acha, Lavalle, Maza, Varela. Alvarez, Berón de Astrada, y «en su nombre, á todos los mártires de la patria».

(2) Noticia Necrológica. Valparaiso 1851. Obras completas de Echeverria. Tom. 5, pág. LXXXVII.

juzga al *Dogma Sscialista* con mucha menos benignidad que lo hicieron sus contemporáneos.

El Dr. D. Martín García Merou, (1) nos dice: «El *Dogma Socialista* no es un boletín de combate, sino un programa de regeneración moral y política. En este sentido, su título mismo, empieza por ser incompleto y erróneo, en cuanto puede extraviar el juicio de los que no lo estudien detenídamente, haciendolo figurar entre el innumerable catálogo de publicaciones consagradas á difundir ó á exponer las doctrinas de la escuela presidida por Babeuf, y representada más tarde por Fourier, por Karl Marx y por Lasalle.

El *Dogma Socialista* es, solamente, el Código ó digesto de principios adoptados por la juventud argentina, como fuente de honor, de lealtad, de justicia, para proceder á la rehabilitación de las doctrinas oscurecidas y degradadas por la guerra civil, y derrocadas por la dictadura, deseosa de asentar su dominio sobre masas sin criterio y sin sentido moral».

El Dr. D. José Manuel Estráda (2) encuentra oscuro é incoherente al famoso evangelio republicano liberal de Echeverría, «vagos sus conceptos, vacilante su lógica y tímidas sus aplicaciones prácticas»; y dice: «el Dogma fracasa en el terreno positivo, y aún en lo abstracto, cuando debe llevar á sus últimas consecuencias el principio que le sirve de base. Revela salud de corazón, pero el temperamento poético de su autor le

(1) *Martin Garcia Merou.* «Ensayo sobre Echeverría» 1894 pg. 141.
(2) *J. M. Estrada.* La política liberal bajo la tiranía de Rosas, (1873

afecta: es más imaginación que pensamiento: conmueve, no enseña... Es, principalmente, sentimiento; pero sentimiento rico, influyente creador; el sentimiento argetino, principio virtual de todo lo que en este país lleva estampado un sello de grandeza; el amor de la libertad pleno, incondicional, asendrado como una vocación, exigente como uno de aquellos apostolados que no ceden ni en la labor ni en el martirio».

Muy poco tardó la nueva sociedad en hacerse sospechosa á los ojos del dictador, y la policía descubrió muy pronto el misterio de sus reuniones y el secreto de su credo ó dogma jurado, viéndose los miembros de la «Asociación de Mayo» obligados á ocultarse y aún á expatriarse, para evitar las persecuciones de los seides de D. Juan Manuel.

Echeverría no quiso emigrar porque, en su opinión, *emigrar era inutilizarse para el país.* Pero sabiendo cómo las gastaban los del gobierno, se refugió en la campaña; yéndose al lado de un hermano suyo, á la estancia «Los Talas», situada entre los partidos de Lujan y Giles, donde permaneció entregado á melancólicas abstracciones, cavilando siempre sobre sus proyectos, «fraguando sus poemas y dialogando con su corazón sobre cosas pasadas y misterio del porvenir» como dice su biógrafo D. J. M Gutiérrez, «hasta que la fatalidad vino á arrancarlo de aquel apacible retiro, complicándolo en el movimiento armado que dirigía *una espada sin cabeza* (1), y que pomposamente se llamó campaña libertadora.

---

(1) Así llamaba Echeverria al general Lavalle.

Nuestro poeta distaba mucho de ser partidario de estas tentativas aisladas, que solo servían para trastornar más gravemente la situación general del país, abrir abismos más hondos en la opinión pública, irritar más al opresor, provocar nuevos y mayores excesos contra los opositores, y dar á Rosas ocasiones fáciles de exhibirse triunfante, y por lo tanto, amedrentar más al pueblo por su fuerza y poderío.

Unitario ó federal, era alternativa obligada, en que debía jurar su credo político el que no quisiera poner su destino en el segundo término del bochornoso dilema, que era: *ó la muerte.*

La *Asociación de Mayo* había degenerado en conjura de jacobinos. Conspirando constantemente contra la dictadura, había urdido *complots*, como aquel al cual Rosas puso término con el asesinato del presidente de la Legislatura de Buenos Aires, dentro de su propio despacho; había comprado adhesiones tan valiosas como la de aquél cuyo brazo debía, de un golpe de puñal, quitar del medio al tirano; había buscado en el extranjero alianzas deprimentes para la soberanía nacional y oprobiosos para nuestro legítimo orgullo de pueblo vencedor de todos los pueblos que habían osado combatirnos; y la Legión libertadora, que encarnaba su espíritu, desplegaba su bandera y venía á imponer su programa, había ya dado á la historia de nuestras guerras civiles las fechas de: Yeruá, D. Cristóbal y Sauce Grande.

El bizarro general Lavalle se hallaba, al fin, camino de Buenos Aires, paseando el entusiasmo y valentía

de su tropa, con asombro de sus mismos adversarios, desde San Pedro hasta Merlo. Las armas libertadoras llegaron hasta «*Los Talas*»; y Echeverria tuvo que aceptar aquella situación de hecho, como una fatalidad ineludible, y decidirse á romper con su silencio y su retiro, para alzar también su grito de protesta y de guerra, contra el mandatario usurpador de todos los derechos y libertades.

Dice el señor Gutiérrez:

«El estanciero de *Los Talas* se resignó al deber con la abnegación de costumbre, y asociado á su amigo y vecino D. Juan Antonio Gutiérrez, labraron en el pueblo de Giles una *acta-protesta*, que tenemos á la vista, escrita de puño y letra de este último». (1)

Después de este acto de abierta rebelión contra Rosas, Echeverria no hubiera podido vivir sino en las filas del ejército unitario, pues tales actitudes se pagaban entonces con la vida, y la suya entraba desde aquel momento á ser codiciada por los seides del tirano. Pero su salud, cada vez más resentida, le hacía imposible la campaña; y en cuanto el ejército contramarchó, para ir al encuentro de las tropas federales que había destacado Rosas al mando del benemérito general Angel Pacheco, tuvo que huir, escapando á campo traviesa, sin llevar más que lo puesto. Habiendo logrado llegar hasta el GUAZÚ, se embarcó á bordo de una fragata francesa que casualmente pasaba por allí, logrando arribar sin más contratiem-

(1) Echeverría. «Obras Completas». Vida de Echeverría por D. J. M. Gutiérrez. Tom. 5, pág. LXX.

pos á la Colonia del Sacramento, en la vecina República.

Durante el tiempo que permaneció en la estancia «Los Talas», fué que compuso Echeverria su poema sobre la insurrección del Sur y la poesía á Juan de la Cruz Varela, muerto en la expatriación.

Los ecos de los desastres del Quebracho, Sancala, Angaco, Famailla y Rodeo del Medio, produjeron el más profundo desaliento en la colonia argentina asilada en el extranjero, pero aquella inmensa desgracia retempló, más bien que no abatió, los entusiasmos de Echeverria por su causa. Su pensamiento se afianzó, con más firmeza que nunca, en la idea de que la acción eficiente y reparadora de la letal situación de fuerza que ensangrentaba y desolaba á la patria, debía tener los caracteres de las reformas más trascendentales y ser cuestión de apostolado y de doctrina, en vez de cuestión de caudillos y batallas. Y volviendo los ojos hacia la juventud con cuyo porvenir se ligaban los destinos de la nación, desde la playa hospitalaria, cantó con verdadero sentimienso al pensamiento de la revolución emancipadora, en las estrofas de la poesía *Al 25 de Mayo de 1841;* y, á los ideales del patriotismo, en su canto *á la Juventud Argentina*, verdaderamente inspirado por la musa del dolor y la esperanza.

Montevideo era el asilo de la mayor parte de los emigrados políticos de aquella época, y durante más de diez años, detrás de las trincheras alzadas contra la barbarie representada por Oribe, las inteligencias más

brillantes de la juventud argentina pelearon de todos modos, con la espada y con la pluma, por las libertades holladas por la tiranía.

La *Sociedad de Mayo* tenía entonces allí un brillante nucleo de escritores infatigables que asestaban sus tiros contra el déspota, y trataban por todos los medios de acabar con la tiranía: Juan de la Cruz y Florencio Varela, Echeverria, Mármol, Rivera Indarte, Domínguez, Mitre y Cané, volcaban sobre la prensa Montevideana el torrente de su erudición, su verba, su gracia y su cultura, y sostenían en las columnas de *El Comercio del Plata*, *El Nacional, La Revista, El Constitucional, Muera Rosas,* y el *Britania* (entre muchos otros periódicos), la campaña más árdua, más valiente y de más éxito contra la barbarie de Rosas.

De más éxito digo, porque, muchos años después de extinguido el eco de los cañones de Caceros, todavía se escuchaba el rumor de sus apasionadas diatribas, y el estruendo de sus tremendas execraciones. Y aun perdura, y no podrá extinguirse jamás, el entusiasmo por la realización de sus patrióticos vaticinios.

Echeverria no fué de los que tomaron una parte más activa en esa campaña que inmortalizó á los Varela, Mármol y Rivera Indarte, por que «en la lucha contra Rosas solo tenía fe en las grandes batallas y en los sistemas levantados sobre principios probados por la experimentación, capaces de producir por sus resortes vitales un cambio radical en la sociedad». (1) Su carácter, su educación y su escuela, lo alejaban de

---

(1) J. M. Gutiérrez. «Vida de Echeverria». Tom. 5, pág. LXXIX de las Obras de Echeverria.

aquel hervidero de intrigas, maquinaciones, insultos, denuestos y calumnias, para buscar, en la soledad, la meditación y el estudio de la situación general de la sociedad argentina, la causa de su desorganización y el remedio que pudiera restituirla á la salud de su ideal democrático.

Abismado en ese análisis escribió el «Dogma Socialista», estableciendo cuales debían ser á su juicio las bases del Gobierno federo-nacional; concluyó varios trabajos de interés histórico respecto á la actuación de algunos de nuestros principales hombres en la revolución de Mayo; bosquejó los lineamientos del sistema económico más ventajoso para el país, criticando con tino las necesidades é intereses á que debía responder; y dando ejemplo de laboriosidad, de constancia y de entusiasmo, sirvió los ideales de su causa: dirigiendo y vigilando la educación de la juventud Montevideana, escribiendo las inspiradas estrofas del *Angel Caido* y al mismo tiempo las sabias máximas de su *Manual de Enseñanza Moral*, que es el primer catecismo de Moral Cívica que se haya escrito en Sud América.

La crítica extranjera no ha escatimado elogios al numen de Echeverria, señalando, desde el principio, su mérito, su influencia y su representación en las letras argentinas.

Hablando de *La Cautiva,* Don J. M. Torres Caicedo, dice lo siguiente: (1) «En ese poemita el cantor ar-

(1) Ensayos biográficos. Tomo I, pg. 379.

gentino ha descrito la naturaleza de la inmensa y solemne *Pampa,* cuna de la salvaje independencia y metrópoli de la barbarie; ha pintado el carácter enérgico, brutal, altivo y sanguinario de sus pobladores, y al compás de una armonía poética que encanta, presenta uu carácter noble, elevado, una alma llena de abnegación y un corazón henchido de amor»....

....

«Se ha criticado á Echeverría el que hubiera olvidado que ya había hecho figurar la muerte del hijo de Brian en el ataque á la ciudad».

«No creemos que sea un olvido de Echeverría, quien habría quitado gran parte del mérito á su poema haciendo depender el desenlace de un incidente falso. No es un olvido: María, fuera de sí con el trágico fin de su marido, cansada por la marcha, anonadada por el sufrimiento, se hallaba en un estado de terrible exitación nerviosa. Su imaginación le representaba ya los horrores de la ciudad atacada, con las sangrientas escenas que tuvieron lugar en el campamento de los salvajes; luego las peripecias que precedieron y acompañaron á la muerte de su esposo.

La idea de la muerte era lo que más le preocupaba, y, el dolor y el deseo, la hacían perder la memoria del asesinato de su hijo. Al ver á los soldados de su marido, el sentimiento maternal, más vivo que el conyugal, le hace preguntar sin reflección, como sucede en los momentos de supremo dolor, por el ser que más se ama, aún cuando no ignoraba el fin que había tenido. La brusca respuesta del soldado le volvió á la

realidad, le reavivó sus impresiones, le presentó en todo su horror la serie de sangrientas escenas que había presenciado. El corazón no pudo resistir á tan intensa pena, las fuerzas la abandonaron, y el cuerpo hubo de sucumbir al fin. Tan fuertes sensaciones, obraron al mismo tiempo sobre el cerebro y el corazón».

—El Sr. Marcelino Menéndez y Pelayo lleva en este caso su deferencia hasta hablar de nuestro poeta por boca de uno de nuestros compatriotas más entusiastas, y según él, *el más argentino de los poetas que hoy viven,* D. Rafael Obligado. Haciendo suyas las palabras con que aquél le ha presentado dignamente, en los hermosos versos de su canto, *á Echeverría*, refiriéndose á *La Cautiva,* dice: (1)

«La Cautiva no era más que un bosquejo; pero, si la parte dramática valiese en ella lo que vale la parte descriptiva; si la influencia del sentimentalismo de Chateaubriand fuese menos visible; si las figuras de Brian y María tuviesen más realce, esta historia tierna y sencilla de dos amantes perdidos en el desierto, sería una de las mejores cosas de la literatura americana».

—En cambio D. Juan Valera (2) hace suyas las palabras de uno de nuestros hombres de letras más estudiosos y de mejor gusto literario, diciendo: « En cuanto á Echeverría, ¿como negar que malogró en parte sus no comunes prendas? No lo digo yo: lo dice su compatriota de Vd. D. Calixto Oyuela».

---

(1) Antología de poetas Hispano Americanos. Tomo 4, pg. CLXXI.
(2) *Juan Valera.* Cartas Americanas, 1889, pg. 68.

—La crítica nacional ha tenido para Echeverría apreciaciones muy distintas.

En opínión de D. Juan María Gutiérrez, y de todos sus contemporáneos: Echeverría es un reformador, un poeta filósofo, un iniciador del movimiento literario realizado al empezar nuestra marcha de pueblo libre é independiente.

Así dice: (1) «Echeverría señala una época nueva en el gusto poético del Río de la Plata. El mató la tradición clásico-latina, confundió los géneros, mezcló los ritmos, exageró y afeminó un tanto la armonía del período. Rasgó el velo que ocultaba al público las pasiones y los dolores individuales del poeta, salpicando con la atrevida palabra *yo,* casi todas sus producciones».

«Echeverría localizó la poesía, por decirlo así, y le quitó el cosmopolitismo descolorido que tenía antes de él».

«El fué entre nosotros quien primero se atrevió á dar movimiento dramático á las composiciones líricas, convirtiendo en poemas más ó menos extensos aquellos asuntos que no habrían inspirado á sus antecesores más que una oda ó una elegía. El creyó que la *poesía* y la *filosofía* no solo eran consonantes, sino hermanas, y trató de hacerlas andar á la par, poniendo en metro pensamientos é ideas que no habían salido antes de él de la sobria mesura de la prosa didáctica».

—D. Pedro Goyena (2) dice:

---

(1) Breves apuntamientos biográficos y críticos sobre D. Esteban Echeverría, «La Nación», número del 6 de Diciembre de 1862.

(2) Echeverría. Obras completas, edición de 1874. Tomo 5, pg. CIV.

«Escribió La Cautiva en humildes octosílabos, como para hacer contraste con los ampulosos alejandrinos á cuya sonoridad deben algunos versificadores su fama poco envidiable, probando que la poesía reside en las ideas y en el sentimiento, que las modestas formas de un metro sencillo pueden albergar dignamente la sublime inspiración del poeta.»

«Supo reconcentrarse en los senos de la conciencia, y sondear pacientemente las profundidades del mundo interior, así como había estudiado las maravillas de la naturaleza.»

«Esperó los favores de la musa en las horas silenciosas de austeras vigilias, y la invisible confidente bajó á su alma con la frecuencia y una amabilidad de que pocos pueden jactarse, á pesar de haberla invocado muchas veces. Rompió la tradición clásica á que habían estado sujetas las generaciones poéticas de la República Argentina, quitó á nuestra literatura el carácter de «Cosmopolitismo incoloro» que había tenido hasta entonces, inspirándose en las peculiaridades de nuestra naturaleza y de nuestra sociedad, é introdujo en la poesía las audaces franquezas de la expresión, que muestran con sus verdaderos matices y en todo su vigor los fenómenos del alma humana. Sus cuerdas favoritas eran las que se armonizan con la solemne magestad de la meditación y con los tiernos suspiros de la alegría».

—Los modernos han sido mucho menos entusiastas admiradores del numen poético de Echeverría que sus contemporáneos.

Ya hemos visto que el poeta D. Calixto Oyuela le presenta como fracasado, y que sus palabras han sido recogidas por el célebre autor de *Pepita Gimenez* para exteriorizar su poco entusiasmo por el *ruiseñor de los consuelos.*

Otro poeta y distinguido literato, D. Martín García Merou, (1), se expresa del siguiente modo:

«¡Cuantas tentativas infantiles, malogradas por una inconcebible pereza intelectual!

«¡Que abundancia de versos disonantes, flojos, cascados, sin timbre y sin elegancia, pululan en las páginas de *Elvira,* de *La Guitarra,* de *El ángel caído!* Por una estrofa valiente, rotunda y armoniosa, nos vemos obligados á soportar largas tiradas de prosa rimada, sin brillo y sin calor.

«La facilidad aparente de la versificación traiciona constantemente al poeta. Falta concentración en sus ideas, relieve y cinceladura en sus imágenes, pureza y nitidez en su lenguaje. Su forma es, á cada paso, floja y descuidada; y en poesía, como en todos los géneros literarios, solo son dignas de vivir las obras de estilo irreprochable. No busquemos una disculpa en la generalidad del mismo mal difundido en los contemporáneos de Echeverría. La mayoría de ellos han muerto más ó menos como poetas. Echeverría subsiste, porque á despecho de estas deficiencias lamentables, su inspiración, ingenua y nativa, lo salva, deteniéndolo, y alzándolo cuando roza el borde del abismo.

---

(1) *Martín García Merou.* Ensayo sobre Echeverría, 1894, pg. 174.

«Los versos, en general, son musicales, más por el ritmo, que por el dominio de una armonía sabia, variada é inefable. La verdad es que ignora los secretos del arte, las sutilezas y las proporciones del verso sencillo y al mismo tiempo infinitamente labrado, en que se unen la fortaleza y la gracia, en que la precisión de la imagen se completa con el tono grave de la reflección filosófica—maravillas de ejecución indispensables para dar su verdadero carácter á la poesía, que, despojada de estos atractivos, se reduce á un vago sonsonete de palabras destituidas del hondo prestigio, de la belleza de la forma, en su mayor grado de esplendor y de encanto».

—Echeverría murió en Montevideo en el mes de Enero de 1851, y de su obra en general puede con justicia decirse «que la enseñanza práctica de la proscripción no fué tan completa, sino merced á la iniciación teórica que acabamos de estudiar; y que, por fin, la cosecha verdaderamente magnífica que trajeron los años siguientes, con la vuelta á la patria de sus hijos mejores, fué solo posible porque Echeverría, quince años antes, había depositado la buena semilla en un suelo que nada deja perder! (1)

Las obras de Echeverría fueron editadas en 1870 por don Carlos Casavalle, bajo la dirección y consejo de D. Juan María Gutiérrez. Forman 5 volúmenes en 8°.

(1) P. Groussac. «La Biblioteca». Tomo IV. pg. 297.

DOCTOR MARCO M. DE AVELLANEDA

Don Marco Manuel de Avellaneda nació en Catamarca, el 18 de Junio de 1813. Se educó en Buenos Aires, concurriendo á las aulas que frecuentaban entonces Alberdi, López, Frias, Cané, Tejedor, y demás figuras de aquella generación notable; y, á los 21 años de edad, ya con las borlas de doctor en leyes, regresaba al lado de los suyos, que se habían trasladado á Tucumán.

Incorporado al movimiento político de aquella provincia, se hizo notar en seguida por su talento como periodista; luego, por su acción como legislador; y á los 24 años de edad, cuando otros hombres empiezan recien á diseñar las alzadas de sus miras, el joven Avellaneda ocupaba la presidencia de la Legislatura de aquel estado, y recibía el juramento de fidelidad á sus leyes con que iniciaba su segundo gobierno el general don Alejandro de Heredia.

Las siguientes palabras, con que empieza su alocución al nuevo mandatario, revelan el carácter de aquel repúblico casi imberbe: « Habeis sido elevado á la primera magistratura de la provincia. Se os confiere, por otra vez, una autoridad que sin dar derechos que ejercer, impone sí, grandes y difíciles obligaciones que cumplir.»

XXXI

Desgraciadamente, la influencia de la política Rosista convirtió á aquel gobierno en cacicazgo de tiranuelo vulgar; y cuando el plomo y el puñal de una de sus víctimas abatieron, en *los Lules*, al soberbio mandatario, en medio de la incertidumbre y terror que el hecho produjo y de la crísis de hombres que se siguió, la figura del joven Avellaneda se destaca con contornos ya enteramente visibles, sobrepasando á todas las figuraciones de aquel momento; vinculando á todos con su actitud patriótica y desinteresada; sirviendo de garantía de tranquilidad al pueblo, por su valor y su entereza, y realizando con su infuencia la solución más conveniente: la elección de don Bernabé Piedrabuena.

Avellaneda fué nombrado su Ministro. Tenía entonces 26 años.

Su conducta siempre cumplida y correcta; su política siempre leal, y valiente; sus ideas de orden, de libertad y progreso; su independencia de carácter y su amor á las instituciones consignadas por las leyes, hicieron que se fijara sobre él la atención de Rosas, y que, chocado al principio por la desenvuelta actuación del joven, é irritado después por la eficacia de sus planes y proyectos, concluyera por ponerlo en el índice de sus enemigos más terribles, y tratara de sacarlo del medio, de todos modos.

Avellaneda representaba, para el tirano, la oposición de las provincias del Norte.

Por el gobierno de Tucumán pasaron Valladares y

Garmendia, y ambos reclamaron el concurso del joven Avellaneda, como Ministro.

Entretanto, el año 40 volcaba sobre la situación general del país la lobreguez de los desbordes de la tiranía. Rosas y sus seides husmeaban esta vida juvenil, como la de una presa codiciada.

Para tomarla indefensa, se preparó la misión que llevó á Tucumán al General Lamadrid. Pero sabido es el resultado contrario que se obtuvo.

En vez de desarmar á la provincia, el General aceptó ponerse al frente de las milicias tucumanas, organizolas para la defensa de sus instituciones y de su territorio.

Este fracaso de Rosas, tuvo por complemento el siguiente cartel de desafío, lanzado á la faz del terrible opresor del país por aquel joven asombroso:

LIBERTAD Ó MUERTE!

Tucumán sepulcro de los tiranos!

Sala de sesiones de Tucumán, Abril 7 de 1840.

Al poder ejecutivo de la provincia, la honorable Sala de Representantes:

Considerando: 1.° Que la existencia en el primer pueblo de la república de un gobierno investido con toda la suma de los poderes constitucionales, es un escándalo á los ojos de Sud América y del mundo, en lo que ninguno de los demás de la República puede consentir sin mengua de su honor y de sus intereses, puesto que así se aleja más y más la deseada

época en que se escriba y sancione la Constitución del pueblo argentino;

2.° Que el bloqueo que hoy sufre todo el litoral del río de la Plata no es más que una inmediata consecuencia de los atentados que manchan la historia de la vida pública del tirano de Buenos Aires;

3.° Que abusando de las facultades que le habían conferido para conservar las relaciones exteriores con los demás pueblos de la República, se ha servido de ellas para arrogarse el peligroso derecho de hacer la paz y declarar la guerra;

4.° Que desconoce y pretende disputar á los pueblos de la República el derecho sagrado é imprescindible que les asiste, para darse leyes y nombrar, conforme á ellas, los depositarios de su autoridad;

5.° Que con esta conducta ha causado y prepara inmensos males á todos los pueblos de la República, y especialmente á esta provincia de Tucumán;

Ha acordado y decreta:

Art. 1.° No se reconoce en el carácter de gobernador de Buenos Aires al dictador Juan Manuel de Rosas.

Art. 2.° Se le retira la autorización que, por parte de esta provincia, se le había conferido para mantener las relaciones de amistad y buena armonía con las potencias extranjeras.

Art. 3.° No se entregarán al comisionado de Buenos Aires las armas que reclama mientras esta provincia sea presidida por don Juan Manuel de Rosas, y en su consecuencia queda concluida la misión del general don Gregorio Araos de Lamadrid.

Art. 4.° La H. Sala de Representantes publicará un manifiesto de los motivos que han impulsado al pueblo tucumano á pronunciar esta resolución, declarando que este no será un motivo para que se alteren nuestras relaciones con los gobiernos hermanos, muy principalmente los de Rioja, Catamarca, Salta y Jujuy.

Art. 5.° Comuníquese, etc.

MARCO AVELLANEDA.

José F. del Cano.
Secretario.

Después de esto, la cabeza de Avellaneda holgaba sobre sus hombros. Por eso, *Pago Largo* y *Cagancha* debieron aparecer ante sus ojos como un funesto presagio de su destino.

La quimérica visión de *la Legión libertadora* que se mostró un momento triunfante en *Don Cristóbal*, se desvaneció en seguida entre las sombras de *Quebracho Herrado*. Y el cortejo de héroes que encabezaba la gallarda figura de Lavalle, se convirtió en desgreñada partida de desarrapados que vivía huyendo de sus sañudos perseguidores.

San Cala, *Machigasta* y *Sañogasta*, llevaron al último extremo la situación de los gobiernos aliados. El joven Avellaneda era entonces Gobernador de Tucumán: ¡tenía 27 años! Sus energías eran tan grandes como sus entusiasmos; y no contento con ser el alma del movimiento opositor, se trasladó al campamento del general Lamadrid, para dirigir sus encuentros con las fuerzas federales.

¡*Rodeo del Medio* puso punto final á la carrera de aquel valiente militar, y *Famailla* vió deshacerse y dispersarse las últimas fuerzas que acompañaran al héroe de *Don Cristóbal!*

Avellaneda que desde el campo de la acción se dirigía á Tucumán por senderos extraviados, fué encontrado por otra partida, también fugitiva, cuyo comandante cometió la villanía de entregarlo al vencedor para congraciarse con él. Era un traidor de los federales, que traicionaba también á los unitarios.

De la suerte del joven gobernador no podía dudarse. Fué degollado en *Metán* el 3 de Octubre de 1841, y el sanguinario general Oribe hizo colocar en medio de la plaza pública á su cabeza enclavada en lo alto de una pica.

—La brillante cuanto trágica actuación del joven gobernador de Tucumán, da intenso relieve á toda su personalidad, y presta interés á todo cuanto serelaciona con su vida; pero su inclusión en el Parnaso argentino, no se debe á los manes de su suerte ó su desgracia, sino á su musa, graciosa deidad del Pindo tucumano.

Los biógrafos más modernos del doctor Avellaneda, que han hecho mención de sus poesías, las juzgan como de escaso valor.

Sin embargo, por su fondo y su forma, son mejores que de las de muchos de sus contemporáneos que no han tenido más fama que la de poetas.

El estro juvenil y patriótico de Avellaneda, levanta

sus ideas en arranques de verdadera inspiración, y armonizando el sentimiento con la belleza de los conceptos, sabe encontrar en las galas del lenguaje las mejores formas de su expresión, y, en el verso, las armonías más suaves para el canto.

Su estilo es muy parecido al de don Juan Cruz Varela, y por el aliño y la prolijidad con que mantiene el parecido, deja entrever que la imitación ha sido conciente y voluntaria.

DR. DN. FLORENCIO VARELA

De la autobiografía que publicó Varela en Montevideo, en 1848, sacamos los siguientes datos: (1)

Nació en Buenos Aires el 23 de Febrero de 1807, á las 9 1/2 a. m. Cursó humanidades en el «Colegio de Ciencias Morales», habiendo hecho sus primeros estudios en el Colegio de la Unión del Sud.

(1) «Autobiografía de Dn. Florencio Varela, natural de Buenos Aires, redactor del *Comercio del Plata*, jurisconsulto, publicista, corresponsal del *Instituto Histórico de Francia* y del *Instituto Histórico Geográfico del Brasil*, etc., etc., acompañada del faccimil de su letra y de algunos apuntes sobre su persona.» Montevideo, 1848. Folleto de 64 pgs. en 4o.

Quedó huérfano á la edad de once años, á raíz de haber perdido su señor padre su fortuna, y mostrando siempre su amor al trabajo y su natural inclinación por el estudio, mientras iba haciendo su carrera ganaba honradamente su vida, empleado en la Secretaría del Ministerio de Gobierno.

Varela renunció este puesto, cuando se hizo cargo de la administración el coronel Dorrego, cuya política había él siempre combatido. Pero en 1828 volvió á emplearse en el Ministerio de Relaciones Exteriores.

Florencio Varela escribía entonces en el «Pampero», que era el órgano oficial de los unitarios, y lo redactaba su hermano Dn. Juan de la Cruz.

El Gobernador Dorrego inició su gobierno tomando medidas de rigor contra la prensa y adoptando el sistema de los exclusivismos y de las destituciones para dominar la situación y someter á los contrarios.

El resultado fué contraproducente y precipitó la revolución.

El ejército que volvía.del Brasil, con los laureles de Ituzaingó, fué la base del movimiento; y el 1.° de Diciembre de 1829, el pueblo y el ejército proclamaban gobernador al Gral. Lavalle, obligando á Dorrego á huir de Buenos Aires. Estos sucesos terminaron con el drama de Navarro: la página más triste y estérilmente sangrienta de nuestras luchas intestinas.

El reguero de sangre de la lucha fratricida se extendió después sobre los campos de las *Palmitas* y *Vizcacheras,* consagrando en victorias campales el triunfo del ejército de línea alzado contra las institu-

ciones, hasta que el fracaso del *Puente de Marquez* restableció nuevamente el equilibrio de las opiniones.

Celebrose el convenio caudillesco de 24 de Junio de 1829, entre el *representante del gobierno de la ciudad* y *el del pueblo armado de la campaña,* lo que puso tregua á la lucha; y entre las sombras del odio, la ambición y la falsía, se preparó el gobierno de las *facultades extraordinarias,* y se inició la época siniestra que se llamó de la *restauración de las leyes.*

El 8 de Diciembre de aquel mismo año subió al poder Dn. Juan Manuel de Rozas.

La Legislatura que lo eligió gobernador, era la misma que acababa de declarar que eran libelos infamatorios los periódicos que habían sostenido la política del General Lavalle, como eran *El Pampero* y *El Tiempo;* y por resolución de la comisión encargada de este proceso á la libertad de la prensa, *y, en odio de semejantes piezas, como en justo desagravio de las personas en ellas injuriadas:* se hizo un auto de fe con todos sus números, bajo los arcos de la casa de justicia.

—¿Qué les esperaba á sus autores?

Entonces fué cuando emigraron á Montevideo la mayor parte de los literatos argentinos.

Florencio Varela se encontraba ya allí desde el 12 de Agosto, pero Rozas confirmó por decreto su ostracismo.

Varela se casó ese mismo año con la distinguida señorita argentina doña Justa Cané (1), debiendo ce-

(1) Dn. J. M. Torres Caicedo da á entender que esta Señorita era oriental, pero es un error de información suya. («Ensayos biográficos y de crítica literaria, Segunda serie, pág. 45.)

lebrarse el matrimonio por poder, á causa de la situación en que aquél se hallaba, yendo ésta después á compartir con su esposo los sinsabores de la expatriación.

Varela tuvo una actuación muy distinguida en Montevideo; y dando muestras del valor de sus energías y de su amor al estudio y al trabajo, volvió á rendir exámenes de derecho, doctorándose en aquella universidad el año 1835.

Florencio había sido hasta entonces un amante apasionado de las musas, y había publicado muchísimas composiciones que habían tenido la más simpática acogida, por la galanura de su lenguaje, el pensamiento trascendental de sus ideas, y la intencionada cultura de sus gracias; pero después de aquella fecha, su estudio de letrado y la política fueron ya sus únicas preocupaciones.

El pleito político argentino se había hecho cuestión política oriental, y estaba allí representado por las tendencias de los generales Oribe y Rivera.

En atención á su condición de extranjero, Varela se abstuvo de tomar parte en las cuestiones locales. Pero los expatriados argentinos residentes en Montevideo, que eran todos miembros de la *Asociación de Mayo,* habían constituído allí la *Comisión Argentina*, encargada de arbitrar medios y recursos para derrocar á Rozas. Y como Oribe representaba la política de Rozas en el Plata, y acababa de secundar la acción de Rozas, persiguiendo y batiendo á Lavalle en Famailla, al regresar á sus dominios y expulsar de su go-

bierno á su rival usurpador, á quien derrotó completamente con la ayuda de Rozas, extendió las represalías á los enemigos de su aliado, y obligó á salir del país á todos los unitarios, por suponerlos aliados de Rivera. Dice Dn. J. M. Torres Caicedo (1): «Desde que el general Lavalle se puso en campaña, hasta que el almirante Mackau celebró una transacción funesta con Rozas, Florencio Varela trabajó con inteligencia y sin tregua contra la dictadura del «Salvaje de las Pampas». Pero el digno hijo de la República Argentina no dejó pasar desapercibido ese acto de un almirante francés, que abandonaba á sus aliados y entraba en capitulaciones inexcusables con el más despreciable tiranuelo: escribió al efecto con nervio y con razón, y en sus escritos «sobre la convención de 20 de Octubre de 1840, desarrolló el desenlace de la cuestión francesa en el Río de la Plata con documentos dignos de un distinguido publicista.»

Varela estuvo en el Brasil, desde principios de 1841 hasta mediados de 1843. Allí trabajó empeñosamente, buscando en los archivos oficiales cuanto dato podía servirle para escribir la Historia de la República Argentina; y al regresar á Montevideo estaba tan pobre, que, según afirma su distinguido biógrafo Dn. Luis L. Dominguez: *no tenía con que cubrir la desnudez de sus hijos.*

¡Qué temple moral el de aquellos hombres! Expatriados y perseguidos, aún en el extranjero, ¡su pensamiento principal era la patria; sus afanes estaban

(1) Obra citada, Segunda serie, pág. 46.

siempre puestos en ella, y su trabajo buscaba en todas las cosas la gloria de servirla!

Cuando Varela llegó á Montevideo, la ciudad estaba sitiada por Oribe. Lloraba entonces la muerte de su hermano Rufino, sacrificado por la soldadesca de este jefe cuando acababa aquel de cumplir una acción caballeresca y gentil con un preso político de su partido, enseñándoles así á respetar al adversario; pero su ánimo no decaía, y su campaña contra Rozas era cada vez más intensa y apasionada.

El mismo escritor americano, antes citado, dice á este respecto (1): «En tan luctuosa época, Florencio Varela no abandonó la liza: obró como escritor; y como hombre de alta inteligencia y variados conocimientos, ayudó con sus consejos al gobierno del Uruguay.

Por aquel entonces, solo la Gran Bretaña parecía no estar contagiada con las ideas, falsas á todas luces, que habían hecho difundir los agentes asalariados de Rosas.

Era preciso enviar un comisionado á Europa, pero el gobierno Oriental carecía de fondos. Sin embargo, se resolvió nombrar ese comisionado; y Varela fué el elegido con carácter de agente confidencial, y recibiendo en pago una módica retribución. Aún cuando era pobre y cargado de familia, el patriota acalló los cálculos del padre y del hermano, y aceptó la difícil misión que se le confiaba.

Hacía mucho tiempo que la *Comisión Argentina* y

---

(1) Torres Caicedo, Obr. cit., pág. 48.

el gobierno de Montevideo trabajaban por conseguir la intervención de las potencias extranjeras para paralizar de ese modo á Rozas, cuyos ejércitos habían casi concluído con las fuerzas unitarias y se preparaban á caer sobre aquel baluarte de los conspiradores. Varela fué pues á defender la mala causa de ese pleito, ante los gabinetes de Londres y París, presididos por Lord Aberdeen y Guizot.

El resultado de su misión no fué claro en el primer momento, pero la intervención se realizó poco tiempo después de haber regresado Varela de Europa.

—Varela fundó el *Comercio del Plata,* el órgano más avanzado de los ataques á la tiranía, donde la diatriba alcanzaba las formas espeluznantes de su brillante mentalidad y vestía las galas de su lenguaje culto y galano.

Como consecuencia de este estado de cosas, la criminalidad adquirió proporciones nunca vistas, y llegó á ser tal el terror de los habitantes de Buenos Aires y Montevideo, que después de la oración (6 1/2 á 7 p. m.) las ciudades quedaban desiertas porque muy pocos se atrevían á salir á la calle.

Varela sabía que su vida era una de las más codiciadas por los seides del tirano; pero era al respecto muy despreocupado, por lo cual sus amigos se habían impuesto la obligación de que siempre lo acompañara alguno de ellos.

Dice Saldías (1): «Al caer la tarde del 20 de Marzo de 1848, y dejando á medio hacer su tarea para el *Co-*

(1) *Adolfo Saldías* «Hist. de la Confederación Argentina». Tom. 5 pg. 89.

mercio del Plata del día siguiente, salió de su casa á hacer una visita.

Una hora después regresó á su casa, pero, apenas hubo saludado á varios amigos que lo esperaban, volvió á salir acompañado de uno de ellos.

Pasadas las ocho de la noche, fué visto en la calle 25 de Mayo, frente á la sala de Residentes, hablando con un marino extranjero, y en la cuadra siguiente con el Ministro de Hacienda.

En seguida continuó solo por la misma calle, adonde había afluído la gente á ver pasar un batallón que se embarcaba. Varela dobló por la calle de Misiones que estaba solitaria, y golpeó en el núm. 90, que era el de su casa. Casi simultáneamente con el último golpe, sus amigos oyeron quejidos lastimeros. Corrieron á abrir y en la acera de enfrente encontraron el cadáver de Varela con una horrible herida de daga, que partiendo de la espalda le atravesó el pecho y terminaba en la parte inferior del cuello. A la clara luz de esa noche de luna, el asesino había desaparecido, y la familia y los amigos de Varela, desolados, apenas si podían darse cuenta de cómo el asesino había espiado momento por momento los pasos de este hombre distinguido, sin darle ni siquiera el segundo para mirarlo, como el pérfido Herennises con Cicerón.»

El mismo historiador, cuyas inclinaciones en favor de Rozas son bien conocidas, dice también lo siguiente (1):

---

(1) Ob. cit Tom. 5 pg. 96.

« Por lo demás, ni entonces se apartó ni hasta ahora ha podido borrarse la creencia general de que el doctor Varela fué asesinado de orden de Oribe. » (1)

Por tratarse de una opinión tan sindicada de reminicencias federales como es la del Dr. Saldías, tiene mucho valor el siguiente bosquejo sobre la personalidad de Varela que trae en su «*Historia de la Confederación Argentina*»: (2)

« Era el doctor Florencio Varela un hombre distinguido en toda la acepción de la palabra. Encuadrado en esa elegancia rígida de los hombres de la *Restauración* en Francia, cuyos ejemplares eran Chateaubriand y Lamartine, había realizado un voto de su espíritu figurando con brillo como literato de la escuela clásica que llegó á traducir á Horacio en limpio verso castellano.

Las corrientes de la política revolucionaria lo envolvieron cuando su mente acariciaba los ideales de bonanza que prometieron los progenitores de la patria; y en este campo de la acción sedujéronlo horizontes engañosos, que si bien popularizaron su nombre, nada añadieron á su reputación. En este terreno lució dotes poco comunes. Periodista que educaba y apasionaba á las veces, por la forma elegante y por la exposición metódica y calculada de la doctrina: político hábil, pero sometido al rigorismo formulista de la escuela de Rivadavia, que él y sus amigos interpretaban

(1) El asesino fué un tal Andrés Cabrera, natural de Canarias, y contrabandista de oficio.

(2) Ob. cit. Tom. 3 pg. 77.

con arreglo á las exigencias de la nueva época en que les tocaba actuar en primera línea: orador fácil, más persuasivo que brillante, pero siempre tranquilo y dueño de si, como que obedecía á las inclinaciones de su carácter manso; si bien transpiraba cierta vanidad por los méritos que no sin razón él mismo se atribuía, y sabía distanciarse convenientemente de las demás personas, encerrándose en una especie de frialdad severa, á las veces sobre un pedestal de superioridad desde el cual contemplaba con desdén los hombres y las cosas que no le tocaban muy de cerca, ó aunque le tocasen; el doctor Varela era en 1839 un ilustrado talento, fundido en el molde de los hombres de estado de 1826 en Buenos Aires; un político doctrinario, que así podía iluminar las cuestiones de gobierno en el seno del gabinete, como debatirlas con éxito en el parlamento y en la prensa. Bajo los triunviros de 1812 habría caído con éstos; bajo Pueyrredón habría pertenecido al partido de los *políticos;* bajo Rivadavia habría sido, á tener más edad, el alter ego de éste; bajo Rozas era unitario, y lo peor era que seguía siéndolo por convicción en Montevideo; y á haber sobrevivido al derrocamiento de Rozas habría sido lo que fué don Valentín Alsina, con quien tenía muchos puntos de contacto, además del *parecido de la escuela* que con tanta exactitud ha descrito Sarmiento en su *Facundo.*»

Florencio Varela no tiene la fama de poeta que lleva su hermano don Juan de la Cruz, pero su numen no es inferior al de aquel.

Esto se debe en gran parte á que don Florencio no

hizo nunca gala de sus excelentes disposiciones para la poética y el verso; y á que, siendo él de un gusto muy refinado y muy severo en sus juicios literarios, nunca quiso reunir ni corregir sus composiciones, ni presentar el ramillete de sus poesías para que el público gustase su delicadeza y su mérito.

Esta es también la razón por la cual nos ha sido muy difícil coleccionar los versos de este distinguido compatriota; porque estaban dispersos en los diarios de la época y en el extranjero.

Sin embargo, Florencio Varela ha sido uno de los amigos más sinceros y favorecedores más obsequiosos de la obra de los poetas argentinos: veneraba sus tradiciones literarias y se complacía en revelar las fuentes predilectas que más contribuirían á modificarla en el futuro; comprendía el anhelo que inspiraba sus estrofas; respetaba el afán que había tornasolado el mundo de sus sueños; sonreía sin temor al estruendo artificioso de sus destemplanzas más horribles; se extasiaba en la contemplación del porvenir bosquejado por las musas de aquellos sublimes visionarios de la grandeza de la patria, y se embriagaba con el perfume de sus virtudes morales, el patriotismo y la nobleza que exhalan sus versos, que bastan para embalsamar el ambiente de su existencia en los días más aciagos de su historia.

Por eso cuando D. Juan María Gutiérrez publicó en Valparaiso la primera antología de poetas americanos que se conoce, (1) Varela aplaudió su obra con el vivo

(1) *América poética.* «Colección escogida de composiciones en verso, escritas por americanos en el presente siglo» 1846. Valparaiso.

entusiasmo de su más sincera complacencia; y explicando la trascendental importancia del pensamiento que había guiado al distinguido hombre de letras, decía: (1)

«Conocer la literatura de un pueblo en una época, es conocer su estado de civilización en esa época. Entre nosotros casi toda la literatura, destinada á vivir más allá del día, está limitada á la poesía: en ella está nuestra historia, en ella nuestras costumbres, en ella nuestras creencias, ideas y esperanzas. Lo demás que ha producido el genio americano ha pasado como el humo de los combates que han constituído nuestra ocupación y aún nuestra existencia. De modo que, quien posea una colección de poetas americanos, tendrá casi todo lo que, en materia de letras, puede la América reclamar como propiedad suya».

Es que la modestia de la alta cultura intelectual de Varela lo hacía ser crítico implacable para consigo mismo; pero su temperamento de artista y su inclinación natural á la poesía se revelaba por encima de todos los anatemas con que desprestigiaba á sus versos.

«*Son los poetas, sacerdotes encargados de las festividades de la patria*» decía, en su informe como Juez del *primer certamen poético de Mayo*, que se celebró en Montevideo el año 1841 (2); y como aquel veredicto fué redactado por él y contiene el resúmen de sus ideas sobre poética y poesía americana, lo transcribo en lo pertinente, para que pueda juzgarse su gusto:

(1) «Comercio del Plata» número 142. del 24 de Marzo de 1846.
(2) J. B. Alberdi, «Obras completas». Tomo II, pg. 69.

«Colocada en la altura de que la crítica no puede descender, la Comisión ha mirado ante todo las piezas que examinaba, bajo el aspecto de su más ó menos armonía con el carácter presente de la poesía nacional, ó por mejor decir, americana. Ha creído que, aquel merecía más en este punto, que mejor hubiese comprendido las modificaciones, los decisivos cambios que la literatura recibe de la variación y progresos de las costumbres, de las creencias, de los elementos todos que constituyen la vida de los pueblos.

Ninguna literatura *americana* pudo haber mientras duró en estas regiones la dominación de la España. Jamás una colonia tuvo ni tendrá literatura propia; porque no es propia la existencia de que goza, y la literatura no es más que una de las muchas fórmulas porque se expresan las condiciones y elementos de la vida social.

El pensamiento del colono, lo mismo que sus brazos y su suelo, solo producen para la metrópoli, de quien recibe hábitos y leyes, preocupaciones y creencias.

Si alguna luz intelectual le alumbra, es apenas el reflejo (pálido por muy brillante que sea) del grande luminar á quien sirve de satélite.

¿Qué escuchábamos en las márgenes de nuestro Plata antes de 1810? Ecos desfallecidos de los cantos que se alzaban en las orillas del Manzanares. Las liras que llamábamos americanas solo se pulsaban para llorar *oficialmente* sobre la tumba del monarca que cerraba los ojos, ó para ensalzar en su coronación al que lo

sucedía sobre el trono. Los pueblos del Plata arrancaban al extranjero triunfos expléndidos en las calles y plazas de sus ciudades; adornaban la techumbre de sus templos con los pendones arrancados al vencido; y el genio apocado de los hijos de la lira no encontraba para tan altas hazañas motivo más noble que el amor de esos pueblos á Cárlos y María Luisa.

¡Mengua grande á la verdad, borrada después por días de gloria nacional! Alumbró la llama de la Libertad; alzóse el pueblo de la condición de colono á la de soberano; y en el gran sacudimiento nació también la poesía nacional, hermana gemela de la independencia.

Su carácter no podía ser otro que el de la época en que nacía. La inteligencia y los brazos del pueblo nuevo no tenían más ocupación que meditar empresas de guerra, ganar batallas y reparar los descalabros de las derrotas. Análoga debía ser la entonación de las liras americanas. Cantos de guerra, himnos de victoria, lamentos de dolor irocundo sobre la tumba del guerrero caído bajo la enseña del sol, maldiciones contra sus verdugos; esto y nada más podía pedirse á los que tenían fuego en la mente, patriotismo en el corazón. Y este, y ningún otro, es el acerado temple de nuestra primera poesía nacional.

Pero la lucha de la independencia terminó y con ella los odios que la guerra enciende.

Intérvalos de paz, — breves por desgracia, como el relámpago — dieron lugar al pensamiento para elevarse á la contemplación de las grandes verdades fi-

losóficas y morales; permitíeron mirar en derredor con ojos, que no anublaba la pólvora de las batallas: empezaron los pueblos á meditar en su destino, á buscar el fin porque habían derramado su sangre, á correr tras de las mejoras y el progreso social. Levantóse entonces una genaración que no había asistido á los combates de sus padres, pero que había aprendido los dogmas santos de Mayo. Imposible era que resonasen en sus liras ecos de una guerra que ya no ardía, ni clamor de venganza contra enemigos que habían vuelto á ser nuestros hermanos. La poesía empezó naturalmente á tomar un tinte más filosófico, más templado: se vistió por la primera vez, con las riquísimas galas de nuestro suelo que los poetas de la revolución no distinguieron entre el polvo y el estraendo de los combates; y reflejó, por fin, esa melancolía que imprime en el ánimo el espectáculo, continuado casi, de las guerras civiles y del hondo infortunio de la patria.

Tal es el carácter de nuestra poesía actual; y la Comisión ha creído deber buscar en las composiciones del concurso la expresión práctica de estas verdades, como un mérito de la más alta estima».

—Las poesías de Florencio Varela no son nada comunes, ni prosaicas, ni vulgares, como él las suponía, sino muy apreciables por la belleza de sus ideas, la galanura de su lenguaje, la elegancia de su estilo y la armonía de sus versos.

Diríase que en ellos, la elevación del pensamiento

apaga á veces el entusiasmo de la expresión, y la magestad del lenguaje olvida, otras, los atavíos de sus galas más indispensables; que la cadencia del ritmo reemplaza á la fuerza de entonación, cuando se echa ésta de menos ; y que la espiritualidad y la gracia aligeran siempre el recargo de su tendencia conceptualista y razonadora.

D. Florencio es poeta de la misma escuela que su hermano D. Juan de la Cruz.

Sus primeras poesías: «*A los alumnos del Colegio de Ciencias Morales*», «*El 25 de Mayo de 1825*», «*En un comité de amigos*» y «*A la Hermandad de caridad*» están llenas de reminiscencias de Herrera, Rioja y Melendez Valdez; pero al caer en la servidumbre artística de aquellos poetas, su propio buen gusto lo ha hecho huir de aquella semejanza de la cual D. Fernando de Rivas decía:

«Imitarás la suavidad sublime
Y candorosa de León, más huye
Tal vez, su tosco desaliño»...

Estos versos revelan los sentimientos cristianos de Varela y abonan su fe tanto como su ilustración, su cultura y su gusto artístico; siendo también en ellos donde mejor se ve la profunda repugnancia que siempre le inspiraron los tiranos.

En la época de la alianza de la gloria con la paz, de la grandeza con la prosperidad, del bienestar con la alegría, y del deber con el patriotismo y el ideal, el sol de la libertad se alzaba sin nube sobre el ho-

rizonte de la patria, y la pasión política no había aún clavado su odiosa garra en el alma del pueblo argentino. Sin embargo, mirando Varela hacia el pasado y escribiendo para el porvenir (representado por la juventud del colegio de ciencias morales), no se siente embriagado por el triunfo ya anunciado por los cañones de Ayacucho, ni canta á la gloria, ni admira la libertad, ni lo entusiasma el heroismo; sino que, alzándose todavía ante sus ojos el fantasma del despotismo español, lo excecra y anatematiza con el furor explicable después de los desastres de Ayohuma ó Cancha Rayada.

Sus composiciones posteriores no presentan ya, sino muy debilmente, esta aberración ó lugar poético tan explotado por los poetas de la guerra de los 15 años; y en cambio, dejan entrever con toda claridad sus inclinaciones personales y su acuerdo con las tendencias liberales de la época, así como sus vinculaciones políticas y su admiración por Rivadavia, á quien, á raíz del fracaso de su presidencia fugaz, saluda en los siguientes términos:

«¡Gloria eterna á su nombre! El fué primero
Quien del vértigo horrible en que envolvía
A nuestra triste patria
La implacable anarquía,
La sacó al explendor; recto y severo,
Por la senda del bien marchó constante;

La ignorancia arrogante,
El fanatismo audaz y sedicioso,
De la columnia el soplo venenoso,
Todo, todo á su paso se oponía,
Y todo, todo á su poder cedía.»

Pero donde Varela ha mostrado realmente su numen, y donde resalta más el vuelo de su imaginación, es en su canto á la libertad de Grecia.

Este canto tiene para nosotros una importancia y significación muy grande. Representa el pensamiento del pueblo argentino, despreocupado de los prejucios de la dominación ibérica, en el momento en que abandona los viejos arquetipos, para fundir su propia literatura al calor de la libertad, en los moldes de la civilización moderna. Es el primer grito de vida que lanza al mundo un pueblo nuevo, que acababa de ser levantado por el heroismo á la faz de todas las soberanías de la tierra, al sentir en el horizonte de la vieja Europa el estruendo de los cañones de Navarino, que despiertan en su memoria el recuerdo de sus hazañas, su lucha de 15 años por la libertad, y refrescan en su ánimo los placeres del triunfo, poniéndolo de pie el hábito de escuchar las dianas de la victoria. Es un impulso espontáneo de los sentimientos preponderantes de la raza restituída al ambiente de sus conquistas más grandes en la historia de la humanidad, sin el reato de las instituciones caducas que fosilizaran su progreso: floración de las gallardias castellanas en el suelo ensangrentado de los incas y retoño de los alardes entusiastas que la pusieron al frente de todas las cruzadas redentoras. Por eso el canto de Florencio Varela es el broche de oro con que se cierra aquel primer período de la poesía americana, al que dió armonías la lira de bronce de De Luca, áureo reflejo la imaginación de Olmedo,

sentimiento la inspiración de Heredia y gracia y verdad la musa de D. Juan de la Cruz Varela.

Este canto de F. Varela es del más puro lirismo, y no se percibe en él ese tinte didáctico que tan marcado presentan sus otras poesías, pues aún cuando aquí también hace frecuente uso de elementos históricos ello es solo para lanzarse desde allí á los más atrevidos vuelos líricos de su imaginación creadora.

—El poeta empieza por recordar la actuación histórica del pueblo griego, sus glorias militares, sus sabios, sus poetas y sus artistas, que han sido paradigmas para el mundo entero, y dice:

«Allí en Atenas y en Esparta el templo
Miré do florecian
Las ciencias y las artes, que de ejemplo
Alguna vez al mundo servirían,
Y de grandes modelos. ¡Gloria á Grecia!
Clamó mi labio de entusiasmo lleno,
¡Gloria sin fin al ilustrado Heleno!»

Luego describe su caída bajo el poder de los turcos, con lenguaje vibrante de indignación, y frase tan expresiva como precisa y correcta, dejándose llevar con entusiasmo pindárico, en alas de su fantasía, por los regiones que resplandecen á la luz del *mens divinior* de que nos habla Horacio, para llorar la suerte de aquel gran pueblo y auspiciar su nuevo triunfo:

¡Ay! ¿que se hicieron
Sus antiguas hazañas? ¿Como pudo
Apagarse la antorcha luminosa

Que aun hoy, la senda del saber nos muestra;
La antorcha que, en otra época dichosa,
Hizo á la Grecia universal maestra?
Todo, todo pasó. ¿Mas, por ventura,
La sangre que heredaron
Los hijos de Milciades y Leonidas
Sin sublevarse de ira entre las venas
Consentirá la servidumbre dura?

—Describe luego la lucha entre ambos pueblos, pintando la ferocidad turca y realzando el heroísmo de los griegos; y rápidamente, prepara el desenlace, con la siguiente estrofa de la más clásica sobriedad:

Y mientras horrendo Marte
Siembra por todo el funeral estrago,
Y al flamear de mortífero estandarte
La ruina truena do se oyó el amago;
Mientras la humanidad despedazada
Alza el clamor á la celeste esfera,
Del eterno implorando la clemencia,
¿Será que Europa entera
Tolerará con fría indiferencia
La desastrosa ruina
De los hijos de Esparta y Salamina?

A nuestro juicio, esta oda de Varela basta para consagrar su numen.

FLORENCIO BALCARCE

Florencio Balcarce, hijo de don Antonio González Balcarce, el vencedor de Suipacha, nació en Buenos Aires á fines del año 1818, y murió en esta misma ciudad el día 16 de Mayo de 1839, cuando solo contaba 21 años de edad.

Habiéndose distinguido desde muy niño por su talento y carácter bondadoso, su laboriosidad y contracción al estudio le dieron puesto de preminencia entre sus condiscípulos de humanidades; pero habiendo contraído de pronto la atroz enfermedad que lo llevó á la tumba, en busca de salud decidió ir á Europa, embarcándose á bordo del «Philadelphe» en el mes Abril de 1837, con destino á Francia.

Allí vivió al lado del vencedor de Maipo y Chacabuco, del general San Martín, (gran amigo y compañero de su padre, de quién había sido el más invicto jefe), que de este modo se veía rodeado en su retiro por las vanguardias de la intelectualidad de la patria que su brazo había libertado.

Durante los dos años que el joven Balcarce estuvo en París continuó sus estudios de humanidades en la Sorbona, y puede juzgarse de su carácter observador así como de la seriedad de sus pensamientos y ocupaciones por los siguientes párrafos de una carta suya á su condiscípulo don Félix Frias, fechada el 29 de

Octubre de 1837, es decir, poco tiempo después de su arribo á la clásica ciudad de los placeres. «Querido Félix: Cuando reciba Vd. ésta habrá ya tenido el gusto de pasar su examen, y con su sobresaliente agregado á la media docena de antes, estará disfrutando de aquellas vacaciones que dejan tantos recuerdos y de que no puede gozar su amigo hace dos años.

Yo continúo, como siempre atacado por ciertas ideas que me persiguen ó me acompañan según la época y el lugar donde estoy; durante los dos meses de navegación estuve embebido en los sueños del provecho que sacaría de mi viaje: me subía á la gabía y señalaba en un pedazo de papel la marcha que iba á seguir en mis estudios como las planillas que hacíamos en la clase de filosofía. Un mes después empecé á echar menos á mis amigos, *cobré odio al francés, y por no hablarlo me pasé días enteros sin saludar á nadie y leyendo á gritos en español.* Cuando me fijé en París estuve otro mes aturdido sin saber á que dedicarme, intentando aprender á un tiempo todo, y conociendo que no aprendía nada. En fin, desde que empezó el mes de Octubre me ha entrado la manía con los exámenes de Buenos Aires. De día me envuelvo hasta los ojos en mi capotón y me paso horas enteras pensando en aquellas reuniones que teníamos para prepararnos en el año 35, en aquellas noches que nos pasábamos en vela en el 33, discutiendo sobre el nominativo de persona que hace y nominativo de persona que padece; en aquellos días que nos pasábamos oyendo al bueno de don Mariano Guerra que comentaba el texto

de *Sintáxis græce latina constructio.* De noche no me duermo hasta tarde con el mismo recuerdo, que unas veces me hace reir y otras me entristece, y siempre me distrae de todo otro pensamiento.

Hace algún tiempo que empezaron en la Sorbona los exámenes de los que aspiran al grado de bachiller en letras y tuve el gusto de asistir á ellos dos días seguidos. A primera vista nada corresponde allí á la grandeza de la idea que nosotros nos formamos de la Universidad de París. En la sala caben á penas cincuenta personas, y la mayor parte de éstas tienen que permanecer en pié, porque seis bancos de pino que hay están ocupados por los examinadores. La falta de ventilación hace imposible estar allí más de media hora, y los mismos examinadores se levantan así que hacen sus preguntas, y pasan á una habitación contigua. Yo creo que han calculado bien al cerrar los balcones: si el aire circulase todos los asistentes se dejarían estar hasta el fin de los exámenes; pero obligados á salir de media, en media hora, pueden entrar los que están en las escaleras, y por medio de esta renovación se suple á los inconvenientes de la falta de espacio, evitando al mismo tiempo los de una concurrencia numerosa. La sala es una habitación común en el segundo alto, sin más adorno que un estante con los libros necesarios, y una baranda de madera que la divide en dos partes: una destinada para el público, es decir, para cincuenta personas, y otra para los examinadores. Esta es una circunstancia que merece notarse, porque remedia un mal que entre nosotros casi no ha

fijado la atención. Allá el estudiante que no sabe puede deber á su oído una clasificación superior á su mérito: los estudiantes que saben tienen la ocasión de auxiliar á sus compañeros desde que el orden establecido les facilita los medios para ello; pero aquí no. En primer lugar, los examinadores no están allá en el fondo de una sala, escondidos en sillones de jacarandá, ni sobre una tarima que elevándolos los separa de los estudiantes; en segundo lugar, el que se examina está en medio del espacio desocupado, sentado contra la mesa, como en una conversación familiar con sus jueces. Así se le inspira confianza quitándole todos los medios de fraude. Cuanto mayor es el aparato con que se presenta el tribunal, menor es la confianza en el que va á ser juzgado, y un estudiante tiene ya en la importancia de un examen bastante motivo para turbarse sin necesidad de que la tarima y las sillas y la campanilla vengan á aumentar su confusión, aumentando la distancia que hay de él á los jueces. Además, los concurrentes agrupados sin orden, en la parte de la sala que tienen destinada, no dejan ni el recurso de poner un amigo en un lugar fijo para que hagan signos en los casos de apuro. Los examinadores lejos de mostrar empeño en hacer ver la ignorancia del joven que examinan, parecen más bien amigos interesados en hacerle salir con lucimiento. Aquí está la verdadera superioridad sobre nosotros. Vd. debe haber observado que tenemos examinador que cree comprometida su reputación si sus preguntas no presentan dificultades insuperables, y que goza como de haber

alcanzado un triunfo cuando consigue confundir á un estudiante. El grado de bachiller en letras es necesario para obtener matrícula en las aulas de derecho, así como el de bachiller en ciencias para las de medicina. De este modo se reduce el número de los abogados y médicos dando solo entrada á los que tienen los conocimientos elementales necesarios. Vea Vd. de cuanta utilidad sería entre nosotros un artículo semejante. Pero á nadie se le pasa por la imaginación preguntar si los estudios han sido hechos en la Universidad ó en la orilla del río: solo es necesario presentar certificados de haber seguido un curso de filosofía por un año en su casa ó en un colegio establecido, con el objeto de evitar las consecuencias de los estudios precipitados. Los jóvenes admitidos deben tener más de diesiseis años, artículo que unido con el del examen, hubiera impedido en Buenos Aires la admisión rídícula de U...en la clase de derecho. Las materias del examen son: traducción griega, entre veinte obras distintas; traducción latina, entre otras tantas; retórica, historia antigua, de la edad media, y moderna; geografía id; filosofía, matemáticas elementales, física, química y astronomía. Todas estas ciencias están divididas en tres séries de cuestiones, numeradas éstas desde uno hasta ciento. En el momento de presentarse un estudiante á examen, el secretario revuelve en una urna cincuenta bolitas con los mismos números, y saca una de ellas que indica todas las cuestiones á que debe responder el estudiante. Por ejemplo, el número 5°, indica la 5ª cuestión de retórica, la 5ª de his-

toria y la 5ª de la 3ª série, que comprende la filosofía, las matemáticas, etc. Hay un examinador para cada série, además del de latín y griego; pero todos pueden exigir explicaciones al estudiante sobre sus respuestas. Esto permite que un examinador se retire concluyendo sus preguntas, sin que su ausencia perjudique, porque su voto solo recae sobre un ramo. Aunque cada uno de ellos podría examinar sobre todas las materias exigidas, á mi modo de ver se prefiere con razón, que cada uno se limite á cuestionar sobre la ciencia á que se ha consagrado especialmente. Un individuo que posee á fondo un ramo de los conocimientos se expresa naturalmente con más claridad, abunda más en cuestiones, y las dirije á los puntos que la experiencia le ha señalado como más importantes. Vd. recordará á este respecto la diferencia que encontrábamos entre las preguntas de Masotti ó de Alcorta y de don Ignacio Ferros, entre las de Alsina y las del Rector, ó de Venegas. Todos los examinadores son aquí hombres distinguidos, nombrados *ad hoc* por el Ministro de Instrucción Pública. En cuanto á su integridad como jueces, Vd. juzgará por lo que voy á decirle. He presenciado los exámenes de quince estudiantes, entre los cuales uno solo ha sabido responder á todas las cuestiones, y uno á ninguna. En nuestra Universidad se hubiera satisfecho al reglamento poniendo al primero la clasificación de *sobresaliente* y reprobado al segundo. Clasificaciones que, anunciadas por escrito, habrían dado crédito al uno y hecho perder la vergüenza al otro. Este inconveniente es evitado aqui dando un

carácter entre privado y público, pero terrible, á la clasificación.

Los asistentes forman un auditorio reducido al número necesario para dar solemnidad al acto. El que respondió bien fué elogiado sucesivamente por los jueces, presentado como un ejemplo á los otros, é incitado á estudiar para no descender de la consideración á que en aquel momento se elevaba: el que no supo fué reprendido enérgicamente por haber osado presentarse ante un tribunal como aquel, sin estar preparado; se le pintó el porvenir de un ignorante en la sociedad actual; la influencia que el crédito adquirido en la edad temprana ejerce sobre el resto de la vida; y se le incitó á estudiar para borrar la mancha que aquel examen echaba sobre su reputación. Todos estos elogios y amonestaciones siguen inmediatamente á la respuesta del estudiante porque los jueces no tratan de encubrir su voto. Están convencidos de que, desde aquella mesa preparan el porvenir del país; son en cierto modo responsables de los errores y de las injusticias cometidas por los magistrados futuros; y deben además, por respeto al mérito presente, establecer una total separación entre el saber y la ignorancia. Pero dejemos á un lado la dignidad de los examinadores para que mi carta no degenere en plática. De los quince estudiantes de que iba hablando, seis fueron reprobados, ocho admitidos con una clasificación equivalente á nuestro *bueno*, y uno elogiado, que nosotros llamaríamos *sobresaliente*. El resultado de esta visita mía á la Universidad fué el proyecto

que formé y en que persisto, de dar mis exámenes para bachiller. Ya ve Vd. que tengo adelantada la charla para merecer el título. He tomado mi proyecto con tanto empeño que en veinte dias he estudiado la historia Antigua, á escepción de Roma; un largo período de la Edad Media, la astronomía elemental; una parte de la geografía descriptiva moderna, y estoy haciendo temas griegos como si dentro de algunos meses hubiera de ir á conversar con Homero y Platón. Afortunadamente yo tenía ideas anteriores sobre todo: el trabajo se ha reducido á metodizarlas, y si tuviera un maestro habría adelantado tres meses más. Este proyecto lleva ya trazas de duradero: yo conozco palpablemente lo que adelanto, y dentro de seis meses pienso hallarme en estado de pedir mi diploma de Bachiller. Las vacaciones me favorecen hasta ahora. Cuando la Universidad se habra, á mediados del entrante, tendré menos tiempo para consagrar á este trabajo. Como estoy incierto del tiempo que debo permanecer aquí, no quiero perder las lecciones de derecho de gentes y economía política que me servirán notablemente en Buenos Aires. Escribo á Vd. tan circunstanciadamente sobre la Universidad porque supongo que todo lo que tiene relación con ella le interesa tanto como á mí. Cuando los cursos empiecen le daré razón del régimen interior del establecimiento. Los medios que tienen aqui los estudiantes para instruirse son tantos, que llegan al exceso. Hay puentes alfombrados, en toda la parte que no huellan las carretas, de libros usados que compra uno por una

friolera, si no pone en cuenta el tiempo que emplea en revolverlos y buscar lo que necesita, porque el chalan nunca sabe las obras que tiene: hay además miles de librerias en que alquilan obras por tomo ó por mes: en todas las calles hay gabinetes de lectura, donde por cinco francos mensuales lee uno las gacetas francesas y muchas veces también las italianas y españolas ó inglesas: las obras recién publicadas y las clásicas todas. Hay gabinetes hasta de 30.0000 volúmenes, con su museo de anatomía, un laboratorio de física, etc. Hay además cinco grandes bibliotecas públicas entre las cuales están distribuídos dos millones de volúmenes impresos y cien mil manuscritos. En cuanto á las láminas para los que cultivan el dibujo, la biblioteca real, solamente, posée quince millones.

Hay además Museos, de medicina, de marina, de artillería, de escultura. de arquitectura, pintura, etc., etc. A propósito de pintura, se me olvidaba decirle que me he hecho concurrente infalible á los Museos del Louxembourgo y del Louvre, los domingos, que son los días de entrada pública. Antes me reía yo de la pintura como de la música: ahora me detengo un cuarto de hora delante de cada cuadro, porque descubro la relación más íntima entre la pintura y la poesía, en que, de paso, siempre meto mi cucharada. Pero la pintura no existe entre nosotros..... »

¿No parece que está hablando un hombre viejo en esta carta?

Balcarce publicó sus primeros versos en Montevi-

deo el año 1833, cuando todavía no era más que un niño; y sin embargo, su aparición en el escenario de las letras fué saludada y festejada con todos los alhagos de una consagración unánime.

Florencio Varela, otro espíritu brillante y poeta como él, batallador de las filas del periodismo contra la tiranía que desolaba á la patria, y por tal causa expatriado en la vecina república, en donde seguía escribiendo y combatiendo á la situación argentina desde las columnas del «Iniciador», saludó al novel favorito de las musas con las siguientes palabras: «Dn. Florencio Balcarce aparece ahora en la excena literaria para ocupar después un lugar muy distinguido entre los poetas argentinos. Cuenta pocos años, y sería una injusticia no reconocerle ya acreedor á aquel título tan difícil de merecer. En las dos únicas composiciones suyas que hemos tenido la fortuna de ver: «La partida» y «La Canción á las hijas del Plata», se descubren ya todas las dotes del verdadero poeta: corazón muy sensible, imaginación ardiente, inspiraciones elevadas, abundancia y propiedad de imágenes, colores naturales, animados, vivísimos, gala de dicción, pureza de lenguaje, y un estilo lleno de lozanía y de soltura, capaz de prestarse á todas las entonaciones.»

—A pesar de haber sido tan corta su vida, la obra literaria de Balcarce es bastante importante y considerable, para asegurarle imperecedero recuerdo en la historia de las letras argentinas.

Se citan con elogio: varios discursos filosóficos suyos; una traducción muy buena de la obra filosófica

de Larromiguiere; una novela sobre asunto de carácter nacional, y una elegante traducción de Catalina Howard.

En las poesías de Balcarce campea un espíritu nuevo, y revelan un carácter distinto y una cultura muy diferente á la de los poetas anteriores.

Primicia de una juventud bizarra, bañada en las auras de la gloria con que sus padres bajaron á la tumba, é iluminada en su camino por el sol de libertad que le dejaron alzado sobre el cielo de la patria: primer retoño de una civilización retardada por el largo proceso de la campaña emancipadora y luego, expuesta á los más desastrosos contrastes por las rachas de la anarquía: pero, fruto de amor de una raza inteligente y noble: soñadora por aspiración ingénita á todo lo grande: gentil por tradición, por hábito de no ceder sino ante la gracia de una dama ó la desgracia de un desdichado: apenas soltó la espada y volvió sobre sí misma la atención de sus desvelos, dedicándose á instruirse en las universidades y á trababajar su inmenso patrimonio, abandonando el dejo de la civilización colonial, se revela con todos los caracteres de su temperamento propio: y dejando de lado las famosas invocaciones mitológicas de que tanto uso hacían los poetas de entonces, nos habla de su Díos, de su patria, de su río y de sus hijas, sus gracias y sus amores.

Su entonación es más firme, su voz más fresca, su expresión más pura, y su estro tiene palpitaciones de numen puramente argentino; ideas de civilización ar-

gentinas; y entusiasmos y alegrías que son reflejos de la vida de un país, en donde; alienta sus esperanzas cantando la fé de sus mayores, como lo hace en la poesía á Victor Silva; festeja la belleza y donaire de sus compatriotas «Las hijas del Plata», ansiando sus amores; admira al criollo, al paisano, que es el hijo de las pampas, cantando sus proezas en las hermosas estrofas de «El cigarro»; y se goza en la celebración de tipos populares característicos, poniendo de relieve, con verdadero amor de poeta, la estrafalaria silueta de uno de los parroquianos más simpáticos de la naciente metrópoli: el lechero; y gime, noble, viril y altivo, bajo la pesadumbre de su fin, que comprende cercano, preguntándose á sí mismo, en medio de los entusiasmos de un ensueño en que aparece como feliz vidente del grandioso futuro de la repúlica:

Y aquella corona que yace marchita,
Con dos ó tres hojas de tierno laurel,
¿A quien pertenece que el mundo no habita?
A alguno que el cielo....¡La mía es talvez!

para exclamar, lleno de ansias que lo colocan al nivel de los que más hicieron por su progreso:

¡Oh Patria, si nada tu gloria me debe,
Jamás tu destino del hombre pendió:
Yo he sido una gota del agua que llueve,
Perdida en la noche que el polvo bebió.

La crítica de dentro y fuera del país ha tenido siempre las más elogiosas frases para nuestro joven compatriota, incluyéndole con unánime aplauso entre sus mejores poetas.

Don José María Torres Caicedo dice, entre otras cosas lo siguiente, hablando de la poesía «Adios á la patria»: «El bardo se sentía enfermo, se alejaba de sus hogares, á los que solo debía volver para dejar de ser, y exhalaba triste y resignado su hermoso canto, como los últimos que es fama alza el cisne próximo á morir. Ese canto es triste, sí, como un suspiro, y sublime como una plegaria. Recordando el poeta que su patria estaba subyugada por un sanguinario tirano, entonaba valientes estrofas, que hacen noble contraste con las que le preceden y las que le siguen.

El más ilustre mantenedor del prestigio de las letras nacionales, nuestro gran crítico D. J. M. Gutiérrez ha salvado á las poesías de Balcarce del dédalo de las columnas de los periódicos en que aparecieron, legándolas al cariñoso aprecio de la patria en un tomito de 140 pgs., publicado en 1869, con una biografía hecha por él y recopilación de artículos necrológicos, de cuya edición hay un ejemplar en la Biblioteca Nacional.

LUIS L. DOMÍNGUEZ

Don Luis L. Domínguez nació en Buenos Aires, en el mes de Febrero de 1819 (1). Como todos los hom-

(1) El Diccionario Enciclopédico Hispano Americano, dá como fecha del nacimiento el año 1810.
Sin duda el error proviene de haberse tomado el dato de la obra de D. José María Torres Caicedo, sin reparar que el error es evidente, puesto que, si el señor Domínguez publicó sus primeros versos el año 1839, cuando solo contaba 20 años de edad, no ha podido nacer en 1810, sino en 1819.

bres de su generación y de su mérito que no doblaron la cerviz ni á los halagos ni á las persecuciones de la tiranía, Domínguez vivió expatriado en la vecina República del Uruguay, al lado de sus parientes y amigos carísimos D. Juan de la Cruz y D. Florencio Varela, colaborando desde muy joven en la redacción de *El Correo.*

Tenía 20 años cuando publicó su primera poesía «A Orillas del Dacá», allá por los primeros meses del año 1839; y en 1847, redactaba con los Varela el famoso diario *El Comercio del Plata* honor de las letras y terror del despotismo en las dos orillas del Plata.

Soportó el sitio de Montevideo combatiendo con la espada y con la pluma, ocupado algunas veces en el comercio, dedicado otras á estudios históricos y literarios que le han valido justo renombre, y escribiendo versos, muchos de los cuales han quedado sin conocerse, porque su modestia los negaba á la publicidad, siguiendo el precepto Horaciano de dejar que el tiempo modifique nuestro juicio sobre las producciones de nuestra propia inteligencia.

En aquella célebre epopeya que duró más de siete años, cuyos rasgos más hermosos y característicos no han sido todavía separados por el análisis histórico del block informe de la política, para tallar el brillante de la estructura social en cuyo medio ambiente se produjeron tan hondas perturbaciones; en aquella época en que una gran parte de la juventud, social é intelectualmente más representativa de este país, vivió asilada en el extranjero, peleando detrás de las barricadas

levantadas en las calles de la hospitalaria Montevideo, contra la barbarie representada por el sanguinario satélite de Rozas, el iracundo Oribe, y en que, á pesar de todas las fatigas y privaciones consiguientes á la situación que soportaban, vivieron haciendo gala de su talento y su cultura, siendo ellos el elemento principal de las tertulias sociales para las bellas uruguayas, los soldados más bravos en las filas avanzadas de la guerra, las plumas mejor cortadas de las polémicas de sus diarios, y los pechos más nobles y animosos en la mente y en el entusiasmo de su invicto jefe, el general argentino don José María Paz, aquellos hombres excepcionales encontraban todavía tiempo para solazar su espíritu en contínuos coloquios con las musas; y en medio de los combates, las zozobras y vigilias de los asaltos, celebran certámenes poéticos, dignos por su forma y sus circunstancias de haber sido ellos mismos, cantados por Homero.

En aquella célebre justa literaria celebrada en conmemoración del 25 de Mayo de 1841, el jurado daba su fallo con las siguientes palabras, adjudicando un premio *accessit:*

«Síguela de cerca, y casi le rivaliza en mérito la que lleva por divisa estas palabras del Abate La Mennais: «La libertad es la gloria de los pueblos», producción que pertenece al señor don Luis Dominguez, según la señal de reconocimiento que ha presentado. Si esta pieza no alcanzó á la majestad y altura de la que precede, no se le puede disputar una concepción

vasta y feliz, un plan acertadamente distribuido, fecundidad de ideas, entonación elevada, correctísima elocución y pasajes que revelan el genio del poeta. No es posible, hablando de ella, dejar de recordar las estancias que le dan principio, el anatema que fulmina contra los tronos que usurpan en la tierra la majestad del trono único y eterno que el poeta reconoce, y el tributo que paga á los grandes capitanes de la Revolución».

Elogios mucho mas entusiastas, han recibido las poesías del señor Dominguez de la crítica extranjera.

García del Río lo incluye en la galería de poetas, de su *Museo de Ambas Américas;* y dice de él, que, tiene todas las cualidades de un vate de primer orden.

Don José María Caicedo (1) dice: «A los amantes de las Musas se les puede decir, al hablar de las poesías de Dominguez:

Nocturna versate manu, versate diurna

Después de la caída de Rozas, Dominguez volvió á la patria y desempeñó varios altos cargos públicos. Varias veces fué electo miembro del Congreso Nacional y de la Legislatura de la Provincia de Buenos Aires; desempeñó la cartera de Hacienda, y representó después al país como Ministro acreditado ante varios estados de América y Europa.

En unión con el doctor don Félix Frías fundó «El Orden», que era uno de los diarios de más prestigio en su tiempo.

---

(1) «Ensayos Biográficos y de Crítica Literaria» 2a Serie, pág. 265.

El señor Dominguez es también muy celebrado como jurisconsulto y como historiador, habiendo desgraciadamenie dejado inconclusa su «Historia Argentina», editada por primera vez el año 1848, por las prensas del «*Comercio del Plata*».

JOSÉ MARÍA CANTILO

Nació en Buenos Aires, el 14 de Diciembre de 1816. Como poeta, ha sido incluído por el señor Gutiérrez en su «América poética», y en la nota biográfica con que lo precede nos dice solamente que, cultivaba desde niño un ramo importante de las ciencias naturales.

Cantilo era profesor de Farmacia. Sus vinculaciones con el mundo universitario lo hicieron sospechoso á los ojos de la mazorca; y para evitarse alguna *molestia*, de las que entonces se usaban para con los *unitarios*, el año 40 emigró á Montevideo.

Publicó numerosas poesías que solía no firmar, ó firmaba solamente con sus iniciales, algunas de las cuales figuran en el *Cancionero Argentino* y en los *Cantos á Mayo*. Falleció en Buenos Aires el año 1872.

ANTOLOGÍA

(TOMO V)

ESTEBAN ECHEVERRIA

ELVIRA Ó LA NOVIA DEL PLATA

AL DR. JOSÉ MARÍA FONSECA

Ven, Himeneo, ven. Ven Himeneo,
Moratin.

This said that some have died for love.
Wordsworth.

I

Belleza celestial y encantadora;
Inefable deidad que el mundo adora,
Que dominas el orbe y das consuelo,
Inspirando con pecho generoso
El sentimiento tierno y delicioso
Que prodigote el cielo

Ora te invoco: favorable inspira
El canto melancólico á mi lira,
De amor y de ternura,
Y un nuevo lauro á mi triunfal corona,
La beldad ciña númen de Helicona
De mirto y rosa pura.

Alza gozoso tú, casto Himeneo,
Y halagueño el semblante, que ya veo
A tus humeantes aras
Con rubor acercarse, tierna y bella,
A consagrarse tímida doncella
De amor primicias caras.

Cándidos y amorosos corazones,
En tu altar sacrosanto nunca dones
Más puros ofrecieron,
Para volver á tu deidad propicia,
Y del tálamo dulce la delicia
Gozar que pretendieron.

II

La aureola celestial de virgen pura,
El juvenil frescor y la hermosura,
Los encantos de Elvira realzaban,
Dando á su amable rostro un poderío,
Que encadenaba luego el albedrío,
De cuantos la miraban.

Sus ojos inocencia respiraban,
Y de su pecho solo se exhalaban
Inocentes suspiros,
Hijos del puro y celestial contento,
Que de las dulces ansias vive exento
Del amor y sus tiros.

Mas vió á Lisardo y palpitó su pecho
De extraña agitación, y satisfecho
Se gozó enardecido,
Cuando de amor, arder la viva llama
Que con dulce deleite nos inflama,
Sintió, no apercibido.

Como la planta que al Favonio aspira,
Que en torno de ella regalado gira,
Nueva existencia siente,
Así Lisardo al ver de su querida
El amante cariño, nueva vida
Sintió en su pecho ardiente:

El noble orgullo dominó su alma
Del que adornado de triunfante palma
Se avanza entre despojos,
Y un mundo de risueñas ilusiones,
De esperanzas felices y ambiciones,
Se reveló á sus ojos.

La juventud es tierna y persuasiva,
Y fácilmente con amor cautiva
La beldad inocente,
Cual céfiro apacible con su arrullo
Halagando á la rosa, en su capullo
Melíflua y dulcemente.

Así el amor el sentimiento inspira,
Y así Lisardo el corazón de Elvira
Poseyó satisfecho:

Amarónse, y creciendo su ternura
Apuraron delicias de ventura
Con inocente pecho.

Así pasaron en amantes juegos
Largo tiempo felices, y sus fuegos
Y su pasión crecieron.
Uno era su sentir, y cual hermanas,
Con inefable hechizo, soberanas
Sus dos almas se unieron.

III

Tu serás mia,
Tierno decía
Lisardo á Elvira;
Aunque el destino
Cierre el camino
De mi ventura,
La pura llama
Que al sol inflama,
Antes, Elvira,
Que mi ternura
Se estinguirá.
Serás mi esposa,
Y el Himeneo
Nuestro deseo
Satisfará;
Que aunque el destino
Cierre el camino
De mi ventura,

La llama pura
De mi tertura.
No estinguirá

IV

Así Lisardo de su dulce amiga
La esperanza halagüeña alimentaba,
Y con ardua fatiga
El campo de las ciencias exploraba,
Para volver al hado mas benigno,
Y arrancando un favor á la fortuna
Que contraria le fué desde la cuna,
De su mano y amor hacerse digno.
En tanto una mirada de sus ojos,
De su boca risueña un dulce beso
Hurtado á la inocencia entre sonrojos,
Aligeraban de su afán el peso,
Y llenaban su ardiente fantasía
Con la imágen feliz y encantadora
Del venturoso día
En que, triunfando su pasión constante
Del ingrato destino,
Apurase en el tálamo divino
Las caricias y halagos de su amante.

V.

Era de primavera un bello día,
Cuando el sol en la esfera
Mas rutilante y magestuoso impera,

Cuando el campo se viste de verdura,
Y risueña y brillante la natura,
Ostentando su fuerza y lozanía,
Nos convida al placer y la alegría.
En el jardín ameno
Que vió nacer sus plácidos amores,
Respirando el aroma de las flores,
Y á la sombra sentada
De una fresca enramada,
Elvira recorría en su memoria
La deliciosa historia
De sus amores, y la vez primera,
Día también de riente primavera,
En que á Lisardo vió y estremecida
Se sintió palpitante
Su corazón amante;
Y en tan dulces recuerdos embebida
De gozo suspiraba,
Y su angélico rostro se animaba,
Mostrándose mas bello
Con el fugaz destello
Del júbilo que en su alma rebosaba;
Mas vagó de repente
En su risueña mente
Como triste y fatal presentimiento;
Oscureció el pesar su alegre frente,
Y así cantó con melodioso acento:

VI

Creció acaso arbusto tierno,
A orillas de un manso río,

Y su ramaje sombrío
Muy ufano se extendió:
Mas, en el sañudo invierno
Subió el río cual torrente,
Y en su túmida corriente
El tierno arbusto llevó.

Reflejando nieve y grana
Nació, garrida y pomposa,
En el desierto una rosa
Gala del prado y amor;
Mas lanzó con furia insana
Su soplo inflamado el viento,
Y se llevó en un momento
Su vana pompa y frescor.

Así dura todo bien;
Así los dulces amores,
Como las lozanas flores,
Se marchitan en su albor;
Y en el incierto vaiven
De la fortuna inconstante,
Nace y muere en un instante
La esperanza y el amor.

VII

Cuando el triste infortunio nos amaga,
Su imagen melancólica divaga
Cual sombrío fantasma ante los ojos,
Y como si temiera sus enojos,

A su pesar el corazón empieza
A presentir el mal en la tristeza.
Así pensó, Lisardo, que escuchaba
Con asombro y encanto
De Elvira el triste canto;
Y acongojado y con inciertos pasos
A consolar su pena se acercaba:
Mas violo Elvira y se arrojó en sus brazos,
Hechizadas sus bocas se encontraron,
De júbilo sus pechos palpitaron,
Y en deliquios de amor, dulces abrazos,
Mundo, pesar, temor, todo olvidaron.
¿Quién á mi lira, ó á mis versos diera
La fragancia amorosa y hechicera
Que en la mansión de amor se respiraba,
O á mi marchito corazón el fuego
Que en dias más felices lo animaba...?
Mas angélica nunca y rozagante,
Más amable, más tierna, más hermosa,
Más llena de atractivo y amorosa,
Se mostró Elvira á su feliz amante.
Angel, astro benigno, ó clara estrella,
Nunca resplandeció mas pura y bella
A los ojos del triste caminante.
El jazmin albo, y la purpurea rosa
Con su matiz brillante,
Disputaban el premio á los sonrojos
De realzar sus cándidas mejillas,
Y languidez amable de sus ojos
El fuego moderaba,

Y su dulce atractivo revelaba;
Mientras que de su sien por las orillas,
En madejas ondeantes,
Sus cabellos ardosos se estendían,
Y cual oro entre perlas relucían.
Un fuego devorante
Corría de Lisardo entre las venas
Al apurar de Elvira las caricias;
Y, nadando en delicias,
Palpitar se sentían sus dos pechos,
Sus ardientes suspiros se mezclaban,
Y sus trémulos labios se abrazaban
En mútuo fuego... ¡Celestial deleite,
Extasis del amor, dulces primicias
De la ternura fiel y encantadora,
Cuán gratos sois al corazón que adora!
Lisardo, rebosando
De júbilo y ternura,
Le dijo:—Amiga, compasivo el cielo
Al fin colma mis votos y mi anhelo:
La fortuna enemiga, que en su infancia,
Con envidia miró nuestros amores,
Ha cedido por fin á mi constancia,
Aunque con mano avara, sus favores;
Y tu feliz amante,
A par su mano, en holocausto digno
Puede ofrecerte un corazón constante.
Tuyo es el triunfo, Elvira, el lauro mio;
Que al amor yo consagro, pues benigno
Su activo fuego al corazón dió brío.

El me inflamó; su abrasadora llama,
Cuando miré tu perfección divina
Y consagré á su culto mi albedrio,
A mi existencia dió una nueva vida,
Y me inspiró á la par del sentimiento
El tierno y generoso pensamiento
De idolatrarte esposa,
De ser feliz y hacerte venturosa.
Unida á tu existencia está la mía
Por siempre, Elvira, desde aqueste día;
Este anillo nupcial ligue propicio
Con lazo indisoluble nuestros seres,
Hasta el día felíz en que Himeneo
Ante el ara sagrada
Consagre nuestra unión entre placeres.
Corra el tiempo veloz anonadando
Cuanto encuentre en su rápida carrera:
Yo nada temo su terrible mando,
Pues cuanto adoro y cuanto amé poseo.
Prodigue la fortuna sus favores
Al que anhele riquezas ó victorias,
Que Lisardo feliz ya nada espera:
De su vaivén, ni ambicionó más glorias
Que ser querido, idolatrar á Elvira,
Consagrarle su vida y sus amores.
Nuestras almas, Elvira, abandonemos
A los transportes del amor supremos;
Huya de tu halagüena fantasía
La imagen del pesar; su saña impía
Ya no puede alcanzarnos, pues que unidas

Nuestras dos almas vivirán por siempre.
Durará nuestro amor; ya la esperanza
Nos sonríe halagüeña,
Y la senda florida nos enseña,
Por do á su fin declinen nuestras vidas
En calma siempre y próspera bonanza.
Nuestras almas, Elvira, abandonemos
A los transportes del amor supremos,
Al júbilo, al placer y á la alegría.
Tuyo por siempre soy y tu eres mía,
Mas, ¿qué pesar recóndito y tirano
Acibara tu gozo, Elvira mía?
¿Por qué tristes tus ojos y sombríos,
Esquivan mis miradas? ¿Porque vuelves
A otra parte su encanto soberano,
Y no secundas los transportes míos?»
—Mi corazón, mi vida, mi albedrío,
Toda yo, tuya soy, Lisardo amado;
Y aunque el destino airado
Separe acá en la tierra nuestra suerte
Anonadando nuestra gloria impío,
Tuya seré, triunfando de la muerte.
Mas no sé que fatal presentimiento
Acibara hoy mi dicha y mi contento,
Y en secreto me dice:—Tus amores
Finarán pronto, Elvira, y tu ventura.
Del tálamo halagüeño
El extasis de amor y de ternura
No gozarás en brazos de tu dueño,
Porque el amor y la esperanza es sueño,

Y cual la flor del campo solo dura.»
—Yo no se que fantasma nos rodea
De infortunio y pesar, y nuestras glorias
Amaga devorar en un momento.
Tiemblo al pensar que el Himeneo sacro
Ante el ara de Dios, y el simulacro,
Va á unirme a tí con título de esposa,
Y vacila mi planta temerosa
Cuando anhelante el corazón desea.
Impresa aun en mi mente veo y siento
La imagen de fantasma tenebrosa
Que anoche vino á mi tranquilo lecho
A conturbar y acongojar mi pecho.

VIII

Yo ví en mi sueño
Dos corazones
De amor ufanos
Y juventud,
Que se buscaban
Como atraídos
Por un hechizo
De gran virtud.

El Himeneo
Iba á enlazarlos
Con el anillo
Del puro amor,
Y ellos ardientes
Se encaminaban

A la ara augusta
Del sacro Dios:
Mas, de repente,
El negro brazo
De un esqueleto
Que apareció,
Su mano en medio
De los dos pechos
Puso, y con furia
Los separó.

Unirse ansiosos
Buscaban ellos,
Ardiendo en fuego
Del puro amor;
Pero la mano
Los separaba,
Interrumpiendo
Su dulce unión.

Tocoles luego
Los corazones:
Se marchitaron
Como la flor,
Y en el semblante
Del negro espectro
Turbia sonrisa
Fugaz vagó.»

—Esas tristes imágenes olvida,
Visiones de la mente en desvarío;

Huya de tu halagüeña fantasía
La sombra del pesar, Elvira mía,
Pues tu destino al mío,
Colmando nuestros votos y deseo,
Va unir por siempre plácido Himeneo.
Nuestras almas, Elvira, abandonemos
Al júbilo al placer, y á la alegría,
A los transportes del amor supremos:
¡Tuyo por siempre soy, y tú eres mía!

IX

Lisardo, solo, en su campestre albergue,
Los pasos melancólicos contaba
Del tiempo, siempre lentos
Para el que halaga la esperanza vana.
La noche era sombría, triste el cielo
Y cubierto de nubes anunciaba
La tempestad, y solo por momentos
La luna melancólica asomaba,
Como fúnebre antorcha sobre el mundo,
Su amortiguada faz, mientras profundo
El eco de los vientos resonaba,
Penetrando con lúgubre silbido
De Lisardo en la estancia, que transido
De congoja y terror se estremecía.
Mil imágenes triste revolvía
En su agitada mente,
Y en vez del rostro afable
De la esperanza riente,
Que otro tiempo en silencio lo halagaba,

Atónito y confuso solo vía
El de fantasma tétrica y sombría,
Que su pecho constante
Del de su Elvira amante
Con furor separaba,
Y con ojos de envidia devoraba
Su gloria, sus amores y ventura.
Vagando por los aires mustiamente,
Parecióle que oía
Acento funeral que repetía:
—Como la flor del campo tierna y pura,
Así el amor y la esperanza dura.—
Y el eco de los vientos resonando,
Penetraba con fúnebre armonía
En su tranquila estancia, y poseído
Lisardo de terror, se estremecía.
El fatídico bronce sonó la hora
Fatal de los espíritus malignos:
Lisardo á su balcón salió impelido
Al parecer por astros no benignos,
A contemplar la tempestad sonora
Y buscar de sus ansias el olvido:
Cuando visión nocturna de repente,
Hirió sus ojos y absorvió su mente.

X

Del espeso bosque y prado,
De la tierra, el aire, el cielo,
Al fulgor de fátuas lumbres

Con gran murmullo salieron
Sierpes, grifos y demonios,
Partos del hórrido averno,
Vampiros, gnomos y larvas,
Trasgos, lívidos espectros,
Animas en pena, errantes,
Vanas sombras y esqueletos,
Que en la tenebrosa noche
Dejan sus sepulcros yertos,
Hadas, brujas, nigromantes
Cavalgando en chivos negros,
Hienas, sanguales y lamias
Que se alimentan de muertos,
Aves nocturnas y monstruos
Del profundo turbios sueños;
Precita raza que forma
De Lucifer el cortejo:
Todos, todos blasfemando
Con gran tumulto salieron.
De infernales alaridos
Llenando el espacio inmenso.

Y el eco de los vientos penetraba,
Resonando con hórrida armonía,
De Lisandro en la estancia, que miraba
Como pasmado la visión sombría.

Lucifer con cetro y tiara
Descollaba en medio de ellos,
Y los demonios cantaban

Salmos al rey del averno;
Mientras fantasmas y monstruos,
Formando un círculo inmenso,
Para el sabático baile
Se preparaban contentos.
Ya la orgía comenzaba...
Mas, de repente se vieron
Centelleando en las tinieblas,
Como serpientes de fuego
Que por el aire trazaban
Este emblema del infierno:
—El amor y la esperanza
No son sinó un vano sueño.—
Un espectro entre sus manos
Dos corazones sangrientos
Oprimía palpitantes,
Llenos de amoroso fuego,
Y con diabólica risa,
Deleitándose en poseerlos,
Los unía y separaba,
Su amor burlando y anhelo.

Y el eco de los vientos penetraba,
Resonando con hórrida armonía
De Lisardo en la estancia, que miraba
Como pasmado la visión sombría.

Entre la turba infernal
Reinó el silencio un momento...
Cuando de lumbres cercados

Dos fantasmas parecieron,
Una virgen bella y joven
Sobre sus hombros trayendo,
Con las galas adornada
Del venturoso Himeneo.
La aparición repentina
Todos miraron atentos,
Mientras los torvos fantasmas
Con huesosos largos dedos
La doncella despojaron
De sus nupciales arreos,
Y con la negra mortaja
Del sepulcro la vistieron.
Luego entre la turba inmensa
Todos tres se confundieron,
Continuaron los aullidos
Y los infernales juegos. .
Cantó el gallo en la alquería;
Y con murmullo tremendo,
La turba infernal de sombras
Se perdió cual humo al viento.

Y el eco de los vientos, aplacado,
Penetraba con fúnebre armonía
De Lisardo en la estancia, que pasmado
Vió disiparse la visión sombría.

XI

En su trono de fuego el Mediodía
Reinaba rutilante y majestuoso,

Y Lisardo infeliz, desde la aurora,
Sumergido yacía
En letargo profundo y silencioso.
Despertó al fin; la fiebre consumía
Su desolado pecho, y el delirio,
Monstruo infernal que la razón devora,
De espantosas imágenes llenaba
Su ardiente fantasía. Ya la noche
Se encaminaba en su enlutado coche
Por el opaco empíreo, y anunciaba
Encapotado el cielo,
A la tierra infeliz nuevas escenas
De tempestad y duelo,
Cuando molesto y grave
Bajó el sopor á adormecer sus penas.

Pero á atormentarlo entonces
Vino la turba de engendros
Y tenebrosas visiones
Que aborta en la noche el sueño.
Contemplaba ora pasmado
Bajo el nocturno velo
La precita muchedumbre,
A la orgía inferna acudiendo;
Ora por el aire vago
Como serpientes de fuego,
Trazando emblemas fatales
De desolación y duelo;
Ora entre sus secas manos
Un descarnado esqueleto

Oprimiendo palpitantes
Dos corazones sangrientos;
Ora dos negros fantasmas
Sobre sus hombros trayendo
Engalanado y vestido
De una doncella el espectro:
—Elvira, Elvira,—Lisardo
Agitándose en su lecho
Exclamó entonces, y «Elvira»
Repitió lánguido un eco.
—Dadme á mi esposa y mi vida,
Horrorosos esqueletos,
Dadme á mi Elvira—y «Elvira»
Por los aires repitieron.
Calló Lisardo: una antorcha
Brilló con fulgor incierto
En la puerta de su estancia.
Y vió al pálido reflejo
¡Oh terror! ¡oh encanto! á Elvira
Acercarse á pasos lentos,
De alba túnica vestida,
Suelto el dorado cabello.
—Elvira, Elvira, mi esposa,—
Exclamó entonces de nuevo,
Transportado de alegría,
¿Como es que á esta hora te veo?
Ven á mis brazos, querida,
Ven á mi amoroso seno,
Y disipa las angustias,
Que por tí sufre mi pecho.

¿Porqué tan lánguida te hallas,
Hermosa flor del desierto?
¿Es que el rigor has sufrido
De algún inflamado viento?
¿Porque tus ojos se fijan
Sobre mí mustios y yertos,
Del dulce encanto desnudos,
Y del amoroso fuego
Que hechizaba mis sentidos
Y mis potencias á un tiempo?
Algún pesar inhumano,
Algún cuidado secreto
Envidioso de tu dicha
Roe tu inocente pecho,
Mi Elvira, y sobre tu rostro
Vierte su infausto veneno.
Ven á olvidar tus congojas,
Ven á mi amoroso seno,
Ven, idolatrada amiga,
Que ya plácido Himeneo
Ante el ara sacrosanta
Consagró nuestros afectos.
Pero ¡oh placer, oh delicia!
Elvira mía, aun te veo
Con las galas adornada
Del venturoso Himeneo.
Deja esas joyas preciosas,
Deja ese rubor secreto
Que la inocencia te inspira
Ven á mi amoroso seno,

Ven, Elvira, y venturosos
A los transportes supremos
Del tierno amor nuestras almas
Sin temor abandonemos.
—De Lisardo á los trasportes,
Cuál si fuera mármol yerto
Yacía Elvira, guardando
Mudo y tétrico silencio.
—Muerta al placer es tu Elvira,
Lisardo, que el mismo fuego
Que corría en sus entrañas,
Ha devorado su pecho.
Una ley fatal, temprano
Ha congelado en mi cuerpo
La sangre que por tí ardía,
Pero no ha helado mi afecto;
Y esta misma ley, me obliga
A sofocar en el seno
Mi pasión y cuanto encierra
Por tí de amoroso y tierno.
Por el vigor inhumano
Yo he burlado de su imperio,
Y cual sombra de la noche,
A verte, Lisardo, vengo:
Mi alma á la tuya está unida,
A pesar del hado adverso,
Con los inefables lazos
Del amor y el Himeneo—
—Calló Elvira: misterioso
Reinó el silencio de nuevo,

Y suspiros amorosos
Interrumpidos se oyeron.
—Frío está, mi dulce amiga,
Como la nieve tu cuerpo;
Tendré el poder de animarlo
Con mis inflamados besos,
Aunque despojo insensible
Fuera del sepulcro yerto.

Corred torrentes
De amor ardientes,
¿Cómo me inflama
Toda la llama
De amor no sientes?»

El voluptuoso delirio
De amor lo transporta luego,
Y las caricias y halagos
Pábulo dan al incendio.
—¡Oh que delicia! ¡Oh que encanto!
¡Oh que deleite supremo,
Del objeto idolatrado
Sentir palpitar el pecho;
Beber amor de sus labios,
Bañarse en halagos tiernos!

Corred torrentes
De amor ardientes.
¿Cómo me inflama
Toda la llama
De amor no sientes?

Mas ¡oh terror! yo deliro...
Trémula, Elvira, te siento,
Insensible á mis halagos
Cuando yo todo me enciendo.
El casto rubor sin duda
Vierte en tu sangre su hielo.
Déjame ser venturoso.....
—Joven insano ¿qué has hecho?
Ya para tí se acabaron
Amor, esperanza y sueños
De felicidad y dicha:
Has abrazado á un espectro?—
Resonó fúnebre entonces
La hora fatal de los muertos,
Y de repente en la puerta
Del silencioso aposento
Clamó una voz imperiosa:
—Elvira, Elvira, ya es tiempo—
Despertó Lisardo al punto,
Y la visión de su sueño
Como fantástica sombra
Se disipara al momento.

XII

El luminar del día
Reclinaba su frente,
Sereno y majestuoso en Occidente,
Y fugaz el crepúsculo esparcía
Melancólico velo sobre el mundo.

Multitud silenciosa y pensativa
En rededor de un féretro marchaba,
Donde mortal despojo se veía
Cubierto con el cándido ropaje
De la inocencia, y en su sien, ceñidas
De azucenas y violas amorosas,
Corona virginal aun no marchitas.
Mas de repente en medio del concurso
Un joven se arrojó: tendió su vista
Sobre aquel ataud, y repitiendo
Con grito de dolor «Elvira, Elvira,»
Exámine cayó en el duro suelo,
Con pasmo de la triste comitiva.
Así se desvanece la esperanza
Que dió un instante á la existencia vida,
Y el encanto de amor y la hermosura
Como flor del desierto solo dura.

LA CAUTIVA

PRIMERA PARTE

EL DESIERTO

Ils vont, L'espace est grand.
Victor Hugo.

En todo clima el corazón de la mujer es tierra fértil en afectos generosos: ellas en cualquier circunstancia de la vida saben, como la Samaritana, prodigar el óleo y el vino.
Birón.

Era la tarde, y la hora
En que el sol la cresta dora
De los Andes. El desierto
Inconmensurable, abierto
Y misterioso á sus pies
Se estiende, triste el semblante,
Solitario y taciturno
Como el mar, cuando un instante,
Al crepúsculo nocturno,
Pone rienda á su altivez.

Gira en vano, reconcentra
Su inmensidad, y, no encuentra
La vista en su vivo anhelo,
Do fijar su fugaz vuelo,
Como el pájaro en el mar.
Doquier campos y heredades
De ave y bruto guaridas,
Doquier cielo, y soledades
De Dios solo conocidas,
Que Él solo puede sondar.

A veces la tribu errante,
Sobre el potro rozagante
Cuyas crines altaneras
Flotan al viento ligeras,
Lo cruza cual torbellino,
Y pasa, ó su toldería (1)
Sobre la grama frondosa
Asienta, esperando el día
Duerme, tranquila reposa,
Sigue veloz su camino.

¡Cuantas, cuantas maravillas
Sublimes y á par sencillas,
Sembró la fecunda mano
De Dios allí!—¡Cuanto arcano
Que no es dado al mundo ver!
La humilde yerba, el insecto,

(1) **Toldería**: El conjunto de chozas ó el aduar del salvaje. (Nota del poeta).

La aura aromática y pura,
El silencio, el triste aspecto
De la grandiosa llanura,
El pálido anochecer,

Las armonías del viento
Dicen más al pensamiento,
Que todo cuanto á porfía
La vana filosofía
Pretende altiva enseñar.
¡Qué pincel podrá pintarlas
Sin deslucir su belleza!
¡Qué lengua humana alabarlas!
Solo el genio, su grandeza
Puede sentir y admirar.

Ya el sol su nítida frente
Reclinaba en occidente
Derramando por la esfera
De su rubia cabellera
El desmayado fulgor.
Sereno y diáfano el cielo,
Sobre la gala verdosa
De la llanura, azul velo
Esparcia, misteriosa
Sombra dando á su color.

El aura moviendo apenas
Sus olas de aroma llenas,
Entre la yerba bullía

Del campo, que parecía
Como un piélago ondear,
Y la tierra contemplando
Del astro rey la partida
Callaba, manifestando,
Como en una despedida,
En su semblante pesar.

Solo á ratos, altanero
Relinchaba un bruto fiero
Aquí ó allá, en la campaña;
Bramaba un toro de saña,
Rugía un tigre feroz,
O las nubes contemplando,
Como extático gozoso,
El yajá (1), de cuando en cuando,
Turbaba el mudo reposo
Con su fatídica voz.

Se puso el sol; parecía
Que el vasto horizonte ardía:
La silenciosa llanura
Fué quedando más oscura,

---

(1) El P. Guevara hablando de esta ave, en su historia del Paraguay, dice :

El *Yahá* justamente le podemos llamar el volador y centinela. Es grande de cuerpo y de pico pequeño. El color es ceniciento con un collarin de plumas blancas que le rodean. Las alas están armadas de un espolón colorado duro y fuerte con que pelea...En su canto repiten estas voces, Yahá, Yahá, que significa en guaraní «Vamos, vamos», de donde se les impuso el nombre. El misterio y significación es que estos pájaros velan de noche, y en sintiendo ruido de gente que viene, empiezan á repetir yahá, yahá, como si dijeran: «vamos, vamos, que hay enemigos, y no estamos seguros de sus asechanzas». Los que saben esta propiedad de el Yahá, luego que oyen su canto se ponen en vela, temiendo vengan enemigos para acometerlos...

En la provincia se llama Chajá ó Yajá insdistintamente.

Más pardo el cielo, y en él,
Con luz trémula brillaba
Una que otra estrella, y luego
A los ojos se òcultaba,
Como vacilante fuego,
En soberbio chapitel.

El crepúsculo entretanto,
Con su claroscuro manto,
Veló la tierra; una faja,
Negra como una mortaja,
El occidente cubrió;
Mientras la noche bajando
Lenta venía, la calma
Que contempla suspirando,
Inquieta á veces el alma,
Con el silencio reinó.

Entonces, como el rüido
Que suele hacer el tronido
Cuando retumba lejano,
Se oyó en el tranquilo llano
Sordo y confuso clamor;
Se perdió. . .y luego violento,
Como baladro espantoso
De turba inmensa, en el viento
Se dilató sonoroso,
Dando á los brutos pavor.

Bajo la planta sonante
Del ágil potro arrogante
El duro suelo temblaba,
Y envuelto en polvo cruzaba
Como animado tropel,
Velozmente cabalgando.
Veianse lanzas agudas,
Cabezas, crines ondeando;
Y como formas desnudas
De aspecto extraño y cruel.

¿Quién es? ¿Qué insensata turba
Con su alarido perturba
Las calladas soledades
De Dios, do las tempestades
Solo se oyen resonar?
¿Qué humana planta orgullosa
Se atreve á hollar el desierto
Cuando todo en él reposa?
¿Quién viene seguro puerto
En sus yermos á buscar?

¡Oid! ya se acerca el bando
De salvajes, atronando
Todo el campo convecino.
¡Mirad! Como torbellino
Hiende el espacio veloz;
El fiero ímpetu no enfrena
Del bruto que arroja espuma;
Vaga al viento su melena,

Y con ligereza suma
Pasa en ademán atroz.

¿Donde va? ¿de donde viene?
¿De qué su gozo proviene?
¿Por qué grita, corre, vuela
Clavando al bruto la espuela,
Sin mirar al rededor?
¡Ved! que las puntas ufanas
De sus lanzas, por despojos
Llevan cabezas humanas,
Cuyos inflamados ojos
Respiran aún su furor.

Asi el bárbaro hace ultraje
Al indomable coraje
Que abatió su alevosía,
Y su rencor todavía
Mira, con torpe placer,
Las cabezas que cortaron
Sus inhumanos cuchillos,
Exclamando:—«ya pagaron
Del cristiano, los caudillos,
El feudo á nuestro poder.

Ya los ranchos (1) do vivieron,
Presa de las llamas fueron,
Y muerde el polvo abatida
Su pujanza tan erguida.

(1) Ranchos: cabañas pajizas de nuestros campos.

¿Donde sus bravos están?
Vengan hoy del vituperio,
Sus mujeres, sus infantes,
Que gimen en cautiverio,
A libertar, y como antes,
Nuestras lanzas probarán. »

Tal decía, y bajo el callo
Del indómito caballo
Crugiendo el suelo temblaba;
Hueco y sordo retumbaba
Su grito en la soledad;
Mientras la noche, cubierto
El rostro en manto nubloso,
Echó en el vasto desierto
Su silencio pavoroso,
Su sombría magestad.

SEGUNDA PARTE

EL FESTÍN

...orribile favelle,
Parole di dolore, accenti d'ira,
Voci alte e fioche, e suon di man con elle
Facevan un tumulto...

Dante.

Noche es el vasto horizonte,
Noche el aire, cielo y tierra;
Parece haber apiñado

El genio de las tinieblas,
Para algún misterio inmundo,
La lobreguez del abismo
Don inalterable reina.
Solo inquietos divagando,
Por entre las sombras negras,
Los espíritus foletos
Con viva luz reverberan,
Vienen, van, brillan, se alejan;
Mientras el insecto chilla,
Y en fachinales (1) ó cuevas,
Los nocturnos animales
Con triste aullido se quejan.
La tribu aleve entretanto,
Allá en la pampa desierta
Donde el cristiano atrevido
Jamás estampa la huella,
Ha reprimido del bruto
La estrepitosa carrera;
Y campo tiene fecundo
Al pié de una loma estensa,
Lugar hermoso do á veces
Sus tolderías asienta.
Feliz la maloca (2) ha sido;
Rica y de estima la presa
Que arrebató á los cristianos:—
Caballos, potros y yeguas,

(1) Llámanse así en la provincia, ciertos sitios húmedos y bajos en donde crece confusa y abundantemente la maleza

(2) Maloca: lo mismo que incursión ó correría.

Bienes que en su vida errante
Ella más que el oro aprecia;
Muchedumbre de cautivas,
Todas jóvenes y bellas.
Sus caballos, en manadas,
Pacen la fragante yerba,
Y al lazo, algunos prendidos,
A la pica ó la manea,
De sus indolentes amos
El grito de alarma esperan.
Y no lejos de la turba,
Que charla ufana y hambrienta,
Atado entre cuatro lanzas,
Como víctima en reserva,
Noble espíritu valiente
Mira vacilar su estrella;
Al paso que su infortunio
Sin esperanza lamentan,
Rememorando su hogar,
Los infantes y las hembras.
Arden ya en medio del campo
Cuatro estendidas hogueras
Cuyas vivas llamaradas
Irradiando colorean
El tenebroso recinto
Donde la chusma hormiguea.
En torno al fuego sentados
Unos lo atizan y ceban;
Otros la jugosa carne
Al rescoldo ó llama tuestan;

Aquel come, este destripa,
Más allá alguno degüella
Con afilado cuchillo
La yegua al lazo sujeta,
Y á la boca de la herida,
Por donde ronca y resuella
Y á borbollones arroja
La caliente sangre fuera,
En pié, trémula y convulsa,
Dos ó tres indios se pegan
Como sedientos vampiros,
Sorben, chupan, saborean
La sangre, haciendo mormullo,
Y de sangre se rellenan.
Baja el pescuezo, vacila,
Y se desploma la yegua,
Con aplauso de las indias
Que á descuartizarla empiezan.
Arden en medio del campo,
Con viva luz las hogueras;
Sopla el viento de la pampa
Y el humo y las chispas vuelan.
A la charla interrumpida,
Cuando el hambre está repleta,
Sigue el cordial regocijo,
El beberaje y la gresca,
Que apetecen los varones
Y las mujeres detestan.
El licor espirituoso
En grandes vacías echan,

Y, tendidos de barriga
En derredor, la cabeza
Meten sedientos, y apuran
El apetecido néctar
Que, bien pronto los convierte
En abominables fieras.
Cuando algún indio medio ébrio,
Tenaz metiendo la lengua
Sigue en la preciosa fuente,
Y beber también no deja
A los que aguijan furiosos,
Otro viene, de las piernas
Lo agarra, tira y arrastra,
Y en lugar suyo se espeta.
Así bebe, ríe, canta,
Y al regocijo sin rienda
Se dá la tribu. Aquel ébrio
Se levanta, bambolea,
A plomo cae, y gruñendo
Como animal se revuelca;
Este chilla, algunos lloran,
Y otros á beber empiezan.
De la chusma toda al cabo
La embriaguez se enseñorea
Y hace andar en remolino
Sus delirantes cabezas.
Entonce empieza el bullicio
Y la algazara tremenda,
El infernal alarido
Y las voces lastimeras.

Mientras sin alivio lloran
Las cautivas miserables
Y los ternezuelos niños,
Al ver llorar á sus madres.
Las hogueras entretanto
En la oscuridad flamean,
Y á los pintados semblantes
Y á las largas cabelleras
De aquellos indios beodos,
Da su vislumbre siniestra
Colorido tan extraño,
Traza tan horrible y fea,
Que parecen del abismo
Precita, inmunda ralea,
Entregada al torpe gozo
De la sabática fiesta. (1)
Todos en silencio escuchan;
Una voz entona recia
Las heroicas alabanzas
Y los cantos de la guerra:

Guerra, guerra y esterminio
Al tiránico dominio
Del Huinca; (2) engañosa paz:
Devore el fuego sus ranchos;
Que en su vientre los caranchos

---

(1) Junta nocturna de los espíritus malignos, según tradición comunicada á los pueblos cristianos por los judíos. (Nota del poeta).

(2) Huinca: voz con que designan los indios al cristiano ú hombre que no es de su raza.

Ceben el pico voraz.
Oyó gritos el caudillo,
Y en su fogoso tordillo
Salió Brián;
Pocos eran y él delante
Venía, al bruto arrogante,
Dió una lanzada Quillán;
Lo cargó al punto la indiada:
Con la fulminante espada
Se alzó Brián;
Grandes sus ojos brillaron,
Y las cabezas rodaron
De Quitúr y Callupán.
Echando espuma y herido,
Como toro enfurecido
Se encaró,
Ceño torvo revolviendo
Y el acero sacudiendo.
Nadie acometerle osó.
Valichu (1) estaba en su brazo,
Pero al golpe de un bolazo (2)
Cayó Brián,
Como potro en la llanura:
Sebo en su cuerpo y hartura
Encontrará el gavilán.

(1) **Valichu: nombre que dan al espíritu maligno los indígenas de la pampa. Hemos leído en el Falkner: Valichu, comunmente se dice Gualichu.**
(2) **Bolas: arma arrojadiza, que se compone de tres correas trenzadas, ligadas por un extremo, y sujetando en el otro otras tantas esferas sólidas de metal ó piedra.**

Las armas cobarde entrega
El que vivir quiere esclavo,
Pero el indio guapo nó.
Chañil murió como bravo,
Batallando en la refriega,
De una lanzada murió.

Salió Brián airado,
Blandiendo la lanza
Con fiera pujanza
Chañil lo embistió;
Del pecho clavado
En el hierro agudo,
Con brazo forzudo,
Brián lo levantó.
Funeral sangriento
Ya tuvo en el llano;
Ni un solo cristiano
Con vida escapó.
¡Fatal vencimiento!
Lloremos la muerte
Del indio más fuerte
Que la pampa crió.

Quienes su pérdida lloran,
Quienes sus hazañas mentan.
Oyense voces confusas,
Medio articuladas quejas,
Baladros, cuyo son ronco
En la llanura resuena.
De repente todos callan

Y un solo murmullo reina,
Semejante al de la brisa
Cuando rebulle en la selva;
Pero, gritando, algún indio
En la boca se palmea,
Y el disonante alarido
Otra vez el campo atruena.
El indeleble recuerdo
De las pasadas ofensas
Se aviva en su ánimo entonces,
Y atizando su fiereza,
Al rencor adormecido
Y á la venganza subleva:
En su mano los cuchillos,
A la luz de las hogueras
Llevando muerte relucen;
Se ultrajan, riñen, vocean,
Como animales feroces
Se despedazan y bregan.
Y asombradas las cautivas,
La carnicería horrenda
Miran, y á Dios en silencio
Humildes preces elevan.
Sus mujeres entretanto,
Cuya vigilancia tierna
En las horas del peligro
Siempre cautelosa vela,
Acorren luegó á calmar
El frenesí que los ciega,
Ya con ruegos y palabras

De amor y eficacia llenas;
Ya interponiendo su cuerpo
Entre las armas sangrientas.
Ellos resisten y luchan,
Las desoyen y atropellan
Lanzando injuriosos gritos,
Y los cuchillos no sueltan
Sino cuando, ya rendida
Su natural fortaleza
A la embriaguez y el cansancio,
Dobla el cuello y cae por tierra.
Al tumulto y la matanza
Sigue el llorar de las hembras
Por sus maridos y deudos;
Las lastimosas endechas,
A la abundancia pasada,
A la presente miseria,
A las víctimas queridas
De aquella noche funesta.
Pronto un profundo silencio
Hace á los lamentos tregua,
Interrumpido por ayes
De moribundos, ó quejas,
Risas, gruñir sofocado
De la embriagada torpeza;—
Al espantoso ronquido
De los que durmiendo sueñan,
Los gemidos infantiles
Del ñacurutú (1) se mezclan;

(1) Ñacurutú: especie de lechuza grande, cuyo grito se asemeja al sollozar de un niño.

Chillidos, aúllos tristes
Del lobo que anda á la presa
De cadáveres, de troncos,
Miembros, sangre y osamentas,
Entremezclados con vivos,
Cubierto aquel campo queda,
Donde poco antes la tribu
Llegó alegre y tan soberbia.
La noche en tanto camina
Triste, encapotada y negra;
Y la desmayada luz
De las festivas hogueras,
Solo alumbra los estragos
De aquella bárbara fiesta.

TERCERA PARTE

EL PUÑAL

Yo iba á morir es verdad
Entre bárbaros crueles,
Y allí el pesar me mataba
De morir, mi bien, sin verte.
A darme la vida tú
Saliste, hermosa, y valiente.

Calderón.

Yace en el campo tendida,
Cual si estuviera sin vida,
Ebria la salvaje turba,

Y ningún ruido perturba
Su sueño ó sopor mortal.
Varones y hembras mezclados,
Todos duermen sosegados.
Solo, en vano tal vez, velan
Los que libertase anhelan
Del cautiverio fatal.

Paran la oreja bufando
Los caballos que vagando
Libres despuntan la grama;
Y á la moribunda llama
De las hogueras se vé,
Se vé sola y taciturna,
Simil á sombra nocturna,
Moverse una forma humana
Como quien lucha y se afana
Y oprime algo bajo el pié.

Se oye luego triste aúllo,
Y horrisonante murmullo
Semejante al del novillo
Cuando el filoso cuchillo
Lo degüella sin piedad,
Y por la herida resuella,
Y aliento y vivir por ella,
Sangre hirviendo á borbollones,
En horribles convulsiones,
Lanza con velocidad.

Silencio; ya el paso leve
Por entre la yerba mueve,
Como quien busca y no atina,
Y temeroso camina
De ser visto ó tropezar,
Una mujer; en la diestra
Un puñal sangrieto muestra,
Sus largos cabellos flotan
Desgreñados, y denotan
De su ánimo el batallar.

Ella va. Toda es oídos;
Sobre salvajes dormidos
Va pasando. Escucha; mira;
Se para; apenas respira;
Y vuelve de nuevo á andar.
Ella marcha, y sus miradas
Vagan en torno azoradas,
Cual si creyesen ilusas
En las tinieblas confusas
Mil espectros divisar.

Ella va; y aun de su sombra,
Como el criminal, se asombra;
Alza, inclina la cabeza;
Pero en un cráneo tropieza
Y queda al punto mortal.
Un cuerpo gruñe y resuella,
Y se revuelve.... mas ella
Cobra espíritu y coraje,

Y en el pecho del salvaje
Clava el agudo puñal.

El indio dormido espira,
Y ella veloz se retira
De allí, y anda con más tino
Arrostrando del destino
La rigorosa crueldad.
Un instinto poderoso,
Un afecto generoso
La impele y guía segura,
Como luz de estrella pura,
Por aquella oscuridad.

Su corazón de alegría
Palpita.—Lo que quería,
Lo que buscaba con ansia
Su amorosa vigilancia
Encontró gozosa al fin.
Allí, allí está su universo,
De su alma el espejo terso,
Su amor esperanza y vida;
Allí contempla embebida
Su terrestre serafín.

—Brián, dice, mi Brián querido,
Busca durmiendo el olvido;
Quizás ni soñando espera
Que yo entre esta gente fiera
Le venga á favorecer.

Lleno de heridas, cautivo,
No abate su ánimo altivo
La desgracia, y satisfecho
Descansa, como en su lecho,
Sin esperar, ni temer.

Sus verdugos, sin embargo,
Para hacerle mas amargo
De la muerte el pensamiento,
Deleitarse en su tormento,
Y más su rencor cebar
Prolongando su agonía,
La vida suya, que es mía,
Guardaron, cuando triunfantes,
Hasta los tiernos infantes
Osaron despedazar.

Arrancándolos del seno
De sus madres—¡día lleno
De execración y amargura,
En que murió mi ventura,
Tu memoria me da horror!—
Así dijo, y ya no siente,
Ni llora, porque la fuente
Del sentimiento fecunda
Que el femenil pecho inunda,
Consumió el voraz dolor.

Y el amor y la venganza
En su corazón alianza

Han hecho, y solo una idea
Tiene fija y saborea
Su ardiente imaginación.
Absorta el alma, en delirio
Lleno de gozo y martirio
Queda, hasta que al fin estalla
Como volcan, y se explaya
La lava del corazón.

Allí está su amante herido,
Mirando al cielo, y ceñido
El cuerpo con duros lazos.
Abiertos en cruz los brazos,
Ligadas manos y pies.
Cautivo está, pero duerme;
Inmoble, sin fuerza, inerme
Yace su brazo invencible;
De la pampa el león terrible
Presa de los buitres es.

Allí, de la tribu impía,
Esperando con el día
Horrible muerte, está el hombre
Cuya fama, cuyo nombre,
Era al bárbaro traidor,
Más temible que el zumbido
Del hierro ó plomo encendido;
Más aciago y espantoso
Que el valichu rencoroso
A quien ataca su error.

Allí está;—silenciosa ella,
Como tímida doncella,
Besa su entreabierta boca,
Cual si dudara le toca
Por ver si respira aún.
Entonces las ataduras,
Que sus carnes roen duras,
Corta, corta velozmente,
Con su puñal obediente,
Teñido en sangre común.

Brián despierta,—su alma fuerte,
Conforme ya con su suerte,
No se conturba, ni azora;
Poco á poco se incorpora,
Mira sereno, y cree ver
Un asesino;—echan fuego
Sus ojos de ira; mas luego
Se siente libre, y se calma;
Y dice:—¿eres alguna alma
Que pueda y deba querer?

¿ Eres espíritu errante,
Angel bueno, ó vacilante
Parto de mi fantasía?—
—Mi vulgar nombre es María,
Angel de tu guarda soy;
Y mientras cobra pujanza,
Ebria la feroz venganza
De los bárbaros, segura,

En aquesta noche oscura,
Velando á tu lado estoy.

Nada tema tu congoja.—
Y enajenada se arroja
De su querido en los brazos,
Le da mil besos y abrazos,
Repitiendo: Brián, mi Brián.
—La alma heroica del guerrero
Siente el gozo lisonjero
Por sus miembros doloridos
Correr, y que sus sentidos
Libres de ilusión están.

Y en labios de su querida
Apura aliento de vida,
Y la estrecha cariñoso
Y en éxtasis amoroso
Ambos respiran así.
Mas, súbito él la separa,
Como si en su alma brotara
Horrible idea, y la dice:
—María, soy infelice,
Ya no eres digna de mí.

Del salvaje la torpeza
Habrá ajado la pureza
De tu honor, y mancillado
Tu cuerpo santificado
Por mi cariño y tu amor;

Ya no me es dado quererte.—
Ella le responde:—advierte,
Que en este acero está escrito
Mi pureza y mi delito,
Mi ternura y mi valor.

Mira este puñal sangriento,
Y saltará de contento
Tu corazon orgulloso;
Diómele amor poderoso,
Diómele para matar
Al salvaje que insolente
Ultrajar mi honor intente,
Para, á un tiempo, de mi padre,
De mi hijo tierno y mi madre
La injusta muerte vengar;

Y tu vida, mas preciosa
Que la luz del sol hermosa,
Sacar de las fieras manos
De estos tigres inhumanos,
O contigo perecer.
Loncoy, el cacique altivo
Cuya saña al atractivo
Se rindió de estos mis ojos,
Y quiso entre sus despojos
De Brián la querida ver,

Despues de haber mutilado
A su hijo tierno, anegado

En su sangre yace impura;
Sueño infernal su alma apura:
Diole muerte este puñal.
Levanta, mi Brián, levanta,
Sigue, sigue mi ágil planta;
Huyamos de esta guarida
Donde la turba se anida
Más inhumana y fatal.—

—¿Pero adonde, adonde iremos?
¿Por fortuna encontraremos
En la pampa algún asilo
Donde nuestro amor tranquilo
Logre burlar su furor?
¿Podremos, sin ser sentidos,
Escapar, y desvalidos,
Caminar á pie, ijadeando,
Con el hambre y sed luchando,
El cansancio y el dolor?—

—Sí, el anchuroso desierto
Más de un abrigo encubierto
Ofrece, y la densa niebla,
Que el cielo y la tierra puebla,
Nuestra fuga ocultará.
Brián, cuando aparezca el día,
Palpitantes de alegría
Lejos de aquí ya estaremos,
Y el alimento hallaremos
Que el cielo al infeliz da.—

—Tú podrás, querida amiga,
Hacer rostro á la fatiga,
Mas yo llagado y herido,
Débil, exangüe, abatido,
¿Cómo podré resistir?
Huye tú, mujer sublime,
Y del oprobio redime
Tu vivir predestinado;
Deja á Brián infortunado,
Solo, en tormentos morir.—

—No, no, tú vendrás conmigo,
O pereceré contigo
De la amada patria nuestra
Escudo fuerte es tu diestra,
¿Y, qué vale una mujer?
Huyamos, tú de la muerte,
Yo de la oprobiosa suerte
De los esclavos. Propicio
El cielo este beneficio
Nos ha querido ofrecer.

No insensatos lo perdamos:
Huyamos, mi Brián, huyamos;
Que en el áspero camino,
Mi brazo y poder divino
Te servirán de sostén.—
—Tu valor me infunde fuerza,
Y de la fortuna adversa,
Amor, gloria, ó agonía,

Participar con María
Yo quiero. Huyamos, ven; ven.—

Dice Brian y se levanta;
El dolor traba su planta,
Mas devora el sufrimiento,
Y ambos caminan á tiento
Por aquella oscuridad.
Tristes van; de cuando en cuando,
La vista al cielo llevando,
Que da esperanza al que gime:
¿Qué busca su alma sublime?
La muerte ó la libertad.

—Y en esta noche sombría
¿Quién nos servirá de guía?—
—Brián ¿no ves allá una estrella
Que entre dos nubes centella,
Cual benigno astro de amor
Pues esa es por Dios enviada,
Como la nube encarnada
Que vió Israel prodigiosa;
Sigamos la senda hermosa
Que nos muestra su fulgor.

Ella del triste desierto
Nos llevará á feliz puerto.—
Ellos van. Solas, perdidas,
Como dos almas queridas
Que amor en la tierra unió,

Y en la misma forma de antes,
Andan por la noche errantes,
Con la memoria hechicera
Del bien que en su primavera
La desdicha les robó.

Ellos van. Vasto, profundo
Como el páramo del mundo
Misterioso es el que pisan.
Mil fantasmas se divisan,
Mil formas vanas hallí,
Que la sangre joven hielan:
Mas ellos vivir anhelan.
Brián desmaya caminando,
Y al cielo otra vez mirando,
Dice á su querida así:

—Mira: ¿no ves? la luz bella
De nuestra polar estrella
De nuevo se ha oscurecido;
Y el cielo más denegrido
Nos anuncia algo fatal.—
—Cuando contrario el destino
Nos cierre, Brián, el camino,
Antes de volver á manos
De esos indios inhumanos,
Nos queda algo: este puñal.—

CUARTA PARTE

LA ALBORADA

Ya de muertos la tierra está cubierta.
Y la vasta llanura toda es sangre.

Manzoni.

Todo estaba silencioso:
La brisa de la mañana
Recién la yerba lozana
Acariciaba, y la flor;
Y en el oriente nubloso,
La luz apenas rayando,
Iba el campo matizando
De claroscuro verdor.

Posaba el ave en su nido:
Ni del pájaro se oía
La variada melodía,
Música que al alba da;
Y solo al ronco bufido
De algún potro que se azora,
Mezclaba su voz sonora
El agorero yajá.

En el campo de la holganza,
So la techumbre del cielo,
Libre, agena de recelo
Dormía la tribu infiel;
Mas la terrible venganza
De su constante enemigo
Alerta estaba, y castigo
Le preparaba crüel.

Súbito, al trote asomaron
Sobre la estendida loma,
Dos jinetes, como asoma
El astuto cazador.
Al pie de ella divisaron
La chusma quieta y dormida;
Y volviendo atrás la brida,
Fueron á dar el clamor

De alarma al campo cristiano.
Pronto en brutos altaneros
Un escuadrón de lanceros
Trotando allí se acercó,
Con acero y lanza en mano;
Y en hileras dividido
Al indio, no apercibido,
En doble muro encerró.

Entonces, el grito: ¡cristiano, cristiano!
Resuena en el llano.
¡Cristiano! repite confuso clamor.

La turba que duerme despierta turbada,
Clamando azorada:
¡Cristiano nos cerca, cristiano traidor!

Niños y mujeres llenos de conflicto,
Levantan el grito.
Sus almas conturba la tribulación.
Los unos pasmados al peligro horrendo,
Los otros huyendo,
Corren, gritan, llevan miedo y confusión.

Quien salta al caballo que encontró primero;
Quien toma el acero;
Quien corre su potro querido á buscar.
Mas ya la llanura cruzan, desbandadas,
Yeguas y manadas,
Que el cauto enemigo las hizo espantar.

En trance tan duro los carga el cristiano,
Blandiendo en su mano
La terrible lanza, que no da cuartel.
Los indios más bravos luchando resisten:
Cual fieras embisten;
El brazo sacude la matanza cruel.

El sol aparece; las armas agudas
Relucen desnudas,
Horrible la muerte se muestra doquier,
En lomos del bruto, la fuerza y coraje
Crece del salvaje;
Sin su apoyo, inerme se deja vencer.

Pie en tierra poniendo, la fácil victoria
Que no le da gloria
Prosigue el cristiano lleno de rencor.
Caen luego caciques, soberbios caudillos,
Los fieros cuchillos
Degüellan, degüellan, sin sentir horror.

Los ayes, los gritos, clamor del que llora,
Gemir del que implora
Puesto de rodillas en vano piedad;
Todo se confunde: del plomo el silbido,
Del hierro el crugido,
Que ciego no acata ni sexo, ni edad.

Horrible, horrible matanza
Hizo el cristiano aquel día;
Ni hembra, ni varón, ni cría
De aquella tribu quedó.
La inexorable venganza
Siguió el paso á la perfidia,
Y en no cara y breve lidia
Su cerviz al hierro dió.

Viose la yerba teñida
De sangre hedionda, y sembrado
De cadáveres el prado
Donde resonó el festín.
Y del sueño de la vida
Al de la muerte pasaron
Los que poco antes holgaron,
Sin temer aciago fin.

Las cautivas derramaban
Lágrimas de regocijo;
Una al esposo, otra al hijo
Debió allí la libertad;
Pero ellos tristes estaban,
Porque ni vivo ni muerto
Halló á Brián en el desierto,
Su valor y su lealtad.

QUINTA PARTE

EL PAJONAL

.... y el ánimo cansado.
De esperanza feliz, nutre
y conforta.

Dante.

Así, huyendo á la ventura,
Ambos á pié divagaron
Por la lóbrega llanura,
Y al salir la luz del día,
A corto trecho se hallaron
De un inmenso pajonal. (1)
Brián debilitado, herido,
A la fatiga rendido,

---

(1) Pajonal: paraje anegado, en donde crece la paja enmarañada y alta. Los hay muy extensos, y algunos á la distancia aparecen en la planicie como bosque: son los Oasis de la pampa. (Nota del poema).

La planta apenas movía;
Su angustia era sin igual.
Como un ángel, su querida,
Siempre á su lado velaba,
Y el espíritu y la vida,
Que su alma heroica anidaba,
La infundía al parecer,
Con miradas cariñosas,
Voces del alma profundas
Que debieran ser eternas,
Y aquellas palabras tiernas,
O armonías misteriosas,
Que solo manan fecundas
Del labio de la mujer.

Temerosos del salvaje,
Acogiéronse al abrigo
De aquel pajonal amigo,
Para de nuevo su viaje
Por la noche continuar,
Descansar allí un momento,
Y refrigerio y sustento
A la flaqueza buscar.
Era el adusto verano:
Ardiente el sol como fragua,
En cenagoso pantano
Convertido había el agua
Alli estancada, y los peces,
Los animales inmundos
Que aquel bañado habitaban,

Muertos, el aire infestaban,
O entre las impuras heces
Aparecían á veces
Boqueando moribundos,
Como del cielo implorando
Agua y aire. Aquí se vía
Al voraz cuervo, tragando
Lo más asqueroso y vil;
Allí la blanca cigüeña,
El pescuezo corvo alzando,
En su largo pico enseña
El tronco de algún reptil.
Más allá se ve al carancho,
Que jamás presa desdeña,
Con pico en forma de gancho,
De la espirante alimaña
Zajar la fétida entraña.
Y en aquel páramo yerto,
Donde á buscar como á puerto
Refrigerio, van errantes
Brián y María anhelantes,
Solo divisan sus ojos,
Feos, inmundos despojos
De la muerte. ¡Que destino
Como el suyo miserable!
Si en aquel instante vino
La memoria perdurable
De la pasada ventura
A turbar su fantasía,
¡Cuan amarga les sería!
¡Cuan triste, yerma y oscura!

Pero con pecho animoso
En el lodo pegajoso
Penetraron, ya cayendo,
Ya levantando ó subiendo
El pie flaco y dolorido;
Y sobre un flotante nido
De yajá (columna bella,
Que entre la paja descuella,
Como edificio construido
Por mano hábil), se sentaron
A descansar ó morir.
Súbito allí desmayaron
Los espíritus vitales
De Brián á tanto sufrir;
Y en los brazos de María,
Que inmóvil permanecía,
Cayó muerto al parecer.
¡Cómo palabras mortales
Pintar al vivo podrán
El desaliento y angustias,
O las imágenes mustias
Que el alma atravesarán
De aquella infeliz mujer
Flor hermosa y delicada,
Perseguida y conculcada
Por cuantos males tiranos
Dió en herencia á los humanos
Inexorable poder!

Pero, á cada golpe injusto,

Retoñece más robusto
De su noble alma el valor;
Y otra vez, con paso fuerte,
Huella el fango, do la muerte
Disputa un resto de vida
A indefensos animales,
Y rompiendo enfurecida
Los espesos matorrales,
Camina á un sordo rumor
Que oye próximo, y mirando
El hondo cauce anchuroso
De un arroyo que copioso
Entre la paja corría,
Se volvió atrás, exclamando
Arrobada de alegría:
—¡Gracias te doy, Dios Supremo!
¡Brián se salva; nada temo!—

Pronto llega al alto nido
Donde yace su querido,
Sobre sus hombros le carga,
Y con vigor desmedido
Lleva, lleva, á paso lento,
Al puerto de salvamento,
Aquella preciosa carga.

Allí en la orilla verdosa
El inmoble cuerpo posa,
Y los labios, frente y cara
En el agua fresca y clara

Le embebe. Su aliento aspira,
Por ver si vivo respira;
Trémula su pecho toca
Y otra vez sienes y boca
Le empapa. En sus ojos vivos
Y en su semblante animado,
Los matices fugitivos
De la apasionada guerra
Que su corazón encierra,
Se muestran. Brián recobrado
Se mueve, incorpora, alienta,
Y débil mirada lenta
Clava en la hermosa María,
Diciéndola: amada mía,
Pensé no volver á verte,
Y que este sueño sería
Como el sueño de la muerte.
Pero tú siempre velando,
Mi vivir sustentas, cuando
Yo en nada puedo valerte,
Sino doblar la amargura
De tu extraña desventura.
—Que vivas tan solo quiero;
Porque si mueres yo muero.
Brian mío: alienta, triunfamos;
En salvo y libres estamos;
No te aflijas. Bebe, bebe,
Esta agua cuyo frescor
El estenuado vigor
Volverá á tu cuerpo en breve,

Y esperemos con valor
De Dios el fin que imploramos.—
Dijo así y en la corriente
Recoje agua, y diligente,
De sus miembros con esmero
Se aplica á lavar primero
Las dolorosas heridas,
Las hondas llagas henchidas
De negra sangre cuajada,
Y á sus inflamados piés
El lodo impuro. Después,
Con su mano delicada
Las venda. Brián silencioso
Sufre el dolor con firmeza;
Pero siente á la flaqueza
Rendido el pecho animoso.

Ella entonces alimento
Corre á buscar; y un momento,
Sin duda, el cielo piadoso
De aquellos finos amantes
Infortunados y errantes,
Quiso aliviar el tormento.

SEXTA PARTE

LA ESPERA

¡ Que largas son las horas **del deseo** !

Moreto.

Triste, oscura, encapotada,
Llegó la noche esperada;
La noche que ser debiera
Su grata y fiel compañera.
Y en el vasto pajonal
Permanecen inactivos
Los amantes fugitivos.
Su astro, al parecer, declina,
Como la luz vespertina,
Entre sombra funeral.

Brián por el dolor vencido
Al margen yace tendido
Del arroyo. Probó en vano
El paso firme y lozano
De su querida seguir.
Sus plantas desfallecieron,
Y sus heridas vertieron
Sangre otra vez. Sintió entonces
Como una mano de bronce
Por sus miembros discurrir.

María espera á su lado,
Con corazón agitado,
Que amanecerá otra aurora
Más bella y consoladora.
El amor la inspira fe
En destino mas propicio,
Y la oculta el precipicio
Cuya idea solo pasma:
El descarnado fantasma
De la realidad no ve.

Pasión vivaz la domina;
Ciega pasión la fascina.
Mostrando á su alma el trofeo
De su impetuoso deseo
La dice: tú triunfarás.
Ella infunde á su flaqueza
Constancia allí y fortaleza.
Ella su hambre, su fatiga,
Y sus angustias mitiga
Para devorarlas más.

Sin el amor que en sí entraña,
¿Qué sería? Fragil caña
Que el más leve impulso quiebra;
Ser delicado, fina hebra,
Sensible y flaca mujer.
Con él es ente divino
Que pone á raya el destino;
Angel poderoso y tierno

A quien no haría el infierno
Vacilar, ni extremecer.

De su querido no advierte
El mortal abatimiento,
Ni cree se atreva la muerte
A sofocar el aliento
Que hace vivir á los dos:
Porque de su llama intensa
Es la vida tan inmensa,
Que á la muerte vencería,
Y en sí eficacia tendría
Para animar como Dios.

El amor es fe inspirada;
Es religión arraigada
En lo íntimo de la vida;
Fuente inagotable, henchida
De esperanza, su anhelar
No halla obstáculo invencible
Hasta conseguir victoria:
Si se estrella en lo imposible,
Gozoso vuela á la gloria
Su heroica palma á buscar.

María no desespera,
Porque su ahinco procura
Para lo que ama, ventura;
Y al infortunio supera
Su imperiosa voluntad.

Mañana, el grito constante
De su corazón amante
La dice, mañana el cielo
Hará cesar tu desvelo;
La nueva luz esperad.

La noche cubierta en tanto
Camina en densa tiniebla,
Y en el abismo de espanto
Que aquellos páramos puebla,
Ambos perdidos se ven.
Parda, rojiza, radiosa,
Una faja luminosa
Forma horizonte no lejos:
Sus amarillos reflejos
En lo oscuro hacen vaivén.

La llanura arder parece,
Y que con el viento crece,
Se encrespa, aviva y derrama
El resplandor y la llama
En el mar de lobreguez.
Aquel fuego colorado,
En tinieblas engolfado,
Cuyo esplendor vaga horrendo,
Era trasunto estupendo
De la infernal terriblez.

Brián, recostado en la yerba,
Como ageno de sentido,

Nada ve. Ella un ruido
Oye, pero solo observa
La negra desolación,
O las sombrías visiones
Que engendran las turbaciones
De su espíritu. ¡Cuán larga
Aquella noche y amarga
Sería á su corazón!

Miró á su amante. Espantoso,
Un bramido cabernoso
La hizo temblar, resonando.
Era el tigre, que buscando
Pasto á su saña feroz
En los densos matorrales,
Nuevos presagios fatales
Al infortunio traía.
En silencio, echó María
Mano á su puñal, veloz.

SÉPTIMA PARTE

LA QUEMAZÓN

Mirad ya en torrente se extiende la llama.

Lamartine.

El aire estaba inflamado;
Turbia la región suprema;
Envuelto el campo en vapor,
Rojo el sol, y coronado
De parda oscura diadema,
Amarillo resplandor
En la atmósfera esparcía.
El bruto, y el pájaro huía;
Y, agua, la tierra pedía
Sedienta y llena de ardor.

Soplando á veces el viento
Limpiaba los horizontes,
Y de la tierra, brotar
De humo rojo y ceniciento
Se veían como montes,
Y en la llanura ondear,
Formando espiras doradas
Como lenguas inflamadas
O melenas encrespadas
De ardiente, agitado mar.

Cruzándose nubes densas,
Por la esfera dilataban,
Como cuando hay tempestad,
Sus negras alas inmensas;
Y más y más aumentaban
El pavor y oscuridad.
El cielo entenebrecido,
El aire, el humo encendido,
Eran, con el sordo ruido,
Signo de calamidad.

El pueblo de lejos
Contempla asombrado
Los turbios reflejos:
Del día enlutado
La ceñuda faz.
El humilde llora;
El piadoso implora;
Se turba y azora
La malicia audaz.

Quien cree ser indicio
Fatal, estupendo,
Del día del juicio,
Del día tremendo
Que anunciado está.
Quien piensa que al mundo,
Sumido en lo inmundo,
El cielo iracundo
Pone á prueba ya.

Era la plaga que cría
La devorante sequía
Para estrago y confusión:
De la chispa de una hoguera
Que llevó el viento ligera,
Nació grande, cundió fiera,
La terrible quemazón.

Ardiendo sus ojos
Relucen, chispean;
En rubios manojos
Sus crines ondean,
Flameando también:
La tierra gimiendo,
Los brutos rugiendo,
Los hombres huyendo,
Confusos la ven.

Sutil se difunde,
Camina, se mueve,
Penetra, se infunde;
Cuanto toca en breve,
Reduce á tizón.
Ella era; y pastales,
Densos pajonales,
Cardos y animales,
Ceniza, humo son.

Raudal vomitando
Venía de llama,

Que hirviendo, silbando,
Se enrosca y derrama
Con velocidad.
Sentada María
Con su Brián la vía:
—¡Dios mío! decía,
De nos ten piedad.—

Piedad María imploraba,
Y piedad necesitaba
De potencia celestial.
Brián caminar no podía,
Y la quemazón cundía
Por el vasto pajonal;

Allí pávulo encontrando,
Como culebra serpeando,
Velozmente caminó;
Y agitando desbocada
Su crin de fuego erizada,
Gigante cuerpo tomó.

Lodo, paja, restos viles
De animales y reptiles,
Quema el fuego vencedor,
Que el viento iracundo atiza.
Vuelan el humo y ceniza,
Y el inflamado vapor,

Al lugar donde, pasmados,
Los cautivos desdichados,

Con despavoridos ojos
Están, su hervidero oyendo,
Y las llamaradas viendo
Subir en penachos rojos.

No hay como huir; no hay efugio,
Esperanza ni refugio;
¿Dónde auxilio encontrarán?
Postrado Brián yace inmoble
Como el orgulloso roble
Que derribó el huracán.

Para ellos no existe el mundo.
Detrás, arroyo profundo,
Ancho se extiende; y delante,
Formidable y horroroso,
Alza la cresta furioso
Mar de fuego devorante.

—Huye presto, Brián decía
Con voz débil á María,
Déjame solo morir.
Este lugar es un horno:
Huye ¿no miras en torno
Vapor cárdeno subir?—

Ella calla, ó le responde:
—Dios largo tiempo no esconde
Su divina protección.
¿Crees tú nos haya olvidado?

Salvar tu vida ha jurado
O morir mi corazón.—

Pero del cielo era juicio
Que en tan horrendo suplicio
No debían perecer;
Y que otra vez de la muerte
Inexorable, amor fuerte
Triunfase, amor de mujer.

Súbito ella se incorpora;
De la pasión que atesora
El espíritu inmortal
Brota en su faz la belleza,
Estampando fortaleza
De criatura celestial.

No sujeta á ley humana;
Y como cosa liviana
Carga el cuerpo amortecido
De su amante, y con él junto,
Sin cejar, se arroja al punto
En el arroyo extendido.

Cruje el agua, y suavemente
Surca la mansa corriente
Con el tesoro de amor.
Semejante á Ondina bella,
Su cuerpo airoso descuella,
Y hace nadando, rumor.

Los cabellos atezados,
Sobre sus hombros nevados,
Sueltos, reluciendo van;
Voga con un brazo lenta,
Y con el otro sustenta
A flor, el cuerpo de Brián.

Aran la corriente unidos,
Como dos cisnes queridos
Que huyen de águila cruel,
Cuya garra siempre lista,
Desde la nube se alista
A separar su amor fiel.

La suerte injusta se afana
En perseguirlos. Ufana
En la orilla opuesta el pié
Pone María triunfante,
Y otra vez libre á su amante
De horrenda agonía ve.

¡Oh del amor maravilla!
En sus bellos ojos brota
Del corazón gota á gota,
El tesoro sin mancilla,
Celeste, inefable unción;
Sale en lágrimas deshecho
Su heroico amor satisfecho;
Y su formidable cresta
Sacude, enrosca y enhiesta
La terrible quemazón.

Calmó después el violento
Soplar del airado viento:
El fuego á paso más lento
Surcó por el pajonal,
Sin tocar ningún escollo;
Y á la orilla de un arroyo
A morir al cabo vino,
Dejando en su ancho camino,
Negra y profunda señal.

OCTAVA PARTE

BRIAN

Los guerreros y aun los bridones de la batalla.
Existen para atestiguar las victorias de mi brazo.
Debo mi renombre á mi espada.

Antar (1).

Pasó aquel, llegó otro día,
Triste, ardiente, y todavía
Desamparados como antes,
A los míseros amantes
Encontró en el pajonal.
Brián, sobre pajizo lecho

(1) **Antar**: célebre poeta árabe, de quien M. de Lamartine cita algunos fragmentos en su viaje á Oriente: de ellos se ha tomado el tema que encabeza este canto.

Inmoble está, y en su pecho
Arde fuego inextinguible;
Brota en su rostro visible
Abatimiento mortal.

Abrumados y rendidos,
Sus ojos como adormidos,
La luz esquivan, ó absortos
En los pálidos abortos
De la conciencia (legión
Que atribula al moribundo)
Verán formas de otro mundo,
Imágenes fugitivas,
O las claridades vivas
De fantástica región.

Triste á su lado María
Revuelve en la fantasía
Mil contrarios pensamientos,
Y horribles presentimientos
La vienen allí á asaltar;
Espectros que engendra el alma
Cuando el ciego desvarío
De las pasiones se calma,
Y perdida en el vacío
Se recoje á meditar.

Allí, frágil navecilla
En mar sin fondo ni orilla,
Do nunca ríe bonanza,

Se encuentra sin esperanza
De poder al fin surgir.
Allí ve su afán perdido,
Por salvar á su querido,
Y cuán lejano y nubloso
El horizonte radioso
Está de su porvenir.

¡Cuán largo é incierto camino
La desdicha le previno!
¡Cuán triste peregrinaje!
Allí ve de aquel paraje
La yerta inmovilidad;
Allí ya del desaliento
Sufre el pausado tormento,
Y abrumada de tristeza,
Al cabo á sentir empieza
Su abandono y soledad.

Echa la vista delante,
Y al aspecto de su amante
Desfallece su heroismo;
La vuelve, y hórrido abismo
Mira atónita detrás.
Allí apura la agonía
Del que vió cuando dormía
Paraiso de dicha eterno,
Y al despertar, un infierno
Que no imaginó jamás.

En el empíreo nublado
Flamea el sol colorado,
Y en la llanura domina
La vaporosa calina,
El bochorno abrasador.
Brián sigue inmoble; y María,
En formar se entretenía
De junco un denso tejido,
Que guardase á su querido
De la intemperie y calor,

Cuando oyó como el aliento
Que al levantarse ó moverse
Hace animal corpulento,
Crujir la paja y romperse
De un cercano matorral,
Miró ¡oh terror! y acercarse
Vió, con movimiento tardo
Y hacia ella encaminarse,
Lamiéndose, un tigre pardo,
Tinto en sangre;—¡atroz señal!

Cobrando ánimo al instante
Se alzó María arrogante,
En mano el puñal desnudo,
Vivo el mirar, y un escudo
Formó de su cuerpo á Brián.
Llegó la fiera inclemente;
Clavó en ella vista ardiente,
Y á compasión ya movida,

O fascinada y herida
Por sus ojos y ademán,

Recta prosiguió el camino,
Y al arroyo cristalino
Se echó á nadar. ¡Oh amor tierno!
De lo más frágil y eterno
Se compaginó tu ser.
Siendo solo afecto humano,
Chispa fugaz, tu grandeza
Por impenetrable arcano,
Es celestial. Oh belleza!
No se anida tu poder

En tus lágrimas, ni enojos;
Sí, en los sinceros arrojos
De tu corazón amante.
María en aquel instante
Se sobrepuso al terror,
Pero cayó sin sentido
A conmoción tan violenta.
Bella como ángel dormido
La infeliz estaba, exenta
De tanto afán y dolor.

Entonces ¡ah! parecía
Que marchitado no había
La aridez de la congoja,
Que á lo más bello despoja,
Su frescura juvenil.

¡Venturosa si más largo
Hubiera sido su sueño!
Brián despierta del letargo:
Brilla matiz más risueño
En su rostro varonil.

Se sienta; extático mira,
Como el que en vela delira;
Lleva la mano á su frente
Sudorífera y ardiente,
¿Qué cosas su alma verá?
La luz, noche le parece;
Tierra y cielo se oscurece;
Y rueda en un torbellino
De nubes.—Este camino
Lleno de espinas está:

Y la llanura, María
¿No vés cuán triste y sombría?
¿Dónde vamos? A la muerte.
Triunfó la enemiga suerte,—
Dice delirando Brián.
¡Cuán caro mi amor te cuesta!
¡Y mi confianza funesta,
Cuanta fatiga y ultrajes!
Pero pronto los salvajes
Su deslealtad pagarán.—

Cobra María el sentido
Al oir de su querido

La voz, y en gozo nadando,
Se incorpora, en él clavando
Su cariñosa mirada.
—Pensé dormías, le dice,
Y despertarte no quise.
Fuera mejor que durmieras
Y del bárbaro no oyeras
La estrepitosa llegada.

—¿Sabes?—sus manos lavaron,
Con infernal regocijo,
En la sangre de mi hijo;
Mis valientes degollaron.
Como el huracán pasó,
Desolación vomitando,
Su vigilante perfidia.
Obra es del inícuo bando.
¡Qué dirá la torpe envidia!
Ya mi gloria se eclipsó,

De paz con ellos estaba,
Y en la villa descansaba.
Oye; no te fies; vela;
Lanza, caballo y espuela
Siempre lista has de tener.
Mira donde me han traído;
Atado estoy y ceñido;
No me es dado levantarme,
Ni valerte, ni vengarme,
Ni batallar, ni vencer.

Venga, venga mi caballo;
Mi caballo por la vida.
Venga mi lanza fornida
Que yo basto á ese tropel.
Rodeado de picas me hallo:
Paso, canalla traidora,
Que mi lanza vengadora
Castigo os dará cruel.
¿No mirais la polvareda
Que del llano se levanta?
No sentís lejos la planta.
De los brutos retumbar?
La tribu es; huyendo leda,
Como carnicero lobo,
Con los despojos del robo,
No de intrépido lidiar.

Mirad ardiendo la villa,
Y degollados, dormidos,
Nuestros hermanos queridos,
Por la mano del infiel.
¡Oh mengua! ¡oh rabia! ¡oh mancilla!
Venga mi lanza ligero;
Mi caballo parejero;
Daré alcance á ese tropel.

Se alzó Brián enajenado,
Y su bigote erizado
Se mueve; chispean, rojos
Como centellas sus ojos,

Que hace el entusiasmo arder;
El rostro y talante fiero,
Do resalta con viveza
El valor y la nobleza,
La majestad del guerrero
Acostumbrado á vencer.

Pero al punto desfallece;
Ella atónita enmudece,
Ni halla voz su sentimiento;
En tan solemne momento
Flaquea su corazón.
El sol pálido declina;
En la cercana colina
Triscan las gamas y ciervos;
Y de caranchos y cuervos
Grazna la impura legión,

De cadáveres avara,
Cual su merte presagiara.
Así la caterva estulta,
Vil al heroismo insulta,
Que triunfante veneró.
María tiembla. El alzando
La vista al cielo y tomando
Con sus manos casi heladas
Las de su amiga, adoradas,
A su pecho las llevó.
Y con voz débil la dice:

—Oye; de Dios es arcano
Que más tarde ó más temprano
Todos debemos morir.
Insensato el que maldice
La ley que á todos iguala;
Hoy el término señala
A mi robusto vivir.

¡Resígnate! bien venida
Siempre, mi amor, fué la muerte
Para el bravo, para el fuerte,
Que á la patria y al honor
Joven consagró su vida.
¿Qué es ella? una chispa, nada,
Con ese sol comparada,
Raudal vivo de esplendor.

La mía brilló un momento,
Pero á la patria sirviera;
También mi sangre corriera
Por su gloria y libertad.
Lo que me da sentimiento
Es que de tí me separo,
Dejándote sin amparo
Aquí en esta soledad.

Otro premio merecía
Tu amor y espíritu brioso;
Y galardon más precioso
Te destinaba mi fe.

Pero ¡ay Dios! la suerte mía
De otro modo se eslabona;
Hoy me arrancan la corona
Qué insensato ambicioné;

¡Si al menos la azul bandera
Sombra á mi cabeza diese!
¡O antes por la patria fuese
Aclamado vencedor!
¡Oh destino! quien pudiera
Morír en la lid, oyendo
El alarido y estruendo,
La trompeta y atambor.

Tal gloria no he conseguido;
Mis enemigos triunfaron;
Pero mi orgullo no ajaron
Los favores del poder.
¡Qué importa! mi brazo ha sido
Terror del salvaje fiero:
Los Andes vieron mi acero
Con honor resplandecer.

¡Oh estrépito de las armas!
¡Oh embriaguez de las victorias!
¡Oh campos, soñada gloria!
¡Oh lances del combatir!
Inesperadas alarmas,
Patria, honor, objetos caros,
Ya no volveré á gozaros;
Joven yo debo morir.

Hoy es el aniversario
De mi primera batalla,
Y en torno á mi todo calla....
¡Guarda en tu pecho mi amor,
Nadie llegue á su santuario!....
Aves de presa parecen....
Ya mis ojos se oscurecen....
Pero allí baja un condor....

Y huye el enjambre insolente ...
Adios, en vano te aflijo....
¡Vive! ¡vive para tu hijo!
Dios te impone ese deber.
¡Sigue; sigue, al occidente,
Tu trabajosa jornada....
Adios, en otra morada,
Nos volveremos á ver.

Calló Brián y en su querida
Clavó mirada tan bella,
Tan profunda y dolorida,
Que toda el alma por ella
Al parecer exhaló.
El crepúsculo esparcía
En el desierto luz mústia.
Del corazón de María,
El desaliento y angustia,
Solo el cielo penetró.

NOVENA PARTE

MARIA

La muerte parecía bella en su rostro bello.
Petrarca.

¿Qué hará María? En la tierra
Ya no se arraiga su vida.
¿Dónde irá? Su pecho encierra
Tan honda y vivaz herida,
Tanta congoja y pasión,
Que para ella es infecundo
Todo consuelo del mundo,
Burla horrible su contento;
Su compasión un tormento;
Su sonrisa una irrisión.

¿Qué le importan sus placeres,
Su bullicio y vana gloria,
Si ella, entre todos los seres,
Como desechada escoria,
Lejos, olvidada está?
¿En qué corazón humano,
En que límite del orbe,

El tesoro soberano,
Que sus potencias absorbe,
Ya perdido encontrará?

Nace del sol la luz pura,
Y una fresca sepultura
Encuentra: lecho postrero,
Que al cadáver del guerrero
Preparó el más fino amor.
Sobre ella hincada, María,
Muda como estátua fría,
Inclinada la cabeza,
Semejaba á la tristeza
Embebida en su dolor.

Sus cabellos renegridos
Caen por los hombros tendidos,
Y sombrean de su frente,
Su cuello y rostro inocente,
La nevada palidez.
No suspira allí, ni llora;
Pero como ángel que implora
Para miserias del suelo
Una mirada del cielo,
Hace esta sencilla prez:

—Ya en la tierra no existe
El poderoso brazo
Donde hallaba regazo
Mi enamorada sien:

Tú ¡oh Dios! no permitiste
Que mi amor lo salvase,
Quisiste que volase
Donde florece el bien.

Abre, Señor, á su alma
Tu seno regalado,
Del bienaventurado,
Reciba el galardón.
Encuentre allí la calma,
Encuentre allí la dicha
Que busca en su desdicha
Mi viudo corazón.—

Dice. Un punto su sentido
Queda como sumergido.
Echa la postrer mirada
Sobre la tumba callada
Donde toda su alma está.
Mirada llena de vida,
Pero lánguida, abatida,
Como la última vislumbre
De la agonizante lumbre,
Falta de alimento ya.

Y alza luego la rodilla,
Y tomando por la orilla
Del arroyo hacia el ocaso,
Con indiferente paso,
Se encamina al parecer.

Pronto sale de aquel monte
De paja, y mira delante
Ilimitado horizonte,
Llanura y cielo brillante,
Desierto y campo doquier.

¡Oh noche!, ¡oh fúlgida estrella,
Luna solitaria y bella:
Sed benignas! El indicio
De vuestro influjo propicio
Siquiera una vez mostrad.
Bochornos, cálidos vientos,
Inconstantes elementos
Preñados de temporales:
Apiadaos. Fieras fatales,
Su desdicha respetad.

Y tú, ¡oh Dios! en cuya manos
De los míseros humanos
Está el oculto destino,
Siquiera un rayo divino
Haz á su esperanza ver.
Vacilar, de alma sencilla,
Que resignada se humilla,
No hagas la fe acrisolada.
Susténtala en su jornada;
No la dejes perecer.

¡Adios, pajonal funesto!
¡Adios, pajonal amigo!

Se va ella sola ¡ cuan presto
De su júbilo, testigo,
Y su luto fuistes vos!
El sol y la llama impía
Marchitaron tu ufanía;
Pero hoy tumba de un soldado
Eres, y asilo sagrado.
¡Pajonal glorioso, adios!

Gózate; ya no se anidan
En tí las aves parleras,
Ni tu agua y sombra convidan
Solo á los brutos y fieras.
Soberbio debes estar.
El valor y la hermosura,
Ligados por la ternura,
En tí hallaron refrigerio:
De su infortunio el misterio
Tú solo puedes contar.

Gózate; votos, ni ardores
De felices amadores,
Tu esquividad no turbaron
Sino voces que confiaron
A tu silencio su mal.
En la noche tenebrosa,
Con los ásperos graznidos
De la legión ominosa,
Oirás ayes y gemidos:
¡Adios, triste pajonal!

De tí María se aleja,
Y en tus soledades deja
Toda su alma. Agradecido,
El depósito querido
Guarda y conserva. Quizá,
Mano generosa y pía
Venga á pedírtelo un día;
Quizá, la viva palabra
Un monumento le labra
Que el tiempo respetará.

Día y noche ella camina;
Y la estrella matutina,
Caminando solitaria,
Sin articular plegaria,
Sin descansar ni dormir,
La ve. En su planta desnuda
Brota la sangre y chorrea;
Pero toda ella, sin duda,
Va absorta, en la única idea
Que alimenta su vivir.

En ella encuentra sustento.
Su garganta es viva fragua;
Un volcán su pensamiento;
Pero mar de hielo y agua
Refrigerio inútil es
Para el incendio que abriga.
Insensible á la fatiga;
A cuanto ve indiferente;

Como mísera demente
Mueve sus heridos pies.

Por el desierto. Adormida
Está su orgánica vida;
Pero la vida de su alma
Fomenta en sí aquella calma
Que sigue á la tempestad,
Cuando el ánimo cansado
Del afán violento y duro,
Al parecer resignado,
Se abisma en el fondo oscuro
De su propia soledad.

Tremebundo precipicio,
Fiebre lenta y devorante,
Ultimo efugio, suplicio
Del infierno, semejante
A la postrer convulsión
De la víctima en tormento:
Trance que si dura un día
Anonada el pensamiento,
Encanece, ó deja fría
La sangre en el corazón.

Dos soles pasan. ¿Adónde
Tu poder ¡oh Dios! se esconde?
¿Está por ventura exhausto;
Más dolor en holocausto
Pide á una flaca mujer?

No; de la quieta llanura
Ya se remonta á la altura
Gritando el yajá. Camina;
Oye la voz peregrina
Que te viene á socorrer.

¡Oh ave de la Pampa hermosa,
Cómo te meces ufana!
Reina sí, reina orgullosa
Eres, pero no tirana
Como el águila fatal.
Tuyo es también del espacio
El trasparente palacio.
Si ella en las rocas se anida,
Tú en la esquivez escondida
De algún vasto pajonal.

De la víctima el gemido,
El huracán y el tronido
Ella busca, y deleite halla
En los campos de batalla.
Pero tú, la tempestad,
Día y noche vigilante,
Anuncias al gaucho errante;
Tu grito es de buen presagio,
Al que asechanza ó naufragio
Teme de la adversidad.

Oye sonar en la esfera
La voz del ave agorera,

Oye, María, infelice:
Alerta, alerta, te dice;
Aquí está tu salvación.
¿No la ves como en el aire
Balancea con donaire
Su cuerpo albo-ceniciento?
¿No escuchas su ronco acento?
Corre á calmar tu aflicción.

Pero nada ella divisa,
Ni el feliz reclamo escucha;
Y caminando va á prisa.
El demonio con que lucha
La turba, impele y amaga.
Turbios, confusos y rojos
Se presentan á sus ojos
Cielo, espacio, sol, verdura,
Quieta insondable llanura
Donde sin brújula vaga.

Mas ¡ah! que en vivos corceles
Un grupo de hombres armados
Se acerca. ¿Serán infieles,
Enemigos? No, soldados
Son del desdichado Brián.
Llegan; su vista se pasma;
Ya no es la mujer hermosa,
Sino pálido fantasma;
Mas reconocen la esposa
De su fuerte capitán.

¡Creíanla cautiva ó muerta!
Grande fué su regocijo.
Ella los mira, y despierta:
—¿No sabeis qué es de mi hijo?—
Con toda el alma exclamó.
Tristes mirando á María
Todos el labio sellaron.
Mas luego una voz impía:
—Los indios lo degollaron—
Roncamente articuló.

Y al oir tan crudo acento,
Como quiebra al seco tallo
El menor soplo de viento,
O como herida del rayo,
Cayó la infeliz allí.
Viéronla caer, turbados,
Los animosos soldados.
Una lágrima la dieron;
Y funerales la hicieron
Dignos de contarse aqui.

Aquella trama formada
De la hebra más delicada,
Cuyo espíritu robusto
Lo más acerbo é injusto
De la adversidad probó,
Un soplo débil deshizo.
Dios para amar, sin duda, hizo
Un corazón tan sensible;

Palpitar le fué imposible
Cuando á quien amar no halló.

Murió María. ¡Oh voz fiera!
¡Cuál entraña te abortara!
Mover al tigre pudiera
Su vista sola, y no hallara
En ti alguna compasión,
Tanta miseria y conflicto,
Ni aquel su materno grito;
Y como flecha saliste;
Y en los más profundo heriste
Su anhelante corazón.

Embates y oscilaciones
De un mar de tribulaciones
Ella arrostró; y la agonía
Saboreó su fantasía;
Y el punzante frenesí
De la esperanza insaciable,
Que en pos de un deseo vuela,
No alcanza el blanco inefable;
Se irrita en vano y desvela;
Vuelve á devorarse á sí.

Una á una, todas bellas,
Sus ilusiones volaron,
Y sus deseos con ellas.
Sola y triste la dejaron
Sufrir hasta enloquecer.

Quedaba á su desventura
Un amor, una esperanza,
Un astro en la noche oscura,
Un destello de bonanza,
Un corazón que querer.

Una voz cuya armonía
Adormecerla podría.
A su llorar un testigo;
A su miseria un abrigo;
A sus ojos que mirar.
Quedaba á su amor desnudo
Un hijo, un vástago tierno.
Encontrarlo aqui no pudo,
Y su alma al regazo eterno
Lo fué volando á buscar.

Murió; por siempre cerrados
Están sus ojos cansados
De errar por llanura y cielo;
De sufrir tanto desvelo;
De afanar sin conseguir.
El atractivo está yerto
De su mirar. Ya el desierto,
Su último asilo, los rastros
De tan hechiceros astros
No verá otra vez lucir.

Pero de ella aún hay vestigio.
¿No veis el raro prodigio?

Sobre su cándida frente
Aparece nuevamente
Un prestigio encantador.
Su boca y tersa mejilla
Rosada entre nieve brilla,
Y revive en su semblante
La frescura rozagante
Que marchitara el dolor.

La muerte bella la quiso,
Y estampó en su rostro hermoso
Aquel inefable hechizo,
Inalterable reposo
Y sonrisa angelical,
Que destellan las facciones
De una virgen en su lecho,
Cuando las tristes pasiones
No han ajado de su pecho
La pura flor virginal.

Entonces el que la viera,
Dormida ¡Oh Dios! la creyera,
Deleitándose en el sueño
Con memorias de su dueño,
Llenas de felicidad;
Soñando en la alba lucida
Del banquete de la vida,
Que sonríe á su amor puro:
Mas ¡ay! que en el seno oscuro
Duerme de la eternidad.

EPÍLOGO

¿Eres, plácida luz, el alma de ellos?

Lamartine.

¡Oh María! Tu heroismo,
Tu varonil fortaleza,
Tu juventud y belleza,
Merecieran fin mejor.
Ciegos de amor el abismo
Fatal tus ojos no vieron,
Y sin vacilar se hundieron
En él ardiendo en amor.

De la más cruda agonía
Salvar quisiste á tu amante,
Y lo viste delirante
En el desierto morir.
¡Cuál tu congoja sería!
¡Cuál tu dolor y amargura!
Y no hubo humana criatura
Que te ayudase á sentir.

Se malogró tu esperanza.
Y cuando sola te viste,
También mísera caiste,
Como árbol cuya raíz

En la tierra ya no afianza
Su pompa y florido ornato.
Nada supo el mundo ingrato
De tu constancia infeliz.

Naciste humilde y, oculta
Como diamante en la mina;
La belleza peregrina
De tu noble alma quedó.
El desierto la sepulta:
Tumba sublime y grandiosa,
Do el héroe también reposa
Que la gozó y admiró.

El destino de tu vida
Fué amar; amor tu delirio;
Amor causó tu martirio;
Te dió sobrehumano ser;
Y amor, en edad florida,
Sofocó la pasión tierna,
Que, Omnipotencia, de eterna
Trajo consigo al nacer.

Pero, no triunfa el olvido,
De amor, ¡oh bella María!
Que la virgen poesía
Corona te forma ya
De ciprés, entretegido
Con flores que nunca mueren,
Y que admiren y veneren
Tu nombre y su nombre hará.

Hoy, en la vasta llanura,
Inhospitable morada
Que no siempre sosegada
Mira el astro de la luz,
Descollando en una altura,
Entre agreste flor y yerba,
Hoy el caminante observa
Una solitaria cruz.

Fórmale grata techumbre
La copa extensa y tupida
De un ombú (1) donde se anida
La altiva águila real;
Y la varia muchedumbre
De aves, que cría el desierto,
Se pone en ella á cubierto
Del frío y sol estival.

Nadie sabe cuya mano
Plantó aquel árbol benigno,
Ni quien á su sombra, el signo,
Puso de la redención.
Cuando el cautivo cristiano
Se acerca á aquellos lugares,
Recordando sus hogares,
Se postra á hacer oración.

---

(1) **Ombú: árbol corpulento, de espeso y vistoso follaje, que descuella solitario en nuestras llanuras como la palmera en los arenales de Arabia. Ni leña para el hogar, ni fruto brinda al hombre, pero sí fresca y regalada sombra en los ardores de estío. (Nota del poema)**

Fama es, que, la tribu errante,
Si hasta allí llega embebida
En la caza apetecida
De la gama y avestruz,
Al ver del ombú gigante
La verdosa cabellera,
Suelta al potro la carrera
Gritando:—¡allí está la cruz!

Y revuelve atrás la vista,
Como quien huye aterrado,
Creyendo se alza el airado,
Terrible espectro de Brián.
Pálido el, indio exorcista,
El fatídico árbol nombra;
Ni á hollar se atreven su sombra
Los que de camino van.

También el vulgo asombrado,
Cuenta que en la noche oscura
Suelen en aquella altura
Dos luces aparecer;
Que salen y habiendo errado
Por el desierto tranquilo,
Juntas á su triste asilo
Vuelven al amanecer.

Quizá mudos habitantes
Serán del páramo aerio;
Quizá espíritus, ¡misterio!

Visiones del alma son.
Quizá los sueños brillantes
De la inquieta fantasía,
Forman como en la armonía
De la invisible creación.

LA HISTORIA

FRAGMENTO (1)

No hay ya esperanza para las naciones. Recorred las páginas de los siglos ¿qué nos han enseñado sus vicisitudes periódicas, el flujo y reflujo de las edades, y esa eterna repetición de acontecimientos? Nada ó muy poco.

Byron.

Encantada y atónita mi mente
Registra los anales de los siglos
Que pregona la Fama más gloriosos,
Y del pasado tiempo y del futuro
El tenebroso velo
Quiere rasgar en su impaciente anhelo.

Monumentos, pirámides alzadas
Por el humano orgullo en su demencia,
Fatídicos emblemas esculpidos

(1) Dedicado en la primera edición á D. J. M. G. (Juan María Gutiérrez).

Por manos mercenarias y serviles,
Que adulación respiran,
Y vergüenza y oprobio solo inspiran:

Todo interroga, y á la vez responden
Con dolorosos gritos que estremecen,
Los mármoles, los pueblos y los tiempos,
Que: ignorancia y miseria sempiterna,
Inevitables males,
Son la herencia fatal de los mortales.

Con lívido semblante y torvo ceño,
Sus pasos gira en rededor del orbe
El tiempo inexorable, como fiera
Famélica, sedienta, enfurecida,
Que sus hierros quebranta
Y mueve libre su sañuda planta.

Sin cesar marcha y donde quier imprime
Su gigantesca mole el pié tremendo;
Monumentos humildes y arrogantes
Tiemblan, y caen y desparecen luego.
Lo fértil y lozano
Se seca y muere entre su yerta mano.

Allí donde se muestra portentosa
La vanidad del hombre y la pujanza,
Acorre presuroso, sepultando,
Con baldón de su orgullo, en el abismo
Profundo de la nada,
Dioses y templos y soberbia airada.

De asolación y llanto se alimenta:
Ni la acerba agonía, ni los ayes,
Del que cansado de esperar fenece,
Ni los férvidos ruegos que á herir suben
Los dombos celestiales,
Nos libran de sus garras infernales.

Las ciencias y las artes más sublimes,
Los héroes y los génios que lograron
Legar vano renombre á un mundo vano,
Nuestros desvelos todos, nuestra vida,
¿Qué son? .... tristes despojos,
Consagrados en ara á sus enojos.

Míseras ruinas que otro tiempo alzasteis
Vuestra soberbia frente hasta las nubes,
En hombros del orgullo y la demencia,
Al cielo y á la tierra amenazando;
Arbitras de memoria,
Respondedme: ¿qué fué de vuestra gloria?

Lisonjeros relámpagos de fama,
Prosperidad volubre y pasajera,
Gozaron las naciones un momento;
Mas voraces del bien las negras furias
Del averno salieron,
Y en el olvido eterno lo sumieron.

¿Dónde está Egipto y el saber y nombre,
Que fueron maravilla á las edades,
Y con eco monótono la historia

Trasmite sin cesar de siglo á siglo?
Un instante brillaron,
Y en el caos del tiempo se engolfaron.

¿Qué importa que pirámides tuviese,
Con el sudor de esclavos fabricadas;
Qué derramando el Nilo sus corrientes
Del limo fecundante enriquecidas,
Sus comarcas bañase
Y próvida la tierra se mostrase?

Si el mísero habitante embrutecido
Por astutos, hipócritas, y sabios,
De religiosa máscara encubiertos,
Yace sumido en fanatismo astroso,
Y siervo sin coraje,
Al ídolo bestial rinde homenaje.

Ante los muros de Pelusa un día
Las pérsicas falanges se extendieron,
De inmundos animales precedidas; (1)
El Egipcio los ve, se hinca á adorarlos,
Y sus armas entrega,
Y su cerviz al opresor doblega.

En dias de esplendor el Asia tuvo
Imperios que á la tierra conturbaron,
Y allí encontró la adulación rastrera

(1) Habiendo puesto largo tiempo las murallas de Pelusa dique á las conquistas de Cambíses hizo colocar este rey de los persas al frente de sus legiones un enjambre de animales que adoraban los egipcios, quienes al ver que los dioses patrocinaban la empresa de aquel tirano, arrojaron las armas y prefirieron la esclavitud al sacrilegio. (Nota de la composición.)

En coronados asesinos, héroes;
Y allí templo el Romano,
Al renombre de un solo Soberano. (1)

¿Mas, qué fué de la fuerza y poderío
Que al universo atónito asombraron?
Todo entre pompa feneció y deleites;
Y aun el vigor del alma: allí ora esclavos
Y molicie contemplo
Entre las ruinas, para grande ejemplo.

La Grecia libre fué de los tiranos
El inclemente azote justiciero,
Y el foco de las luces y la gloria;
Mas también á su vez la devoraron,
La monstruosa anarquía
Y la nefanda, inícua tiranía.

Platea, Maraton y Salamina,
Fueron vanos y esteriles trofeos
A un ídolo sin culto consagrados, (2)
Por un pueblo ambicioso y corrompido,
Que, al oro de un protervo
Se vendió con baldón y se hizo siervo. (3)

Al ostracismo fulminó la envidia,
Y los brazos tremendos que en mil lides
Las pérsicas falanges deshicieron,

(1) Mitridates el grande, rey del Ponto.
(2) La Libertad.
(3) Filipo, rey de Macedonia.

Sin patria, sin asilo, fugitivos,
    Inermes mancillaron
La gloria de la patria que salvaron.

Como huracán violento, que repente,
Se desata furioso en negra noche,
De la sirte volcánica rugiendo,
Y por el ancho espacio se dilata,
    Doquier despedazando,
Y estrago y ruinas y terror sembrando;

Asi el águila audaz de los romanos,
Henchida de ambición y de pujanza,
Con alas de terror cubre la tierra,
Desolando, aterrando las naciones,
    Que doblan la rodilla
Ante el fatal poder que las humilla.

Y altiva sobre ruinas asentando
En Asia, Africa, Europa, los cimientos
De un imperio que eterno juzgaría,
Con escarnio y baldón del universo
    Vé, desde el capitolio,
Medio mundo rendido ante su solio.

Peró á la vez los pueblos, fatigados
De la inícua opresión é indigno yugo,
Sacuden la cerviz con fiero brío,
Y se derroca al suelo que abrumaba
    El inmenso coloso,
Con estallido horrendo y espantoso.

Sobre su informe cuerpo los enjambres
De bárbaros se ceban, vengativos,
Como plagas de Dios que impele el soplo
De la muerte. Lo befan, lo despojan,
Y dan para escarmiento,
Hecha cenizas su corona al viento.

Ya víctores no suenan en el foro; (1)
Ni poderosos reyes, ni caudillos
En la sangrienta lid avasallados,
O con perfidia negra seducidos,
El triunfador bizarro
Arrastra en pos de su vistoso carro.

Do en otro tiempo el águila soberbia
Desplegaba sus alas sobre el mundo,
Do asentaba sus bases el Olimpo, (2)
Do triunfó Manlio del impío Galo, (3)
Ya la tiara se ostenta,
Y al universo oprime y amedrenta.

El fanatismo entonces, cual si averno
Lo forjara gigante en sus furores,
Más terrible, más cruel, más sanguinario,
Que cuanta plaga el mundo en sí encerrara,
Encendió las naciones
Que tremolan de Cristo los pendones.

(1) Alúdese á las fiestas del triunfo destinadas á ensalzar las victorias de los generales romanos.

(2) Tómase el Olimpo por el Capitolio, morada de los dioses.

(3) Manlio Capitolino que salvó á Roma de los galos.

Y su férvida lava derramando,
Como un Etna de Europa en las comarcas,
Por religioso celo aguijoneadas,
Las pasiones más bárbaras del hombre
        En tropel despertaron,
Y á los pueblos al crimen arrastraron.

En oriente desatan furibundas
Su saña, su ambición y fanatismo,
Las cristianas legiones por enjambres: (1)
El blasón de la cruz y omnipotencia,
        Aleves proclamando,
Y el inclemente acero fulminando.

De sangre se atosigan, sobre montes
De ruinas y cadáveres caminan
Sembrando como el ángel de la muerte,
Doquier desolación, y recogiendo
        Para homenage santo
Del Dios que vilipendian, sangre y llanto.

Los fieles del Islam vuelan, henchidos
De fanático ardor, á poner dique
Al torrente impetuoso que amenaza
Asolar de Mahoma el templo augusto;
        Y anhelando venganza,
Provocan al cristiano á la matanza.

---

(1) Alude á las Cruzadas.

Huye por fin el temerario bando,
Que arrastró el fanatismo á mil maldades,
Como fatal meteoro de la saña,
Huye del huracán, dejando solo,
En su huella sangrienta,
Padrones indelebles de su afrenta.

En tremendo luchar, por largos siglos,
Procuraron su ruina mutuamente
Fascinados los pueblos las naciones;
Y barbarie ominosa, sangre, muerte,
Y despotismo inmundo,
Inundaron los ámbitos del mundo.

Por largos siglos, fanatismo y fuerza,
La tierra avasallaron cual dos furias;
Y entre fango de males sumergida
Se encontró la razón, de donde fuera
El hombre descarriado,
En el volver del tiempo arrebatado.

En las fojas fatídicas del tiempo,
Con sanguinosas letras está escrito
De terrible poder aqueste fallo:
Inacabable mal, mal sempiterno
Pesará sobre el mundo
Y la precita raza del profundo.—

Sin que pueda valerle la soberbia,
Ni el doloroso llanto, ni los ayes,
Para acallar su pálida conciencia,

Al hombre que, azorado, del vil lodo
    La cabeza levanta,
Y el inapeable abismo ve á su planta.

París, Agosto, 1827.

EL REGRESO

> Still one great clime, in ful and free defiance.
> Yet hears her crest, unconquer d'and sublime
> Above the far Atlantic...!
>
> *Byron.*

¡ Oh patria, patria, nombre sacrosanto,
A pronunciarte vuelvo con encanto!
Tu halagüeño semblante
Ya rebuscan mis ojos cuidadosos
Por el vasto horizonte,
Y cual airosa cima de alto monte,
Ya lejos lo perciben, y mi seno
De júbilo rebosa palpitante.

Pasaron ya los días,
En que con grato anhelo,
Canté un adios á tu querido suelo;

Y pasaron también las ilusiones,
Que de mis dulces lares
Me llevaron gustoso á otras regiones,
Y á atravesar los procelosos mares.

Entonces ambicioso
De ver el ancho mundo,
Y de espaciar mi mente
Por los cielos y piélago profundo;
De sondar el saber de las naciones,
Y pesar los blasones
Que ostentan los imperios, las edades,
Abandoné sin pena mi reposo.
Mas ora satisfecho
Vuelvo á tu dulce seno,
Cual tierno esposo al suspirado lecho,
De gozo puro y de esperanza lleno.

¿Y cómo no, cuando tu solo aspecto
Me dice que soy libre, y que la tierra
Voy á ver de los libres, do mi planta,
Mi pensamiento altivo se levanta?
Cuando pronuncio tu sagrado nombre,
Oh libertad, de mi laud sonoro
Se estremecen las cuerdas resonando;
En mi boca rebosan las palabras,
Y con mil armonías,
En alabanza tuya voy cantando.
El viejo continente
Tan solo desengaños me ha mostrado:
Entre sus pueblos cultos he buscado

Tu imágen celestial, resplandeciente,
Y simulacros vanos he encontrado,
O con incienso impuro veneradas
Tus efigies sagradas.

Fueron los tiempos en que Europa libre
Diera ejèmplo á la tierra suficiente;
Mas la fuerza triunfó, y el duro cetro
Cayó sobre los pueblos inclemente.
Desde entonces la cruda tiranía
Abate de los hombres la energía,
Que mansos doblan la cerviz paciente,
Y el supremo albedrío
De reyes ó tiranos,
A los pueblos conculca, cual gusanos,
Sin aliento ni brío.

La miserable España,
En vergonzosa nulidad apenas
Se mueve, y áun pretende
Que la América gima en sus cadenas;
Pero el león rampante,
Ya no brama arrogante,
Sino en baldón de su impotente saña.

Tan solo en las montañas de la Helvecia
La libertad respira,
Burlando á sus tiranos;
Y en el suelo glorioso de la Grecia,
Sin aliento ya espira
En las garras de tigres otomanos.

Confuso, por tu vasta superficie
Europa degradada, yo no he visto
Más que fausto y molicie,
Y poco que el espíritu sublime;
Al lujo y los placeres
Encubriendo con rosas,
Las marcas oprobiosas
Del hierro vil que á tu progenie oprime.

La libertad de Europa fugitiva,
Un asilo buscando,
Ha pasado al océano,
Su dignísimo trono levantando
Do se agitan los pechos á su nombre,
Y do con dignidad respira el hombre:
En el hermoso suelo americano.
Y en el tuyo también ¡oh patria mía!
Tus hijos, los primeros elevaron
A su imagen altares;
En su divino fuego se inflamaron,
Y con rara osadía,
El fanatismo y la opresión hollaron.
Tú el rayo fulminaste,
Que su terrible saña dilatando,
Rompió de un hemisferio
El largo y degradante cautiverio.

¡Gloria al pueblo argentino,
Terror de los tiranos
Que oprimían al Sud con férreas manos!
Gloria inmortal al pueblo peregrino!

Y tú, patria querida,
Muestra un ejemplo más á las naciones:
La maldad atrevida
Y las bajas pasiones,
Confesarán al fin avergonzadas,
Que no son nombres vanos
De libertad los fueros soberanos,
Sino para las almas degradadas.

Modera un tanto ¡oh Plata magestuoso!
Esas ondas altivas;
No á un hijo de tus márgenes recibas
Airado y tumultuoso;
Que con giro suave
Fluyan y den camino silenciosas
A los flancos estrechos de mi nave,
Que juega con tus crines espumosas.

Junio 13, 1830.

EN CELEBRIDAD DE MAYO

¡Libertad! ¡Libertad! no mas resuena.
Por todo el continente.
Varela.

Dadme la lira de oro
¡Oh musas! al ingenio reservada,
Y con plectro sonoro,
Y con trompa no usada,
Cantaré de mi patria
Los triunfos y la gloria celebrada.

Cantaré las cadenas
Y la oprobiosa y dura servidumbre,
Que con infandas penas
Rompió la muchedumbre
Hollada de tiranos,
Que la razón fuscaban y su lumbre.

De Mayo los portentos
Escuchen las naciones admiradas,
Y á los ledos acentos,
Y á las voces sagradas,
Libertad y derechos,
Treman del solio las soberbias gradas.

De Mayo el sol parece,
Y en el Plata sus rayos reflejando,
Los pechos enardece,
Súbito fecundando
Los gérmenes divinos,
Que al universo la natura ofrece,

Crecen y se derraman
Por todo el continente americano;
Y los pueblos se aclaman
Libres ya, y el indiano,
Sus cadenas rompiendo,
Se ostenta independiente y soberano.

Despareció del mundo
El oprobio del hombre amancillado;
El monstruo furibundo
Pereció conculcado,
Y de Mayo la lumbre
Ha déspotas y tronos derribado.

¿Mas do la musa mía,
Por entusiasmo patrio enagenada,
Vuela con osadía,
Y no oye la algarada
Que en el foro se enciende;
Cual acorre la turba presurada?

Derrocaos á mi anhelo,
Del espacio anchurosos valladares;

Cíñanse el vasto suelo
Y los profundos mares;
Que hasta la dulce patria
Mi vista enagenada extienda el vuelo.

¿Cómo cantar podría,
En medio de los tronos degradados,
Los himnos de alegría
En mi patria entonados,
Ni los sublimes votos
De seres libres al Olimpo alzados?

Sin vuestro puro aliento,
Libertad sacrosanta, se enmudece
La lira, y tremulento
El canto se obscurece,
Con las densas tinieblas,
Que el trono aciago al pensamiento ofrece.

Mas ya rasgóse el velo,
Que tu querido rostro me ocultaba
¡Oh patria! y desde el suelo
Que el tosco galo hollaba,
Tu gloria noble canto,
Y á tus sacros transportes me levanto.

¡Salud, oh sol, fecundo
En portentosos frutos!
¡Salud, padre del mundo,
Que el germen infecundo
Del fanatismo y la opresión rompiste,

Y á la América diste
Libertad y derechos,
Y con tu lumbre inmensa,
De una región extensa
La noche de ignorancia disipaste,
Y al argentino tu fulgor prestaste!

En Mayo venturoso
El argentino levantó radiosa
Su frente, y al instante,
Sublimóse del indio el pensamiento;
Y triunfante y gloriosa
La razón aparece,
Y la ominosa esclavitud perece.

Cantad, cantad ovantes
De Mayo el sol que asoma por la esfera;
Sus colores brillantes,
Anuncian á la tierra
De América el gran día,
Y del crudo tirano la agonía.

Sepúltase al abismo
El soberbio dosel del ambicioso;
Confuso el despotismo,
Y con mortal desmayo,
En los antros se oculta del reposo,
Cuando tu faz ostentas,
¡Oh hermoso sol de Mayo!
Enagenado acorre el argentino,

Y en tu rostro divino
Ve trazados, con letras inmortales,
De su triunfo y su gloria los anales.

A LA INDEPENDENCIA ARGENTINA

Independencia al suelo americano.
Luca.

Prestadme oh sacras musas
Vuestro divino aliento,
Prestadme aquel acento
Que resuena en los coros celestiales,
Y haré que el corazón de los mortales,
De entusiasmo arrobado,
Palpite como el mío en el instante,
Y que ensalzen los libres el gran día
En que la patria mía
Independiente al fin y soberana,
Llena de gloria respiró triunfante.

Ni el trueno aterrador que se desata
De los preñados senos de la nube,
Y retumbando fragoroso sube,
Y por el ancho espacio se dilata,
Al espíritu flaco aterra tanto;

Ni el mortífero rayo desprendido
Del bronce comprimido,
Que hiende por las filas y escuadrones,
Con zumbido terrible,
Es al débil soldado tan temible,
Como son á los crudos opresores
Los vivas y clamores
Que del foro argentino se levantan
Con tumultuoso grito y vehemencia,
Alegres, proclamando independencia;
Y nada es tan gozoso
A los hijos del Plata
Como el día de Julio venturoso.

Pudo en los siglos de ignorancia torpe,
En que el hombre adormido
Sus sagrados derechos olvidaba,
Con el salvaje bruto confundido,
Dominar arrogante el despotismo;
Más luego que la ciencia
Al espíritu humano iluminara,
Audaz se levantó la inteligencia,
Y el coloso infernal que la abrumara
Derrocóse, humillado, al hondo abismo.

Así doquier los simulacros viles
De la opresión cayeron;
Pues los humanos pechos, quebrantando
Los vínculos serviles
Que su elación divina comprimían,
En sacrosanto fuego se encendieron.

La libertad prendió en los corazones,
Y doquier las estúpidas pasiones
Al despotismo aciago entronizaron,
Los rayos refulgentes
De los pechos ardientes
Que de divino soplo eran movidos,
Al fiero despotismo destronaron.

Así fué en Grecia y Roma;
Y en las comarcas todas de la tierra,
En incesante guerra,
La libertad al despotismo doma,
Y doquier que asoma
Aquella victoriosa,
Las ciencias y las artes en las alas
Del genio prepotente se subliman,
Ostentando sus galas;
Y todo es gloria, paz, felicidades;
Y el genio de la guerra furibundo,
Su aterradora faz y sus maldades
Hunde allá en los abismos del profundo.

Solo entonce, inspirando
Las musas al poeta, lanzó el canto
Su profética voz por todo el orbe,
A los siglos atónitos marcando
Sus futuros destinos,
Y en versos peregrinos,
Los prodigios del genio eternizando.

Cantemos, pues, cantemos
La independencia de la patria amada,
Y con voz acordada,
A la aurora de Julio celebremos.

Cantemos el gran día
Que vió nuestra cadena quebrantada,
Y del león domada
La arrogante cerviz y valentía.
Cantemos la agonía
Del monstruo que oprimiera
La América inocente entre sus manos
Por tres centurias, y á la tierra diera
El ejemplo inaudito, en un instante,
Del instable poder de los tiranos.

Cantemos el momento
En que á la faz del mundo y de la patria,
Con encanto juramos
Vivir independientes,
O con la sacra libertad, valientes,
Exhalar antes el postrer aliento.

Así el condor ostenta su alegría
Cuando con libertad gira su vuelo
Por el inmenso cielo;
Así el león en bosques espaciosos,
Con hórrido bramido,
Y los seres que encierra el universo,
En su tosco lenguaje no aprendido,
Himnos entonan saludando el día
En que finó su largo cautiverio;
Así lo canta el hombre que el imperio
Sufrió de la opresión y tiranía;

Julio, 1831,

RUEGO

Inclina aurem tuam ad precem meam.
Ps. 87.

En tí, Señor, confío;
A tí, mi Dios, me entrego;
Mi humilde y triste ruego
Implora tu piedad;
No mires con desvío
Mi llanto y amargura,
Que, aunque mi alma está impura,
No abriga la impiedad.

Mi espíritu se humilla
A tu divina planta,
Y su dolor levanta
Esperanzado á tí;
Acoge la sencilla
Plegaria que te envía,
Señor, y tu faz pía
Vuelve un instante á mí.

Henchido de pasiones
Mi corazón demente,
Se abandonó al torrente
Del mundo seductor;

Mas ya, sus ilusiones
Falaces desdeñando,
Se vuelve á tí implorando
Consuelo en su dolor.

Si algún tiempo embriagado
De deleites mundanos
Los tuyos soberanos
Insensato olvidé,
Perdona á un descarriado
Que, buscando hoy ansioso
Tu bálsamo precioso,
Va en alas de la fe.

Soy pecador indigno:
Pero mi alma sincera,
Arrepentida espera
En tu inmensa bondad.
Contempla, pues, benigno,
Señor, y no indignado,
A quien atribulado.
Se acoge á tu piedad.

De dolor consumido,
De angustias y dolencia,
Tu divina asistencia
Necesito, Señor;
Levanta mi abatido
Corazón, vuelve á mi alma,
Vuelve la dulce calma
Que le roba el dolor.

Atiende á tu criatura
Que misera fenece;
Sus penas adormece;
Escucha su clamor;
Pues en mar de amargura
Se anega mi existencia:
Mírame con clemencia
Aunque soy pecador.

Noviembre 6, de 1831.

MI ESTADO

Il est chez les vivans comme une lamp éteinte.
Hugo.

Cual sombra vana mis lozanos días
Se han disipado, y ni vestigios quedan
De lo que fueron en su bella aurora
Mis verdes años.

Nada ha quedado á mi existencia frágil
Más que la herida del pesar tirano;
Nada que pueda á mi infortunio triste
Dar un consuelo.

Como fantasma tétrico y sombrío
Sin esperanza vago entre los hombres;
Ningún prestigio ó juvenil halago
Brilla en mi frente.

Nada yo espero en el desierto mundo,
Nada que endulce mis amargas penas;
Y desolado, el corazón marchito,
Ni aun amor siente.

¡Oh si sintiera cual sintió otro tiempo!
Amor, al menos, en el pecho triste,
Vierte halagando como sierpe astuta,
Dulce veneno.

¡Solo el reposo de la tumba aguardo!
Pero la muerte de mis crudas ansias
Ríe inclemente, y á mi amargo lecho
Lenta se acerca.

Cuento los días de aflicción cargados;
Cuento las horas de pesar exentas;
Y veo entonces que mejor sería
No haber nacido.

Pronto despojo de la muerte fiera
Será mi cuerpo, que angustiado gime;
Dulce alimento á réptiles inmundos,
Pasto á gusanos.

Y el fuego sacro que mi mente llena,
Ansia sublime, inspiración divina,

Don de las musas, como frágil humo
Va á disiparse.

Cuantas pasiones abrigó mi pecho,
Cuanto elevado sentimiento cupo
En mi alma noble, á convertirse vuelven
En polvo y nada.

Octubre 2 de 1831.

EL POETA ENFERMO

¡Oh juicio divinal!
Cuando más ardía el fuego,
Echaste el agua.

Jorge Manrique.

El sol fulgente de mis bellos días
Se ha oscurecido en su primer aurora,
Y el cáliz de oro de mi frágil vida
Se ha roto lleno.

Como la planta en infecundo yermo
Mi vida yace, moribunda y triste;
Y el sacro fuego, inspiración divina,
Devora mi alma.

¡Don ominoso! en juventud temprana
Yo me consumo sin que el canto exelso

Eco sublime de mi dulce lira,
 Admire el mundo.

Gloriosos lauros las divinas musas
Me prometieron, y guirnalda bella
A la sien tierna de la patria mia
 Yo preparaba.

Mas el destino inexorable corta,
Con mano impía, los frondosos ramos:
¡Que el frío soplo de dolencia infausta
 Hiela mi vida!

Un foco inmenso de divinos ecos
Mi alma era un tiempo, que el activo soplo
De las pasiones exhalaba ardiente,
 Voces sublimes.

Cuanto tocaba en su celeste fuego
Ardía al punto; el universo un himno
Era para ella, de armonías puras
 Coro grandioso.

Mas negra sombra su esplendor eclipsa;
Angel de muerte de mi lira en torno
Mueve sus alas, y suspira solo
 Fúnebre canto.

Como la lumbre de meteoro errante,
Como el son dulce de armoniosa lira,
Asi la llama que mi vida alienta
 Veo extinguirse.

Adios por siempre aspiraciones vanas,
Vanas, mas nobles, que abrigó mi mente;
Adios del mundo lisongeras glorias,
Deleites vanos.

Adios, morada de tiniebla y llanto,
Tierra infeliz que la virtud repeles,
Y desconoces insensato al genio
Que te ilumina.

Mi mente siempre en tu región impura
Se halló oprimida; peregrino ignoto,
Por ti he pasado, y sin pesar ninguno,
De ti me alejo.

Lira enlutada melodiosa entona
Funeral canto. Acompañadla gratas,
Musas divinas: mi postrer suspiro
Un himno sea.

Agosto 13 de 1831.

CONTESTACION

> ¡ Ah ! ya agostada
> Siento mi juventud, mi faz marchita,
> Y la profunda pena que me agita
> Ruga mi frente de dolor nublada.
>
> *Heredia.*

Feliz tú que de bellas ilusiones
Sin cesar halagado, á las visiones
    Inefables del alma
Librar puedes tu ardiente fantasía,
Y de éxtasi embriagar y de armonía
    Tu corazón en calma.

Feliz tú que aspirando el aura pura
Del magestuoso Plata, la hermosura
    Contemplas de la luna
Que asoma melancólica su frente,
Como gentil beldad que de amor siente
    La congoja importuna.

Mecido allí por sueño delicioso,
Oyes solo el susurro misterioso
    De las olas serenas
Que al rayo de la luna resplandecen,
Y en cadencia armoniosa se adormecen
    Sobre muelles arenas.

Allí tu alma inflamada en su desvelo,
Hasta el trono de Dios levanta el vuelo,
Y olvidada del mundo,
Escucha la armonía soberana
Que de su eterna gloria eterna mana
Cual venero fecundo.

Allí anhela calmar su sed ardiente
En esa viva, inagotable fuente
Que al universo anima;
Y con alas de fuego divagando,
El infinito abarca y remontando
Más y más se sublima.

¡Quién como tú pudiera, el pecho lleno
De esperanza y de fe, por el ameno
Camino de la vida
Esparcir sus miradas halagüeñas,
Y ver por todo imágenes risueñas,
Como en la edad florida!

¡Quién en su lira, modular sonora
Dulce amor y amistad consoladora,
Tesoros celestiales,
Y al son de la hechicera melodía,
Derramar esperanza y alegría
En los pechos mortales!

¡Quién fuese como tú que atrás dejando
Un pasado feliz, y contemplando
El porvenir brillante,

Un mundo de esperanzas y delicias
Ante tus ojos ves, y no codicias
Nada al vulgo anhelante.

Mi juventud también tuvo visiones
De ambición y de gloria, y mil pasiones
Terribles la agitaron;
Amor fué su delirio y su ventura;
Y en brazos apuró de la hermosura,
Delicias que volaron.

Mas cual roble soberbio que derriba
El feróz huracán de cumbre altiva,
Al impulso violento
De fogosas pasiones, abatida
Cayó mi juventud, que solo vida
Tiene para el tormento.

¡Oh si en himnos de excelsa poësía
Yo pudiera el torrente de armonía
Exalar de mi pecho,
O en tristes tonos modular, suaves,
De mi fiero dolor las ansias graves,
Las dudas y el despecho!

El canto entonces de la musa mía
Al eco de la tuya se uniría
En soberano coro;
Y esos pechos de bronce, casi yertos,
Latirían oyendo los conciertos
De vuestra lira de oro.

Pero vano delirio; mi destino
Es batallar con el dolor contino,
Hasta que suene la hora,
Y consumirme en agonía lenta,
Como el ave inmortal que en sí alimenta
Fuego que la devora.

ESTANCIAS

Heureux ceux qui n'ont point vue la fumé des fétes de l'étranger, et qui ne se sont assis qu'aux festins de leurs péres!

Chateaubriand.

Feliz aquel que de su patrio suelo
Contempló solo el halagüeño cielo,
Y libre de pesares,
Vivió seguro del cariño amante
De la beldad que idolatró constante
En sus quietos hogares.

Nacen sus días sin cesar serenos,
De gozo puro y de esperanzas llenos,
Dulcemente halagados;
Y como en valle arroyo cristalino,
Corren sin agitarse á su destino
Por entre bellos prados.

El borrascoso mar de las pasiones
Su corazón no mueve, ni ilusiones
De bien frágil y vano
Brindan á su serena fantasía
De fugases deleites la ambrosía,
Con fementida mano.

De la ambición se ríe prepotente
Que se engolfa con tino en la corriente
De la varia fortuna,
Ni acibaran funestos desengaños
La dulcífera copa de sus años
Con su hiel importuna.

¡Quién me diera los días venturosos
Que á mi anhelo ofrecían deliciosos
Placeres sin mudanza,
Cuando todo á mi vista era risueño,
Y mi existencia grata un largo sueño
De gloriosa esperanza!

¡Quién diera á mi agitado pensamiento
La dulce calma y el feliz contento
Que disfrutara un día!
¡Quién por lo bello, el entusiasmo ciego,
La pasión noble y el divino fuego
En que mi pecho ardía!

¡Quién sentir cual sentí, ó el llanto largo
Que embalsamaba el sentimiento amargo
Del corazón herido!

¡Quién, á mi juventud su lozanía
Marchita en flor, sin esperanza y fría!
¡Quién, el ser lo que he sido!

¡Si al menos á piedad movido el cielo
Con la angustia voraz diese el consuelo
Del olvido á la mente!
Mas por siempre la imagen ilusoria
Del bien perdido vaga en la memoria,
Cual si fuera presente.

El astro de mi vida se ha eclipsado
Y muerto á la esperanza, desolado;
El porvenir oscuro
Aparece á mi vista, cual desierto,
O borrascoso piélago sin puerto
Donde arribar seguro.

Mi corazón un tiempo palpitaba
Al mirar la hermosura, y adoraba
Su irresistible encanto;
Amó también, y en amorosos lazos
Se gozó insano, y apuró en sus brazos
Deleite sacrosanto.

Mas disipose todo y la amargura,
El recuerdo fatal tan solo dura
Y aviva el sentimiento
Del triste corazón, que aun inflamado,
De amar, sentir ó aborrecer privado,
No halla, no halla alimento.

Todo he perdido; en mi insensata mano
Las flores de la vida bien temprano
        Todas se han deshojado,
Y confusos y atónitos mis ojos,
Solo contemplan míseros despojos
        Del huracán pasado.

Ven á mis votos silenciosa muerte,
Y en reposo feliz la ansia convierte
Con que me aqueja el tiempo y el destino;
Ven, me arrebata donde no se siente.
Así cantaba de su patria ausente
Por consolarse un triste peregrino.

Junio, 1831.

RECUERDO

In vain, alas! in vain.
Campbell.

En vano busco la mujer hermosa,
Iman de mi alma que llenó mis días
De tiernas ansias, deliciosos sueños,
        De amor y dichas.

La busco en vano, que doliente siempre,
Voz ominosa de la negra tumba
Burla mi anhelo, y me responde triste:
        —Aquí se oculta.

—Se oculta sí.... ¿mas sempiterna noche
Cubrirá el lecho do mi amor descansa?
¿No verá un ángel que moró en la tierra
La luz de otra alba?

¿Pero qué importa, si su imágen bella
Mientras yo aliente vivirá en mi pecho,
Do el aura aspira que á los serafines
Destina el cielo,

Hasta que airada la insaciable muerte
Corte la trama de mi frágil vida,
Una mis restos á los suyos caros,
Y todo estinga?

Enero 17, 1831.

AL CLAVEL DEL AIRE

A LUISA

Sweet scented flower
Kirke White.

Flor fragante y vistosa,
Que del seno de rosa
De mi amable hechicera
Vienes, fiel mensagera
De su pasión ardiente,
A disipar las sombras de mi mente,
Dime ¿do fué tu aurora?
¿Quién te dió esa fragancia
Eficaz, penetrante, encantadora,
Y la hermosa elegancia
Con que gentil descuellas
Entre las flores bellas
Que orna y matiza la divina Flora?
¿Quién esa candidez y esa pureza
Adorno celestial de la belleza,
Que mi pecho enamora?
¿Fué, por ventura, tú dichoso oriente
En la región ardiente
Donde naturaleza
Ostenta más vigor y gentileza?

¿O acaso la inconstante
Madre de los amores,
Menospreciada de su ingrato amante,
Le pidiera á la reina de las flores
Te llenase de encantos seductores,
Para que fueses poderoso hechizo
De aquel infiel que abandonarla quiso?
No, flor hermosa, no; que tú naciste
Para más alta gloria,
En la región que el Paraná famoso
Baña en curso grandioso.
Naciste de sus linfas,
Para grato recreo
Y halagüeño deseo
De sus hermosas ninfas,
Que al mirarte en tu cuna se gozaron,
Y su flor predilecta te nombraron.

Tu trono digno y tu morada hiciste
Del aire puro, y si las otras flores
Reciben de la tierra su alimento,
Tú del sereno viento,
Del céfiro apacible
Que divaga invisible,
Y del plácido aliento
Que los silfos exhalan voladores.

Con magestad sentada,
Ya en la verde enramada,
Ya en el frondoso espino,

Ya en las rocas soberbias y jardines,
Tu candor peregrino
Ostentas y te meces con donaire,
Embalsamando el aire
Con tu aroma divino.
El picaflor voltario

En su círculo vario,
Se deleita tan solo en halagarte,
Y no osa de tu seno
Libar el suco ameno
Que te dá vida, y tu vigor robarte.
No así la juventud; ella anhelante
Siempre gira inconstante;
De una flor á otra flor; todas codicia,
A todas acaricia,
Y al fin bebe, inexperta, entre sus hojas,
Saciedad y congojas.

Emula del jazmín en la blancura,
Lo eres también en la fragancia pura,
Que de tu seno exhalas,
Con que el cuerpo y espíritu regalas
De toda criatura.
Cuando ostenta sus galas,
Con magestad el sol en occidente,
Entonces el ambiente
Se llena de tu espíritu oloroso,
Y se engolfa amoroso
El corazón, al apurar tu aliento,
En un mar de delicias y contento.

Y cuando más feliz, alguna hermosa
Te arrebata con mano temerosa
De tu alcázar aereo,
Para darte en su seno dulce abrigo,
O en su negro cabello:
Brillas con el destello
De estrella rutilante,
Y dilatas fragante
Tu encantador imperio,
Y de las flores reina entonces eres,
Del amor, del deleite y los placeres.

¿Quién como tú en el aire
Morara, respirando aura de vida,
Y burlando el desaire
De la fortuna vil con frente erguida?
O trasformado en silfo ó en sílfida. (1)
¿Quién en tu cáliz albo
Encontrase guarida
Donde ponerse en salvo
Del rigor de la suerte y sus mudanzas,
Que siempre al infeliz tiende asechanzas?
Cuando feliz te miro,
Bella flor, me parece
Que veo de mi amada el albo seno
De encantadora magia todo lleno,
La nieve sin mancilla

(1) Silfos, espíritus aereos, que han ilustrado Pope, Hugo y otros. Creo no se estrañará esta alusión, pues los espíritus son cosmopolitas. (Nota del poeta.)

De su fresca mejilla,
Y el candor celestial de su semblante.
Y al aspirar tu espíritu fragante,
Me parece que aspiro
De su risueña boca
El delicioso aroma que provoca
Al deleite, al amor y la ventura;
Y rebosando en júbilo y ternura,
Mi corazón palpita, y se abandona
Olvidando su pena,
A la dulce ilusión que lo enajena.

Octubre 17, de 1831.

EL CEMENTERIO

Misterios de la vida y de la muerte.
Calderón.

Creation Sleeps.
Young.

Al resplandor sereno de la luna,
Yo andaba por los sitios solitarios
Que al vulgo atemorizan, pesaroso
Y en lúgubres ideas embebido;

Y mis inciertos pasos me llevaron
A la mansión sagrada de los muertos.
Religioso pavor cubriome al punto,
Y esclamé sofocando mis angustias:
—Silencio ¡oh corazón! he aquí el asilo
Donde reina la paz inalterable;
Do no alcanza el tumulto de los hombres;
Do se acaban las ansias y tormentos
De la altiva ambición y el infortunio;
Do se estrella el poder y la grandeza;
Do el amor y el deleite se anonadan;
Donde la gloria es humo y las pasiones
Que agitan al mortal. Aquí el esclavo
De sus hierros se olvida, y con el polvo
De la víctima suya á confundirse
Viene el fiero opresor. Aquí del crimen
Cesa el remordimiento, y los gemidos
De la virtud paciente se sepultan.
Aquí se abisman, sin cesar, los siglos,
Y mil generaciones y mil otras,
Con rapidez se agolpan, no dejando
Vestigio de su ser. Aquí su cetro
Levantan el misterio y el olvido,
Las esperanzas mueren, y en su aurora
El ingenio brillante se disipa.
Salud, tristes despojos, monumentos
Fúnebres del dolor: á visitaros
Viene una alma enlutada y borrascosa.
Si los profanos ecos de la tierra
Hasta vosotros llegan, respondedme:

¿Hay vida más allá?—¿Pero que veo?
Un espectro confuso se levanta
Y con faz melancólica me mira:
—Tú, quienquiera que seas, habitante
De esta mansión de luto misteriosa,
Responde hoy á las dudas de quien viene
A interrogar la muerte y los sepulcros,
Transido de dolor: ¿por qué tus ojos
Brotan lágrimas tristes, y en tu frente
Del funesto pesar vagan las sombras?
¿Hay dolor, por acaso, aun en la tumba?
¿Siente el polvo?—Silencio, reptil vano;
La mansión del misterio es el sepulcro—
Un eco moribundo respondiome;
Y, silencio, silencio, repitieron
Los cóncavos helados de las tumbas.
Se oscureció la luna de repente,
Y un pálido fulgor cubrió la tierra,
Semejante al de antorcha suspendida
En medio de un panteon; Y yo miraba,
Pasmado de terror, sin movimiento,
De la tumba fatal aquel portento,
Cuando un eco, al de un ángel parecido,
Hechicero sonó: Ven, ven conmigo;
Ven, ven á descansar infeliz joven.
La tumba es el amor. Aquí las almas
En himeneo eterno, eternas viven.
¡Ay! ¡ay! por tí padezco hace diez años;
Ven, seremos felices, ven conmigo,
Esperándote estoy—Y yo miraba,

Pasmado de terror, sin movimiento,
De la tumba fatal aquel portento:
Y ví de una mujer la vaga sombra,
De una mujer que conocí en la tierra
Y que profano labio nunca nombra.
Y otro acento de amor, voz inefable
Que aprendí á conocer desde la cuna
Oí que repitió: — Ven, hijo mío,
Ven, te consolaré. ¡Qué infeliz eres!
Tu alma no es de ese mundo, aquí es su centro
El lodo es del reptil. — Un grito entonces
Quise dar y no pude; y, madre, madre,
Articuló mi lengua. — Y yo miraba
Pasmado de terror, sin movimiento,
De la tumba fatal aquel portento....
Quedó todo en silencio nuevamente;
Se disipó el fulgor como la llama
De un astro consumido; y las tinieblas,
La oscuridad fatal, se condensaron.
Todo era noche y noche. Uno por uno
Los astros de la esfera se extinguieron,
Como antorchas sin pábulo; y la tierra,
Y el cielo y el espacio, no formaron
Más que un lúgubre, denso, opaco abismo
De tinieblas palpables á mis ojos.
Me estremecí de horror. Formas confusas,
Fábricas gigantescas del orgullo,
Cadáveres inmensos de los siglos,
Pueblos, generaciones, seres, hombres....
Cual rápido torrente descendían

En la inapeable sima confundidos;
Y al caos daban ser... Un mortal hielo
Cubrió todo mi cuerpo. Mis potencias
Como de un largo sueño despertaron:
Miré: ví, con asombro, que la tierra,
Al resplandor sereno de la luna,
Mientras yo solitario cavilaba,
Como el callado asilo de los muertos
En silenciosa calma reposaba.

MELANCOLÍA

Profunda melancolía
En tu semblante se vé.
Calderón.

Cuando en mi frente marchita
La melancolía estienda
Su opaco velo, y mis ojos
Llenos de lágrimas veas,
Cuando los caros objetos,
Que en otra hora me recrean,
Y aun tus encantos divinos
Mire con indiferencia:
No hagas caso, mi querida,
Que el pesar que me atormenta
Sobre mi faz un instante
Esparce sus sombras negras;
Luego, á mi seno afligido,
Do sin cesar se apacentan
Los pensamientos sombríos,
Silencioso se repliega.

Julio 29, 1830.

PROFECIA DEL PLATA

Se conmueven del Inca las tumbas.
Lopez.

Cuando con garra impía,
El hispano león tan arrogante,
El nuevo mundo asía,
Y su fuerza pujante
Dominaba en los piélagos de Atlante;

Cuando sus naos, preñadas
De avaricia y furor, lanzaba España
A las tierras domadas
Y á las playas que baña
El raudo Plata á vomitar su saña;

El portentoso río,
Enfurecido al ver tanta osadía,
Terrífico y sombrío,
Su ceño mostró al día,
Por revelar aquesta profecía.

—Tiranos alevosos,
Gozaos, gozaos en la obra pasajera
De designios odiosos,
Que ya se acerca la era
A vuestro orgullo y suerte lastimera.

Gozaos si, que esta tierra,
De vuestro cetro duro fatigada,
Acudirá á la guerra,
Y será quebrantada
Vuestra arrogancia, y á su vez domada.

Ya la lumbre fulgente
Veo de Mayo alzáse por la esfera,
Y la turba insolente
Que vuestra ley venera,
Se aturde al verla cual si rayo fuera.

El argentino entonces
Tremola el estandarte victorioso,
Y los tremendos bronces
Y el acero filoso
Anima con su aliento poderoso.

Las cadenas quebranta
Que oprimen á la patria moribunda,
Y su cerviz levanta
Airada y tremebunda,
Que conturba la hueste furibunda.

Su voz truena potente,
Y á los pueblos concita á la venganza
De todo el continente,
Que acorrren sin tardanza
Al campo de la lid y la matanza.

Del Sud en las regiones
La libertad arbola su estandarte,

Y celestes blasones
A sus hijos reparte,
Marcial aliento les infunde y arte.

¿No mirais cómo el trueno
Que se enciende en mis márgenes de plata,
De muerte y poder lleno,
Por el sud se dilata,
Y vuestros sólios rompe y desbarata?

¿No escuchais cual retumba
En los Andes con hórrido estampido,
Y conmueve la tumba
Del inca que ofendido
Del polvo se alza de furor ceñido,

Y á sus hijos convoca
Y á su progenie toda á la venganza
Con su acento provoca,
Que ardida se abalanza
De uno á otro campo con espada y lanza?

¿No veis cual se encamina
Por el indiano suelo desprendiendo
Mil rayos que fulmina,
A polvo reduciendo
De vuestras armas el poder tremendo?

Temblad, temblad tiranos
Que oprimis á la América inocente
Con aceradas manos;

Temblad; que ya el torrente
De asolación desata mi corriente.

Cual rayo amenazante
Que de la parda nube se desprende,
Y ardiendo, fulminante,
Con ímpetu desciende,
Deslumbra, aterra, despedaza, hiende.

Así con saña airada
Desplomará su furia y vehemencia,
Y será desquiciada
Vuestra vana insolencia,
Caduco poderío, omnipotencia.

Y el vasto continente
De vuestro inícuo yugo libertado,
Gozará independiente
El venturoso hado.
A su heroismo y gloria reservado».

De Mayo el sol brillante
Se mostró al argentino, y confundidos
Huyeron al instante
Los bandos atrevidos,
Por sus valientes haces perseguidos.

Y como astutos lobos
Que bravos cazadores acecharon,
Devorando sus robos,
Al verlas se pasmaron,
Y la sangrienta presa abandonaron

Mayo, 1831.

EL PENSAMIENTO

O flor de alta fortuna,
Rioja.

Yo soy una flor oscura
De fragancia y hermosura
Despojada;
Flor sin ningún atractivo,
Que solo un instante vivo
Acongojada.

Nací bajo mala estrella,
Pero me miró una bella
Enamorada,
Y me llamó pensamiento,
Y fuí, desde aquel momento:
Flor preciada.

No descuello en los jardines
Como los albos jazmines
O las rosas;
Pero me buscan y admiran,
Me contemplan y suspiran
Las hermosas.

Si me mira algún ausente
Que de amor la pena siente,
Cobra vida;

Y es feliz imaginando
Que en él estará pensando
Su querida.

Yo soy grata mensagera,
Que bajo forma hechicera
Voy volando
A llevar nuevas de dicha
Al que vive en la desdicha
Suspirado.

Símbolo del pensamiento
Del amor y el sentimiento,
Mi destino
Es deleitar al que adora,
Y consolar al que llora
Peregrino.

Uruguay, Noviembre 1832.

EL DESAMOR *

CANCIÓN

Acongojada mi alma
Día y noche delira,
El corazón suspira
Por ilusorio bien;

* El Cancionero Argentino, pag. 13 del cuaderno 1º.—Fué puesta en música por el maestro don J. P. Esnaola.

Mas las horas fugaces
Pasan en raudo vuelo,
Sin que ningún consuelo
A mi congoja den.

Entre mis venas corre
Sutil, ardiente llama,
Que sin cesar me inflama
Y llena de dolor;
Pero una voz secreta
Me dice: ¡infortunada,
Vivirás condenada
A eterno desamor!

Como muere la antorcha
Escasa de alimento,
Así morir me siento
En mi temprano albor;
Ningún soplo benigno
Da vigor á mi vida,
Pues vivo sumergida
En triste desamor.

Como fatuo destello
Que brilla y se evapora,
Se disipó en su aurora
El astro de mi amor;
Fuese con él mi dicha,
Fuese con él mi calma,
Quedóle solo á mi alma
Perpetuo desamor.

1837.

LA DIAMELA *

CANCIÓN

Diome un día una bella porteña
Que en mi senda pusiera el destino,
Una flor cuyo aroma divino
Llena el alma de dulce embriaguez.
Me la dió con sonrisa halagüeña,
Matizada de puros sonrojos,
Y bajando hechicera los ojos
Incapaces de engaño y doblez.

En silencio y absorto tomela,
Como don misterioso del cielo
Que algún angel de amor y consuelo
Me viniese durmiendo, á ofrecer.
En mi seno inflamado guardela,
Con el suyo mezclando mi aliento;
Y un hechizo amoroso al momento
Yo sentí por mis venas correr.

Desde entonces, doquiera que miro
Allí está la diamela olorosa,
Y á su lado una imagen hermosa

* El Cancionero Argentino, pag. 23 del cuad. 1º. Puesta en música por J. P. Esnaola.

Cuya frente respira candor.
Desde entonces, por ella suspiro;
Rindo el pecho inconstante á su halago;
Con su aroma inefable me embriago;
A ella sola consagro mi amor.

1837.

UN RECUERDO *

¡Tierra querida do mis tiernos padres
Vieron gozosos mi reir primero,
Mi alma te envía en su infortunio amargo,
Un pensamiento!

En este día de tan bella aurora
Que el tiempo cuenta en su incesante vuelo,
Un año cumple, que á mi patria enviara
Mi adios postrero.

¡Oh cuantas horas de amargura el alma
Sufrió en un año de fatal recuerdo!
¡Cuanto suspiro en mi abandono triste
Exhaló el pecho!

* M. S. de la Colección de don J. M. Gutiérrez, existente en el Senado Nacional.

Yo en los instantes de mi dulce infancia
Miraba siempre el porvenir risueño,
Contando ufano del vivir las horas
    Por mis contentos.

Cual mira y ríe el caminante incauto,
Corto el camino y de viajeros lleno,
Y en él se lanza sin contar peligros
    Que le den miedo;

Y en vez de flores que encontrar creía,
En vez de amigos que le den consuelos,
Hállase solo, abandonado y triste,
    Con sus ensueños:

Así yo, en vano procuré á mi lado
Los gratos seres que dejé en mi suelo,
Que solo el viento se llevó en los aires
    Mis tristes ecos.

Ni en mis oídos sonarán tampoco
Aquellas voces que escuché en un tiempo;
Voces queridas que en mi tierna infancia
    Me adormecieron.

Que todo es solo, desabrido y triste;
La flor no es grata, ni es azul el cielo;
Y los cantares de las aves bellas
    Ya no son tiernos.

Vendrá la aurora sin su sol dorado,
Vendrá la noche con su velo denso,
Y no en la luna encontraré tampoco
Suaves reflejos.

¡Ah! que la noche al que sufriendo vive,
Sin un amigo y de su patria lejos,
Es un castigo que en su enojo enviara
Airado el cielo.

¿Qué sirve entonces la algazara y risa
De los que cerca de nosotros, vemos
Que alegres pasan las cansadas horas
Del cruel invierno?

¿Qué vale el canto de placer que entonan
Seres dichosos de ventura llenos,
Si son palabras que en idioma extraño
No conocemos?

¿Si no hay quien diga con acento suave:
¡Hijo querido! y al materno pecho
Del hijo amado la cabeza ardiente
Estreche luego?

¿Si no hay quien diga con sonrisa grata:
¡Amado mío! y con afán sincero,
Me busque ansioso, y en mi frente estampe
Un dulce beso?

Y en tanto el tiempo discurriendo siempre,
Va aumentando en su incansable vuelo
Unas tras otras, las amargas horas
Que yo no cuento;

Hasta que el soplo de mi vida mísera
En el silencio se evapore luego,
Como la nube que al venir el día
Disipa el viento.

¡Oh! patria entonces al morir cercano
Será tu nombre mi postrer aliento,
Y por tu dicha la plegaria mía
Alzaré al cielo.

A .... *

Ven, encanto de mi vida,
Ven, de mis penas consuelo,
Por piedad;
Que tu sonrisa querida
Rasgará este oscuro velo
De orfandad.

Vea yo tus bellos ojos
Lucir llenos de ternura
Y de amor:

* M. S. de la Colec. de Dn. J. M. Gutiérrez existente en la Bibl. del Senado Nacional.

Vea los tiernos sonrojos
En tu faz serena y pura
Del candor.

Sienta yo el suave latido
Amoroso de tu seno
Virginal;
Y de tu voz el sonido
Llegue á mí, de encanto lleno
Celestial.

Yo me ví en tierra extranjera
Sin esperanza ni amparo,
Sin amar;
Como una nave se viera
Correr sin seguro faro
Por el mar.

Como planta en la llanura
De los vientos combatida,
Yo me ví;
Cual viajero en noche oscura
Por senda desconocida
Me perdí.

Así de mi ingrata vida
A la noche me acercaba
Con placer,
Como quien mira concluída
La vía en que solo hallaba
Padecer.

. . . .

Y tu en el mundo existías
Mujer pura á quien adoro;
Tu en esta tierra vivías,
Para mí, de bendición.
Como escondido tesoro
Tu vivir se disipaba;
Como el mío palpitaba
Huérfano tu corazón.

Te ví criatura hermosa,
Y te amé; que tu semblante
Y tu sonrisa graciosa
Me embriagó el alma de amor.
Yo te ví; ¡supremo instante,
Hora feliz la más bella,
En que mi pálida estrella
Se cubriera de fulgor!

Tu llenastes el vacío
De mi joven existencia,
Y humilde yo te confío
Mi infelice porvenir:
Quizás así la inclemencia
Cesará de mi destino;
Tu allanarás el camino
Que escabroso siempre ví.
. . . .

Ven encanto de mi vida,
Mi amor, luz apetecida,

De quien existe por tí;
Ven, que solitario velo,
Y derrama algún consuelo
En este pecho infeliz.

Tu eres el bien que yo aspiro;
Si estás ausente deliro
Y si te veo también;
Tu eres para mi nacida;
Sin tí no quiero la vida....
Angel de mi dicha, ven.

Que goce yo en tus caricias
Inocentes, las primicias
De tu prometida fe,
Y olvidaré lo pasado,
Iris de paz, y á tu lado
Solo amor alentaré.

LA AUSENCIA *

(CANCIÓN)

Fuese el hechizo
Del alma mía
Y mi alegría
Se fué también;

* El Cancionero Argentino, pág. 11, cuaderno 20.

En un instante
Todo he perdido:
¿Donde te has ido
Mi amado bien?

Cubriose todo
De oscuro velo,
El bello cielo
Que me alumbró;
Y el astro hermoso
De mi destino,
En su camino
Se oscureció.

Perdió su hechizo
La melodía
Que apetecía
Mi corazón;
Fúnebre canto
Solo serena
La esquiva pena
De mi pasión.

Doquiera llevo
Mis tristes ojos
Hallo despojos
Del dulce amor;
Doquier vestigios
De fugaz gloria
Cuya memoria
Me da dolor.

Vuelve á mis brazos
Querido dueño,
Sol halagüeño
Me alumbrará:
Vuelve tu vista,
Que todo alegra,
Mi noche negra
Disipará.

Año 1837

A BERRO

Era sin duda una esperanza bella,
Era una pura y misteriosa estrella
Que empezaba á brillar;
Era un árbol de vida, que en tributo,
Al suelo do naciera, rico fruto,
Prometió al germinar.

Era un genio tal vez meditabundo
Que llevaba en su cérebro de un mundo
La alta revelación;
Era un ser condenado á los martirios,
Los inefables raptos y delirios
De ideal concepción.

Era una audaz y noble inteligencia
Que en el oscuro libro de la ciencia
Buscaba la verdad;
Y culto vivo al pensamiento daba,
O la omisión sublime ambicionaba
De apóstol de progreso y libertad.

Era un hijo de la musa,
Y en la tierra su destino
Tener un sueño divino
Y pasar tan solo fué,
Sin probar de sus deleites
La congojosa amargura,
Guardando en el alma pura
Flores de esperanza y fe.

Y pasó cual peregrino:
Pesares, amigo, lloro,
De memorias un tesoro
En pos llevando de si.
Y pasó, los ecos tristes,
Como de voz que suspira,
De su melodiosa lira
Dejándonos solo aquí.

Y melancólico y grave
Yo también pasar le viera,
Y simpatía sincera
Nació entre ambos de amistad;
Y no pensé que al saludo

De su lira pagaría
Con recuerdo ó melodía
Fúnebre y de eternidad.

¡Tan temprano, y una á una
Sus visiones ideales
Entre sombras funerales,
Ver ocultarse y morir!
¡Tan joven, y ya la noche
Divisar en su agonía
Donde engolfarse debía
Su ambición y porvenir!

Y esa noche era un abismo
Insondable y tremebundo,
Era el cadáver de un mundo
Que su espíritu engendró;
Era un helado sepulcro,
Fetidez, polvo, gusanos;
Eran los deseos vanos
Que en su vida alimentó.

Y entonces una blasfemia
Casi su labio murmura:
Farsa, irrisión, impostura,
La vida en el trance aquel
Le parece, y muerte y vida
Se confunden en su mente,
Pues anonadarse siente
Su pensamiento con él.

¿Para qué, diría, acaso
Me otorgó Dios la existencia,
Y el don de la inteligencia
Puso en frágil juventud?
¿Para qué pasiones tantas
En mi corazón hervían,
Y esos que morir debían,
Sueños de gloria y virtud?

Si cada ser que en la tierra
Se arrastra, vegeta ó mueve,
Seguir una senda debe,
Para un destino nació,
¿Por qué joven se aniquila
Con su concepción el hombre,
Sin dejar en su obra y nombre
La encarnación de su yó:

¡Pobre poeta! delira
Porque de un sueño despierta,
Y desnuda, horrible y yerta
Viendo está la realidad.
Delira porque el arcano
De la vida y de la muerte
No alcanza, y recién advierte
Que aquí todo es vanidad,
¡Vanidad vanidad! Pero sin duda,
Un perfume divino es para el hombre
Ese aplauso común que le saluda
Y hace en el tiempo resonar su nombre.

¿Qué importa que la muerte le sorprenda
Al conquistar el lauro que ambiciona,
Si ha hecho á su patria generosa ofrenda
O ceñido á su frente una corona!

Poeta! tu mansión fué transitoria
En este valle de tiniebla y luto;
Pero al pasar dejaste una memoria
Digna de llanto y singular tributo.

Montevideo, Octubre de 1841.

LA MADRESELVA

Tan humilde como bella,
Aunque á cercos destinada,
Es tu aroma delicada
Como el aliento de amor.
Tú mitigas los tormentos
Con que me abruma el destino,
Tú eres bálsamo divino
En mis ansias y dolor.

Tú me acuerdas los momentos
Mas felices de mi vida
Que con Elina querida
Bajo tu sombra pasé;

En ella un amor ardiente
Puro y santo nos juramos;
¡Cuan poco lo disfrutamos!
¡Veloz el tiempo pasó!

Buenos Aires, Octubre 5 de 1847.

ESTROFAS PARA CANTO

El viento de la pampa
Cruzando velozmente
Tiene para el proscripto
Magnético poder;
Que perfumado llega
Con el aliento puro
Del beso que á la patria
Diera al pasar ayer.

Envíale recuerdos
Si quieres oir su canto,
Simpática memoria
De lo que fué su amor.
Envíale esperanzas
En alas del pampero;
Heraldos que le anuncien
Algo consolador.

El cisne alegre canta
A orillas de su lago,
Donde bañarse puede
Nadando en libertad;
Canta cuando lo arulla
La brisa de los campos,
Do vuela libremente
Desde la tierna edad.

Pero ¡ah! pobre del cisne
Si de su hermoso lago
A la extranjera playa
Lo lleva el huracán:
El canto melodioso
Se ahoga en su garganta;
No encuentra ni gemidos
Para expresar su afán.

Los ecos de una lira
En horas de tristeza,
Te hablaron un idioma
Querido al corazón:
Y en la memoria tuya
Rusuena todavía,
Con hechicero halago,
Su tierna vibración.

¡Silencio! ya se han roto
Las cuerdas de esa lira;
En torno de ella suena

Murmullo aterrador.
¡Silencio! ya está muda;
No tiene una armonía,
Ni alientos de esperanza,
Ni cánticos de amor.

Recuerdos de la patria,
Venid, venid veloces,
En alas del pampero
A refrescar mi sien;
Venid, traedme esperanzas,
El hálito de vida,
De amor y gloria ensueño,
La inspiración del bien.

Montevideo, Octubre 3 de 1847.

MARCO AVELLANEDA

AL 25 DE MAYO DE 1839 *

—Mas allá de los mares se que existe
Opulento hemisferio,
Que es preciso domar, porque no basta
Asaciar mi ambición mi solo imperio.
La libertad proscripta de la Europa
Allí trono encontró y adoraciones;
Marchen allí triunfantes mis legiones,
Derroquen sus altares; y el oriente
A sus cadenas ate el Occidente—
Un déspota cruël así en España
Clamara un día, y al Eterno plugo,
Que el terrible decreto se cumpliera,
Y mi patria infeliz esclava fuera.
Y se humilló; y lo fué. Su vasto imperio
Tristes los Incas derrocarse vieron;
Y en cadenas gimieron,
Y en vil esclavitud. Fieros tiranos,
Con su planta insolente,
De América inocente
La virginal pureza mancillaron;
Y en su llanto y sus hierros se gozaron.
Su maldecida frente luego alzaron
La insaciable codicia, el fanatismo,

* Cop. del original autógrafo existente en el archivo de Dn. J. M. Gutiérrez, en la Bibl. del Senado Nacional.

Y la torpe ambición, el egoismo,
Y mil y mil delitos.... Y en mazmorra
De míseros esclavos
Trocóse.... ¡maldición!.... en un momento
El reino de los Incas opulento....
Pero ¡ay! que nunca á los tiranos fieros
Su imperio eternizar les fuera dado.
Un día y otro día el cielo dora
El sol de esclavitud, y el pueblo gime,
Y en el silencio su infortunio llora.
Pero despierta al fin del triste sueño,
Que aterrado durmiera, y negro ceño
En su llorosa faz ostenta airado.
¡Ay entonces temblad! ¡temblad tiranos,
Que con ojos injustos
Le mirasteis gemir!... ¡Temblad insanos!
Que el puñal vengador brilla en las manos
De nuevos Casios y de heróicos Brutos.
Asi de los Tiberios y Nerones
Desparece el reinado. Asi de Atila
El poder ominoso se aniquila.
Y ved á Napoleón.... audaz gigante,
Colosal como Atlante,
Triunfa en Marengo, en Austerlitz, en Jena,
Allana las murallas
De la altiva Moscow. A Europa llena
De matanza y sangre; y ya no es ella
Mas que un inmenso campo de batallas...
¡Es el señor del mundo!
Y al mundo dicta de su solio leyes;

Ata á su carro los vencidos reyes;
Y soberbio adelanta en el camino
De la gloria engañosa.... A su destino
Se juzga superior.... Mas, desde el cielo
La diosa libertad sus rayos lanza,
Al hijo ingrato hiere,
Y en una roca encadenado muere....
¡Y mi patria también!....Ya tres centurias
Al yugo férreo la cerviz doblaba
Y entre hierros gemia,
Y su existir infame deploraba,
Y su destino horrible maldecía.
¡Pero Mayo brilló! Su luz radiosa
En los concavos huecos de la tumba,
Donde el Inca reposa,
Penetra y alza la pesada loza.
Sus sombras indignadas
Por las ciegas tinieblas se derraman,
Y, *¡guerra eterna á los tiranos!* claman;
¡Sangre y venganza y exterminio! gritan;
Y furiosos se agitan,
Y á los esclavos tímidos alientan,
Y á los tiranos turban y amedrentan.
Sus gritos oye el argentino heroico,
Y de *venganza* y *guerra* el bronco tono
Repite aterrador. Tiembla espantado
El bárbaro opresor sobre su trono.
¡El día del destino ya ha llegado!
Y al mirarlo lucir, los nobles hijos
Del Plata celebrado,

Trozan sañudos los serviles grillos.
¡De sus gruesos anillos
Espadas vengadoras se formaron,
Y con ellas feroces batallaron,
Y en mil y mil combates vencedores,
La libertad de un mundo conquistaron!
El Plata undoso, la encumbrada cima
De los eternos Andes, Chile opímo,
Y hasta tus muros, orgullosa Lima,
Testigos fueron del heroico brio
Con que el brazo argentino
Supo vencer al déspota insolente,
Supo domar su bárbaro destino,
Y libertar al nuevo continente....
Pero no les bastara.... Aún, todavía
Por defender la independencia cara,
En Colombia infeliz se batallara.
Hay esclavos aún; aún hay tiranos
Que es preciso vencer.... y los vencieron:
¡Y en Junin y Ayacucho
Nuevos laureles á la patria dieron!
¡Sol de Mayo, salud! Tu presenciaste
De tus heroicos hijos la victoria,
Y tu carro apuraste
Para anunciar al mundo su alta gloria....
¡Tornas hoy á lucir!.... ¿Por qué en silencio
La triste patria te contembla y mira?
¿Y tu radiante luz por qué no inspira
Patriótico ardimiento al argentino?
Ya no escucho entonar himno divino,

Ni el hueco bronce en derredor retumba
Para anunciar ¡oh Mayo! tu presencia....
¡Silencio y soledad como en la tumba!....
¿Qué es de mi patria ya?....¡Mi patria fué!
¡Y fueron ya sus glorias! Se acabaron
Su dichoso existir y sus laureles
¡Ay! para siempre ya se marchitaron.
¡Fieros tiranos, opresores crueles,
Al déspota de España reemplazaron!
Los monstruos, los feroces, invocando
De *ley y libertad* los dulces nombres,
Leyes y libertad asesinaron,
Y á la patria en su tumba sepultaron...
¡Patria argentina! ¡virgen inocente!
¿Qué es de tus timbres y adquirida gloria?
¡Ay! que borrar lo veo de la historia
Con mano cruel, sacrílega, inclemente,
A pérfidos traidores. Los feroces
Ligan tus manos á cadena dura,
Y marchitan la flor de tu hermosura,
Y se parten tranquilos los despojos
De tu pesada dicha....El despotismo
Con mas furia cien veces, con mas saña,
Que el de los monstruos que abortó la España,
Rasga tu seno virginal, en donde
Tanto tesoros encondió natura,
Para que eterna fuese tu ventura.
Ya el ídolo cayó del patriotismo,
Y en los altares donde fué incensado,
Ora miro ¡que horror! vil egoismo,

Infernal ambición, negro delito....
¡Doquier miserias, infortunio y hambre!
¡Doquier cadalzos, y matanza y sangre!...
¡Oh Dios inexorable! ¿estará escrito,
En el libro eternal de los destinos,
Por tu mano terrible, el triste lema:
«Esclavos morirán los argentinos»?
Tanta sangre vertida en la lid dura
Por defender la independencia cara
Y que el baldón de América acabara
¿Esteril nos será?—¿Son por ventura
Los destinos ¡gran Dios! que reservaste
Al argentino aquestos?—¡Tú acabaste
Con un déspota, y mil se han levantado!
¿Será que tu justicia lo ha ordenado?
¿O es el genio del mal el que ora rige
Los hados de mi patria; el que ha cegado
Las fuentes del vivir, y la condena
A arrastrar su existencia en vil cadena?....
¡Oh santo de Israel!—Alza tu diestra,
Y al despotismo y sus esclavos viles
En el polvo y la nada otra vez hunde,
Y á su soberbia fiera la confunde.
Asi otro día de Faraon altivo
La numerosa hueste anonadaste,
Y justiciero y grande en el profundo
Abismo de la mar la sepultaste,
Terror poniendo y escarmiento al mundo....

....

¡Oh Dios del argentino! ¡Sol de Mayo!

Escucha y cumple mi postrero ruego:
¡Nunca más brille de luz tu el rayo
Del soberbio Anconquija en la alta cumbre,
Hasta que el día de tu triunfo llegue,
Hasta que el día de venganza alumbre!

EL MONTE DE NARANJOS *

Manso arroyuelo, que corres
Por entre guijas saltando,
Y al naranjo fecundando,
Me embriagas con su azahar,
—¿A donde corres? ¡Detente!
Que tu caudal cristalino,
Quiere brutal su destino
En vil fango sepultar.
Tierno arbusto que hasta el cielo
Quieres cubrir orgulloso,
Para ofrecer pïadoso
Grata sombra al caminante,
—¡Te engañas!...mañana el rayo
Descenderá abrazador,
Y tu pompa y tu verdor
Nos robará en un instante.
Y tú, dádiva del cielo,
Bosque umbrío, delicioso,

* Cop. del original autógrafo existente en el archivo de Dn. J. M. Gutiérrez, en la Bibl. del Senado Nacional.

Do un templo misterioso
Tiene escondido el amor;
  Asilo sagrado en donde
Mi pecho siempre palpita,
Y á mi corazón agita
Melancólico dulzor.
  ¡Tan solo á tu sombra amiga
Mis tristes penas alejo!
¡Tan solo á tu sombra dejo
De gemir y padecer!
  El muro que me separa
De mi amada desparece,
Y un instante resplandece
Para mi fugaz placer.
  ¡Solo en tu seno no siento
De mi infortunio el rigor!
Solo en tu seno el dolor
Suspende mi cruel penar.
  Las sombras de los amantes
Que aqui encontraron su dicha,
Me cercan, y mi desdicha
Olvido á mi hado fatal.
  ¡Todo es fatídico aquí!
De hombres y aves el acento
Sus risas y su lamento,
Todo es aqui misterioso.
  En dulce paz aqui el alma
Deja alegre de sufrir,
Y sonrie el porvenir
Cual pensamiento amoroso.

Pero el día del destino
El huracán bramará,
Bosque amigo, y solo habrá
El sitio hermoso do fuiste.
Las avecillas en vano
Buscarán do fué su nido,
Y en su cantar dolorido
Dirán su infortunio triste.

. . . .

Si en su blanca cima el *Bayo*
Pardas nubes amontona:
Sentado el sol desmorona
Ya desde allí un nuevo día.
Este momento ya pasa,
Y con él las ilusiones,
Que del cielo á las regiones
Llevaron la mente mía.
¡Adios bosque delicioso;
Adios soñada mansión,
Do solo mi corazón
Goza paz, siente alegría!
En tiempos más venturosos,
Nuevo Eden, te he visitado
De la hermosa acompañado,
Que sola me comprendía.
Pero este tiempo ya fué;
Hoy proscripto, abandonado,
Lloro lejos, apartado
De la dulce patria mía.
¡Memoria! por tí el dolor

Vuelve mi alma á desgarrar,
Mi cruél y horrible penar,
Ay! de nuevo siento yo...
¡Venid amigos!... ¡cercadme!...
¡Ingratos!—¿me abandonan...?
¡Ay! ¡ven Manuel!... ¿no escuchais?
Responde el eco: *¡pasó!*...
Ven, acércate, no temas
Ven, devuélveme la calma,
Sola mujer, á quien mi alma
Sobre la tierra adoró.
¿Y tú también me abandonas
Mujer ingrata, y me dejas?
¿Mujer cruél y te alejas
Del hombre que más te amó?
. . . .
¡Dios del cielo! solo os pido,
Que mi tránsito acorteis,
Y esta vida aniquileis,
Que solo dolor sintió!

A LA MUERTE DEL OBISPO DE CAMACO *

DR. D. JOSÉ AGUSTÍN MOLINA

....................Nací sensible.
Y sentir y llorar es mi destino.
Varela.

¿Porqué tiembla el sepulcro y por sus huecos
Hondo gemido vaga y lastimero?
¿Porqué la tierra gime? ¿y porqué el cielo
Airado truena, y su fulgor esconden
Las lucientes estrellas? Ni la luna
Palidece á la tierra con su lumbre
Que á meditar dulcísimo convida,
Y nuestra mente abisma contemplando
El portentoso enigma de otra vida...
Las nubes pavorosas se amontonan
Sobre la cima del nevado cerro,
Y fantasmas doquier mis ojos miran...
Y el carro del Señor se precipita...
Su espada justiciera,
Yo la miro brillar, bien como brilla
Flamígero el relámpago en la esfera,
Y truenan á su voz las tempestades,
Y aborta rayos la preñada nube,

* Publicóse en hoja suelta en Tucumán. Existe un ejemplar en el archivo de Dn. J. M. Gutiérrez, en la Biblioteca del Senado Nacional. v. «Colección de poesías americanas antiguas y modernas, impresas, manuscritas y autógrafas.»

Y un eco de pavor al cielo sube...
¡Ay! bramando ya viene el huracán,
Ya al laurel lo derriba,
Como á la encina altiva,
Y á los robles atierra,
Y con bramido horrible
Allá se estrella en la fragosa sierra.
Los ríos se embravecen
Y sus corrientes túmidas divierten;
Las campiñas hermosas desparecen
Y en fango se convierten;
Y putridos mïasmas despidiendo,
Y el aire que aspiramos corrompiendo,
Viene en su pos dolencia asoladora,
Y su pestífera ala sacudiendo
Con saña aterradora,
A cien generaciones
Un momento infeliz traga y devora...
Su lluvia fecundante
A la tierra infeliz le niega el cielo,
Y brota llamas abrasando el suelo.
No el verde limonero,
Ni el naranjo florece,
Ni su dulce azahar embriaga el alma,
Y la hunde en suave, deliciosa calma;
Inconsolable el labrador ya mira
Marchitarse la mies que cultivaba,
Y en polvo convertirse
La abundante cosecha que esperaba:
Y el mísero infeliz ¡ay Dios! mañana

Maldecirá su suerte rigorosa,
Y hüirá á sus hijos y á su esposa,
Que de hambre devorados,
Con rostro macilento
Le pedirán sustento,
Y ¡pan!—le gritarán desesperados...
¡Y lo niegan, que horror, los poderosos!
¡Y no temen morir sin ser llorados!
  Ya la dulce quietud miro cambiada
En bélico aparato;
Ya el fogoso alazán bate la tierra
Con su cuádruple pie; y el hueco bronce
Ya truena en derredor el grito *¡güerra!*
Ya desnuda su acero
El terrible guerrero,
Que en Chacabuco y Maipo
Miedo pusiera al orgulloso ibero;
El colono pacífico ya cambia
El bienhechor arado por la lanza,
Y feroz se prepara á la matanza;
Ya la madre infelice, desolada,
Al hijo llora que á la lid partiera,
Que fiel imágen del perdido esposo
Y dulce apoyo y su esperanza fuera.
Riega la esposa con su llanto el lecho
Que yermo y sin amores le dejaran;
Ya la ambición maldice y los delitos
Que á enojosa viudez le condenaran;
Ya ronco suena el atambor, y la orden
De volar al combate ya se ha dado;

Y al agitar el viento los pendones,
Dos pueblos infelices, dos naciones
Que el cielo al levantar llamara hermanas,
A pasiones odiosas y tiranas
Cederán, lidiarán con faz osada,
Y hundiránse en el polvo y en la nada.
Así doquiera que mis tristes ojos
Ora revuelvo, míseros despojos
Hallo y desolación, ruinas y espanto.
Así su triste y denegrido manto
Tiende el dolor doquier, y es la natura
Inacabable manantial de llanto...
¡Padece el mundo como el pecho mío!
Y las generaciones
De insensatas pasiones
¡Oh Dios inexorable! ¿porqué el dardo
Con que el dolor á nuestros pechos hiere
No se embota jamás? ¿y su ponzoña
Pestífera y cruel porqué no muere?
¡Naturaleza humana: infeliz raza:
Para el dolor naciste y para el llanto!
En vano al cielo compasión demandas:
¡Ay! nunca alcanza tu plegaria tanto.
Luce un día feliz y al punto se hunde
En el abismo que á los siglos traga.
Pero el dolor...¡oh Dios!... el es eterno,
Es inmenso, infinito y siempre amaga.
Si un rayo brilla de esperanza y vida,
En su pos, cual traidor, viene en cubierto,
Y más segura y cruel será la herida...

¡Ay! tiemble el infeliz al goce abierto!
Su momento fugáz de dicha y gloria,
¿No lo veis? ¿no lo veis?...¡está ya lejos!....
Y un martirio crüel ya es su memoria...
¿Y olvidas á tu grey pastor amado?
¡Tú en cuyo pecho la virtud se anida,
Que conservar supiste
Pura, sin mancha, tu preciosa vida;
Manso, benigno, humilde, bondadoso,
Llamas amigo, estrechas en tu seno
Lo mismo al infeliz que al poderoso,
Y cual padre amoroso,
Al mendigo le tiendes larga mano:
Tú junto al lecho del dolor sentado
Eres un angel á la tierra enviado!
« No es tu patria este mundo »
Dices al moribundo;
Le enseñas á romper la vil cadena
Que ata el ser al no ser; calmas su pena;
Y del bajo nivel do mira y siente,
Su pensamiento elevas á la altura
De su destino hermoso y refulgente.
Aunque libre de penas y sereno,
Tú aprendiste á llorar el mal ageno.
Yo de fieras borrascas combatido
Corrí á tu lado, te llamé mi amigo,
Y enjugaste mi llanto y mi gemido,
Y hallé en tu seno paternal abrigo.
Si la discordia brama, sus furores,
Miel y néctar tus labios destilando,

Consiguen aplacar; torna la calma.
La celestial unción de tus palabras
Bálsamo consolador vierte en el alma;
Y al percibir su aroma delicioso,
El porvenir sonríe
Cual pensamiento dulce y amoroso
Al mundo engañador, por siempre hielo,
Tu ardorosa mirada
¡Ay! solo se dirige al Dios del cielo:
Al Dios que sus favores
Te prodigó al nacer,
Cuya diestra potente, soberana,
Abrió tus ojos á la luz del día,
Y envidia te hizo de la especie humana,
Y honor y orgullo de la patria mía...
De tu sublime caridad ardiente
¿Será que se ha extinguido el blando fuego?...
Ay! alza al cielo tu ferviente ruego,
¡Escogido de Dios! ¡Calma sus iras!...
¿A tu patria infeliz ora no miras
Envuelta en luto y en horror y espanto?
¿No veis cual brota de su dulce seno
Fuente fecunda de amargura y llanto?
¿Y no veis como yermo se tornara
El campo venturoso, el suelo ameno,
Que del mundo el Eden se apellidara?...
Tú eres su amparo solo y su consuelo;
¡Por tu grey piadosa,
Intercede, Molina, con el cielo.
El nunca despreciara

Tu súplica ardorosa.
¡A su amor infinito y su bondad,
Consuelo pide, y obtendrás piedad!...
¡Mas solo el buho á mi clamor responde!....
Negra nube de polvo se levanta,
Y al triste suelo con su luz no dora
El astro refulgente
Que el fanático persa humilde adora...
Ave siniestra en derredor vagando
Sus alas bate, y gime pavorosa,
Nuevas iras celestes presagiando...
¡Y el presagio fatal ¡ay! ya se cumple!
La enfermedad cruel ya va volando
En las alas del tiempo,
Como buitre voraz y carnicero...
¡Ay! ya se asienta en el querido lecho
Donde Molina yace, y ya en su pecho
Con horrible furor sus garras clava...
Se lanza un carro aterrador, y brota
De sus ruedas alígeras la lava.
De su carrera el ruido,
Cual del averno un hórrido gemido,
Derrama luto por doquier y espanto,
Y anuncia destrucción y nada y llanto.
A Molina se acerca...¡Allí la muerte
Ya alza ¡oh Dios! el descarnado brazo;
Ya su segur agita;
Ya le tiende su abrazo;
Ya en la tumba fatal lo precipita!...
¡Y hundiose ya en el piélago insondable

De la honda eternidad!...
Y, ¡ay del rebaño! dice
Eco triste de horror:
Que el celoso pastor
Volose ¡ingrato! hasta el lejano mundo
Do ni llega el clamor, ni el ¡ay! profundo.

EL TROVADOR *

A LA SEÑORITA DOÑA MARIA SILVA EN SUS DIAS

¡Oh cuanto vale
Más que el amor,
La amistad pura
Que el corazón
Blando, sin mancha,
De un trovador,
Te ofrece hoy día,
Y ese soy yo!
Tal vez los celos
De la pasión,
O de la ausencia
Sentido adios,
El dulce seno
Que el cielo os dió,

* Cop. de la colec. de m. s. de Dn. J. M. Gutiérrez existente en la Bibl. del Senado Nacional.

Rasgara impío,
Sin compasión,
Si como amante
Te hablase yo.
  Es de mis deudos
Tierna mansión
Esta alma ardiente,
Que perfumó
Un ángel bello
Cual eres vos,
Cuando de un soplo
Me la infundió.
Vivo por ellos;
Y si el dolor
Mi cuerpo aflige,
O el corazón,
Pensando en ellos
Calma el dolor.
  Si duermo, sueño
Que en derredor
De mi entonan
Tierna canción;
O que en sus palmas
A la región
Del aire vago,
Del almo sol,
Raudo me llevan;
Creome un Dios.
  También en sueños
Pienso que son

Monarca el uno,
Conquistador
El otro, y todos,
Cuanto el amor
Más puro pide
Rendido á Dios,
Que dé al objeto
De su afección.
  A tí te he visto
¡Dulce ilusión!
En ancha copa
Que un Dios forjó,
Beber mil dichas,
Beber amor.
  Vi que al latirte
Del corazón,
Un Niño hermoso,
Cual lo es el sol,
Se adormecía
Sonriendo vos;
Vi que un esposo,
Lleno de ardor,
Besos te daba,
Besos de amor;
  Vi que tu madre,
La bendición
Trajo á su frente
De aquel Señor
Que al cielo llena
De resplandor;

Leí en los astros
Que Dios crió
Cuanto el destino
Te reservó,
Y eterna dicha
Solo leyó
Lleno de gozo
Tu trovador.

FLORENCIO VARELA

A LOS ALUMNOS

DEL COLEGIO DE CIENCIAS MORALES *

CON MOTIVO DE LA REPARTICIÓN DE PREMIOS PRACTICADA POR EL EXCMO. GOBIERNO DE BUENOS AIRES, EN 22 DE ENERO DE 1824.

En vano fué que el hado,
Contrario en otro tiempo á los destinos
Que á la gran patria mía
De largo tiempo estaban reservados,
Quiso robar el día
Que en la mente de Dios marcado estaba
Para mostrar al mundo los caminos
Que llevan á la gloria,
Y eternizan del hombre la memoria.

Hubo un tiempo ¡oh recuerdo! en que mi patria,
Bajo el imperio vil del despotismo,
Gimió sin libertad. Airado el cielo
Vertió su cruda saña
Sobre el dichoso suelo
Que el grande río de la Plata baña,

* La Colección de Poesías Patrióticas pág. 244.

Y en su furia inclemente,
Humillaba á la América inocente
Bajo el poder de la orgullosa España.
La ilustración entonces
Oyó despavorida
El horrísono estruendo de los bronces
Que en toda la comarca retumbaba,
Y temiendo tal vez verse oprimida,
En la lejana Europa se ocultaba.

¿Qué fué entonces mi patria? ¿Qué es un pueblo
Do no hay ilustración, donde los hombres
Desconocen tal vez hasta los nombres
De ciencia y de virtud.? Nada. las Leyes
Impunes se atropellan;
Entran del hombre en lucha las pasiones;
Y todas sus acciones
Con el oprobio y la maldad se sellan.
Con el oprobio y la maldad se huellan
Los derechos más santos;
Y aquel es reputado más virtuoso,
Que es más bajo, más vil, más orgulloso,
Y que tiene la fuerza entre las manos.
¡La fuerza es la razón de los tiranos!

Esta época de horror, en algun día,
Por desgracia nos cupo:
Los grandes hombres de la patria mía
Agobiados de penas,
Mordiendo sus cadenas,

Lloraron de despecho,
Y creyeron tal vez, entre su pecho,
Ser de viles tiranos.
Esclavos sin honor eternamente,
Y entre prisiones duras,
Por siempre ver sus valedoras manos
Atadas con indignas ligaduras.

Pero no: la mudanza
Estaba decretada,
Y el cambio inmenso, que á la tierra entera
Debió dejar atónita, admirada.
El Ser eterno, velador del mundo
De su esfera de luz nuestra plegaria
Al cabo oyó benigno,
Y en su saber profundo,
Caiga, dijo, el hispano,
Trózese la cadena,
Y que nazca la paz en esa arena
Y que nazca el saber americano—
Dijo el Genio divino,
Y al decreto del cielo
Se alzó la LIBERTAD al argentino,
Se alzó la ILUSTRACIÓN en nuestro suelo.

¡La libertad! ¡La ilustración! ¡Oh nombres
Caros á nuestra patria! ¡Cuantos hombres,
Cambiándose el destino que regía,
Dais en su apoyo! El mundo al escucharos
Mira gozoso alzarse

Tras la noche de errores y de oprobio,
Del saber y la gloria el bello día.

Buenos Aires lo vió; vió congregada
Su juventud hermosa,
No ya como solía
En más aciago día,
En la época de guerra despiadada,
Ver sus hijos armados,
Defendiendo empeñados
En los campos de Marte
Las glorias de la patria y su estandarte:
Un motivo más noble, más sublime,
Los reune este día:
El empeño laudable, la porfía
De conseguir un premio
De todos esperado,
Empero no de todos alcanzado.

Yo los ví, yo los ví cuando orgullosos
De su saber y su moral luchaban
Con esfuerzos honrosos,
Y ante el público inmenso derramaban
El caudal de talentos
Que les donó natura en sus portentos.
Yo sus trabajos vi: yo vi pasmado
Que el tiempo á nuestra era había tornado
De Atenas y de Esparta;
Yo vi que, por sus Genios elevada
Mi patria hasta la cumbre de la gloria,

Borrará de la historia
El saber y moral de aquellos tiempos,
Y hará que solo en su lugar se lean
Los de sus caros hijos;
Y en los siglos que sean,
Al mirarse con ellos comparada,
La antigüedad remota
La mirará tal vez avergonzada.

Yo lo ví, lo admiré; y el pecho mio,
De placer inundado,
Exclamó enagenado,
¡Jóvenes! ¡quien me diera
Que todavía entre vosotros fuera!
Lo dije y lo sentí: ¿Quién no querría,
Alumnos apreciables,
Hallarse en vuestro centro en aquel día?

Mas los premios se dieron. ¡Oh vosotros
Que alcanzarlos supisteis! ¡Qué de gloria
Os cubre! ¡Qué de honores
Sobre vosotros caen! ¡Con cuanto gozo
Mirarán vuestros dignos preceptores
El fruto delicioso
Que produjo su afán! No han sido vanos,
Estériles no han sido
Los cuidados asíduos que han tenido
En educaros bien. No, que ellos miran
Con ese sufrimiento,
De gran satisfacción y de contento

Que vuestra gloria y vuestro honor inspiran,
Que del augusto templo
Do supieron llevaros empeñados,
Imitando su ejemplo,
Salís de ciencias y virtud cargados.

Seguid vuestra carrera
Con afanoso empeño. Nuestro suelo
En vosotros espera
En adelante descansar erguido.
Seguid, mientras la fama con su vuelo
Trasmite vuestros nombres
De una edad á otra edad. Doquier haya hombres
Sonará vuestra gloria. Nuestro río,
Al correr á perderse entre los mares,
Plácido revolviendo el raudal frío,
Y al son de su corriente, por el mundo
Os nombrará también; y el universo,
A la par de mi verso,
Admirará vuestro saber profundo.

AL VEINTICINCO DE MAYO DE 1825

ODA*

¡Temblad, temblad, monarcas,
Los que insolentes oprimis al mundo!
Ya el trono abominable,
Que tres siglos enteros fué el asiento
De la ambición y el crimen, derrocado
Cayó desde la base, y sus escombros
Son hoy el monumento
Que la justicia alzó por nuestras manos
En la tumba de todos los tiranos.
Allí su oprobio durará estampado;
Allí su infamia; como eterna seña
Del odio universal á los malvados,
Que siguen ciegos las inícuas leyes
Que la maldad enseña
En la escuela ominosa de los reyes.

¡Temblad! ¡Llegó la era
De nuestra gran venganza! El justo cielo
Os detuvo por fin en la carrera
De crímenes y horrores,
Con que pensasteis devastar el suelo

* La Colección de Poesías Patrióticas pág. 289.

Que ya rendido á la opresión gemía.
¡Quince años nos costó de guerra y duelo!
¡Quince años de penar! Pero de Mayo
Al fin, la luz divina,
Alumbró nuestra gloria y vuestra ruina.

¡Mayo, mes de la patria! Tú miraste
La primer vez armarse nuestras manos
Del vengador acero; tú escuchaste
Lanzar el primer grito
Que llevó al corazón de los tiranos
Confusión y pavor; y hoy, coronado
Como nunca de glorias,
Cuando ya quince Mayos han pasado
Alumbrando victorias,
Ves concluída la obra
De nuestra libertad, que en tí juramos,
Y á nuestro voto fieles,
En tí llenos de gloria consumamos,
Orlando á nuestra patria de laureles.

¡Mayo, mes de la patria! El mundo viejo
Desde hoy en más se cubrirá de duelo,
Cuando el primer reflejo
De tu divina luz alumbre el suelo;
Mientras la patria mía,
La inmortal Buenos Aires, entre gloria,
Recordará aquel día
En que lanzó los hijos de su seno
A los campos de Marte,

Y el lauro los cubrió de la victoria
Doquiera tremolaron su estandarte.

Chile cobró su libertad perdida
Apenas desnudaron los aceros;
De Chacabuco la soberbia cumbre,
Vió la sangre de iberos
A raudales vertida;
Y el venerado Maipo
Arrastró en su corriente cristalina
Los restos miserables de su ruina.
¡Ayacucho y Junín! vosotros visteis
En su última agonía
Al protervo español; vosotros fuisteis
El último sepulcro
De la despedazada tiranía:
¿Qué más patria querida, qué más quieres
Para tu eterna gloria? Ya la guerra
Desastrosa cesó: ya los tiranos
Abandonaron nuestra dulce tierra,
Y en su desecha flota
Van á ocultar su oprobio vergonzoso,
En el clima ominoso
Donde solo maldad la tierra brota.
Gózate, patria amada: todo junto,
El poder de los déspotas no alcanza
A robarte tu gloria. No hay tirano
Que te pueda imponer. En vano, en vano,
Allá en Europa en orgulloso amago
Su estandarte levanta

La infame alianza que se llama santa.
Goza tu libertad: este tesoro
Es la herencia opulenta
Que á tus hijos darás: ¡él se derrame
Por doquier haya humanos;
Y apenas sea sentido, el pecho inflame
En odio y en horror á los tiranos!
Tus hijos la amarán; y cada Mayo,
Henchidos de contento,
Renovarán el sacro juramento
De aniquilar los déspotas crueles
Que intenten dominarte; y tu alma frente
Ceñirán de laureles,
Viendo la España sumergida en duelo,
Viendo tus glorias levantarse al cielo.

Año de 1825.

Á LA HERMANDAD DE CARIDAD

¿Con qué es verdad que el vicio entronizado
Rige nuestros destinos; qué su aliento
Pestilente ha apagado
De la virtud la antorcha; derrocado
Con su mano el altar desde el cimiento,

Y que yace en el mundo
El germen de los bienes infecundo?
No, que en la excelsa cima,
Do el Eterno fijó su solio augusto,
Arde sin fin la llama, y ella anima
Con su sagrado fuego al hombre justo.
Al fin los ojos mios,
Que tanto tiempo con dolor vagaron,
Huyendo de espectáculos impíos,
Un objeto encontraron
En que fijarse sin horror, y mi alma,
Marchita, acongojada
Con tanto crimen como el suelo encierra,
Halla por fin do reposar en calma
La agitación pasada,
Y revive, al mirar que aun en la tierra
Se adora la virtud. Si, que hasta el cielo
Veo elevarse el grande monumento
Que, con noble desvelo,
Alzó la fraternal beneficencia,
Para ofrecer asilo y valimiento
Al mísero que gime en la indigencia.
A su vista, de gozo arrebatado
Late mi corazón; mi fantasía
Se inflama en el momento;
Un numen celestial mueve mi aliento;
Y á su impulso lanzado,
Entona ya con grata melodía
El canto de alabanza, que merece
La virtud que en silencio resplandece.

¿Ni cómo he de callar? ¿Pues qué, podría
Reservarse tan solo el don del verso
Para ensalzar al opulento erguido,
Que de escándalo sirve al universo,
Viviendo en el deleite sumergido,
Mientras una parte del linaje humano
Sin sustento perece? ¿O solamente
Es digno de cantarse el inhumano,
Cuyo orgullo insolente
El carro precipita de la guerra
En la azorada tierra,
Y furioso atropella
Al joven, al anciano,
Al niño á la doncella,
Y por doquier pasó la ronca rueda
Yermo el terreno y asolado queda?...
¡Esto, gran Dios, se canta! ¿Y se venera
El nombre del coloso, que algún día
Con su mano abarcó la Europa entera,
Cuando á su carro triunfador la uncía,
Y de su acero el formidable filo
Sañudo devastó cuanto se encierra
Desde el Rhin á Moscow, de Italia al Nilo,
En tanto que á la tierra
No hay quien enseñe los sagrados nombres
De los ilustres hombres,
Que en enjugar las lágrimas agenas
Hallan tan solo ocupación constante,
Ni viven más que de endulzar las penas
Con que ven oprimido al semejante?

Mas yo los cantaré....¿Qué importa ahora
Que el venenoso diente
Cebe en ellos la envidia roedora,
Y sus trabajos la maldad desdeñe?
¿Que importa que un demente
Con solo un soplo en apagar se empeñe
La lámpara del sol? El astro hermoso
Sigue su curso que ninguno ataja,
Y derrama su lumbre bondadoso
Sobre el mismo incensato que le ultraja.
Venid, venid vosotros los que erguidos
En ociosa opulencia,
En jamás escuchasteis los gemidos,
Ni el doliente clamor de la indigencia;
Los que á la compasión siempre negados,
Ignorais la amargura,
Y que la suerte dura
Condenó á tantos seres desgraciados.
Venid al rico suelo del oriente
Y contemplad el edificio hermoso (1)
Que alzó la Caridad pura y ardiente
De un hombre generoso
Que ya la oscura eternidad abarca,
Mas que dejó en el suelo,
Por vengar el ultraje de la parca,
Dignos imitadores de su celo.

---

(1) El Hospital de Montevideo, levantado al pie en que se halla, y sostenido por los Hermanos de la Caridad, es sin duda, uno de los mejores edificios de esta capital. A él está unida la casa de Expósitos, que también sostiene la Hermandad. Acaba de colocarse sobre la puerta principal del edificio tres estatuas de mármol blanco que representan LA MATERNIDAD, LA RELIGIÓN, Y LA CONSTANCIA. (Nota de la composición).

Mirad ese edificio: entre sus muros,
Ni brilla el oro, ni deslumbra el lujo,
Que con afanes duros,
De remotas regiones
El orgullo condujo
Para adornar espléndidos salones
Donde engaña la vida el poderoso
Con el bullicio del festin pomposo.
Modesta sencillez, silencio santo
En sus muros abriga, y solamente
Se interrumpe algún tanto
Con el clamor del mísero doliente,
Que desde el triste lecho,
Donde la caridad sus males cura,
Bendice entre su pecho
La mano que el alivio le procura.
Penetrad su recinto religioso,
Sus males recorred, y confundidos,
Resonar sentireis en los oídos,
Un eco misterioso
Que doquiera os dice:
Aprende á socorrer al infelice.
Y se aprende, es verdad. Las vastas salas
Pobladas vi de semejantes míos,
Que en dolores impíos
Hundió la enfermedad cuando sus alas
Sobre ellos desplegó; y en su morada,
Desvalida, indigente,
Esperaban la muerte lentamente,
Del hambre y la miseria acompañada;

Pero la caridad que siempre vela
En bien del desgraciado,
Asilo y protección allí le ofrece,
Y auxilia y le consuela;
Y con blando cuidado,
A la parca homicida
La víctima arrebata, y restablece
La fuente casi exhausta de la vida.
Yo lo ví por mi bien, y de mi pecho,
De placer y ternura conmovido,
El suspiro lanzose en el momento,
Que prolongaba el silencioso techo
Con eco repetido
Mientras mi llanto sin cesar bañaba
El santo pavimento
Que con respeto religioso hollaba.

Mas ¿qué nuevo espectáculo se ofrece
A mi alma enternecida? ¿Quién me llama
Con más grande interés, y más acrece
La grata admiración que ya me inflama?
¿Con qué en esta morada bienhechora
Tan solamente á la virtud se adora?
Sí, que en los mismos muros levantado
También se halla el benéfico instituto,
Donde se abriga el inocente fruto
De un amor desgraciado,
Por la moral severa condenado.
Instituto de bien; honor eterno
Del pueblo que le funda;

Prodigio de cordial beneficencia;
Fuente siempre fecunda
De todo sentimiento noble y tierno;
Obra inmortal que la virtud dirige,
Y ofrenda la más digna, en la presencia
Del Dios excelso que los mundos rige,

¡Ay! el amor que todo lo trastorna,
El frenético amor, asaltó el pecho
De una incauta mujer: cayó marchita
La gracia virginal que al sexo adorna,
Y en criminoso lecho
El fruto nace de la unión velada.
Desde el fondo del alma al punto grita
El austero pudor, y desolada
La madre miserable,
Apura del dolor la hiel amarga,
Mientras que á la opinión inexorable
Sus desagravios el pudor encarga.
Entonces la infeliz sufre la pena
A su culpa debida,
Cuando de angustia y de tormentos llena
A la voz del honor obedeciendo,
Lejos arroja al ser á quien dió vida,
Que el pecho maternal está pidiendo.
¿Y quién le abrigará? ¿solo y tendido
Sobre el helado suelo,
Ninguno oirá su llanto dolorido?
¿Será que la miseria le destruya,
Y pague el inocente pequeñuelo

Con la vida una culpa que no es suya?
No, no será: la caridad sublime
De los hombres benéficos que miran
En cada semejante un nuevo hermano
Y al bien de los hermanos solo aspiran,
Al huerfanillo que desnudo gime
Tienden alpunto la oficiosa mano.
Ellos allí le dan albergue y cuna;
Ellos educación, ellos fortuna.
¡Salud, hombres ilustres! Mientras brama
El implacable genio de la guerra
Bañando en sangre la preciada tierra
Que en otros siglos á Colón dió fama;
Mientras tantos millares de insensatos
Solo se ocupa en soplar la llama
De la discordia atroz, que entre el estruendo
Del campo y los guerreros aparatos
Una generación va consumiendo;
Vosotros, en silencio reunidos,
Empleais vuestras vigilias meditando
El modo de aliviar más desvalidos,
De hacer que sea el infortunio blando,
Y llevadera la miseria. El mundo
Hoy vuestras obras todavia ignora,
Por que el siglo de ahora,
En maldades fecundo,
Las más nobles acciones
Por medio ve del engañoso prisma
Que á los hombres presentan las pasiones,
Siempre que la moral es un sofisma,

Y un sueño la virtud. Mas vendrá día
En que alzada hasta el cielo
La voz de tantos hombres
Como deben la vida á vuestro celo,
Proclamará á porfia
Vuestros grandes trabajos, vuestros nombres,
Y el mundo agradecido
Sabrá pesarlos en más fiel balanza,
Y os pagará el tributo merecido
De dulce gratitud y de alabanza.
Seguid vuestra tarea, y entretanto,
Permitidme siquiera
Que mi menguado canto
A la luz saque, por la vez primera,
Tantas obras de bien. Si entre mi pecho,
Por mi mal, algún día
Desmaya la virtud, yo iré volando
A penetrar bajo el sagrado techo
De ese asilo feliz; el alma mía,
Entonces vuestro ejemplo contemplando,
Al sendero perdido
Conseguirá volver. Arrepentido,
La huella siguiré que me revela
El genio que bendice
A la ilustre Hermandad, y en esa escuela
Aprenderé á aliviar al infelice.

Año 1830.

A LA MUERTE DE D. JOSÉ MARÍA VARGAS

SÁFICOS ADÓNICOS

Vaga en la sombra de enlutada noche
Ave siniestra de fatal presagio,
Y en torno al lecho donde Vargas gime,
Lúgubre grita.

Él batallando con dolencia amarga,
Mira á sus plantas el sepulcro abierto;
Mas no se abate, ni la noble frente
Pávida muestra.

Al que inocente la virtud adora
Y vida lleva de delito pura,
No le atormenta en el terrible lance
Duda sombría.

Tranquilo espera que su juez supremo
De sus acciones le demande cuenta,
Que no corrieron por su causa nunca
Lágrimas tristes.

Así, en el lecho del dolor hundido,
Ves resignado que á romperse empieza
La frágil trama de inmatura vida,
Vargas amado.

Solo te aflige, en el instante extremo,
De tierna madre el desolado lloro,
Y última vez en su mejilla imprimes
Cárdeno labio.

A consolarte en tu agonía viene
La sombra cara de perdida esposa,
Que á unirte á ella, junto al trono augusto,
Dulce te llama.

Ella cuidara tus hijuelos tiernos,
Por cuya dicha te afanaste tanto,
Y que la muerte que te amarga en torno
Huérfanos deja.

Pero tu madre velará constante
En que practiquen la virtud que heredan,
En que conserven, como tú, la vida
Cándida y pura.

Mas ya la hora maldecida suena,
Vaga en tus labios el adios postrero,
Y cruda parca sobre tí descarga
Pérfido golpe.

¡Ay! que á ninguno revocar es dado
Del Dios inmenso los terribles juicios;
Jamás la muerte en su furor distingue
    Víctima alguna.

El mismo día que al magnate se alza
Soberbia tumba con letreros de oro,
Se abre en silencio para el pobre humilde
    Mísera huesa.

Cubre una loza la virtud y el crimen,
Y las exequias del anciano débil
Con las del joven juntamente alumbra
    Pálida antorcha.

Llora á tu hijo desolada madre,
Que nunca, nunca volverás á verle,
Y es á tus penas el amargo llanto
    Unico alivio;

Llora que en tanto la amistad doliente
Paga á sus manes funeral tributo;
Y sus virtudes hasta el cielo elevan
    Fúnebre canto.

Esas virtudes que del justo forman
La dicha pura, y que el ingrato siglo
Que no las mira porque son modestas
    Fácil olvida.

Muere el malvado y á la tumba baja
De execraciones y baldón cubierto,
Y sus exequias maldiciendo siguen
    Víctimas suyas;

Mas muere el justo cual murió tu hijo,
Y todos vierten en su tumba flores,
Y luto visten, y en tributo pagan
    Lágrimas tiernas.

Los infelices que alivió su mano
Y en él perdieron oficioso padre,
Su nombre ensalzan, y al Olimpo elevan
    Preces devotas.

Tiernos amigos, que en mejores días
Con él gozaron los placeres puros,
A su memoria monumento eterno
    Fieles consagran.

Este consuelo en tu dolor terrible
Te queda al menos, desgraciada madre:
Murió tu hijo, mas dejó en el mundo
    Nítida fama.

AL CIUDADANO

DON BERNARDINO RIVADAVIA

Hoy ya es libre mi voz. Cuando tu mano
Las riendas del Estado gobernaba,
Y en tu puesto elevado
El prestigio del mando te rodeaba,
Yo, libre ciudadano,
Respeté siempre al noble magistrado,
Que con virtuoso anhelo,
El lustre procuró de nuestro suelo;
Lo respeté y callé: fácil el vulgo
Acaso entonces confundido hubiera
La voz del patriotismo agradecido
Con el astuto y pérfido silbido
De vergonzosa adulación; mi nombre
Acaso entonces ultrajado viera
Con la infame sospecha
De prostituir mi dignidad á otro hombre.

Empero hoy no es así: ya de tu mano
Depender no ve el vulgo los favores
Que tientan al abyecto cortesano
Y sirven de pretexto á la calumnia
De malignos censores:
Ya en el nivel estás del ciudadano,

Y libre de temores,
Puedo el canto entonar de la alabanza
Al patriota eminente,
Que á despecho del odio maldiciente,
En su conciencia y su virtud descansa.

¡Gloria eterna á su nombre! El fué primero
Que del vértigo horrible en que envolvía
A nuestra triste patria
La implacable anarquía,
La sacó al esplendor. . Recto y severo
Por la senda del bien marchó constante;
La ignorancia arrogante,
El fanatismo audaz y sedicioso,
De la calumnia el soplo venenoso,
Todo, todo, á su paso se oponía,
Y todo, todo, á su poder cedía.

Entonces fué que libre y magestuoso,
Alzó la frente el noble ciudadano,
El pueblo fué del pueblo soberano,
Y el santuario grandioso
Donde tiene la ley su nacimiento
Vimos fundar en eternal cimiento;
Entonces fué que en límites estrechos,
El poder se mirara contenido,
Ni con brazo atrevido
Usurpó ya del pueblo los derechos
Y el juez independiente
Administró justicia rectamente.

De tantos dones al celeste influjo
Osó la industria desplegar su vuelo,
Y en sus alas condujo
Benéfica abundancia á nuestro suelo.
El Comercio, en activo movimiento,
Abrió nuevos canales
Para los frutos que brindarnos quiso
Con mano liberal naturaleza,
Y en valioso retorno los raudales
Vimos correr de nacional riqueza,

La mano del Ministro infatigable
Alzó á la ilustración nuevos altares,
Do con ardor loable
Los jóvenes corrieron á millares,
Y su alta inteligencia
Penetró los misterios de la ciencia.
El sexo de las gracias, sepultado
Por tanto tiempo en abandono obscuro,
Se vió de pronto alzado
A nivel superior: nuevos caminos
Su genio halló por do marchar seguro
A los grandes destinos
A que el sexo en el mundo era llamado,
Y que el genio del mal le había usurpado.

¡Perspectiva halagüeña! ¡Cuanto gozo
Siente mi pecho, al traer á la memoria
El nombre del varón grande y virtuoso
Que dió á mi patria tan brillante gloria!

¡Inmortal Rivadavia! No es el mundo
La tierra de los héroes; no: sus nombres
Pertenecen al reino de la historia,
Cuyo espejo no empaña el soplo inmundo
De la envidia rastrera de los hombres.
Aquel es tu destino. El siglo ingrato
En que el mérito brilla, nunca sabe
El mérito apreciar: ciego en su daño,
Desdeña la fortuna que le cabe.
El error, las pasiones, el engaño,
El interés aleve,
Se amotinan furiosos y su boca
Emponzoñada á profanar se atreve
El genio y la virtud. En su habla loca
Es ambición el noble patriotismo,
La justicia favores,
Y la recta firmeza despotismo.
¡Infructuosa perfidia! Los vapores
De la frígida noche condensados
Intentan oponerse á la salida
Del astro grande que á la tierra dora:
Pero no bien sus rayos inflamados
Asoman á las puertas de la aurora,
Con su calor deshace los nublados,
Y recorriendo su anchuroso imperio,
Inunda con su luz un hemisferio.

¿Que teme el hombre cuyo pecho abriga
Las semillas del bien, y que inflamado
Del amor nacional, á ardua fatiga

Se condena por él? Recto y confiado,
Solo en su rectitud, ve con desprecio
La insultante algazara
Que levanta contra él el vulgo necio.
Así fué Rivadavia. ¿Quién bastara
Su firmeza á arredrar? La ley augusta,
El timón de la nave zozobrante
Depositó en su mano diestra y justa:
¡Cuál entonces le vimos! ¡Qué constante
Resistió la injusticia! En vano, en vano
La envidia y la calumnia lo oprimian
Amargando su vida. Incontrastable,
Doquier tendió su protectora mano,
Su celo infatigable
Los males todos á la vez sentía,
Y solícito á todos acudía.

Aquí, á su voz, alzóse de repente
El Ejército Grande á cuya marcha
Presidió la victoria,
Y que humillando al despota de oriente
Selló en Ituzaingó su eterna gloria.
Allí las ondas con que el Plata azota
Nuestra costa elevada,
Vieron de pronto la invencible armada
Que fué terror de la enemiga flota,
Cuando Pereira el pabellón osado
Al indomable Brown rindió humillado.

¡Dias de gloria y de esplendor aquellos!
Dias en que la patria agradecida,

De Rivadavia el nombre respetado
Unió á los nombres de sus seres bellos,
En himnos de alabanza merecida!
¡Dias de gloria y de esplendor aquellos!
¡Ah! Yo feliz al menos nací en ellos,
Yo pude en mi entusiasmo arrebatado
Mezclar mi voz al popular acento,
Que los hechos del grande Magistrado
Alzaba con placer al firmamento.

Y más los alzaré. Mientras la silla
Ocupó del poder, pura su fama
Fué, como es pura la celeste llama
Del sol engendrador; y sin mancilla
Su fama conservó, cuando, agobiado
Del rudo peso con que al bueno oprime
La injusticia cruel, ante el Senado
Vino, grande y sublime,
A deponer el mando por su mano,
Y al rango descender del ciudadano.
Esta acción era de él. ¡Hombre eminente!
Descansa en tu conciencia: aunque la envidia
En tí cebó su venenoso diente,
Y, llamando al engaño,
Pretende conjurar todo en tu daño,
La patria agradecida siempre te ama,
Respeta de tus hechos la memoria,
Y por tu nombre llama
La época más brillante de su historia.

¡Ay! de los miserables que pretenden
Dominar la opinión como señores!
La opinión á ninguno se esclaviza;
Confunde á los infames detractores,
Y al genio y la virtud inmortaliza.
Es loca presunción. Allá en la Grecia
Quiso Gerges un día
Con arrogancia necia
Ostentar su poder, encadenando
Al mar que á sus conquistas se oponía,
Mas sus ondas serenas
El Helesponto continuó paseando,
Y sepultó en su centro las cadenas.

A LA VICTORIA NAVAL

SOBRE LA ESCUADRILLA BRASILERA *

(BRINDIS IMPROVISADO)

El Dios que rige al universo entero
Se alzó un día en su trono,
Y decretó el oprobio brasilero,
Y la gloria argentina. En el momento
Se alza Brown en su nave triunfadora,

* Mensajero Argentino núm. 220.

Clavó sobre ellos la espumante prora,
Llegó, miró, venció.... ¡Bebed, amigos!
Que la Patria el contento nos inspira,
Pues ya el tirano mira
Humillar en sus naves altaneras
Las diecinueve estrellas brasileras

Viernes 1 de Junio de 1827.

EN ELOGIO DEL SEÑOR DON JOSÈ JOAQUÍN DE MORA *

CON MOTIVO DE LA PUBLICACIÓN DE SUS RIMAS EN CELEBRIDAD DE LAS FIESTAS MAYAS

De Dios es hijo el genio, mas sus dones
El genio no prodiga
Donde un tirano imbécil las naciones
A sus caprichos liga,
Y ley brutal el pensamiento enferma,
Y la razón á esclavitud condena.
Así la tierra clásica que el templo
De las ciencias fué un día,
Cuando de libertad daba el ejemplo,
El saber protegía,

* Mensajero Argentino núm. 146. Lunes 12 de Febrero de 1827.

Y el contrato social en sus lecciones
Los derechos fijó de las naciones;
Hoy, bajo el cetro cruel del despotismo,
Vé al saber humillado,
La imprenta abandonada al fanatismo,
Que insolente y osado,
Esparce las tinieblas en la Francia,
Y la prepara á estúpida ignorancia.
Así los hombres que ilustrar á España
Pudieron noblemente,
Temiendo de su déspota la saña,
Los dones de su mente,
En su patria proscriptos ocultaron,
O un asilo en el Támesis buscaron;
Desde entonces Madrid miró desnuda
La nacional escena;
La lengua de Talía en ella muda,
No de gracias la llena;
Ni se oye ya el aplauso que se oía,
Cuando festivo Moratin reía.
La poësía en abyección obscura
No vierte alli sus flores;
La invención, el valor y la hermosura,
Ya no alcanzan loores;
Que la crueldad y la ignorancia hispana
Destemplaron la lira de Quintana.
Y también destemplaron algún día
La lira con que Mora
En buenos Aires ostentar debía
Los dones que atesora

En su mente riquísima y fecunda,
Bello modelo de instrucción profunda.
  Ya aquí su fama resonado había,
Cuando, oyendo el llamado
De la amistad, al mar su vida fía
El proscripto ilustrado,
Y llega al cabo al caudaloso Plata,
Y el placer de ser libre lo arrebata.
  Lo arrebata, y en verso rumoroso
Saluda entusiasmado
Al astro de los libres magestuoso;
Y el mes afortunado,
En que al golpe terrible del colono,
Retembló lejos el soberbio trono,
  Triste recuerda el tiempo en que oprimido
Por la atroz tiranía,
De esclavitud apenas el gemido
En sus labios se oía:
Más llegó al Paraná, su pompa admira,
¡Soy libre! exclama, y retempló la lira.
  La rica mente del insigne vate,
La barrera elevada,
Del tiempo que pasó fácil abate;
Su inspiración sagrada
La sombra de Colón le representa
Llorando de la América la afrenta.
  Pero á su vista rápida pasaron
Tres siglos oprobiosos;
Al ínclito argonauta entusiasmaron
Nuestros tiempos dichosos,

Oyó á Mora cantar nuestra grandeza,
Y volvió alegre á la callada huesa.
Mientras el noble poeta arrebatado
En gratitud rebosa,
Y ora celebra en verso delicado
La institución honrosa
Que á nuestras bellas el saber revela,
Y al rango de los hombres la nivela;
Ora al monstruo feróz de la anarquía
Con su voz amedrenta,
De sus secuaces la caterva impía
Al hondo Averno ahuyenta,
Y á nuestra patria en contemplar se goza
¡Organizada, libre y venturosa!
Mas ya en su mente á contener no alcanza
Los dones que amontona;
Y en luminosos metros la alabanza
De las ciencias entona;
Y el poeta, en imágenes fecundo:
Se convierte en filósofo profundo:
Y deleita y enseña. ¡Quien me diera,
Mora, en este momento
La lira tuya! Entonces yo pudiera
Con mi más digno acento
Imitar de tus obras la grandeza,
Celebrar de tu genio la riqueza.
Pero mi patria da grata acogida
Al don que hoy le presentas,
Y en su huespeded se goza agradecida,
Pues su esplendor aumentas,
Y tu talento sólido asegura
Gloria á la nacional literatura.

A LA GLORIOSA VICTORIA DE ITUZAINGÓ *

SOBRE LAS FUERZAS IMPERIALES, POR EL EJÉRCITO REPUBLICANO AL MANDO DEL GENERAL D. CARLOS ALVEAR.

ODA

¿Con qué es verdad que al grande movimiento
A que el mundo obedece en este siglo
Nadie oponerse puede? Con que nunca
Caerá la libertad de su cimiento,
Ni con terrible mano
De un pueblo libre triunfará un tirano?
¿Y no era que creía
El déspota vecino
Que á contener él solo bastaría
El furor con que el ínclito Argentino
Al campo se lanzaba de la guerra,
Por vengar las afrentas de su tierra?
¡Tal era su soberbia y su insolencia!
El á la lid nos provocó atrevido,
Y á su suelo oprimido
Pobló de agena y mercenaria tropa,
Que al mirar su impotencia

* «Mensagero Argentino» número 190.—Viernes 16 de Marzo de 1827.

Fué á mendigar en la lejana Europa,
Y desde el Volga helado
La condujo al Brasil infortunado.
  Pero la hueste en tanto de los libres
Ya sobre el suelo del Brasil avanza;
La sed de la venganza
Devora á los intrépidos guerreros,
Que entre inmensas fatigas,
Afilan los mortíferos aceros
Buscando las falanges enemigas.
¡Las hallaron por fin! Su jefe altivo,
Que nuestra marcha advierte derrepente
Y la rüina presiente,
Abandonando la oprimida tierra
Asilo busca en la fragosa sierra.
El intrépido Alvear, á quien inflama
La sed de combatir, allí lo asecha,
Lo fatiga, lo estrecha,
Y diestramente á combatir lo llama.
Lo llama á combatir; mientra, engañado,
El contrario no advierte
Que el día va á llegar de la matanza:
¡Día para el Brasil de oprobio y muerte!
¡Día para mi patria de venganza!
  ¡Y el día al fin llegó! Tal como suele
El mar embravecido
Estrellarse bramando en la alta roca
Que resiste su saña, hasta que al cabo
La erguida cima que las nubes toca
Se desploma al empuje repetido;

Así nuestras falanges aguerridas,
Al oir el eco del clarín guerrero,
Corren, blandiendo el formidable acero,
A estrellarse en las puntas homicidas,
Sin que el encuentro duro
Pueda romper el erizado muro.
Crece entonce el furor del combatiente,
Con el furor acrece la matanza.
Aquí el estruendo del cañón se siente;
Allá el ginete ardiendo se abalanza;
Y el infante atrevido
Mira el caliente acero enrojecido.
 Alvear, sereno, en medio del estrago,
El estrago preside. De su mano
El formidable rayo se desprende;
Con su presencia enciende
Nuevo brío en el pecho del guerrero;
El, con valiente planta,
La muerte lleva do llevó el acero,
Y allí donde el peligro mas acrece
Allí Alvear el primero se adelanta,
Y él el primero al enemigo embiste,
Que el nuevo encuentro con valor resiste
Con bárbaro valor... ¡Ay, que la muerte
A ninguno perdona!...
Y al arrancar una preciosa vida,
Cuanto más es querida,
Más de su triunfo con placer blasona.
¡Besares!... ¡Brandzen!... ¡Ay! de la victoria
Cuesta caro el laurel... La sangre vuestra,

Que vió correr Ituzaingó con gloria,
Esta vez lo compró... Ella dió vida
A la patria afligida;
Y aunque el Brasil con bárbara fiereza
Se goce en vuestro fin ensangrentado,
Dormid en paz en la callada huesa,
Que este tremendo día
Va á enseñar al Brasil escarmentado,
Que la sangre de Brandzen y Besares
Se vengará con muertes á millares.
Con muertes se vengó. Vuelve los ojos
Alvear, en medio del horrible estruendo,
A contemplar del campo los despojos,
¡Y se mira, asombrado,
Con la sangre de Brandzen salpicado!..
La suya entónces de furor hirviendo,
Su noble pecho de furor inflama:
¡La patria es quien lo llama á su defensa,
Y á la venganza la amistad lo llama!
Al frente de sus ínclitos campeones
Marcha el terrible jefe, y á su esfuerzo
Cede por fin la muchedumbre inmensa,
Y caen los arrollados batallones.
Pero cayendo, el enemigo osado
Su resistencia aumenta,
Y como nunca el triunfo es disputado,
Y la lid, como nunca, se ensangrienta.
Pero á tantos horrores, aun faltaban
Horrores que añadir. Abrasadora
Arde en el campo abrasadora llama

Y en las olas del viento que la lleva
Con saña asoladora
El campo todo en derredor se inflama,
Y más y más se ceba
En las secas espigas que devora.
¡Horrible espectación! Cual si el estruendo
Del combate feroz hasta las puertas
Del espantoso abismo conmoviendo,
Sus eternos quiciales contrastara,
Y con furor abiertas,
Ante el mundo el Averno revelara
Sus profundos horrores. Aquel día
La vista por el campo divagaba
Y en el vasto horizonte que ofrecía
Solamente encontraba
La inmensa mortandad que lo cubría,
Y llama asoladora
Que con estrago fiero
Abraza al triste que escapó al acero.
El trueno del cañón, que allá se siente,
Interrumpe tan solo
El silencio feroz del combatiente,
Que mirando doquier un nuevo abismo,
La muerto en torno mira, y aún él mismo
Que el estrago causaba,
Al mirar el estrago se asombraba.
Del estruendo espantoso al punto sube
Para ocultar los rayos esplendentes
Del rubio sol, impenetrable nube,
Que envuelve las falanges combatientes,

Y á la vista robados
En quien cebar no saben las espadas.
Mas la rabia no sufre la demora:
El soldado feroz se precipita
Entre el humo y el fuego,
Y la sangrienta sed que lo devora
El obstáculo nuevo más irrita,
Y en medio del espanto que lo ofusca,
Cual si faltaran muertos, muerte busca.
Seis horas crueles de más cruel matanza
No bastan á la saña del guerrero,
Que al audaz brasilero
Busca, ardiendo en la sed de la venganza,
Y en la horrible pelea
Exterminarlo con furor desea.

¿Hay más asolación?... ¿y todavía
No se apaga el rencor? Sí, que ya el cielo
Quiere poner un término este día
A la desvastación que yerma el suelo.
Basta de mortandad, bravos guerreros:
No vibren más vuestras terribles manos
Las espadas cruentas:
¡Basta, para que aprendan los tiranos
Como vengan los libres sus afrentas!

Ya el del Brasil lo sabe. El sol divino
Que aquel día alumbró, de eterna gloria,
Miró por fin al ínclito Argentino
Arrancar de la mano
El sangriento laurel de la victoria;
Y en el mismo lugar donde arrollados

Fueron los enemigos batallones,
Hoy se ven, enclavados,
Flamear los vencedores pabellones.
¡Heroes de mi patria! no mi lira
Es bastante á cantar vuestra alabanza,
Aunque el genio me inspira:
Pero la luz del sol á todo alcanza.
El alumbró vuestra feliz victoria,
Y al derramar su fúlgido torrente
Por el mar, la llanura y las montañas,
Llevará vuestra gloria,
Vuestras grandes hazañas
Del frío polo al Ecuador ardiente,
Del reino de la aurora al occidente.

Á LA LIBERTAD DE LA GRECIA *

ODA

Se abrió á mi vista la remota historia,
Y en sus ricos anales,
La ruina, los trastornos ó la gloria
De mil naciones admiré. Asombrado,
Ví brillar en sus páginas de fuego
El nombre y las hazañas inmortales
Con que ilustró su edad el noble griego:
Allí á Leonidas contener miraba
El torrente impetuoso
Con que el altivo Persa se avanzaba
A buscar en Termópilas su ruina;
Allí ví de Temístocles alzado
El brazo poderoso,
Y en Platea abatir y en Salamina
Al terrible coloso
Con que Gérges al mundo amenazaba.
¡Cómo mi mente en entusiasmo ardía
Al ver tantas hazañas! Pero, abierta
Otra página aún más luminosa
De Licurgo y Solon veneré el nombre,
De Homero y de Demosthemes, dictando

* Se publicó en «El Tiempo» núm. 47. Junio 28 de 1828.

Leyes que hicieran venturoso al hombre,
O en caudaloso verso celebrando
La gloria de la Grecia, ó los derechos
Del ciudadano, en el Senado augusto,
Con elocuencia varonil mostrando.
Allí en Atenas y en Esparta el templo
Miré, do florecian
Las ciencias y las artes que de ejemplo
Alguna vez al mundo servirían,
Y de grandes modelos. ¡Gloria á Grecia!
Clamó mi labio de entusiasmo lleno:
¡Gloria sin fin al ilustrado Heleno!
¿Mas, Grecia donde está? También la historia
Los progresos fatales
De la ignoracia vil y el fanatismo
Registra con dolor en sus anales,
Y consagra llorando en la memoria
La esclavitud de un pueblo generoso
Doblado bajo el yugo ignominoso.
Mirad ¡ay! á la Grecia: De repente,
Desde el inculto fondo del desierto,
Lánzase á Europa el árabe insolente,
Y en una mano el Alcorán abierto,
El hierro asolador con la otra esgrime,
Y en torrentes de sangre anuncia al hombre
La ley de Meca y de Mahoma el nombre.
Europa toda amedrentada gime
Bajo aquel yugo estúpido y sangriento;
La peste se propaga, y en el Asia
El novator feroz fija su asiento.

El turco vagabundo, en el instante,
Ciego se postra ante el audaz profeta,
Y con fe intolerante,
La nueva ley que idólatra respeta,
Con el hierro iracundo
También anuncia al azorado mundo.
La Grecia luego se ofreció á su vista,
Y á la Grecia voló. Con torpe insulto
Las leyes de conquista
Feroz le impuso, y profanó su culto.
¿Qué valió resistir? Como las olas
Del océano sañoso
Cuyo ímpetu la roca no quebranta,
Así lanzose el musulman furioso
Sobre el mísero griego:
Cegó la cimitarra su garganta,
Y su rica campaña asoló el fuego.
¡Y la Grecia es esclava! ¡Ay! ¿qué se hicieron
Sus antiguas hazañas? ¿Cómo pudo
Apagarse la antorcha luminosa
Que aun hoy la senda del saber nos muestra?
¡La antorcha que, en otra época dichosa,
Hizo á la Grecia universal maestra!
Todo, todo pasó. ¿Mas, por ventura,
La sangre que heredaron
Los hijos de Milciades y Leonidas,
Sin sublevarse de ira entre las venas,
Consentirá la servidumbre dura?
¿Arrastrará por siempre las cadenas
Una nación que, en perdurable gloria

Recuerda en cada sitio una victoria,
Y en cada tumba un héroe? No; bramando
De indignación Botzaris se levanta:
¡Fuera tiranos! grita; y á su acento,
Renace el valor griego en el momento,
Y la infame cadena se quebranta.
Y arde en furor el musulman entonces:
La Grecia inundan sus terribles haces;
Las campañas feraces
Retiemblan al estruendo de los bronces;
Y desastrosa guerra
Truena en los mares, cual tronó en la tierra.
¡Ay de la humanidad! La temblorosa
Ancianidad, el ternezuelo infante,
La inmaculada virgen y la esposa,
Envueltos caen al golpe fulminante
De la cuchilla idólatra: atronando
Pérfida mina estalla,
Y en escombros volando
La mísera ciudad, el turco mira
Allanarse del muro la ancha valla
Y del estrago con placer se admira.
¡Bárbara atrocidad! Pero si el hado
Puede de un pueblo decretar la ruina,
La humillación jamás; y el que con gloria
Entre escombros perece sepultado
Para nunca morir vive en la historia,
Y deja al mundo de su fama lleno.
Asi clamaba el desgraciado heleno,
Y ardiendo se lanzaba

Tras el pendón de libertad glorioso,
Que en sus manos Botzaris tremolaba.
Aquí se estrella en la feroz falange,
Y, si muere matando
Cae con placer bajo el filoso alfange.
Allí entre las murallas estrechado
Por el brutal Bajá, solo en la tierra,
Lucha contra las plagas de la guerra.
Gran tiempo el muro á su defensa sirve:
Pero, al golpe feroz y redoblado,
Sucumbe Missolonghi contrastado.
¿Qué importa? se estrellaron, se rompieron
Bramando las legiones otomanas;
Y si después la fuerza y la fortuna
El laurel, no la gloria les cedieran,
Sobre ruinas no más, á sangre y fuego,
Logró Obrahin plantar la media luna,
Pero no al yugo sujetar un griego.
¡Loor á Missolonghi! Los valientes
Que en sus gloriosas ruinas perecieron
Piden venganza aún. Pero no en vano
La griega sangre se virtió á torrentes
En tan tremenda lid; también mezclada
A raudales hirvientes
Corrió sangre otomana en cien batallas;
Y también desolada
La orgullosa y feroz Constantinopla
Clamor de muerte en torno á sus murallas
Oyó vagar mil veces; y los lutos
Que entonces sus murallas se vistieron

Digno holacauso para Grecia fueron.
Y mientras horrendo Marte
Siembra por todo el funeral estrago,
Y al flamear de mortífero estandarte
La ruina truena dó se oyó el amago;
Mientras la humanidad despedazada
Alza el clamor á la celeste esfera,
Del eterno implorando la clemencia,
¿Será que Europa entera
Tolerará con fria indiferencia
La desastrosa ruina
De los hijos de Esparta y Salamina?
No es que el caudal honroso
De luces con que brilla el europeo,
Con empeño afanoso
Lo bebió de las fuentes del Liceo?
¿No es de Grecia su gloria? ¿En sus escritos
Los sabios no pagaron
De alabanza el tributo respetuoso
A la nación ilustre que imitaron?
¡Todo, todo es verdad! ¿y cómo ahora,
A la faz de la Europa, en voz doliente
Favor la Grecia encarnizada implora,
Y el escarnio de Grecia ella consiente?
¿Y siempre será así? No, que aun vivía,
Para honrar Inglaterra,
El hombre grande á quien el siglo llora,
Y llorarán los libres de la tierra;
El ministro ilustrado, en cuya mano
El poder fué consuelo al oprimido

Y freno al opresor. ¡Eterna gloria,
Llanto sin fin á Canning! Era digna,
Digna de su nombre esclarecido
La generosa empresa
De proteger al griego desvalido.
El en su mente la abrigó primero;
Y si al bajar á la callada huesa,
No la vió realizada
Y no dejó la humanidad vengada,
Tal vez á su llamado se formaba
Entonces ya la liga que algún día
El cielo en su justicia destinaba
A humillar de los turcos la osadía.
Y este día lució: que al fin sintieron
Los monarcas de Europa en sus oídos
Del oprimido griego los gemidos,
Y un freno al opresor poner quisieron.
Su voz, alzada entonces, preparaba
Una tregua al furor: el crudo acero,
Tras tantos años de combate fiero,
La primer vez entonces se envainaba,
Y en la fé de la tregua reposando,
Crédulo el griego á descansar se daba.
¡Y era muerte el descanso! ¿Cuando, cuando
La fé se alberga en los feroces pechos?
¿Cuando de las naciones los derechos
Respetarán los bárbaros? Bramando
De furor, y sediento de matanza,
El idólatra aleve se abalanza
Sobre el tranquilo é indefenso griego;

El acero y el fuego
Propagan la cruel carnicería,
Y los monstruos con júbilo batiendo
Las manos todavía ensangrentadas,
Se aplauden de su infame alevosía.
Al escándalo horrible conmovida
Estremecióse Europa, y al instante
Alzóse á la venganza apercibida.
Entonces vióse numerosa flota
Surcar el ancho mar que furibundo
De las tres partes del antiguo mundo
Las altas costas bramador azota:
Y sostenido el dios por sus Tritones,
Alzó la frente desde la honda arena,
Por ver flamear al viento los pendones
Del Ruso habitador del yermo helado,
Del hijo audaz del Sena,
Y el Bretón en los mares afamado.
¡Hélo al turco á su vez! Sombra terrible
Del marino de Albion! No se ha perdido
De tus heróicos hechos la memoria;
No se perdió el ejemplo de osadía
Que al mundo diste un día,
Al sucumbir en Trafalgar con gloria.
Aun tienes sucesores, y el destino
La suerte de la Grecia hoy ha confiado
Al jefe formidable
Que hará eterna su fama en Navarino
¡Día de destrucción! Rabia implacable
Las escuadras dirige: en un momento

Entre el humo y el fuego
Se envuelve todo en torbellino ciego:
La muerte por mil bocas arrojada
A ninguno respeta;
Abrese el mar al espantoso trueno,
Y sepulta las naves en su seno.
¡Allah! clamaba el hijo del Profeta;
¡Por los fieles, Allah! Pero era en vano,
Que el cielo no responde á sus blasfemias,
Y da victoria al pabellón cristiano.
¡Salud, nobles helenos! Esa liga
Que en medio de la Europa se levanta
Será el apoyo de la causa santa
Que sostuviste con tenaz fatiga.
¿Ni cómo abandonaros? ¿O en su boca
Suena de Dios el sacrosanto nombre
Solo para con él destruir al hombre,
Sin que brillen las armas en sus manos
Para librar del yugo de Mahoma
Una nación de mártires cristianos?
¡Ah! tal no puede ser: acaso en breve
Lucir veremos la feliz aurora
De nuestra libertad, y los desastres
Que la afligida humanidad hoy llora
Cesarán para siempre. Pero en tanto,
Sabed que hay, de este lado de los mares,
Una nación que os apellida hermanos,
Donde la libertad tiene su templo,
Y que sabrá, siguiendo vuestro ejemplo,
Sucumbir sin rendirse á los tiranos.

A LA PAZ ENTRE LA REPÚBLICA ARGENTINA Y EL IMPERIO DEL BRASIL *

ODA

¿Cual es el genio bárbaro que rige
Los destinos del hombre? Adonde quiera
Que revuelvo los ojos, mil altares
A la discordia la ambición erige,
Y veo por su mano carnicera
Víctimas inmoladas á millares,
El ara santa de la paz hollada,
La quietud de dos mundos trastornada,
¿Que es esto, Dios eterno? ¿Así consientes
Que tu prole entre sí se despedace?
¿No tienes ¡ay! mil hijos inocentes?
¿O la ruina del mundo te complace?
Vuelvo mi vista atónita á la Europa
Y de insólito horror mi pecho late:
Doquiera miro numerosa tropa
Apercibida al bárbaro combate,
El vital equilibrio encuentro roto,
La tierra se estremece, arden los mares,
Y el belígero acento que resuena

* Se publicó por primera vez en «El Tiempo» núm. 135.

Del mar del Norte al Bósforo remoto,
Del Tajo hasta el alcázar de los Zares,
De negro luto y de favor me llena.
  De la ambición el soplo venenoso
El fértil Portugal arde y se agita;
Su aliento inspira al Príncipe orgulloso,
Que, con brazo rebelde, á lo profundo
El código sagrado precipita,
Y hace á Lisboa escándalo del mundo.
Triunfa aquí la discordia; y al momento
Sacude allá la tea abrasadora,
Que otro triunfo más bárbaro pretende
Y en la sed de conquista asoladora
A Nicolás en Petersburgo enciende.
Ya se mueve el coloso prepotente
Que inclina de la Europa la balanza;
Audaz hacia el Danubio se abalanza;
Y el valladar salvó de su torrente.
La muerte va por donde el ruso pasa;
Todo cede á su esfuerzo, y amenaza
La ruina del imperio del Oriente.
¡Transtorno sin igual! Acaso en breve
Cambiar verá la Europa su destino,
El trono del autócrata terrible
Fijado en la ciudad de Constantino,
Y retorcido el Iureo fusilando
A la región do floreció Palmira,
Donde espirara el Salvador del mundo.
  A tanto el ruso en su soberbia aspira:
Pero tanta grandeza no tolera

El isleño, señor del Oceáno,
Y á contener la rápida carrera
Del tremendo invasor tiende la mano.
Su discordia quizás al pueblo griego
Lágrimas va á costar. Ya el mar Tirreno
Marchar no mira en coalisión amiga
Las escuadras que envió la Triple Liga
En protección del desgraciado Heleno;
Y ya tal vez.... Mi vista horrorizada
No sufre el espectáculo inhumano....
¿Do está el asilo de la paz sagrada?
Será el continente americano?
¡Ay no! Que en las regiones esplendentes
De la opulenta Méjico, vertida
La sangre fraternal corre á torrentes:
En sangre Guatemala está teñida;
Y desde Guayaquil á Cartagena,
Colombia ve su libertad perdida,
Y lamenta el baldón de que la llena
El que fué el primer genio americano,
Y ya no es más que un bárbaro tirano.
Su nombre un día á otra nación prestára;
Holló su dignidad, dándole leyes
Cuyo modelo su ambición buscára
En la escuela nefaria de los reyes:
Hasta que el pueblo del error saliendo,
En entusiasmo noble se arrebata,
El código opresor derriba al suelo,
Y su ultrajada dignidad rescata.
Pero ¡ay! que en tanto sobre el alto puesto

Quizá se sienta el inca decorado
De roja insignia, y á venganza apuesto;
Quizás los escuadrones colombianos
A su costa se acercan, anhelando
La sangre derramar de sus hermanos;
Mientras el puñal aleve y homicida
Otra facción esgrime, y el chileno
Compra con sangre su quietud perdida.
¡Y mi patria!.... ¿No ois el bronco trueno
Que desde el Plata al Yaguarón retumba?
No veis brillar el matador acero
Que á una generación abre la tumba,
Y á la que viene deja por herencia
El rencor, la horfandad y la indigencia?
No veís la hermosa capital, un día
Tipo en el nuevo mundo de grandeza,
Hoy desierta, esperando la agonía,
Y en las calles vagando la tristeza;
Mientras allá las madres brasileras,
En lúgubre ropaje y largo duelo,
Mil veces y otras mil piden al cielo
El hijo que espirara en las hileras?
No veís el suelo del feraz Oriente
Yermo extrañar la agricultora mano,
Y al débil niño ó al temblón anciano
Entregada la reja solamente?
¡Ay! La robusta juventud, vestida
Del militar arreo, ha abandonado
Los trabajos rurales, y dejado
Muerto en la tierra el gérmen de la vida:

O, si en la espiga alguna vez revienta
El grano, con la sangre fecundado,
Odio solo y rencores alimenta....
¡Dios de mis padres! ¿Y no habrá consuelo,
No habrá remedio á males tan tiranos?
Será que la discordia siempre oprima
A pueblos que, debiendo ser hermanos,
Como tigres feroces se devoran?
Una es su religión, uno su clima;
De América los dos, los adoran
La inefable deidad de los cristianos.
¿Y como entonces á devastar el suelo
Hoy se arrojan los dos? No habrá consuelo,
No habría remedios á males tan tiranos?...
  Sí Buenos Aires: sí patria querida:
Enjuga al fin tu dolorido llanto,
Y viste, en vez del enlutado manto,
Las ricas galas de la paz; tu brazo
Arroje lejos la tremenda lanza,
Y enarbole desde hoy la dulce oliva.
Mira volver al paternal regazo
La flor de tu cariño y tu esperanza:
Mira marchar tus hijos, no á la arena
Donde la muerte ó la victoria aguarda,
Sino á la plaza deliciosa, amena,
Donde esperan la paz y los amores
A los hijos del Plata vencedores.
Mira esos respetables uniformes
Por la fatiga y la victoria usados,
Esos despedazados pabellones,

Esos guerreros pobres, mutilados,
Pero con los laureles agobiados.
Estos son patria mía tus blasones,
Ya llegan ¿no les ves? Abre tu seno,
Y recibe á tus hijos.... De la guerra
Ya no retumba el espantoso trueno;
Ya no vuelven al campo; en tu regazo
Gozarán siempre el maternal abrazo.
Ya cesó la miseria. Nuestro puerto,
Lugar un día de combates crueles,
Veo al comercio universal abierto,
Y agolparse á porfía los bajeles,
Que buscando riquezas con anhelo,
De riqüezas inundan nuestro suelo.
El altivo colono, á quien despide
De su seno la Europa turbulenta,
Un asilo pacífico nos pide,
Y con la suya nuestra industria aumenta,
Y en la inmensa comarca deliciosa
La población benéfica rebosa.
¡Salud día de paz! ¡Salud hermanos
Que habitais el Brasil. Enternecidos
De júbilo, nos damos hoy las manos.
Cesaron ya nuestros comunes males;
El águila y el sol marchan unidos
En la estención del delicioso Plata:
No empañe más la sangre sus cristales.
La sangre á ningun precio se rescata.
¡Paz, paz, ¡oh Brasileros! Largo el duelo,
Larga fué la miseria, que algún día

Al Brasil y á nosotros oprimía:
Pero es á tantos males un consuelo
Buscar nuestra hermandad, dando existencia
A una nueva nación en nuestro suelo.
Mirad la Libertad é Independencia
Fijar su asiento en el dichoso Oriente,
Como Diosa de Paz.... Venid, hermanos,
Ciñamos de guirnaldas nuestras frentes,
Y florezca la oliva en nuestras manos,
El día fortunado en que miramos
Que el bronco trueno de la guerra cesa,
Y el canto dulce de la paz empieza.

Octubre 14 de 1828.

AL SEÑOR DOCTOR D. PEDRO SOMELLERA

CATEDRÁTICO DE DERECHO CIVIL EN LA UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES, SOBRE EL ESTADO ACTUAL DE NUESTRA JURISPRUDENCIA, POR SU DISCÍPULO FLORENCIO VARELA 1831.

Tú, mi digno mentor, que me enseñaste
Los caminos que llevan á la ciencia,
Y en sus sacros misterios me iniciaste.
Deja llegar mi verso á tu presencia;
Ni te cause extrañeza que las musas
Se pongan á tratar jurisprudencia.

Sobran á esta locura mil excusas,
Porque la discusión es permitida,
Al hablar de materias tan confusas.
Pero no me descubras por tu vida;
Pues algunos si saben quien te escribe,
Van acusar mi pluma de atrevida.
¿ « Cómo es que audacia tal no se prohibe? »
Exclamará un censor con espejuelos,
Que sepultado en mamotretos vive.
¿ De qué sirven del sabio los desvelos,
Si en las cosas más árduas y formales
Se han de mezclar también los muchachuelos?
¡ «Oh tiempos! ¡Oh costumbres!. ..Estos males
Son de la educación fruto funesto,
A esto llaman ideas liberales. »
Clamará asi mi crítico indigesto,
Y, echando con mí mil maldiciones,
Cerrará enfurecido su *Digesto.*
Yo no se contestar tales razones
Ni es justo que un mocoso se entremeta
A disputar con altos señorones.
Me zurrarán un mes en la *Gaceta;*
Me hartarán de improperios, que es la moda,
Y á buen librar me llamarán trompeta.
Eso es, si contra mi la Curia toda
Anatemas tremendos no fulmina,
Y vengo á ser el pavo de la boda.
Tú sabes que el que ahora se encamina
Al dédalo forense en que vivimos,
Fuerza es que siga su servil rutina.

Vano es buscar en la razón arrimos;
Nadie á oirnos se apresta; y somos cero
Los que diez lustros antes no nacimos.
Nada de ideas nuevas: tú el primero,
Por proclamarlas, calumniado fuiste;
Y á poco más te juzgan con Agüero (1)
Mas como nada á la opinión resiste,
Ella á tus detractores dió por premio
Escarnio, confusión, vergüenza triste.
Pero ahora, señor, que soy del gremio,
Y estoy bajo el poder de los doctores,
Temo de que me soplen un apremio.
Con que evitemos tantos sinsabores;
Y luego que concluyas su lectura,
Arroja en un fogón mis borradores.
¡Oh cuanta compasión, cuanta amargura
Mi corazón marchitan cuando veo
Los códigos de gótica estructura.
De antigua humillación negro trofeo,
Que afrentan á mi patria, sin que nada
Se haga para lavar borrón tan feo!
¿De qué ha servido la tutela odiada
De España sacudir si el ciudadano
No halla en la ley la protección deseada?
Por qué, mientras el pueblo americano
Consigue aniquilar el despotismo
Y ante el mundo mostrarse soberano.
Venera con imbécil fanatismo
Códigos opresores que abortaron
Las edades del torpe feudalismo?

Los siglos de tinieblas ya pasaron,
Y los siglos de luz que en pos vinieron
La condición del hombre mejoraron.
Nuevas costumbres á los pueblos dieron,
Otro culto, otros usos, y la esfera
De sus necesidades extendieron.
Rompió los grillos de la edad primera
La inteligencia humana; y atrevida
No halló en la tierra á su poder barrera:
A la naturaleza sorprendida
Arrancó sus tesoros, y con ellos
Multiplicó los goces de la vida.
La ciencia renació: sus rayos bellos
A la Europa primero iluminaron
Y de alli se esparcieron sus destellos.
Los frutos de la industria alimentaron
Los cambios mercantiles: las regiones
Mas remotas por ellos se estrecharon.
Asi, por progresivas variaciones,
Fué mejorándose el linaje humano,
Y se cambió la faz de las naciones.
¿Y cómo es que ante el código romano
Medio mundo se postra, y aun venera
A su legislador en Justiniano?
Trece siglos formaron la cadena
Que del tiempo presente le divide;
¿Es hoy el mundo lo que entónces era?
La negra edad á que el error preside,
Puede dar leyes á la edad luciente,
En que de todo la razón decide?

Cuando ya del imperio de occidente
Nos queda apenas la memoria oscura,
Cómo es, que en uno y otro continente,
Vemos que un resto deplorable dura
De su legislación, y que la ciencia
Se bebe en una fuente tan impura?
Aquí si que se acaba la paciencia
A mi áspero censor; y sus pulmones
Esfuerza, porque atajen mi insolencia.
« Impura aquella fuente... ¡Las lecciones
De un Tribaniano fútiles reputa
Quien aun no sabe atarse los calzones!
« Y sin haber abierto la *Instituta,*
Con los que en ella estamos empapados
Se atreve este bribón á armar disputa!...
« Ya se vé! Los doctores ilustrados
A cualquiera dan burla, anillo y guante (2)
¡Y quieren que tengamos abogados!»



FLORENCIO BALCARCE

LA PARTIDA

Circumdederunt me dolores mortis
Dolores inferni circumdederunt me.

Psalm. XVII..

I

El Dios que la tierra y el cielo domina,
Que alienta la hormiga y el cóndor y el león,
Me ordena que deje la playa argentina:
Adios Buenos Aires, amigos adios.

Cual hoja que pende de rama marchita,
Que baten los vientos, las aguas y el sol,
Y trémula al soplo del aura se agita
Su caída anunciando continuo temblor,

Tal seca mi vida de muerte el aliento;
Mi paso vacila, se arruga mi faz;
Y ya desprenderme del árbol me siento,
Y entre hojas ¡ay! secas al suelo bajar.

Mas viene en mis sueños el ángel luciente
De dulce esperanza, mi amigo más fiel,
Su mano acaricia mi lívida frente,
Sus labios me dicen palabras de miel:

Allá tras los mares existe otro suelo,
Que oculta, me dice, tu antiguo verdor.
Su voz creo y sigo, pues viene del cielo:
Adios Buenos Aires, amigos adios.

II

El ángel esparce destello divino,
Moviendo sus alas en aérea región;
Destello que alumbra del negro destino
Los hondos arcanos, la oscura mansión.

Allí me describe con vivos reflejos
El mundo y los siglos que vienen en pos,
¡Oh Patria! tu nombre reluce á lo lejos,
Y el sello celeste que Dios le imprimió.

Hermosos trofeos te sirven de asiento;
Y en tanto que ciñe la gloria tu sien,
Te dan mis amigos la paz y el contento,
Con frentes ya calvas dictando la ley.

Y aquella corona que yace marchita
Con dos ó tres hojas de tierno laurel,
¿A quien pertenece que el mundo no habita?
A alguno que el cielo... ¡La mía es tal vez!

Mas no, que el destino mi muerte aun no ordena,
No extinta del todo mi estrella quedó:
Su trémulo curso me arrastra hasta el Sena;
Adios Buenos Aires, amigos adios.

III

En medio del mundo, yo, pobre extranjero,
Debajo de un cielo de bronce á mi mal,
Veré solo en torno desdén altanero,
En vez de caricias de amor maternal.

Pero odio y desdenes son precio mezquino,
Si el golpe de muerte consigo embotar,
Y algunos instantes robando al destino
Llevar mis ofrendas ¡oh gloria! á tu altar.

Entonces, mil veces feliz me diría
Si viese la lumbre del sol que me crió;
Si el agua bebiese del río que un día,
El pié de mi cuna bramando lamió.

De inícuos tiranos el ceño que espanta,
La turba de impíos que erguidos están,
Son granos de polvo que el viento levanta,
Cesando los vientos al suelo caerán.

Entonces ¡oh Patria! tu noble bandera
Flameando en las nubes con nuevo fulgor,
Hará que gozoso cantando yo muera:
Adios Buenos Aires; amigos adios.

IV

Pero ¡ay! que á mis oidos el viento que zumba,
Es voz que me llama á la otra mansión;
Do clavo los ojos descubro una tumba,
Y un éco de muerte responde á mi voz.

Mirando á la Patria, su oprobio me humilla,
Sus hijos dormidos su afrenta no ven:
Reluce en sus cuellos sangrienta cuchilla
Y horrendas cadenas arrastran sus piés.

¡Oh Patria! si nada tu gloria me debe,
Jamás tu destino del hombre pendió...
Yo he sido una gota del agua que llueve
Perdida en la noche que el polvo bebió.

Amigos, si os llama tal vez el acaso
Al suelo extranjero do voy á morir,
Por Dios, en mi tumba tened vuestro paso;
No todos, no todos, se olviden de mí.

Adios dulce sombra del techo paterno;
Adios compañeros de infancia feliz:
Amigos queridos, mi adios es eterno,
Adios Buenos Aires, mil veces y mil.

A bordo del Philadelphe—1837.

LAS HIJAS DEL PLATA

CANCIÓN

Las tiernas hijas del Plata
Más frescas son que las flores;
Sus palabras son amores,
Dulce halago es su mirar.
¡Infeliz quien sus virtudes
Y quien sus gracias no admira!
¡Mas infeliz quien las mira
Y las tiene que dejar!

Ten las alas un momento,
No me robes el contento
Manso viento.

Cual la lumbre que de noche
La luna esparce en los cielos,
Nos vierten ellas consuelos
En las horas de amargor.
Y si risueño el destino
Placeres nos atesora,
Son como flor que en la aurora
Nos embriaga con su olor.

Ten las alas, etc.

Sus negros ojos alcanzan
De los amores la palma;
A través de ellos el alma
Se ve cándida brillar,
Como entre arena plateada
Refleja el nácar luciente,
A través de la corriente
Del augusto Paraná.

Ten las alas, etc.

Sus corazones abrigan
La pureza de su cielo,
La inocencia de su suelo,
Lo benigno de su Sol:
Al picaflor ellas vencen
En viveza y en donaire,
Y les da la flor del aire
Su fragancia y su frescor.

Ten las alas, etc.

¡Pobre de mí que ya nunca
Las veré en playa extrangera!
¡Pobre de mí cuando muera
Sin que me aliente su voz!
Si escribió suertes risueñas
Allá en su libro el Eterno,
También cual noche de invierno
Oscuras las escribió.

Ten las alas, etc.

¡Adios, estrellado cielo!
¡Adios, oh río argentino!
Donde me arrastre el destino
Serán tus hijas mi amor.
¿Cuál habrá entre ellas que un día
Mi oscuro nombre repita?...
¿Ningún corazón palpita
Cuando oye mi triste Adios?

Ten las alas, etc.

A bordo del Philadelphe, Abril 5 de 1837.

AL SEÑOR DON VÍCTOR SILVA *

RECIEN ORDENADO DE SACERDOTE

Humilla al polvo la elevada frente
Y á Dios entona ¡oh Víctor! alabanza,
Que El te extendió su mano omnipotente
Y con paterno anhelo
Alzarte quiso á celestial bonanza.
Un día allá desde el eterno cielo,
Cuando la mansa faz volvió clemente
A esta mansión de lágrimas y duelo,

* Apareció en el núm. 5 de «El Corsario» periódico de Montevideo, el 29 de Marzo de 1840.

Te vió benigno que en la pobre cuna
Lanzabas el fatídico gemido
Que la vida del hombre anuncia al suelo:
A tí inclinó el oído,
Bañó tu faz en celestial contento,
Y del destino en el profundo arcano
Escrito sobre el santo firmamento,
Borró su eterna mano
Los terrenos deleites y pesares
Que á tu vida mortal guardaba el mundo,
Y á quemar suave incienso en sus altares,
A ser de sus bondades santo nuncio,
A servir de consuelo al débil hombre,
Con sello eterno consagró tu nombre.

Humillate otra vez, Silva, pues santa
La misión es que el cielo te confía;
El Señor á otra esfera te levanta,
Y eres más que mortal desde este día.

Tus ojos ven allá sobre los cielos
Por la mano de Dios con fuego escritos
Nuevos deberes hoy, nuevos desvelos:
Persecución sin tregua á los delitos,
A la virtud apoyo
Y á la desgracia auxilios y consuelos.
Pronto herirá tu oído
En el pajizo albergue del cristiano
De la pobreza el lúgubre alarido,
Del infortunio el lamentar en vano....

Entonces tú le tenderás la mano,
Y del abismo de miseria y duelo
En que abatido el corazón yacía,
Con tu consejo sabio
Alzarle harás á la bondad del cielo,
Y bendecir al Hacedor del día.

Tu voz entonces sonará inflexible
Contra el mortal ceñido
De pompa vana y mundanal ruido:
Bajad al polvo, clamarás, la frente,
Simulacros de cieno,
Que Dios es todo, los mortales nada;
Y este mundo, esos astros y ese trueno,
Dejarán de existir eternamente
Al sonar de su voz omnipotente:
¡Adorad al Señor, ciegos mortales!....
¡Bajad al polvo la orgullosa frente!

Cual angel tutelar del débil hombre
Tu sostendrás la marcha vacilante
Con mano poderosa,
Desde que en pobre cuna es remecido
Hasta que es sepultado en yerta fosa.
Tu mano sacra lavará la mancha
En la frente del niño ternezuelo,
Cuando gimiendo asome
A arrastrar su existencia en este suelo.
Y tu sagrada voz sonará fuerte
Sobre el lecho de muerte,

En que se aleje tímido del mundo
El mortal penitente y moribundo.
Humilde siempre, humano,
El refugio serás del desgraciado,
Y protector del huérfano inocente
Y sostén del virtuoso ciudadano.

Pasaron ya los tenebrosos días
De lágrimas y horrores,
En que el mundo escuchó voces impías
De indignos sacerdotes
Tronar sobre la tierra ensangrentada,
A venganzas impuras
Incitando los pechos fraternales,
Y á clavarse los bárbaros puñales
En nombre del Señor de las alturas.
Pasaron ya los tenebrosos días
En que el débil mortal empuñó ciego
El santo crucifijo y la cuchilla,
Y entre el horror y el fuego,
Respetuoso, doblando la rodilla,
Las cenizas, el humo, la venganza,
Los gemidos del mísero inocente
Y el vapor de la bárbara matanza,
Ofreció reverente
Como grato holocausto al Dios clemente.

En sangre tinta y destrucción envuelta
Asi gimió la América algun día:
Sobre escombros, cadáveres, ruinas,
La cruz enrojecida se erigía,
Y el sacerdote santo
Con el soldado impío confundido
De guerra alzaba el espantoso canto
Y empuñaba la mecha enfurecido.
Era Jesús entonces á sus ojos
Un Dios sañudo ansioso de venganza,
Que en fúnebres despojos,
En muerte y guerra impía
Al lado de Jehová se complacía.

Por la codicia el hombre enceguecido,
Un Dios como él, fanático anunciaba,
Y á criminal olvido
Sus sagrados preceptos relegaba.

Cuando Jesús del Golgota en la cima
A muerte ignominiosa se vió fijo:
«No saben lo que hacen,
Perdónalos, Señor, perdona», dijo.
Y cuando irreverentes
Nuestros brazos claváronle la lanza,
Dijo, en vez de: Señor, toma venganza;
«Perdónales, Señor, son inocentes.»

Predica tú la paz: que nuestro suelo
No más en llanto humedecer se vea,

Y que la voz del cielo
Oyendo de tu boca el ciudadano,
Apague ya la destructora tea
Que arde voraz en su sangrienta mano.

Predica la clemencia: que la patria
No más se vea en sangre salpicada,
Y quede entre la vaina enmohecida
La justiciera espada....
¡La espada justiciera y fraticida!....
Píntale airado en tenebrosa nube
Nuestra soberbia frente amenazando:
El rayo pinta en su tremenda mano;
El huracan lejano
La destrucción del mundo murmurando,
Y entre el anuncio del estrago infando
De Sodoma y Gomorra escarnecidas
Las réprobas cabezas más erguidas.
Pero al soplar de Dios la ira en la tierra,
Pinta sueltos los vientos,
Los cielos conmovidos,
El mundo retemblante en sus cimientos,
La luz del sol rojiza,
Y los vanos mortales convertidos
En nube vil de polvo y de ceniza....

También yo, miserable, envanecido,
Aquí en mi seno un día
Ligero presté asilo
A la ambición de gloria y nombradía;

Mi ardiente fantasía
En sueños regalados
Mil de veces me alzó sobre la tierra
Y me mostró á mis plantas humillados
Los hombres y la fama y la riqueza
Que el universo con orgullo encierra;
Mil de veces soñé que se escondía
Allá sobre las nubes mi cabeza
Y que el Señor en vano á mi grandeza
Con mano airada el rayo lanzaría.

Pero tu voz interrumpió mi sueño,
¡Oh Dios omnipotente!
El dedo tuyo señaló mi frente,
Y un eco que retumba
Al rededor aún de mis oídos,
Mis sueños me mostró desvanecidos,
Y so mis piés abriéndose una tumba.

Mi paso vacilante,
Mis músculos ya yertos,
La mortal palidez de mi semblante,
A la mansión me llaman de los muertos;
Y en vano, en vano, detener la vida
Pienso corriendo procelosos mares,
Y la margen florida
Voy á buscar del bullicioso Sena;
En vano todo; que la muerte siento
Difundirse por mí, de vena en vena.
¡Adios, amigo!... Que tu esfuerzo santo

A nuestra patria mísera consuele;
Y pues ordena el venerando cielo
Que antes mi voz y corazón se hiele
Que escuche repetido por el mundo
Con respeto profundo
El nombre tuyo en premio de tu anhelo,
Yo sin gozar tan plácido momento
Débil tributo á tus virtudes dando,
En sueño extraño moriré contento....

¡Adios, adios! El Argentino río
No más, tal vez, escuchará mis ecos;
Y cuando torne el ardoroso estío,
Sin dejar de mi vida un solo rastro
Solo seré vil polvo amigo mío.

Buenos Aires, Enero 2 de 1837.

EL CIGARRO *

En la cresta de una loma,
Se alza un ombú corpulento,
Que alumbra el sol cuando asoma
Y bate si sopla el viento.

* Don J. M. Gutiérrez dice que esta composición fué escrita en Francia, en casa de San Martín, inspirada por éste.

Bajo sus ramas se esconde
Un rancho de paja y barro,
Mansión pacífica, donde
Fuma un viejo su cigarro.

En torno los nietos mira,
Y con labios casi yertos:
—¡Feliz, dice, quien respira
El aire de los desiertos!

Pueda, al fin, aunque en la fuente
Aplaque mi sed sin jarro,
Entre mi prole inocente
Fumar en paz mi cigarro.

Que os mire crecer contentos
El ombú de vuestro abuelo,
Tan libres como los vientos
Y sin más Dios que el del cielo.

Tocar vuestra mano tema
Del rico el dorado carro:
A quien lo toca, hijos, quema
Como el fuego del cigarro.

No siempre movió en mi frente
El pampero fria cana;
El mirar mio fué ardiente,
Mi tez rugosa, lozana:

La fama en tierras agenas
Me aclamó noble y bizarro;

Pero ya, ¿qué soy? Apenas
La ceniza de un cigarro.

Por la patria fuí soldado
Y seguí nuestras banderas,
Hasta el campo ensangrentado
De las altas cordilleras:

Aun mi huella está grabada
En la tumba de Pizarro.
Pero ¿que es la gloria? Nada;
Es el humo de un cigarro.

¿Qué me dejan de sus huellas
La grandeza y los honores?
Por la paz hondas querellas,
Los abrojos por las flores:

La patria al que ha perecido
Desprecia como un guijarro,....
Como yo arrojo y olvido
El pucho de mi cigarro.

Las horas vivid sencillas
Sin correr tras la tormenta:
No dobleis vuestras rodillas
Sino al Dios que nos alienta.

No habita la paz más casa
Que el rancho de paja y barro;
Gozadla, que todo pasa,
Y el hombre, como un cigarro.

A LA MUERTE DE JOSÉ C. CASCO

SÁFICOS

Siembras, Señor, el sauce en la llanura,
Y el aura pura que le da hoy la vida
En huracan mañana convertida
Quiébrale el tronco.

Ronco bramando de la pampa el viento,
Desde el cimiento arranca la cabaña,
Y ayer tranquilo, hoy vaga en la campaña
Trémulo anciano.

¡Vano es el mundo, la esperanza y todo!
Hiciste lodo al infeliz amigo
Que en tierna infancia jugueteó conmigo
Jóven apenas.

Llenas las horas de virtud vivía,
Y cada día que lució en Oriente
Nuevo vigor virtió sobre su frente
Cándida y pura.

— Dura va á ser la rama que he plantado,
Dijo, confiado el padre entre su pecho.
Pronto hallaré bajo su fresco techo
Báculo y sombra.

Nombra la nada quien repite vida;
De viento henchida, en viento se convierte;
Báculo, planta, sombra hizo la muerte,
Sueño ligero.

Pero, ¿porqué, buen Dios, recta la hiciste,
Porqué le diste pompa y lozanía,
Si apenas fuerte perecer debía,
Llanto dejando?

Cuando sereno el cielo más se ostenta
Negra tormenta siempre está cercana.
¿Es el vigor, cual fúnebre campana,
Nuncio de muerte?

¿Serte pudiera grato desde el cielo
Ver sin consuelo un viejo sollozando?
¿Burlas al hombre y te complaces, cuando
Miras que gime?

Dime, Señor, y excusa mi osadía:
¿Porqué si hería al mísero inocente,
La espada tuya perdonó la frente
Bárbara alzada?....

Nada se yo, mi lengua lo confiesa.
Reptil que besa mientras vive el suelo,
¿Cómo á tu trono levantar el vuelo
Nunca pudiera?

Fuera también de un soplo disipada
Mi desgraciada vida sobre el mundo,
Y este infeliz errante y moribundo
Diérale gracias

Grand-Bourg, Agosto 2 de 1837.

EL LECHERO

Por capricho
Soy soltero,
Que el lechero
Gozar debe libertad:
Y no tengo
Mas vestido
Que un bonete
Carcomido,
Y un rayado chiripá.

Pero el mundo
Todo es mío:
Yo en un río
Sé nadar,
Yo en el campo soy un viento,
Y en el pueblo me presento
Sin deseos
Mas constantes,
Que tener buenos marchantes
Que me vengan á comprar.

II

Cuando apenas
Canta el gallo
Mi caballo
Me levanto yo á ensillar:
Ningún otro
Va conmigo,
Ni conozco más amigo
Que me sepa acompañar.
Y al oirme,
De mañana
La ventana
Va á entornar
La que se había dormido
Sobre su lecho mullido,
Y con hambre
Se despierta,
Y me busca,
Mal cubierta,
Para tener que almorzar.

III

Si una bella
Por ventura,
Con dulzura,
En la calle me miró,
De la leche
Ya me olvido,
Y enamorado perdido,

De amor solo entiendo yo.
Mas si alguna
Desdeñosa,
Mostrarme osa
Desamor,
La digo claro que es fea,
Y me crea ó no me crea,
Yo me marcho
Dando gritos:
Buena leche;
Marchantitos
Buena leche vendo yo.

IV

En invierno
Y en verano
Siempre gano
Para jugar y comer,
Y si acaso
Pierdo un día,
Espero en Dios y en María
Que otro día me irá bien:
Pues no todo
Sale bueno:
Se oye el trueno
Alguna vez:
Y si hoy mi caballo rueda,
Llegará día en que pueda
Del alcalde

Y el teniente,
Hacer burla
Frente á frente
Cuando esté firme de pies.

V

Así paso
La semana,
Y en mañana
No se me ocurre pensar.
Si es domingo
Voy á misa,
Y no me mudo camisa
Si no la puedo encontrar.
Soy en guerra
Montonero;
Soy lechero
Cuando hay paz:
Solo necesito y quiero
Tener pronto un parejero,
En que pueda
Bien seguro,
Si se ofrece
Algún apuro,
No correr, sino volar.

EL ASESINATO DE QUIROGA

SONETO

Sombría nube encapotando el cielo
De Dios anuncia la eternal venganza;
Ansiando sangre y bárbara matanza
Quiroga insulta con su aliento el suelo.

Impune mira que en espanto y duelo
Sepulta al pueblo su traidora lanza:
No cree que el rayo vengador le alcanza,
Cree coronado su ambicioso anhelo.

Pero Dios truena y estremece el mundo,
Su rayo vibra con tremenda mano,
Baja Quiroga al báratro profundo,

Y alza la frente el libre ciudadano.
¡Ay del que intente esclavizar al mundo!
¡Que mire ¡oh Patria! y tiemble tu tirano!

EL CLAMOR ARGENTINO *

(INÉDITA)

ENDECHAS Á LA MEMORIA DEL CORONEL DORREGO

Del inmortal Dorrego
Quiero cantar la gloria,
Y á su triste memoria
Tributar el honor:
Mas ¡ay! que el alma gime
En tétrico lamento,
Y el mísero instrumento
Resuena con dolor!

Caro Dorrego
¿Quien parricida,
Pudo tu vida
Sacrificar?
¡Oh! si á mi acento
Tu revivieras!
Solo me vieras
Llorar, llorar.

Sobre la tumba fría
Que cubre tus despojos
Con lágrimas los ojos

---

* Cop. del manuscrito, autógrafo firmado por el autor, que está en el archivo de don J. M. Gutiérrez, existente en la Bibl. del Senado Nacional.

Publiquen el dolor;
Tu memoria merezca
El más tierno holocausto,
Y tu verdugo infausto
Desprecio y deshonor.

Víctima ilustre,
Rayo de Marte,
Para vengarte
Vuelve á vivir.
Mi gusto fuera,
Sombra querida,
Por darte vida
Morir, morir.

Aunque triunfar supisteis
Por los campos de Marte,
Ignorabas el arte
De lidiar á traición:
Protegías ingratos
Con alma viperina;
Y fué tu infausta ruina
Tu noble corazón.

Cuando tu vida
Triste exalabas
Tu perdonabas,
Nosotros. . .¡no!
Y porque el odio
Nunca olvidemos,
Repetiremos:
¡Murió, murió!

Los campos de Navarro
Son triste monumento
Del fin cruel y sangriento
Del héroe federal,
Que del pueblo argentino
Aliviaba las penas,
Que rompió las cadenas
Del estado Oriental.

Su sangre al cielo
Venganza clama,
La patria os llama:
¡Libres, venid!
¡Primero muerte,
Muerte cual bravos,
Que como esclavos
Gemir, gemir!

Ni la ley ni la patria
Que atónita suspira
Ablandaron la ira
Del bárbaro visir:
Que tu sangre sediento,
Sangre beber quería,
Y tú con bizarría
Le enseñaste á morir.

Suena el estruendo
Caes traspasado,
Triunfa el malvado,
¡Que ingratitud!

¡Salud Dorrego,
Gloria argentina,
Sombra divina,
Salud, salud!

La mitad de su sangre
Por la patria ha vertido,
Y el resto la ha perdido
En suplicio cruel:
Para aplacar sus manes
La horda vil sucumba,
O allí sobre su tumba
Perezcamos por él.

Ellos tiranos
Dieron el grito;
¡Cuanto delito
Les sigue en pos!
Adios por siempre,
Paz y armonía;
Glorias de un día
Adios, adios.

¡Granadinos! La Pola no existe,
Por la patria su muerte llorad,
Por la patria á morir aprendamos,
O juremos su sangre vengar.

Por las calles y al pie del suplicio
Asesinos, gritaban, temblad;
Consumad vuestro horrible atentado,
Que vendrá quien lo sepa vengar.

Ni el temor ni halagüeñas promesas
Un momento me harán vacilar:
Por la patria gustoso yo muera
¡Oh! que dulce es por ella espirar!

Y volviéndose al pueblo le dice:
Pueblo ingrato yo voy á espirar,
Por salvar tus sagrados derechos:
¿Tal infamia podrás tolerar?

De mil modos sus manos feroces
Un tirano las pudo manchar
Con la sangre de mil inocentes,
Que las patria las supo vengar.

LUIS L. DOMÍNGUEZ

UNA TARDE EN EL DACÁ

«Aquí el genio se siente libre y se complace, porque aquí es dulce la medicación: si él agita ella calma.»

Mad. Stael.

I

De una ligera barquilla
La sutil y leve quilla
presta va
Deslizándose en la fina
Superficie cristalina
Del Dacá,
No arroyo de aguas serenas
Sino de sierpes amenas
de cristal,
Do se mira retratada
Su bóveda nacarada
Celestial;
Y en la barca navegando,
Con el alma palpitando
Vengo en él,
Derramando por el seno
De mi espíritu sereno
Dulce miel,

Y admirando la evidencia
Que se vé de la existencia
Del Señor,
En donde solo se apura
La sutil esencia pura
Del amor.

II

El sol como globo
De pálido fuego,
Destella suäve
Lejano fulgor;
Y esconde en topacios,
En perlas y oro,
Su casi apagado
Marchito color.

Sus débiles rayos
Que leves penetran
Cual finos encajes
Los bosques, se ven;
Y llegan al agua
Dorando su linfa,
Cual rubios cabellos
En pálida sien.

Y así que las luces
Se van apagando,
Parecen los campos

Matices manar;
Y al céfiro blando
Que aviva las tintas
Por premio le dejan
El ambar robar.

Las aves que pasan
Jugando, cantando,
Besando las flores
Se embriagan de olor,
Y en círculos varios
Se ven delirantes,
Juntando sus picos
En nido de amor.

¡Feliz quien pudiera
Cambiar su destino,
Del ídolo amado
Cambiarlo á la par:
Y en pos de esas aves
Volar á los bosques,
A solo en amores
La vida pasar

. . . .

Se ve todavía
Lucir en la esfera
El bello recuerdo
Del sol que se fué;
Y aquí de las altas,
Hojosas orillas,

Cubriendo las aguas
La sombra se ve.

Que Síbila Eritrea
Pudiera un instante
Venir, y los siglos
Que vienen pintar;
Contarme inspirada
Las cosas que vienen
Y de estas orillas
Profética hablar!

Pero ¡ah! me parece
Mirarlas un día
Con casas lujosas
Que el arte alzará;
Y á vírgenes bellas
Cogiendo las flores
De ricos jardines
Que baña el Dacá.

Y en hora cual ésta,
Ya ver me parece
Surcando el arroyo
Barquilla de amor,
Barquilla que lleva
Coqueta en su popa,
Pareja de humanos
Que apura dulzor,

Que acerca á la orilla
La barca ligera,
Que un joven arranca
Purpurea una flor,
Que luego en un seno
De nieve la pone,
Y un beso por premio
Le paga el amor.

Y estraños que pasan
Quizá por su lado,
En vez de culparlos
Con torpe vigor,
Sensibles los miran
Y dicen: Pasemos,
Que gocen felices, ...
La vida es amor.

Tal vez en un tiempo . . . .
¡Ah, quien lo gozara!
Feliz fantasía
Te tornes verdad:
Mas si hoy entre espinas
La vida se pasa,
Que gocen algunos
Siquiera esa edad.

III

Apenas luz pasagera
Del crepúsculo quedó;

Y el dorado de la esfera
Ya la sombra amarilló,
Sombra vaga y misteriosa
Que en su lánguido existir
Nos despierta religiosa
Los recuerdos del vivir.

A mi barca fugitiva
La detengo en su volar,
Para suave y pensativa
Quieta el alma suspirar,
Y á los mustios arrayanes,
Y á las aguas del Dacá,
Contemplar cual talismanes
En que Dios y amor está.

En que Dios ¡y que verdad!
¡En qué mente de criatura
No ha brillado su luz pura
Si vagó en la soledad!....
¡Si admiró por un instante
Algún prado, una colina,
A la luna peregrina,
O á la estrella tremulante!....

¿Y que pecho cual el mio
Joven, presa del dolor,
Contemplando un manso río
No ha pensado en el amor,....
No ha deseado que en su brazo-

Palpitase su querida,
Y olvidar en su regazo
Los tormentos de la vida? ....

—

¡Ay! alguno tal vez goce
Lo que apenas pienso yo ....
Que cual de ese sol que huyose
Ni un destello nos quedó,
Así he visto que volaba
Para siempre la perder,
La lazada que me ataba
Con el mundo y el placer.

EL RETRATO DE VARELA

POETA ARGENTINO

(Sobre el álbum de su hermano Florencio)

La muerte, es nada; el olvido, todo.
Young.

Si en la corona bella que á tu hermano
Nuestra patria, Florencio, ceñirá,
Una flor puede haber pobre aunque pura,
Mi mano, buen amigo, la pondrá.

Eran los días grandes de la patria,
Los días en que el mundo de Colón,
Sacudiendo su yugo en los combates
Con su sangre borrara su baldón.

Los días en que el sol, dios de los incas,
Reflejaba su rayo divinal,
Sobre el sol que adornaba la bandera
De Maipo, Chacabuco y Tucumán.

Los días en que América se alzaba
La frente coronada de laurel,
Con un regio estandarte por alfombra,
Y una joven bandera por docel.

Y ese lauro cortado con la espada
De Bolívar, Belgrano y San Martín,
Con sangre de cien héroes fecundado,
¿Marchito en el olvido va á morir?

No, que el cielo dió el trueno á las tormentas,
Huracanes furiosos á la mar,
Y á los héroes dió el canto de los vates,
Las glorias proclamar de tu nación.

Así, tu voz robusta,
Tu poderoso canto,
Tu ardiente corazón,
Ofreciste á la patria
Con entusiasmo santo,
En sincera oblación.

Y tu cantar sublime
Arrebató al olvido
Su veto sepulcral:
El nombre que tu hermano,
Poeta, haya esculpido,
Será siempre inmortal!

¡Por eso el varón ínclito
Que su estandarte en Lima
Y en Chile hizo flamear,
Y de los altos Andes
En la nevada cima
Su lanza fué á clavar;

Y el nombre de Cangallo
Que convirtió en hoguera
El bárbaro español,
Y de aquellos valientes
Que el Ituzaingo viera,
Vivirán como el sol!

No fuera, poeta, tu solo destino
Subir á las nubes cual sube el condor;
Del genio debías abrir el camino:
Lo abriste, y tu gloria tu sien coronó.

Tu canto era el eco de un himno del cielo,
La patria fué siempre tu musa, tu Dios,
Mas, ¡ay! que cortaron al águila el vuelo,
Al bardo, un tirano, sin patria dejó.

¡Proscripto! cuál crimen, cuál, fué tu pecado?
¡Incienso á la patria y aromas quemar!...
¡Ah el cielo de espinas la senda ha llenado
Que al templo conduce de gloria inmortal!

En tanto la muerte, velando á tu lado,
Infunde en tus venas veneno cruel;
Y expiras, poeta, de sueños rodeado
Más bellos que el cielo más dulces que miel.

Y tú que pasaste tu vida afanosa
Robando á la tumba su presa mejor,
Dejaste en el mundo memoria gloriosa,
Joyel de la patria de inmenso valor.

Y el mundo que admira, Varela, tu nombre,
Salvó del olvido tu imagen también:
¡Merezca un recuerdo la imagen del hombre;
La frente del vate merezca un laurel!

Julio 28 de 1840.

A MAYO

La libertad es la gloria de los pueblos.
La Mennais.

Hace tres siglos ahora,
El trono ibérico entonce
Sobre acero y sobre bronce
Cimentado había un rey,
Cuya espada vencedora
Humilló á los otros reyes;
Cuyos gestos fueron leyes;
Y medio mundo su grey.

A cuyo carro triunfante
Guiaba siempre la victoria,
Y sobre él iba la gloria
Coronando la ancha sién
Del monarca, del gigante,
Que si el mar le detenía,
Yo iré más lejos, decía:
Te venceré á ti también.

Y al punto un genio profundo
Inspirado por Dios mismo,
Se lanzó con heroismo
Al temible, ignoto mar,
A sacar un nuevo mundo

Que en su seno es escondía,
Y que su alta fantasía
Solo pudo adivinar.

¡Hace tres siglos ahora!
Y la América inocente
Tenía pura su frente
De todo infame borrón;
Y de si misma señora,
Ni soñó en futuras penas
Al mirar en sus arenas
Las banderas de Colón.

¡Vieja Europa corrompida!
Rebosaba en tí el veneno
Y quisiste echarlo al seno
De una tierra virginal;
Y agobiarla, enfurecida
Con tus bárbaras legiones
Que en la cruz de sus pendones
Escondían el puñal.

¡No bastaba á tu codicia
De los incas la corona;
El dosel de Moctezuma
No saciaba tu avidez.
Con satánica avaricia
Todo el mundo americano
En el hueco de tu mano
Pretendiste asir tal vez!

América ¡ay de ti! tu dócil cuello
Puso Dios en las mauos del verdugo;
Tocaron á degüello,
Unciéronte á vil yugo;
Y aquel sol que ocultó tu hermoso cielo,
La muerte oscureció con negro velo.

Y la sangre corrió formando lagos
Desde el monte escarpado á la llanura:
El inca apuró á tragos
La copa de amargura;
Y de cráneos alzóse una montaña,
Monumento de oprobio para España.

¡Oro, oro! aclamaba el extranjero;
Y á quien oro á montones le ofrecía
Con implacable acero
Su corazón partía;
Y á su vista ¡que horror! hacía pedazos
El hijo que lloraba entre sus brazos.

¡Cumple España tu suerte.... ó tu delirio
El crimen no es difícil: sangre, fuego;
Tu das hoy un martirio
Que el tuyo será luego;
Cuando América troze sus cadenas
También correrán lagos de tus venas!

II

¿No ois? rumor lejano
Se escucha allá hacia el Plata,

Y por la sierra y llano
Cual trueno se dilata,
Y va rodando al mar.
¿Acaso son las iras
Del dios de las tormentas?
No, no; la esclava ilustre
Cansada ya de afrentas,
Sus hierros va á trozar.

¡Sublime fué aquel día!
Mirad! un mundo entero
Sacude su apatía,
Empuña fuerte acero
Con ansia varonil;
Y ardiendo en fuego santo
El que era ayer esclavo,
Donde combate, vence;
Que el hombre libre, es bravo,
El siervo es un reptil.

Tan arduo fué su empeño
Como su fin grandioso.
Al despertar del sueño
El pueblo, perezoso
Sentía el corazón;
Pero su voz potente
Castelli alzó: y la llama
Que de sus labios sale
El gran Moreno inflama
Con sólida razón.

La juventud ardiente
Que á glorias solo aspira,
Se abalanzó de frente
A contrastar la ira
Del gótico león;
Y si de abismos hondos
Sembrada halló su senda,
También ganó laureles,
Que la más pura ofrenda
Para la patria son.

Tú, San Martín, trepaste
La gigantesca cima,
Y al español postraste
En Chacabuco, en Lima,
Y el inmortal Maipú.
¡A tí laurel eterno!
¡A tí por siempre gloria!
Libertador, te aclama
La justiciera historia
De Chile y el Perú.

Belgrano, tu alto nombre
Escrito está en dos templos;
Tus hechos ¡oh grande hombre!
Serán bellos ejemplos
Que nunca han de morir;
Sabrán los venideros
Que en Tucumán triunfaste,
Sabrán que al pueblo esclavo

La senda le mostraste
De un bello porvenir.

¡Balcarce! tú ceñiste
Tu frente la primera,
Que en Cotagaita fuiste
El que la azul bandera
Batió en pompa triunfal.
¡Pero mirad!... ¡silencio!
¡Más alto que los Andes
Se eleva entre laureles
El grande de los grandes,
Bolivar inmortal!

¡Y cuanta acción hermosa
Quedó en injusto olvido!
¡Cuanta alma generosa
Incógnita ha subido
Al trono del Señor!
¡Lloremos, que la historia
Con su buril severo,
No grabará sus nombres
Para que el mundo entero
De vivas en su honor!

III

Tal fueron de Mayo los días de gloria:
Marchando la patria de lucha en victoria,
A filo de espada sus grillos trozó;

Y el drama imponente que empieza en el Plata
La América joven el día desata
Que allá en Ayacucho su Dios alumbró.

Entonces del polvo la augusta matrona
Levanta la frente que un genio corona
Con nueve guirnaldas de palma y laurel;
Y aquellas guirnaldas, hermosa diadema
Del libre hemisferio, son fúlgido emblema
De nueve naciones brotadas en él.

Florido destino se extiende á su frente
Si en ellas germina la santa simiente
Regada con sangre más pura que el sol,
Si saben sus brazos arar esa tierra
Que en duras fatigas, en bárbara guerra,
Libraron sus padres del yugo español.

De hoy más, cuando miren surcando su río
Llegar á sus puertas ajeno navío,
Veránlo acercarse sin mudo pavor,
Que ya de la España no son los galeones
Que vienen á darles infames prisiones
Y el fruto á llevarse de tanto sudor.

El hombre de Europa traspasa los mares
Huyendo del aire que infesta sus lares,
Para almas altivas veneno mortal;
Y en aras del pueblo que supo, á balazos,
Librarse de reyes, ofrece sus brazos,
Sus altas ideas, su pingüe caudal.

¡Los reyes!... ¡Los reyes!... palabra maldita
Que en mengua del hombre con sangre está escrita
Sobre la honda tumba del tiempo que fué.
¡Los tronos!... ¡blasfemia! solo hay uno, eterno!
Los otros son furias que aborta el infierno,
De la ira del cielo son signos talvez.

¡Ser libre!... sin miedo decirse: soy dueño
Del lecho en que gozan mis hijos el sueño,
Del lienzo que visten, de un mísero pan;
Y horribles presagios no estar entre el pecho
Gritando sin tregua: ¡tus hijos sin lecho,
Sin pan y sin lienzo mañana estarán!

¡Ser libre! ¡ser hombre! grandioso programa
De Mayo solemne; magnética llama
Do fueron sus hijos la espada á templar.
¿Murieron algunos? ¡Felices!... Al menos,
Un templo en el pecho tendrán de los buenos,
Que ingrato el olvido no irá á pròfanar.

IV

Y de tan altos varones
Sobre la modesta losa,
Busque el vate inspiraciones
Y oiga el mundo sus canciones
Con atención religiosa.
Y las vírgenes en coro,
Con guirnaldas de ciprés,

Allí viertan tierno lloro,
Entonando en liras de oro
Cantos épicos después.

Y vosotros retoños de aquellos
Que trozaron las patrias cadenas,
Recordad que teneis en las venas
Una sangre de gran magestad.
No olvideis que al partir al combate
¡Libertad! vuestros padres clamaban;
No olvideis que en la cuna os cantaban:
¡Libertad! ¡Libertad! ¡Libertad!

1841.

A RUFINO VARELA

MÁRTIR DE LA LIBERTAD

Yo colgué mi laúd en las ruinas,
Cuyo horror retraté, de un cementerio,
Y crecieron sobre él esas espinas
Que coronan del vate el ministerio.

Himnos de amor sus cuerdas entonaron,
Y entonaron también patricios cantos;
Pero ¡ay! los tonos del placer callaron;
Sus armonías hoy solo son llantos.

Cuando la patria arrastra vil cadena,
Cuando su cuello oprimen los tiranos,
En la lira del vate no resuena
Sino el grito infeliz de sus hermanos.

Entonces el poëta triste llora,
Y el nombre de los heroes diviniza
Que á la tumba bajaron en su aurora
Y el martirio sufrieron con sonrisa.

Y entonces su misión es un castigo,
Es una maldición que lanza el cielo,
Si entre esos nombres está el de un amigo
A quien la muerte sorprendió en su vuelo.

¡Triste cosa gran Dios venir al mundo
Entre llanto y dolor, y de la infancia
Pasar el tiempo estéril, infecundo,
Rompiendo su barrera á la ignorancia!

¡Llegar, en fin, á aquella edad florida
En que se sueña un porvenir tan bello,
Y en esperanzas rebosando y vida,
Dar á la muerte el arrogante cuello!........

Morir... ¿Y qué es la muerte? desatarse
De los hierros pesados que arrastramos,
Y en espíritu puro levantarse
De este fétido lodo en que nadamos;

Acostarse en un lecho de dolores;
Dormirse, sin hallar leve consuelo,
Para ir á despertar entre las flores
Y los campos angélicos del cielo.

El hombre aquí en la tierra es peregrino
Que hacia un mundo mejor pasa de viaje;
Una vida penosa es su camino,
Una tumba allá al fin és su pasaje.

¡Mas, ay! ardientes lágrimas
Vienen á ahogar mi canto:
La sombra de la víctima
Que hace brotar mi llanto
Ante mis ojos húmedos
Ligera atravesó.

Envuelto en velo fúnebre
Pálido ví á Rufino
Mostrarme el pecho cárdeno,
Y allí, el ancho camino
Por donde su alma cándida
Al cielo se voló.

¿Le conocisteis joven,
Con incansable anhelo
Dar á la madre débil
En su vejez consuelo,
Siguiendo la difícil
Senda de la virtud;

Y de los sabios émulo,
Con sin igual paciencia,
Buscar verdades, ávido
De la profunda ciencia,
Y revolviendo códigos
Gastar su juventud?

¿Le conocisteis héroe
Gallardo y generoso,
Tirar la pluma inútil,
Cambiando su reposo
Por disciplina rígida,
Por sable, y por fusil;

Y la inocencia virgen,
Que idolatraba tanto,
No oir, que en tierna súplica
Cortada por el llanto,
Pide que ceda débil
Al ruego femenil?

¡Pobre Rufino! impróvido
De la enemiga suerte,
No oyó la voz fatídica
Del ángel de la muerte
Que, por su amante, tímida,
Le hablaba con disfraz.

Y al campo voló rápido
De la feroz batalla,
Y una corona espléndida

Ganó entre la metralla,
Que el tiempo ni la muerte
Marchitarán jamás.

¡Dejemos el canto; la lira no alcanza
Del mártir la altura, del alma el dolor!
Su nombre es eterno, ¡Varela! ¡descansa,
Que guarden tu tumba la paz y el amor!

Enero 14 de 1840.

EL OMBÚ

Á FÉLIX FRIAS, EN BOLIVIA

En el Ombú que ha brotado
Con el germen de mi mente,
Estas letras he grabado:
« A Félix, que no ha olvidado
Su patria: su amigo ausente:»

Cada comarca en la tierra
Tiene un rasgo prominente:
El Brasil su sol ardiente,
Minas de plata el Perú,
Montevideo su cerro,
Buenos Aires, patria hermosa,
Tiene su pampa grandiosa,
La pampa tiene el ombú.

Esa llanura estendida,
Inmenso piélago verde,
Donde la vista se pierde
Sin tener donde posar,
Es la pampa, misteriosa
Todavía para el hombre,
Que á una raza da su nombre
Que nadie pudo domar.

No tiene grandes raudales
Que fecunden sus entrañas,
Pero lagos y espadañas
Inundan toda su faz,
Que dan paja para el rancho,
Para el vestido dan pieles,
Agua dan á los corceles
Y guarida á la torcaz.

Su gran manto de esmeralda
Esmaltan modestas flores
De aromáticos olores
Y de risueño matiz,
El bibi, los macachines,
El trébol, la margarita,
Mezclan su aroma exquisita
Sobre el lucido tapiz.

No tiene bosques frondosos,
Ni aves canoras en ellos;
Pero sí pájaros bellos

Hijos de la soledad,
Que siendo únicos testigos
Del que habita esas regiones,
Adivinan sus pasiones
Y acompañan su orfandad.

Así, nuncio de la muerte
Es el cuervo ó el carancho;
Si la peste amaga el rancho
Sobre el techo el buho está;
Y meciéndose en las nubes,
Y el desierto dominando,
Las horas está contando
El vigilante yajá.

No hay allí bosques frondosos;
Pero alguna vez asoma
En la cumbre de una loma
Que se alcanza á divisar,
El ombú solemne, aislado,
De gallarda airosa planta,
Que á las nubes se levanta
Como faro de aquel mar.

¡El ombú! Ninguno sabe
En que tiempo, ni que mano
En el centro de aquel llano
Su semilla derramó.
Mas su tronco tan ñudoso,
Su corteza tan roida,

Bien indican que .su vida
Cien inviernos resistió.

Al mirar como derrama
Su raíz sobre la tierra,
Y sus dientes allí entierra
Y se afirma con afán,
Parece que alguien le dijo
Cuando se alzaba altanero:
Ten cuidado del *pampero,*
Que es tremendo su huracán.

Puesto en medio del desierto
El ombú, como un amigo,
Presta á todos el abrigo
De sus ramas con amor:
Hace techo de sus hojas
Que no filtra el aguacero,
Y á su sombra el sol de Enero
Templa el rayo abrasador.

Cual museo de la pampa
Muchas razas él cobija;
La rastrera lagartija
Hace cuevas á su pie.
Todo pájaro hace nido
Del gigante en la cabeza,
Y un enjambre, en su corteza,
De insectos varios se ve.

Y al teñir la aurora el cielo
De rubí, topacio y oro,
De allí sube á Dios el coro
Que le entona al despertar
Esa pampa, misteriosa
Todavía para el hombre,
Que á una raza da su nombre
Que nadie pudo domar.

Desde esa turba salvaje
Que en las llanuras se oculta,
Hasta la porción más culta
De la humana sociedad,
Como un linde está la pampa,
Sus dominios dividiendo,
Que va el bárbaro cediendo
Palmo á palmo á la ciudad.

Y el rasgo más prominente
De esa tierra donde mora
El salvaje, que no adora
Otro Dios que el *Valichú*,
Que en *chamal* y poncho envuelto,
Con los *laques* en la mano
Va sembrando por el llano
Mudo horror, es el ombú. (1)

---

(1) Los pampas y casi todas nuestras tribus indígenas, envuelven el cuerpo en una manta de lana desde la cintura hasta las pantorrillas, que llaman *chamal*, vestido que han adoptado nuestros gauchos bajo el conocido nombre de *chiripá*. También han adoptado éstos las *bolas*, arma de caza y guerra, cuyo nombre indígena es: *laques*. Creo que el lenguaje poético debe preferir las palabras chamal y laques, lo mismo que la acentuación que he usado en la palabra que vulgarmente se pronuncia *gualichu* ó *valichu*. Véase: costumbres de los pegüenches, por Cruz Angelis, Tomo primero. (Nota de la composición).

¡Cuanta escena vió en silencio!
¡Cuantas voces ha escuchado
Que en sus hojas ha guardado
Con eterna lealtad!
El estrépito de guerra
Su quietud ha interrumpido:
A su pie se ha combatido
Por amor y libertad.

En su tronco se leen cifras
Grabadas con el cuchillo,
Quizá por algún caudillo
Que á los indios venció allí;
¡Por uno de esos valientes
Dignos de fama y de gloria,
Y que no dejan memoria
Porque nacieron aquí!...

A su sombra melancólica,
En una noche serena,
Amorosa cantilena
Tal vez un gaucho cantó,
Y tan tierna su guitarra
Acompañó sus congojas,
Que el ombú de entre sus hojas
Tomó rocío y lloró.

Sobre su tronco sentado
El señor de aquella tierra,
De su ganado la yerra
Presencia alegre tal vez;

O tomando el *matecito*
Bajo sus ramos frondosos
Pone paz á dos esposos,
O en las carreras es juez.

A su pie trazan sus planes
Haciendo círculo al fuego,
Los que van á salir luego
A correr el avestruz...
Y quizá para recuerdo
De que allí murió un cristiano,
Levantó piadosa mano
Bajo su copa una cruz.

Y si en pos de amarga ausencia
Vuelve el gaucho á su partido,
Echa penas al olvido
Cuando alcanza á divisar
El ombú, solemne, aislado,
De gallarda airosa planta,
Que á las nubes se levanta
Como faro de aquel mar.

Montevideo, Junio 8 de 1843.

Á MAYO *

EN MONTEVIDEO, EL AÑO 1844

Aquí el fiero opresor de la patria
Su cerviz orgullosa dobló.

Himno Argentino.

I

No era el cañón guerrero el que tronaba
Cuando el sol de este día se elevaba;....
No era el cañón que guarda los umbrales
Del templo de las leyes orientales,
Y sugetó la furia del torrente
Que á tragarlas venía en su corriente;
Era el grito gigante con que expresa
Su libertad un pueblo y su grandeza;
Era el eco de bronce de la historia
Que pregona de América la gloria;
Era la voz tremenda que retumba
Para anunciar al déspota su tumba;
Era que el sol de Mayo se mostraba,
Y la América toda le adoraba.

¡Y otra vez, sol hermoso, yo te adoro!
Otra vez en tu honor la musa mía

* Cantos á Mayo, pág. 85.

Pulse las cuerdas de la lira de oro
Y en ofrenda te lleve su armonía.
A ese sol que los incas adoraron
Cuando suyo era el suelo que pisaban,
Cuando extranjeros gritos no turbaban
El aire que sus padres respiraron;
A ese sol que la sangre americana
Que el acero español vertió á torrentes,
Bebía con sus rayos más ardientes
Por que brotase un día más lozana;
A ese sol que que miró de sus alturas
Germinar y nacer el pensamiennto
Que dió á mi patria varonil aliento
Para rasgar sus viles ataduras:...
Dios de América, á tí, ¡oh sol de Mayo!
Otra vez cantará la musa mía,
Y al calor vigoroso de tu rayo
Los tonos templará de su armonía

II

Bien conoce el mundo entero
Tu historia, grandioso día,
De mis padres el acero,
En cien campos la escribió...
Y si no supieron leerla
Esos *sabios* de la Europa,
Vayan á España á saberla
Que á su pesar la aprendió. (1)

(1) El autor de estos versos, escribe con pena toda palabra que pudiera herir el pundonor de la *joven España*. Para que á esta parte de su composi-

Era un ser que se escondía
Entre los mares la América,
Que Colón cautivó un día
Para la grande Isabel.
Luego víctima inocente
De infernales ambiciones,
Dobló mísera la frente
Bajo el yugo mas cruel.

Mas al fin el pecho noble
Por la libertad latiendo,
Vigorosa como el roble
Sus cadenas destrozó;
Y aquel león castellano
Que á la América asolaba,
Fué arrojado en el oceano,
Y á su España se volvió.

Bien conoce el universo
A Bolivar, á Belgrano,
A San Martín; ni mi verso
Nombra el primero al Perú,
Dó nuestros padres cortaron
Los magníficos laureles
Que en las banderas colgaron
De Ayacucho y de Maipú.

---

ción no se quiera dar un sentido torcido, declara que solamente habla con la España en la época de opresión y atraso que se prolongó desde el reinado de Felipe II hasta el de Fernando VII. La España de hoy, es nuestra hermana. Los vínculos que nos unían han recibido consistencia perdurable, desde que los hijos de ambas regiones combatimos en las mismas filas bajo las banderas de la libertad.

Y conoce el mundo entero
Las hazañas prodigiosas,
El espíritu guerrero
Del continente del sur;
Y el genio audaz que guiaba
A Castelli y á Moreno,
Y que á Lopez inspiraba,
Y á Varela y Lafinur.

Y es sabido también, en todo el mundo,
El pensamiento colosal, profundo,
Que en el silencio y calma meditaron
Esos que en Mayo *¡libertad!* clamaron.
Derramando destellos refulgentes
De aquellos pensadores y altas frentes
Por el hermoso Americano suelo
Difundía una luz como del cielo;
Y á la voz *libertad y democracia,*
Con candor virginal, llena de gracia,
Comenzó á andar América la bella
Por su fácil y florida huella,
Que guiaba á encantado Paraíso
Donde todo era paz y dulce hechizo.
Mas una de sus hijas, la primera
Que el eslabón despótico rompiera, ...
En la marcha perdiendo el buen sendero,
Se encontró por su mal con un guerrero
Que un bosque de laureles al instante
La señaló, diciéndola; ¡adelante!
La ninfa, fascinada ó atrevida,
Al bosque penetró . . . . ¡quedó pérdida!

Allí todo fué caos y tinieblas;
De lágrimas y sangre había nieblas:
El suelo por que andaba á tropezones,
Era un erial do mil revoluciones,
Como horribles serpientes venenosas,
Rodaban enroscándose furiosas.
Los ayes del dolor más penetrante
Conturbaban el aire cada instante;
Y cuando ya cansada, en agonía,
Al borde del sepulcro parecía,
Del moribundo en la postrera rabia,
Pronunció en un quejido: ¡Rivadavia!....
Y cual cediendo á celestial prestigio,
En el caos terrible obró un prodigio,
Rasgose el tenebroso, espeso manto,
Y al través de las nubes de su llanto,
Divisó por los cielos como un rayo...
¡Era tu luz divina oh sol de Mayo!....
¡Era tu luz hermosa y primitiva,
Que en la cuna quedara ya cautiva,
Que el genio y la virtud salvan ahora
Porque otra vez te muestres en tu aurora!
  Entonces, Buenos Aires, las naciones
Con respeto miraron tus pendones;
Entonces resonó por todo el mundo
El pensamiento colosal, profundo,
Que en el silencio y calma meditaron
Esos, que en Mayo, *libertad* clamaron,
Y demandaste á la severa historia
Lugar eterno de brillante gloria.

III

Más ¡ay! que en los pajonales
De la pampa solitaria
Está creciendo en maldades,
En sed de sangre feroz,
El tigre que aguza el diente
Para morderte, mi patria,
Y desgarrar inclemente
Tus miembros con furia atroz.

Y arrojar á sus cachorros
Tu bello cuerpo en pedazos,
Y de tu sangre en los chorros
Sus gargantas empapar;
Y así con rabia maldita
Ebrios de horror y ruïna,
Alzar furibunda grita
Y entre crímenes marchar.

Y salió al fin de la pampa
Bajo disfraz de cordero,
Para mejor á la trampa
A la víctima atraer;
Y mi patria desdichada,
En las garras asquerosas
Del tigre, del monstruo Rosas,
Incauta vino á caer.

Y cuando en mortal desmayo
La vió el hipócrita gaucho,

A la cincha del caballo
La arrastró sin compasión;
Y allá, en la pampa salvaje,
Con las uñas carniceras,
Tuvo el bárbaro coraje
De arrancarla el corazón.

Y alzándolo por los aires
En el sangriento cuchillo
Exclamaba: ¡Oh Buenos Aires!
¿En donde está tu pudor?
Y clavado en duros hierros,
A carcajadas riendo,
Lo mostró impío á los perros,
Zuzándolos á morder.

Y en la picota infamante
Escribió por mas escarnio:
Acércate caminante,
¡Aquí está la *Gran Ciudad!*
Y en la aurora del gran día,
Iba su chusma salvaje
A cantar en parodía:
¡Oid mortales: libertad!

Las banderas y trofeos,
Las ricas glorias del Plata,
Con los sarcasmos más feos
Intentaba deslucir;
Porque los que eran gusanos

Cuando otros eran condores,
Quieren con fango, villanos,
A los condores herir.

Y la fecunda simiente
Que nuestros padres sembraron,
Y á nosotros nos legaron
Para sus frutos coger,
El tigre con cruda saña,
Incapaz de anonadarla,
Sofocaba con zizaña
Donde empezaba á nacer.

Pero la semilla hermosa,
Bajo de tierra escondida,
Con el tiempo más nutrida,
En perfecta madurez;
Esperará un nuevo rayo
Del calor vivificante
Que tuviste, sol de Mayo,
El inmortal *año diez.*

Y tú, vestiglo, demonio,
Te volverás á tu infierno,
Y tú nombre será eterno
Recuerdo de odio y horror;
Y las viejas al nombrarte
Tomarán sus crucifijos,
Y con tu nombre, á sus hijos
Pondrán las madres pavor.

Esclava así la que nació señora,
Segunda vez sobre sus fierros llora,
Y llora con dolor la hija del Plata,
Porque el tirano que sus brazos ata,
Si no es de aquella raza de extranjeros
Que, mercaderes, frailes y guerreros,
Cargados de cadenas se venían
Y cargados de plata se volvían,
Que la ley predicaban del Dios hombre
Para mandar como amos en su nombre,
Es un hijo bastardo de su suelo
Que alma de fango, corazón de hielo
No recibió de Mayo la influencia,
Renegó, miserable, su creencia,
Y encarnó en él el último latido
Del despotismo ibérico vencido.
Por eso le miramos incesante
Ir socabando el pedestal gigante
De la revolución. Por eso todo
Cuanto en pié resistió, con sucio lodo
De sarcasmo y blasfemia ha deslustrado.
Por eso, ¡oh Buenos Aires!, te ha humillado.
Por eso tuvo la infernal audacia
De desdorar la santa democracia,
La plebe embrutecida levantando
Y sus torpes pasiones fomentando,
Para que hundida en asqueroso vicio
Se derrumbe al horrendo precipicio,
Mientras él, sin el freno de las leyes,
Remeda, imbécil, los feudales reyes.

Por eso es que confisca y que destierra;
Por eso vive en fratricida guerra,
Y por eso el cuchillo maszorquero
Degüella sin piedad al extranjero,
A la débil mujer, al ciudadano;
Y por eso su imagen de tirano
Al templo fué á pedir adoraciones;
Y por eso... sobre él... ¡mil maldiciones!....

IV

Ardiendo un día en fiebre de matanza,
Concibe ese tirano la esperanza
De oprimir con su pie la bella frente
De la joven República de Oriente,
Y uncida con su hermana al mismo yugo,
Continuar sus proezas de verdugo.

Vinieron sus ordas,
Los campos llenaron,
Con sangre marcaron
Su marcha triunfal.
Soberbios clavaban
Sus lanzas de guerra
Gritando: Esta tierra
Ya no es Oriental.

¿Do están los que intentan
Probar nuestros sables?
¿Querrán miserables

La suerte seguir
De Lavalle y de Acha,
Y de tantos otros
Que contra nosotros
Osaron venir?

¿Sabeis nuestra historia?...
Ved á nuestra espalda
Cual es la guirnalda
De nuestro valor.
Do quiera estuvimos
Cabezas rodaron,
Doncellas alzaron
Inútil clamor...

¿Quien oye y no tiembla,
Nuestra voz de guerra?
!Rendirse! Esta tierra
Ya no es Oriental...
Y así los salvajes
Gritando, corriendo,
Venían blandiendo
Su agudo puñal.

Montevideo ¿y tú, dócil el cuello
Entregarás al bárbaro degüello?
¿Tú, tan dichosa y rica y adorada,
Serás por esas hordas profanada?
¿No eres tú, por ventura, la barrera,
El único baluarte en quien espera

La libertad del Plata perseguida,
Guarecerse y salvar su hermosa vida?
¿Tu genio tutelar, tu angel de guarda
El incendio voraz dejará que arda,
Que devore y arruine tu belleza,
Y que á Rosas presenten tu cabeza?

¡No será, pese al tirano!
Que con el bélico arreo
Yo le ví, Montevideo,
A tu genio tutelar (1)
Salir bizarro á tu frente,
Blandir la pujante lanza
Y, *libertad y venganza*,
Con voz robusta exclamar.

Y le ví cruzar tus calles
El patriotismo encendiendo,
Y en las masas infundiendo
La conciencia del valor;
Y gritar: El que nace hombre
No ha nacido para esclavo,
Y el que es libre ha de ser bravo
Si á los grillos tiene horror.

Y al mirarse solo y débil,
Sin cañones, ni metralla,

(1) Este genio tutelar no es el símbolo de ninguna persona. ¡No! La resistencia de Montevideo, no es para el poeta la gloria exclusiva de ningún hombre. El *genio tutelar*, no es más que la expresión, pálida por cierto, del espíritu de este pueblo heroico. (Nota de la composición).

Sin baluarte, ni muralla,
Para poder resistir,
Las audaces creaciones
Ví del génio de esta tierra,
Para hacer gloriosa guerra
Hasta vencer ó morir.

A los ricos les decía:
¿ Qué vale sin patria el oro ?
A su altar vuestro tesoro
En holocausto llevad.
Cámbiense vuestros metales
Por las armas victoriosas
Que han de dar la muerte á Rosas
Y á la patria libertad;

Y decía á los que fueron
En otro tiempo cañones: (1)
Sacudid mudos leones
Tan vergonzosa quietud;
Vivid y bramad como antes;
Lanzad el rayo y el trueno;
Y al tronar de vuestro seno
Húndase la esclavitud.

Y decía á los extraños:
Al defender mis derechos

(1) **Para artillar las fortificaciones de esta plaza, que en los momentos de la invasión estaba desguarnecida de cañones, se arrancaron los que servían de postes en las calles de la ciudad, y con ellos se montaron más de cien piezas. (Nota de la composición).**

Salvaré todos los techos
Que mi egida cubrirá.
Y decid: ¿Si en medio al Plata
Alcanza á un barco el pampero,
Indolente el pasajero
La borrasca mirará?

Y á los suyos les decía,
Mostrándoles su bandera:
Eterna gloria os espera
Si la haceis, pura, batir.
El *pensamiento* de Mayo
Sosteneis con los aceros
Que de Mayo los guerrreros
Os legaron al morir.

Y si Dios dijo, allá arriba,
Montevideo sucumba;
Laureada baje á la tumba
Como Cangallo bajó.
Y al pasar frente á sus playas
Diga el nauta con asombro:
Bajo ese mísero escombro
Un pueblo heroico cayó:

Y así iniciado un grande juramento,
Con tremendo clamor atronó el viento
El grito colosal de un pueblo fuerte,
Que repetía: *¡ libertad ó muerte !*
Sol de Mayo, detente en el espacio,
Y mira de tu espléndido palacio

Que aún cultiva tu América querida
El que tu germinaste, árbol de vida.
Ven á ver el esfuerzo sobrehumano
De un pueblo que combate á su tirano,
Y rompe al fin la nube de escarlata
Que tu lumbre ha eclipsado sobre el Plata.
Y tú, ninfa hechicera de este río,
De reyes y tiranos codiciada,
Nunca pudiste desceñir la espada
Que no debieras esgrimir jamás.
Roto una vez de servidumbre el yugo,
Para siempre envainar debió el acero
El pueblo que aspirase al verdadero
Lauro envidiable de progreso y paz.
Mas la herencia fatal de sus abuelos
Agobiaba de América los hombros,
Y al quererla arrojar, en sus escombros
Debía á cada instante tropezar;
Y de ahí la anarquía y sus horrores,
Y de ahí la ambición y el egoísmo,
De ahí Montevideo, el negro abismo
Que encontraste á tus pies al despestar.
Tú, tan rica otro tiempo y tan hermosa,
Una arena eres hoy de lidiadores,
Tu cintura de espumas y de flores
En otra de cañones se mudó;
Los labios de tus bellas que vertían
Dulcísimas palabras amorosas,
Hoy solo expresan su pavor á Rosas,
Su pena por el bravo que expiró.

¿Conoces al autor de tu desgracia?...
Mira, madre infeliz hacia el Cerrito
Do su tienda plantó tu hijo maldito
Infamado con marca de traidor,
Y verás las cadenas que te guarda
Al pie de la bandera degradante,
Que revela *la nada* del farsante,
De ese esclavo con aires de señor.
Incapaz de virtud, él no creía
En la heroica virtud de tus campeones,
Y al ruido no más de sus cañones,
Ya el imbécil rendida te creyó;
Mas el genio que guarda tus destinos
Calada la vicera, lanza en mano,
Al frente se lanzó de tu tirano,
Y con voz varonil: ¡atrás! gritó.
Y como si una mano irresistible
Enclavádole hubiera en el Cerrito,
Obedeciendo al formidable grito
Quince lunas le hallaron siempre igual:
Y tú le hallas también ¡oh sol de Mayo!,
El viejo despotismo sosteniendo,
Y á este pueblo de libres defendiendo
Tu pensamiento grande é inmortal.
Y encuentras que los hijos de la Europa
Combatiendo á la par de tus leales,
Fijaron un grande hecho en tus anales
Que inmensos resultados ha de dar;
Y que á América toda le repite:
No hay más rey, ni más trono que el eterno;

Como á furias que aborta el mismo infierno
A los reyes del mundo has de mirar. (1)
¿Qué los reyes de Europa no fueron
Los que á América hicieron rendir?
¿De esos reyes también no aprendieron
Los tiranos que hoy la hacen gemir?
¿Y no han sido sus únicas leyes
Las brutales, del sable y cañón?...
Pues entonces, tiranos y reyes,
Enemigos de América son.
A los hombres de Europa, en los brazos,
Como á hermanos debeis acoger;
A los reyes de Europa, á balazos,
Si su ley os quisieran poner.
Y si aun alza un tirano la frente,
Bella América, ejemplo tomad
De este pueblo de gloria esplendente
Que aun muriendo dirá: *¡libertad!*
De este pueblo que ve á su verdugo
Preparando el horrible dogal,
Que ve el hacha sangrienta y el yugo
En las manos de la horda brutal;
Y él, su lanza clavando gallardo,
Cuando el sol de este día alumbró,
Tomó el arpa solemne del bardo,
Y al gran día de Mayo cantó.

(1) La buena acogida que obtuvo esta idea de mi canto á Mayo premiado con el *accesit* en el memorable *Certamen poético* de 1841, me alienta á reproducirla aquí cuasi en los mismos términos que entonces. Ella y las siguientes estrofas, son sentidas expresiones de queja contra el abuso de la fuerza que hacen siempre en América los grandes poderes europeos que represento bajo el nombre algo inexacto de *reyes*.

JOSÉ MARÍA CANTILO

A LA CONVENCIÓN MACKAU

I

Salud, célebre *Amiral;*
Noble tratador, *bon jour,*
Digno en verdad *de l'amour*
De Rosas, *fier asassassin.*
¡Con que orgullo, *n'est ce pas vrai?*.
Te presentaras *en France,*
Dejando aqui *d'ignorance*
Palpable prueba *á la fin!*

2

Tus fusiles, *tes soldats*,
Tus navíos, *tes canons*,
Tus vapores, *ton charbon,*
¿De que sirven *aujourd'hui?*
A que viniste, *dis-moi*,
Con tanta grita *d'armée,*
A manchar *la rennomée*,
De los franceses, *ici?*

3

Tu firmabas *un traité*,
Y á ese tiempo, *en pleine rue,*
Degollaban *sous ta vue,*
A un francés: *a Varangot;*
Y él imploraba, *peut être,*
A vuestro Rey *pour sa vie,*
A Francia, *sa chère patrie,*
Y callasteis, *conme un sot.*

4

¿Cuales son *les résultats*
De la inícua *convention*
Que á nombre *de la nation,*
Subscribiste, *sans rougir?*
Mirad el nombre *francais*,
Otro tiempo allí *sublime*
Es hoy vergüenza, *est un crime,*
Y de amargo *souvenir.*

5

Mirad sus vidas *toujour*
Tan expuestas *comme avant*,
Al capricho *d'un tyran*,
Sin humanidad, *sans loi.*
Y tu confiasteis *en lui,*
Noble *Amiral humilié,*
Y firmasteis *un traité*
Con hombre sin Dios, *sans foi.*

6

Mirad *déjá honnorés*
A costa de *ta nation*,
Los crímenes, *les actions,*
De su implacable *ennemi:*
Y reirás *en ce moment.*
¡Oh noble Barón! *peut étre,*
Tu reposas *en ton maítre,*
¿Y en quien reposara, *lui?*

7

Bien, los hijos *de la France,*
¡Oh Almirante *le plus sage!*
Se vengarán *dans sa rage*,
De tu triste *convention:*
Y mil bocas *á la fois,*
Al designarte *Almiral,*
Dirán con grito *infernal*,
¡Oh! *sur lui* MALEDICTION.

Noviembre 17 de 1840.

AL GENERAL PAZ

EL PUEBLO CORRENTINO VENCEDOR *

I

¿Porque ronco se escucha que por los aires suena,
Retumbando paüsado el tronador cañón?
¿Porqué flamëaba hermoso en la elevada almena,
De los dos pueblos grandes el tricolor pendón?
¿Porqué corre afanosa la multitud do quiera
Llevando en el semblante señales de placer,
Cuando antes, en sus frentes, hondo el surco se viera,
De oculto sufrimiento, de acerbo padecer?
El alma no se lanza tras ilusión fingida,
Y con mil dudas crueles se la ve reluchar;
Pero llega hasta ella una voz siempre querida,
Y —¡viva el pueblo libre!—entiende pronunciar.
¡Oh Dios! será que al cabo tu brazo omnipotente,
Hirió la hidra funesta con golpe aterrador?
Será que tu mirada volviste ya clemente,
Al infelice pueblo tan digno de tu amor?
A ese pueblo que en tanto que con garra sangrienta
Altanero el tirano partió su corazón,
La fé en la excelsa mente que los orbes sustenta,
Era el único amparo de su desolación...?
Sí, porque ya en cantares de bélica armonía

* Se publicó en «El Nacional,» periódico de Montevideo.

Que entonan los valientes cuando al combate van,
Cantos que levantára entusiasmado un día,
El pueblo de los bravos con eco de huracán,
  Anuncian la victoria con voces de contento,
Saludando en los aires el celeste pendón;
Y un pueblo es aclamado con esforzado aliento,
Triunfante en la batalla contra vil opresión.
  ¡Corrientes...! pueblo humilde, que el injusto egoísmo
Nulo te llamó un día con pérfido baldón,
Tú alzas la frente ahora y muestras en tí mismo
Cuanto pueden los pueblos cuando virtuosos son.
  Tú alzas la frente ahora, de majestad brillando,
Adornando tus sienes victorioso laurel,
Y tus hechos heróicos que el mundo va admirando,
De pueblos venerados te ponen al nivel.
  Quien viera ayer tus hijos muellemente adormidos
Al arrullo amoroso de la anhelada paz,
Creyéralos acaso en la molicie hundidos,
De cuyo impuro fango nunca alzaran la faz.
  Pero al sentir tus venas las garras punzadoras,
Al ver gruesas cadenas prendidas á tus pies,
Te alzaste, cual se elevan en tempestuosas horas,
Las ondas de los mares de indómita altivez.
  Y te alzaste tremendo, y al rostro del tirano
Escupiste en desprecio de su horrenda crueldad,
Y recogiste el guante que en su furor insano
Lanzó con mano impía sobre la humanidad.
  Tremendo fué su enojo, ¡oh pueblo de guerreros!
Mas la risa en los labios del tirano asomó,
Al mirar en tus manos blandiendo los aceros,

Y triunfos y matanzas impávido esperó.
Matanzas que señalan su senda sanguinosa,
Cual nocturno cometa de presencia fatal,
Que destella á la tierra su luz triste y dudosa
Las épocas marcando cual lúgubre fanal.
Y triunfos y exterminio como infernal flagelo
Doquier que se mostraba dichoso consiguió,
Y la tierra, otro tiempo bendecida del cielo,
Sin fuerzas, abatida, por el suelo yació.
¡No bastó á tu fortuna, Corrientes denodado,
Pugnar con tanto brío como pugnaste allí;
Faltábate la escuela feroce del soldado,
Y también el destino cebó su diente en tí.
Viéronte tus hermanos al carro victorioso
Del vencedor felice, uncida á tí también,
Viéronte...mas opresos de igual yugo oprobioso,
Solo estériles votos hicieran por tu bien.

2

Allí están de cráneos horrendos montones,
Que son todavía funesto padrón,
Que son los blasones
Que ostenta ese monstruo, su oprobio y baldón.
Allí están vagando las sombras queridas,
De padres, de hijos, de amigos también,
Sus tempranas vidas
Fuëran de la Patria, ornatos y bien.
Así, cada pueblo conserva de gloria
Un día, y sus hijos lo ven con amor,

Y es dulce memoria
Que guardan los tiempos en medio el dolor.
Pero hay de infortunio de oprobio y baldones
Un día, que dura con hondo pavor,
Las generaciones
Lo miran con ojos de espanto y horror.
Corrientes heroico, de espléndidos hechos,
Un día tuviera, funesto, fatal,
Y en él sus derechos
Hollara el malvado con risa infernal.
Empero de en medio se alzó de sus hijos,
Un hombre, sin duda bendito de Dios,
Y con pasos fijos
Al campo los guía de matanza atroz.
Mirad esos sitios (les dice), de mengua,
De huesos de hermanos, sembrados están;
No añade mi lengua
Nada que esos cráneos diciendo no van.
Ved si entre vosotros uno hay que no mire
Un deudo, un amigo y un padre quizá;
Uno que no aspire
Renombre que en alas de la fama vá.
Ved si entre vosotros alguno vacila
En ese sendero de gloria, de honor,
Y el arma no afila
Que vuelva á Corrientes su antiguo esplendor.

3

Les dice: y luego tremendo
Se oyó un eco repitiendo

Como explosión de volcán:
—Volemos á la batalla,
Que en medio de la metralla
Nuestras frentes se alzarán.
Brille la espada desnuda,
Y el vil que cobarde duda
Entre libre ó siervo ser,
Lleve en su frente menguada
Esa mancha reservada
A oprobioso padecer.
Volemos á los combates,
Pecho fuerte á sus embates
Opondremos sin temor.
Brindemos á nuestra historia
Otra página de gloria
Con mil hechos de valor.—
Tiembla el suelo que dominan
Los Andes, cuando fulminan
Su aterradora explosión:
Así á las voces de *¡guerra!*
El prado, el bosque, la sierra,
Retiemblan de confusión.
No bastó la cruél derrota;
Valientes la tierra brota
Que lucha por libertad,
Y valientes que, muriendo,
Vuelven al pueblo diciendo:
Esta es la senda, MARCHAD;
Que prefieren los estragos
Del combatir, que no halagos

Dc deleites y de amor;
Y que la voz cariñosa,
De padre, de hijo, de esposa,
No mitiga su furor;
Que en inauditas fatigas,
En las lanzas enemigas
Buscaban la libertad:
¡Patria! al batallar gritando,
¡Patria! cediendo ó triunfando,
Entre horrible mortandad.
¿Cómo no? de ellos delante,
Iba un fantasma aterrante,
Que los guiaba á combatir:
Que en Pago-Largo se alzara,
Y que el campo señalara
Donde vencer ó morir.
Sombras de los que cayeron,
Pero que no se rindieron
Nunca, en la batalla atroz,
Cuyos últimos alientos,
Desparramaron los vientos
Como maldición feroz:
Que al mostrarle los cañones
De enemigos escuadrones
Y la enseña del traidor,
—Ellos son—dijo, tremendo,
Con su voz estremeciendo
Los campos en derredor.
—Ellos son, su sangre impura
Hoy correrá hasta la hartura,

Que bien la vuestra corrió.
No haya piedad; el castigo,
De tan sangriento enemigo,
Dios á vosotros confió.
No haya piedad; cruda muerte
Descargad con brazo fuerte,
Matad sin tregua, matad;
Porque un día fuera escrito:
Quien mata á hierro, ¡maldito!
Muerte, muerte sin piedad.—
Y al silvar el plomo ardiente
Que el reluchar inclemente
Señaló con cruel afán,
Como torrente bravío
De algún caudaloso río
Que desborda el huracán,
Todo á su paso arrasando,
Solo en pos de sí dejando,
Restos de desolación:
Así al herir de los bravos
Desparecen los esclavos
Entre torpe maldición.
¿Donde está, donde está ahora,
Esa turba asoladora,
Y su insultante altivez?
Miradlos: por todas partes,
Cadáveres y estandartes,
Alfombras de nuestros pies.
Ved sus huestes aguerridas,
Huyendo despavoridas,

Con miedo en el corazón,
Al ver de Mayo el emblema,
Sobre ellos como anatema,
De eterna condenación.
Oíd los ayes que derraman,
Cuando á su socorro llaman
Quizá espíritu infernal,
Pero en vano que está escrito,
Quien mata á hierro, maldito,
Muere de agudo puñal
Así Corrientes un día
Alzó la faz majestuosa,
Y ciñó diadema hermosa
De la victoria su sien:
Que si opaco astro lucía
En triste afan para ella,
Radiante, fúlgida estrella,
Brilló un día por su bien.
Ella enrojeció la tierra
Con la sangre de sus venas,
Y sus colinas amenas
Viéronla triste caer;
Pero llevó horrenda guerra,
Por mil azares prolijos,
Y á centenares sus hijos
Se les viera perecer.
Mas ¿qué importa? Juró un día,
So la sagrada bandera,
Que mil veces pereciera,
Que esclavitud tolerar;

Y en la hora de la porfía,
Al fuego de sus cañones,
Se le vió los eslabones
De sus cadenas trozar.
  Así los pueblos que luchan
Contra torpe tiranía
Son gigantes en un día
Si gigantes quieren ser:
Y arden, si el estruendo escuchan
De la horrísona pelea;
Y aunque la muerte ralea
Sus filas, saben vencer.
  Bastó un instante á tu anhelo
Para humillar al tirano;
Otro golpe de tu mano,
Y en el polvo se hundirá:
Fecundizarás tu suelo
Yermado por sus matanzas,
Con sangre que de tus lanzas
Abundante correrá.
  Vuelve otro instante los ojos,
Hácia los amargos días,
De horrendas carnicerías,
Que en tí ¡oh pueblo! consumó.
Y con feroces arrojos,
Haz correr su sangre impura,
Que la tuya, hasta la hartura,
El tirano derramó.
  No bastó la cruel derrota:
Valientes la tierra brota,

Que lucha por libertad;
Y valientes que muriendo,
Gritan al pueblo, diciendo:
Esta es la senda, marchad.

Montevideo, Diciembre 13 de 1841.

UNA VOZ

(EN UN ALBUM)

Di nuova pena mi ce vien far versi.
Dante-inferno.

Vuelve á cantar, yo padezco:
Cuando escucho tu canción
Débil siento el corazón,
Y á tus ecos desfallezco
De placer.

Vuelve á cantar: ¡si supieras
Cuantas soñadas quimeras,
Falaces y lisonjeras,
Me adormecen cuando cantas,
Oh mujer!

Si supieras que tu canto
Me lleva á un mundo fingido,
Donde no se oye gemido,
Donde no se escucha llanto
De dolor;

Donde la duda no impera,
Y siempre es azul la esfera,
Y donde no es altanera
La mujer á quien se jura
Tierno amor;

Donde el alma no está inquieta,
Y el corazón no suspira;
Donde preludia su lira,
Y es escuchado el poeta
Con placer.

A ese mundo ignorado
Que también habrás soñado,
Si alguna vez agobiado
Sentiste tu pecho débil
¡Oh mujer!

A ese mundo de rosas,
En cuyo aromoso ambiente
Solo amor el alma siente,
Pero sin trabas odiosas
Como aquí:

Allá va mi pensamiento,
Hermosa, cuando te siento
Que con amoroso acento
Entonas dulces canciones
Para mí.

Canta otra vez; ¡quien pudiera
Pintar lo que el alma siente
Cuando entonces, tristemente,
Como bella, te dijera
Mi placer!

Pero sabe que tu canto
Arranca á mis ojos llanto,
Y un irresistible encanto
Hay en tu voz que enamora,
Oh mujer.

II

¡Oh! si en las horas eternas
De la noche silenciosa,
Vibrando, oyera armoniosa
Tu canción,

En los momentos cruëles
En que el pecho sin testigo
Busca en las sombras abrigo
Para ocultar su aflicción,

Yo también mi voz alzara,
En éxtasis de delirio,
Y quizás asi olvidara
Mi dolor;

Que tu canto es como un eco
Que á mis pesares responde,

A esos pesares que esconde
Un corazón sin amor.

Y entonces vienen á mi alma
Los recuerdos de la infancia,
Horas que trajo de calma
La niñez:

Esas horas que pasaron
Para no volver por cierto,
Dejando atrás un desierto,
Y adelante lobreguez.

Porque no hay igual martirio
Ni sinsabor más profundo,
Que vivir solo en el mundo
Sin amor;

Y pasar tan ignorado
Como el nocturno gemido
Que exala desde su nido
La calandria en su pesar.

Que es triste, en verdad muy triste,
Ver las horas deslizarse
Una en pos de otra y llevarse
Con la edad.

Cuantos sueños lisonjeros
Nos pintó la fantasía,
Sin que amanezca ese día
De ansiada felicidad.

Y sentir dentro del pecho
Un corazón que se agita,
Sentir la vida marchita
En su albor,

Sin hallar un blando seno
Donde reposar la frente,
Y adormirse dulcemente
Entre caricias de amor.

III

Por eso cuando escucho
De un piano la armonía,
Recuerdos bien amargos
Agitan la alma mía,
Y suspiros de pena
Exala el corazón:

Por eso á cada nota
Que viene á herir mi oido,
Late en acorde blando
Mi pecho conmovido,
Y sus fibras responden
Con dulce vibración.

Recuerdos bien amargos
De días que se fueron,
Y que dejaron solo
Señal de que existieron
En las penas que ocultas
Dentro de mi pecho van.

Pasaron esos días,
Pero no su memoria:
Dos años, una á una,
Las hojas de mi historia
Me muestran esas horas
Turbias como huracán.

Dos años. . .¡ah, si el tiempo
Menos veloz corriera,
Si el porvenir incierto
Marcado á mi carrera
Se rasgára un instante
Para leer en él!

Pero una voz secreta
Que en el alma murmura
Me dice: pasó el tiempo
De soñada ventura,
Pasaron ya dos años. . .
¡Recuerdo bien cruél!

Pasa sobre las flores
El aterido invierno,
Pero la primavera
Con su céfiro tierno
Les dá verdor y sombra
En la árida estación:

Y se mecen de nuevo
El árbol con sus hojas,
Las plantas con sus flores,

Pero ocultas congojas
Dejan el alma fría,
Marchito el corazón.

Pero, canta otra vez. Más no de amores
Eleves tu canción,
Que si son para tí sus bellas flores,
Yo se que agudas sus espinas son.

Agosto 11 de 1843.

EL ARROYO DE LAS PIEDRAS *

Claro arroyo cuyas ondas
Corren tranquilas y puras,
¡Cuan dulcemente murmuras
Por esas toscas redondas
Que carcomen, aunque duras!

Como enroscados cristales
Tus aguas corren aquí,
Y el fondo muestras, así
Como en ojos virginales
Traslucirse el pudor ví.

Y pues no tengo una hermosa
Cuya belleza admirar,
Déjame arroyo, cantar
Esa corriente sinuosa,
Y ese grato murmurar.

* Se publicó en «El Nacional» de Montevideo, Junio 17 de 1842.

Te ví por mi bien un día,
Cuando á impulsos del destino
Fué preciso en el camino
De infortunios que seguía
Marchar, sin norte y sin tino.

Y era la hora misteriosa
En que el aura sopla suave,
Que canta más tierna el ave,
Al reconocer dichosa
El nido que formar sabe.

En que el sol trémulo brilla
Próximo á desparecer,
Dibujando en la cuchilla
Al pálido anochecer,
Su luz débil y amarilla;

Y que sus últimos rayos
Caen vencidos de la sombra,
Y de verdi-negra alfombra
En vacilantes desmayos
Pintan el campo que asombra;

Y alza la tímida oveja
Su monótono valido,
Y muge el toro temido,
Como si el sol que se aleja
Les arrancara un gemido.

Todos son ricos colores
Cuando el sol anuncia el día,

Y todo es melancolía
Cuando en tibios resplandores
Cambia su usada ardentía.

Porque es pálida la luna,
Y pálidas las estrellas,
Y la luz que vierten ellas
Al corazón no importuna,
Pero le arranca querellas.

Y en ese arroyo, tranquila
Refleja después la aurora
Los colores que atesora,
Y las perlas que destila
Corren en su onda sonora.

También de los ojos míos
Una lágrima caía,
Que en silencio se perdía
En los graciosos desvíos
Que la corriente ofrecía.

Lágrima que era arrancada
De oculta melancolía,
Que sobre mi alma vertía
Esa natura callada
Con misteriosa armonía.

Que el alma no se resiste
Sin conmoverse, pensando,
Que el día que está acabando

Acaso ya no se viste
Del lujo que va dejando.

Y una dolencia, un pesar,
Combate al alma cristiana,
Esperando ese mañana,
Que duda si ha de llegar,
Y que en esperar se afana.

Lágrima dulce, tranquila,
Llena de resignación,
Que al verterla la pupila
Se alivia del corazón
El peso con que vacila.

Lágrima que nada tiene
De sinsabores mundanos,
Sino que mística viene,
Y el consuelo que contiene
Está sin tintes profanos.

Acaso así es que se llora
A impulsos de la piedad,
Acaso en la eternidad
Al son del arpa sonora
Es canto á la Magestad.

Y pues no tengo una hermosa
Cuya belleza admirar,
Déjame arroyo cantar
Esa corriente sinuosa
Y ese grato murmurar.

Si no bordan tus orillas
Las aromáticas flores,
Te cercan grandes cuchillas
Con silencio y majestad:
Y surca por tu corriente
Ave de pluma luciente,
De variada novedad.

Inmediato á tí se eleva
Un nuevo ombú cuya frente
Señal de los años lleva,
Y que de lejos se vé:
Cuantas raras tradiciones
Al calor de los fogones,
Bajo él con gusto escuché.

Está allí fijo, sombrío,
Para marcar las distancias;
Y da sombra en el estío,
Y abrigo en la tempestad.
Cruje sobre él la tormenta;
Pero pasa, y él ostenta
Más vigor, si más edad

Nada en rededor le iguala
En frondosidad y altura,
Y ombú de la *Mariscala*,
Es el nombre que le dan;
Y cuantos más son sus años,
Más raros y más extraños,
De él tantos cuentos serán.

Mil de veces saboreando
Del *mate* el líquido suave,
Tendí la vista mirando
Hácia la bella ciudad,
Y del cerro ví la altura,
Y del ombú la negrura,
En la inmensa soledad.

El cerro marca el escollo
Para el viajero en los mares;
Y el ombú, del dulce arroyo
Es á lo lejos señal.
Aquel del náufrago es faro;
Este es silencioso amparo
En la tormenta fatal.

Aquel me muestra altanero
Con su frente encallecida,
La ciudad que al extranjero
Da hospitalidad y amor:
Y acaso, cuando lo miro,
Mi pecho exhala un suspiro
De recuerdo de dolor.

Y éste, aunque mudo, me dice
Con su apariencia sombría,
Que en su tronco encontré un día
Quietud y grato solar:
Y si allí suspiró mi alma,
Era un suspiro de calma,
Era un suspiro de paz.

Claro arroyo, en tu corriente
Que desde lejos se siente
Deslizar,
Yo recibí inspiraciones,
Y emboté las sensaciones
Del pesar.

Yo ví desde la cuchilla
Que se eleva de la orilla,
Tu raudal:
Por eso templé mi lira
Al mirarte, que me inspira
Tu cristal.

Ví como en él nadaba
Un ave, que me admiraba
Su matiz;
Que hasta el fondo zambullía
Y nadando, sacudía
Su cerviz.

Y para mi lindo bayo
Que es lijero como el rayo,
Al llegar,
Por no enturbiar los raudales
De tus rizados cristales,
Al pasar.

Y nunca, arroyo, te miro
Sin exhalar un suspiro,
Contemplando

Que tu traes á mi memoria
Un recuerdo de mi historia
Dulce, blando.

Y aun cuando pasen los años,
Con sus dichas ó sus daños
Sobre mí,
Yo tendré en mi pensamiento
Un recuerdo de contento.
Para tí.

A UNA CALANDRIA *

¿Qué quieres ave canora,
Con venir siempre sonora
Sobre ese álamo á gemir?
¿Qué dices con ese canto,
Qué trinas cuando su manto
Viene la noche á esparcir?

¿Dónde, dí, pasas el día
Con envidiable alegría
Hasta que se pone el sol,
Que solo cuando oscurece
Con esa voz que enternece
Cantas su último arrebol?

* Se publicó en «El Nacional» de Montevideo, Septiembre 26 de 1842.

¿Qué es lo que lejos te llama
Cuando dejas esa rama
Aun antes de amanecer,
Para volver cuando el cielo
Desparece tras el velo
Del lúgubre anochecer?

De entre esas marchitas hojas
Trinas ave tus congojas
Columpiándote á la vez,
Sin saber que yo te miro
Desde mi humilde retiro
Y te oigo con embriaguez.

¿No tienes, dí, compañía
Que secunde la armonía
De tu melodiosa voz?
O acaso está tu querido
Calentando el débil nido
Donde reposen los dos?

Pues que, posible no fuera
Que otra ave tu canto oyera
Sin sentir amor por tí,
Porque cantar la aflicción
Sin inspirar compasión
Quédase ave para mí.

Dime, acaso tú venías
A llorar todos los días
Sobre ese álamo como hoy;

O solo se oye tu acento
Desde que en este aposento
Mis cuitas cantando estoy?

¿Venías antes sonora
A cantar la última hora
Del día que iba á expirar,
O tu nido no dejabas,
Y el arrullo disfrutabas
De hijos y amante á la par?

¿Y después sola quedaste,
Y en ese árbol acordaste
Llorar tu perdido amor,
Y de las más altas ramas
A la vez que tu bien llamas
Publicas tu cruel dolor?

¿Tuviste acaso un querido,
Que te hiciera blando nido
En algún espeso ombú,
Con quien los aires hendiendo
Penas y amor dividiendo
El te amara como tú;

Un querido que en estío
Te trajera agua del río
Por librarte del calor,
Y afanoso como tierno
Con sus alas en invierno
Te abrigara con ardor.

Que tu sueño te velara
De temor que no llegara
A tí el cazador audaz,
Y después en su embeleso
Te pidiera un dulce beso
De su sueño al despertar.

Un querido que si oía
Que sobre tí descendía
Carnicero el gavilán,
Por salvar la vida tuya
Diera con gusto la suya
Batallando con afán.

¿ Un querido así tuviste,
Ave tierna, y le perdiste
Sin fallecer tu también?
¿ Ignoras que es un castigo
La vida sin el amigo
Que formaba nuestro Eden?

¡ Ay! habrá muchos ahora
Que con faz engañadora
Ofreceránte lealtad;
Para burlarte otro día
Y verter la hiel impía
De la inícua deslealtad.

Pero antes pídele al cielo
Que eche sobre tí ese velo
Del morir, para tu bien,

Con esa voz con que canta
Tu melodiosa garganta,
Y me hace llorar también.

¿O acaso es otra la pena
Que á gemir hoy te condena
Sin consuelo, ave infeliz?
¿Acaso lloras el daño
De un amargo desengaño,
Que doblegó tu cerviz?

Sí, quizá te falta ahora
La caricia seductora
De algún feliz amador,
A quien tierna te entregaras,
Y en su afecto confiaras
Para rendirte mejor.

De un feliz que te dijera,
Con voz que te enterneciera,
Para hacerte vacilar:
Alma mía, ven conmigo,
Que el cazador enemigo
Está acechando tu hogar.

En mi cuidado confía,
Que velaré noche y día;
Haré un nido para tí
En la selva más oscura,
Y de enemigos segura,
Reposarás junto á mí.

Ven, que en la ruda tormenta,
El grano que te sustenta
Para buscar volaré;
Y amándote sin segundo,
Tú serás mi bien, mi mundo,
Y á ninguna otra amaré.—

¡Ay! si oiste ese lenguaje
A la vez que tu plumaje
Rizaba el vil seductor,
¿Qué extraño es que embelesada
Te rindieras engañada
A la ilusión del amor?

¿Qué extraño es que ese cariño
Pintado con el aliño
De la cándida verdad,
Te arrastrara al precipicio
Si ocultaba su artificio
La negra profundidad?

Triste calandria, tu acento
Raudo lo disipa el viento,
Y nadie alivio te da:
Tu pena desconocida
Va carcomiendo tu vida,
Próxima á extinguirse ya.

Mas yo que escucho tu canto
Que arranca á mis ojos llanto,
Yo que miro tu gemir,

Ave hermosa, no querría
Que gozaras de alegría,
Pues te quiero siempre oir.

Que tu cantar me electriza,
Pues con mi alma se armoniza,
Que quizá feliz no soy,
Y sufro menos tormento
Desde que en este aposento
Tus trinos oyendo estoy.

A LA MAS BONITA *

Los ojos envidio
De una Dolorsita,
Y de Margarita
El garboso andar:
El rubio cabello
Admiro en Felisa,
De Carmen la risa,
De Luisa el mirar.

En Pastora el garbo,
La voz de Avelina,
Y de Carolina
El dulce cantar.

* «El Cancionero Argentino», 1837, pag. 54.

La torneada mano
De Eufemia me encanta,
Y de Cruz la planta,
De Inés el bailar.

¡Qué pie tan bonito
Tiene Mariquita!
¿Qué aire, Genarita,
Dulce y celestial!
Tiene Nicolasa
Muy linda boquita,
Y hallo en Manuelita
Algo que admirar.

Mas en Juana ¡Oh cielos!
Todo me seduce,
Todo en ella induce
E incita á amar:
¡Qué espalda! ¡qué talle!
¡Qué mórbido cuello!
Todo en ella es bello,
Todo singular.

LA VIOLETA *

Flor humilde, que la vida
Pasas tímida, ignorada,
Poco vives, y olvidada
Mueres en la soledad:
Tú eres la flor preferida
De la porteña que adoro:
Tú eres para mí el tesoro,
Que mitiga su crueldad.

Cuando en su cándido seno,
Emblema de la inocencia,
Te coloca, y con tu esencia
Mezcla su aliento de amor:
Entonces de ardores lleno,
Al ver tu dicha, suspiro,
Y tu posesión aspiro,
Como alivio á mi dolor.

Si alguna vez condolida,
De cuanto mi alma padece,
Con rostro afable me ofrece
Un ramito de esta flor,
Cual un bálsamo de vida
Que llena de gozo el alma,
Siento renacer la calma
Al disfrutar de su olor.

---

* «El Trovador» 1839, pg. 14. Fué puesta en música por D. Juan Bautista Alberdi.

LAS FLORES

Solo el que no es dichoso sufriendo oculta pena
Comprende cuanto vale una olorosa flor,
Cuando con dulce risa de mil encantos llena
La ofrece una belleza teñida de rubor.

Las flores son un bálsamo al alma acongojada,
Que al respirar su aroma se eleva á otra región,
A esa región sublime, en sueños figurada,
Donde todo es ventura, donde todo es pasión.

Cuando presa la mente de pensamiento impío
Olvida cuanto tiene el hombre en derredor,
Y no hay en torno suyo más que ese desden frío
Que marchita una á una las horas del amor,

Es dichoso si entonces, alguna amiga mano
La brinda cariñosa, con tímido mirar,
Una flor olorosa que su dolor tirano
Embota, y un momento suaviza su pesar.

Acaso, pues respiran aromas en el cielo:
Tiene algo de divino la esencia de una flor;
Y cuando yo he soñado con mi ángel de consuelo,
Una flor en el seno le ví de albo color.

¡Cuanto, cuanto se goza, si en la noche sombría,
Al reclinar cansada la calorosa sien,
Se desliza hasta el alma la célica ambrosía
De flores que una bella brindara sin desdén!

¡Tal vez en ese instante resbala silenciosa
Una lágrima ardiente que nadie enjugará!
¡Tal vez algun suspiro del alma congojosa
Se pierde entre sus hojas. . . y las marchitará!

1844.

LA NIÑA MARÍA

Beaucoup, beaucoup d'enfans pauvres et nus, sans mère.
Sans ma!son, n'ont jamais d'oreiller pour dormir ;
Ils ont toujour sommeil ! o destinée amère !
Mamann ! douce mamann ! cela me fait gémir. '

Mme. D. Valmore.

Preciosa, las hermosas la llamaban,
Y la cándida frente le besaban,
Viéndola despertar;
Y en la falda la madre la mecía,
Y cantos inocentes la decía,
Al verla dormitar:

Duerme, niña preciosa;
Duerme paloma mía;
Opaco viene el día
Y el viento récio está:
Duerme; míentras la nieve
De Agosto se evapora;
Nublada está la aurora,
Y acaso lloverá.

Los árboles se doblan
A impulso de los vientos,
Soltando amarillentos
Sus ramos á volar;
Del mar las ondas braman;
¡Qué triste que está el día!
Duerme paloma mía,
Al son de mi cantar.

¡Si vieras como cruzan
Helados, abatidos,
Los pobres desvalidos,
Sin cama y sin hogar;
Si vieras otros niños,
El blanco pie desnudo,
Sufrir el frío rudo
Que los hace llorar!

¡Si vieras desgreñados
Sus dorados cabellos!
¡No hay perfume en ellos,
Ni rizados están:

Y del sol del invierno
El pálido desmayo
Aprovechan del rayo,
Para pedir el pan!

¡Si vieras esos niños,
Como tú tan preciosos,
Demandando llorosos
La pública piedad,
Y en abandono triste
Pasar el triste día,
Y la noche tan fría
En desnuda horfandad!

¡Si vieras, amor mío,
Dulce paloma mía,
Qué frío que está el día,
Que encrespada la mar;
Cual los arbustos crujen
Al impulso del viento,
Nublando el firmamento
Las nubes al pasar!

¡Oh! duerme y no despiertes,
Tierna paloma mía:
Opaco viene el día
Y el viento frio está;
Duerme, mientras la nieve
De Agosto se evapora;
Nublada está la aurora
Y acaso lloverá.

Y cuando te recuerdes,
En tu envidiado lecho,
Te alzaré hasta mi pecho
Para darte calor;
Y quizás al mirarte
Tan linda, tan tranquila,
Enturbie mi pupila
Por tí llanto de amor!

Así cantaba ufana
La madre de María,
Mientras dormir la hacía
De la cuna al vaivén;
Y en su blanca mejilla
Mil besos estampaba,
Y sus labios besaba,
Y su tranquila sien.

Donosa era María
Adormida en la cuna,
Como un rayo de luna
Que refleja en el mar;
Cuando ella la besaba
Sus labios entreabría,
Y sin saber reía
Después al despertar.

Pero esta vez acaso
En su sueño profundo,
Vió los males que el mundo
Guardaba á su niñez,

Y el canto de la madre
La niña entendería,
Y en el vivir vería
Soledad y aridez.

Y diez veces apenas en el cielo,
La luna, que es tan grata para el suelo
Mostró su redondez,
Y la niña que tanto acariciaban,
Al ver que los querubes la llaman,
Voló con rapidez.

Un año todavía no tenía,
Y la cuna mullida en que yacía
En tumba se trocó;
Y los que antes alegres la arrullaron,
Al mirar su cadáver la lloraron;
Pero la canto yo.

Los ángeles sus alas agitaron,
Y al trono del Eterno se llevaron
Un alma sin pecar;
Y esa noche mirando las estrellas,
Yo ví una exhalación en medio de ellas
Rutilante pasar.

Agosto, 1848.

RUFINO VARELA

El pueblo que viera nacer á Belgrano
Que supo esforzado gritar «libertad»,
Postrado, abatido, de impío tirano,
Callado sufría la cruel potestad.

Y el sol que sus glorias un tiempo alumbrára
Y que las banderas de libre lució;
Mil veces sus rayos de luz reflejára,
En viles cadenas que triste arrastró.

¡Oh Pueblo! tus hijos un tiempo llevaron
A climas lejanos la dulce igualdad:
Valientes, su sangre jamás esquivaron,
Corriendo á torrentes por la libertad.

Y, pueblos ingratos, postrado te vieron
Vencido, sufriendo cruél esclavitud;
Tus ayes de muerte también desoyeron,
Premiaron tu sangre con ingratitud.

Empero en tus hijos no estaba extinguido
De antiguos guerreros el fiero valor;
Y, oyeron ¡oh Patria! tu triste gemido,
Y muertes juraron al vil opresor.

En vano el tirano cadalzos aumenta,
En vano cabezas derriba brutal:

La muerte á los bravos jamás amedrenta,
Ni entibia en sus pechos el fuego marcial.

Y un día un soldado de nombre famoso
Que fué de la patria terrible adalid,
Alzó el estandarte que en tiempo glorioso,
Siguiera el guerrero marchando á la lid.

Entonces, ardiendo magnético fuego,
Llegó hasta las playas del pueblo infeliz,
Su afrenta miraron los libres, y luego,
Alzaron erguida su altiva cerviz.

Como olas que se alzan del mar proceloso
Que agita en sus furias feroz aquilón,
Los hijos valientes de Mayo grandioso,
Corrieron al eco de antiguo campeón.

No hay años, no hay fueros, son todos soldados
Que van combatiendo la patria á salvar;
Llenando animosos deberes sagrados,
Sabrán en el campo morir ó triunfar.

Fué entonces, Varela, que altivo tu pecho,
Al bélico estruendo también se inflamó;
Objetos queridos y mullido lecho
Dejaste, y tu mano el fusil empuñó.

Y luego á la vista de aquel estandarte,
Emblema de gloria que el tigre empañó,
De aquella que allá en el baluarte,
Del pueblo oprimido ondeante lució:

Dijistele al cielo, postrado de hinojos,
La diestra poniendo sobre el corazón,
De altivos guerreros el fuego en los ojos,
Y firme el acento de erguido campeón:

—¡Oh Dios de los libres, que humilde venero
Y á quien combatiendo Belgrano invocó,
Bendice benigno, te ruego, el acero
Que empuño, que el eco de guerra sonó.

Bendícelo, y sea mi mano quien hiera
El pecho maldito del hombre infernal;
Y luego ¡Dios mío! no importa que muera,
Morir por la Patria dá gloria inmortal.

Y tú de mis males consuelo en la tierra,
Mujer adorada, preciso es marchar:
Tu plácida imagen que llevo á la guerra
De ausencia las penas sabrá mitigar.

¡Adios! quiera el cielo volverme á tu lado
De gloria cubierto, mujer celestial;
Y admire de nuevo, de gozo embriagado,
Tus dulces miradas de amor manantial.

Dijiste: y veloce de ella te ausentaste,
El alma oprimida de angustia y dolor;
Y al punto, la nave ligera pisaste,
Que á un tiempo te aleja de amigos y amor.

Tú fuiste el primero que ardiendo en venganza
Hollaste orgulloso tu suelo natal;

Y donde más cruda se vió la matanza,
Más muerte sembraba tu plomo fatal.

Tu nombre al esclavo de espanto llenaba,
Y al mismo tirano le daba pavor;
Y en tí la falange patriota miraba,
Un ser valeroso de esfera mejor.

Mas ¡ay! tu destino ya estaba cumplido,
Y el cielo en su aurora su vida cortó:
Moriste peleando por ver abatido
El trono sangriento que América vió.

Moriste volviendo ya extinta mirada,
Al suelo do queda tu bella, tu amor:
Y al cielo por ella con voz apagada
Rogar parecías en medio el dolor.

Allá en el desierto de estensa llanura,
Pequeña eminencia rojiza se vé;
Esa es silenciosa feliz sepultura,
Del hombre virtuoso que soldado fué.

No hay loza dorada que luzca sobre ella,
Ni habrá por la noche piadosa una luz;
Tampoco llorosa veráse una bella,
Orando postrada al pié de una cruz.

Mas esto ¿qué importa? su patria querida,
De inmortal memoria recuerdos le hará:
Cuando ella levante su frente abatida,
Rufino Varela, tu nombre se oirá.

Enero 11 de 1841.

EL 25 DE MAYO *

EN MONTEVIDEO

Libertad ó con gloria morir.
(Himno Oriental)

Cantar de Mayo el pensamiento hermoso
Es de sus bardos la misión sagrada,
Ora se alce su sol esplendoroso,
Ora le anuble lid encarnizada.

Bien en el templo de la gloria sea,
O en medio de los campos de batalla,
Que ya pulsó la lira en la pelea
Sin temor de mortífera metralla.

Al lado del guerrero valeroso,
Templaba el poeta su inspirada lira,
Y como á aquel acero poderoso
Empuñar en las lides se le mira.

Nunca el poeta del glorioso Mayo
Ha desertado su mision sagrada,
Y do le halló al nacer su puro rayo,
Allí su voz le canta entusiasmada.

---

* *Cantos á Mayo*, Montevideo 1844. Imprenta del Nacional, pág. 157.

Y preconiza la envidiada gloria
De los que en otro Mayo se elevaron,
Y corona con lauro de victoria
La sién de los valientes que triunfaron;

O entona al cielo dolorida endecha
Pidiendo paz á Dios para el caído,
Que de la gloria por la senda estrecha
Por su destino se encontró vencido.

Sólo, no se oye cual se oyera un día,
Allá en la orilla del undoso Plata,
De Lafinur y López la armonía,
Que reverente el pensador acata.

Que los himnos que alzaron en su canto
Los que sus huellas férvidos siguieron,
Ahogáronse al gemir de acerbo llanto
De las víctimas ¡ay! que sucumbieron.

Y el que canta la gloria americana
Y consagra los ecos de su lira
A la alma libertad su soberana,
Libre ha de hallar el aire que respira.

Pierde el cielo su azul puro y hermoso
Cuando la tiranía alza su vuelo;
Pierden los campos su verdor frondoso;
Cúbrese todo de luctuoso velo.

¿Donde ha de hallar inspiración creadora
Y entonación sublime sus acentos,

Si negra noche y más siniestra aurora,
Traen á su oído míseros lamentos?

Sí, la lira del vate americano,
Si ha de vibrar con plácida armonía,
Huye de la mansión de vil tirano,
Que respirar allí la mataría:

Por eso tus bardos ¡oh pueblo argentino!
Huyeron, siguiendo de extraño destino
Sendero fatal;
Que allí fuera un crimen cantar las victorias
Que en tiempo te dieron expléndidas glorias,
Renombre inmortal.

Por eso dejaron la tierra querida
Do suave corriera la plácida vida,
La vida infantil;
Y en brazos se echaron de incierto destino,
Siguiendo el estrecho y obscuro camino
Donde hay penas mil.

Te dejan y buscan propicia otra tierra
Do nadie á los cantos de gloria se aterra,
Donde hay libertad.
Y es esa la tierra de Oriente famoso,
Que abriera de Mayo el templo glorioso
De gran Majestad.

¡Oh! duro destino fué, patria, dejarte,
Y sólo á lo lejos poder contemplarte
Postrada gemir;

Y ver de otro Mayo la plácida aurora
Y que ella no marca la última hora
De tanto sufrir!...

Por eso al cantar de Mayo
El glorioso pensamiento,
Lanza la lira un lamento,
El alma una imprecación;
Porque su vívido rayo
Se refleja en las cadenas
De ese pueblo cuyas penas
Escarnio de Mayo son.

Y cantar hoy las victorias
Que alcanzamos otro día,
Cuando alza la tiranía
Su sangriento trono allí,
Fueran galas irrisorias
Echadas sobre su llanto,
Fuera magnífico manto
De un orgullo baladí.

¿Cómo pulsar hoy la lira,
Cantando días pasados,
Cuando en el polvo arrojados
Nuestros laureles se ven;
Cuando sangriento respira
Un maldecido tirano,
Cuya sacrílega mano
Los arrojó con desdén;

Cuando en el pendón glorioso
De inmortales tradiciones,
Estampó sus maldiciones
E impío le profanó;
Y es hoy padrón vergonzoso
De humillación y de ultraje,
De oprovioso vasallaje,
Del pueblo que domeñó?

¡Cantar las glorias de Mayo
En entusiasmado coro,
Cuando silencioso lloro
El pueblo vierte por él....
Cuando en lánguido desmayo
Se levanta por la esfera,
A alumbrar en su carrera
Quizás un crimen cruel!....

¿No véis?... ya asoma del Plata
Por las hondas cristalinas,
Y á las playas argentinas
Su primer rayo llegó.
¿Dó está el pueblo que le acata
Palmas batiendo á millares?
¿Dó los cívicos cantares
Con que un día le esperó?

¿Oís?...silencio profundo
Sólo encuentra su venida;
Parece que allí la vida
Para siempre se extinguió!

Y ese es el pueblo que un mundo
Conmoviera con su aliento,
Desde el sólido cimiento
En que tres siglos durmió.

Ese es: hoy yace tendido,
Parece cuerpo sin vida,
Porque es profunda la herida
Que lleva en el corazón.
Si los pueblos que ha vencido
Contemplarle allí pudieran,
Lástima al verle tuvieran:
Sólo inspira compasión...

¿Y cómo con voz sonora
Cantar triunfos de otros días
Oyendo las agonías
Del pueblo que los logró?
No: lance el poeta ahora
Maldiciones al tirano
Que su corona profano
En el cieno le arrojó.

Guarde el bardo su instrumento
Trozando sus cuerdas hora,
Que se escucha tronadora,
Del combate la señal;
Que el sol de Mayo sangriento
Se levanta por el cielo,
Y á su luz rojiza el suelo
Muestra agonía mortal.

Guarda el poeta su lira,
Y audaz vuelva á la pelea,
Y en la sangre que allí humea
Beba excelsa inspiración:
¡Oh! como la muerte inspira
El silbo de la metralla,
El polvo de la batalla,
El estruendo del cañón.

¡Ver entre nubes de fuego
Desplegada la bandera
En medio á erizada hilera,
A compás de un atambor;
Y oir víctores que luego
Alza el soldado triunfante
Marchando siempre adelante
Con más denodado ardor!

Allí debe, sí, el poeta
Tomar sus inspiraciones,
Que hay hermosas vibraciones
Que no existen sino allí.
Es magnífica paleta
Que bella luz atesora,
Hoy que ha de cantar la aurora
Del grandioso Mayo aquí.

Aquí ¡oh tierra de Oriente!
Escollo de esos tiranos,
Que ultrajar quieren profanos
Tu sagrada majestad:

Afrontándolos valiente
Diste magnánimo ejemplo,
Y no mancharán el templo
Que alzaste á la libertad.

Que tu fuiste la escogida
En este vasto hemisferio,
Para afirmar el imperio
De la preciosa igualdad.
Tú nunca fuistes vencida,
Y hoy, en un combate á muerte,
Vas á decidir la suerte
De la opresa humanidad.

Tú que aun ostentas divinas
Las fajas de tu bandera,
Tan pura como antes era
De mi patria el pabellón;
Y tus hijas peregrinas,
Pueden lucir sus colores,
Que dan al guerrero ardores
Y al poeta inspiración...

:Mi patria!... junto con ella
Tus hijos sangre vertieron;
Los peligros dividieron
En victoria ó rota cruel;
Pero no fué igual la estrella
Que para los dos lucía,
Aunque ambas frentes un día
Ciñera un mismo laurel.

Por eso mil de sus hijos
A tu seno se acogieron,
Y su vida te ofrecieron
Contra el tirano común;
Miserias, males prolijos,
Ellos firmes arrostraron,
Pero así al mundo mostraron
Que no han desertado aún.

No, ¡vive Dios! no cejaron
Ante tu tirano impío,
De la empresa que su brío
Esforzado acometió;
Y quince años de esta lucha
Sin duda al mundo probaron
Que la joya que heredaron
Su brillantez no perdió.

Esa joya tan preciosa,
Que costó á nuestros mayores
Infortunios no menores,
Ni menos ingrato afán,
Que al recibirla sus hijos
En su seno la guardaron,
Y trasmitirla juraron
A los hombres que vendrán.

¡Gloria á los hombres valientes
Que su fe no apostataron
Y que otra vez se lanzaron
A salvar la humanidad!

¡Gloria á ellos! Si cayeran
En esa misión hermosa,
Nos mostrarán luminosa
Senda de inmortalidad.

¡Gloria á ellos! que en sus pechos
No marchitó la desgracia
De la santa democracia
La fructífera raíz,
Y aunque doblaron la frente
A destino impenetrable
No abatieron ante el sable
La belicosa cerviz.

II

Cuando nuestros mayores meditaron
De libertad el pensamiento hermoso,
Vieron de las Españas el coloso,
Y ante su gran poder no se arredraron.

Valientes y esforzados se creyeron
Que era santa la lid que provocaban,
Por eso los peligros no miraban
Cuando al campo de gloria descendieron.

Era la senda obscura y escabrosa,
Funestos los escollos del camino,
Pero con firme paso y alto tino
Su misión realizaron portentosa.

Empero allá en su mente conmovidos
Vieron el porvenir sin alegría,
Porque á mares la sangre correría
De los hijos de Mayo más queridos.

Vieron el huracán de las pasiones
Sacudir medio mundo en su cimiento,
Y feroz la anarquía alzar al viento
Sus odiosos maléficos pendones.

Elevarse del cieno los señores
Por criminales pérfidos caminos,
Para regir del pueblo los destinos,
Trocándose después en opresores.

Opresores de toda su creencia
Era mostrar un sable bien tajante,
Y sus plantas hollaron palpitante
Del buen patriota la modesta ciencia.

Y en su mente con pena traslucieron
Que nuevos pueblos por demás valientes,
Al arrojar sus amos insolentes,
Amos también del mundo se creyeron.

Vieron brotar de América á millares
Insolentes y pérfidos tiranos,
Que encadenaron con sangrientas manos
La misma libertad de sus altares.

Que ellos también las víctimas serían,
Los hombres de ese Mayo conocieron,

Que allá en el porvenir eso leyeron,
Y mártires á ser se disponían...

Nada les arredró, Dios inflamaba
Sus varoniles pechos con su aliento;
Destello con su luz fué el pensamiento
Que esa generación plantificaba,

Porque vieron también allá en su mente
De América en las póstreras edades,
Tras de mil procelosas tempestades
La libertad lucir eternamente.

Nada les arredró, porque creyeron
Que la tierra tan solo disponían,
Que los frutos para ellos no serían,
Y solo las espinas recogieron.

La humanidad nos pide, se dijeron,
Terrible por demás el sacrificio;
La humanidad recoja el beneficio;
Y con fe en el camino se pusieron.

Grande fué la misión, patria querida,
Que confió el alto ser á tu cabeza;
Grande y hermosa fué la santa empresa
Que iba tu fuerte brazo á consumar.

Pero fuiste por esa la escogida
Para llenar de Dios el pensamiento,
Y él tu senda alumbró en el firmamento,
Cuando te vió impertérrita marchar.

¡Oh, quién fuera nacido en aquel día,
Para gozar del fuego de ese Mayo!
¡Quién hubiera podido un solo rayo
Del sol de nuestras glorias alcanzar!

¡Quién hubiera escuchado la armonía
De los himnos triunfales y guerreros,
Que al bélico estridor de los aceros
Cantaban los valientes al marchar!

Grande fué tu misión, patria adorada,
Y cuando más los años dan su giro,
Más árdua y más gigante yo la miro
Y el recuerdo me admira de tu ardor.

Noble generación por Dios creada
Para cumplir magnífico destino;
Los escollos quo el hombre te previno
Con más brío ensalzaron tu valor.

Así el mundo miró los mismos hombres,
Que tres siglos durmieron cual esclavos,
Alzarse en un instante como bravos
Al asomar la aurora de este sol.

Y por eso acató los altos nombres
De los nuevos tribunos y guerreros,
Que midieron sus fúlgidos aceros
Con el bravo del mundo: el español.

¡Mas, ay, patria mía!
¿Dó están los varones

Que tantos blasones
Te dieron un día?
¿Dó están esos hombres
Que excelsa te hicieron?
¿Qué prez obtuvieron,
Si es crimen sus nombres
Pronunciar ahora?
Y luce de Mayo
El fúlgido rayo,
Que vívido dora
Tu alta catedral:
Ya brilla en la cima
De ese monumento, (1)
Que tu juramento
Publica inmortal;
Allí tu escribías
En tiempos mejores
Cantos y loores;
Allí tu venías
Con palmas triunfales
Cantando: ¡Mortales
Mis ecos oid!
Y ahora, ¡qué mengua,
Sangrientos letreros
Ven los extrangeros
Y exclaman decid:

(1) En medio de la plaza Victoria en Buenos Aires, se eleva una modesta pirámide, levantada en recuerdo del inmortal día de Mayo. Sus cimientos se abrieron en la madrugada del 6 de Abril de 1811, y la obra quedó concluída para el 25 de Mayo de ese año.

¿Es esta la tierra
Feliz de Belgrano?
¿Es esta la patria
Del gran San Martín?
¿Dó está la bandera
Que con fuerte brazo
Flamearon gloriosa
En Maipo y Junín?»
Así los extraños
Dirán, patría mía,
Y tú en agonía
Triste callarás.
Si vuela en la cumbre
De tu alto baluarte
Rojizo estandarte,
¿Qué más les dirás?
¿Dirás que es un hombre
Obscuro y sin nombre,
Que mofa sangriento
El gran pensamiento
Que Mayo engendró?
¿Dirás, Buenos Aires,
Que ese hombre es tu hijo,
Que astuto y prolijo
Medita en el fuero
Que en Mayo cayó?
No: calla y espera
Los postreros días,
Qus tus agonías
Cual nube en la esfera

Se disiparán;
Y dí á los extraños,
Que miren del Plata
La opuesta ribera,
Y allí la bandera
De Mayo verán.

Tras ella te dejan ¡oh patria! tus hijos,
Con llanto en los ojos, mas ¡ay! llevan fijos
Intentos de honor:
En vano la nave con prisa se aleja;
Do van allí oyen la mísera queja
Que das de dolor.

Adiós, te dijeran, ¡oh mísero suelo!
Tus hijos te dejan; por extraño cielo,
Errantes se van:
Adiós: duerme ahora mortal ese sueño,
Que corre en tus venas letal un beleño
Que impíos te dan.

Te dejan y buscan propicia otra tierra,
Do nadie á los cantos de gloria se aterra,
Donde hay libertad;
Y es esa la tierra de Oriente famoso,
Que ha abierto de Mayo el templo glorioso
De gran majestad.

Y aquí no es delito cantar, patria mía,
Tus hechos hermosos, tu gran nombradía,
Tu ardor varonil;

Tus hijos proscriptos á Mayo aqui admiran,
Aqui le saludan; que libres respiran
De un déspota vil.

III

Empero los acentos de la fama
Que los hechos magníficos aclama
De la oriental nación,
Despiertan al malvado, y de su silla
Mira del Plata hacia la opuesta orilla
Patricio pabellón.

Y vió sobrecogido de temores
Mostrar Montevideo los colores,
Signos de libertad;
Y oyó elevar á Mayo mil cantares,
Y en su templo soberbio los altares
Alzar de la igualdad.

Y envidia tuvo cuando así miraba,
Que en la tierra de Oriente germinaba
La civilización;
Que en ella se acataban esos nombres
De los valientes inmortales hombres
De la revolución.

Que el dogma «Libertad» no era delito;
Que en su código hermoso estaba escrito:
Aquí impera la ley.
Y lo que más al bárbaro irritaba,
Era ver el contraste que saltaba
Entre Oriente y su grey.

Entre Oriente, que libre y venturoso
De alto progreso en el sendero hermoso
Hacia la cumbre va;
Y el despoblado triste cementerio
Sometido al capricho y al imperio
De un obscuro bajá.

Entre Oriente, que sigue su camino,
A llenar democrático destino
Y en pro de la igualdad,
Y el pueblo que domina ese tirano,
Que de gigante le tornara enano
En la virilidad.

Entre Oriente, que exclama: ¡Gloria á Mayo!
Cuando en el Plata reluciente rayo
Refleja su alma sol,
Y el pueblo que en cadenas su luz mira,
Pues bajo el yugo de un mandón respira
Más cruel que el español.

Por eso con zozobra el gaucho astuto
Vió su sistema bárbaro, absoluto,
En triste parangón,
Y meditó de entonces en su mente
Uncir al rayo la altanera frente
De la oriental nación.

Y era su intento atroz, más no encontrara
Quien sus miras sumiso ejecutara
En la empresa fatal;

Cuando á un hombre cual gracia la pedía,
Y conducir las huestes ofrecía,
¡Y ese hombre era oriental!....

Y he aquí que con cañones
Y ejército de sayones,
Altanero por demás,
Como torrente de un río
Que se desborda con brío
Penetró ese hombre procaz.

Y llegó; y clavó maldito
En la cima del Cerrito
Ese rojizo pendón;
Do se ven horribles lemas,
Y terribles anatemas
De muerte y desolación.

Y batiéndolo en la diestra
A su patria audaz le muestra
Ese apóstata oriental,
Diciendo: Montevideo,
Hoy vas á hacer el trofeo
De la hueste *federal.*

Dobla el cuello á la coyunda,
Si no quieres que te hunda
El peso de mi poder;
Que á esclavizarte he venido,
Y ejército he traído
Para tu orgullo vencer.

Pero la tierra de Oriente
Juró ser independiente,
Y vivir libre ó morir,
Y empuñando aguda lanza
A la terrible matanza
Se la ve altiva salir.

Dos Mayos la han alumbrado
En este afan denodado,
Pero siempre fiel está;
Y tanta sangre ha vertido,
Que bastara á haber teñido
La ondas del Plata ya.

Dos Mayos ha que ella escucha
De la mortífera lucha
El continuado rumor;
Y así es que vencer espera,
Y así ostenta la bandera
Purísimo su color.

Y al verla comprometida
En esta lucha temida
Por salvar la humanidad,
Ved cual bajan á la arena
Los hijos del Pó y del Sena,
A la voz de: *¡Libertad!*

Ved como, doquier que lleva
El viento la hermosa nueva
De un triunfo que ella alcanzó,

La bate palmas el mundo,
Y con respeto profundo
¡Inmortal! la saludó.

Y tú, Buenos Aires, mira
Si esta lucha ardor te inspira,
Que despierta tu altivez,
Y sacudes las cadenas
Que trozando van tus venas
Con su enorme pesantez.

Tú sabes que cuesta tanto
Sostener el dogma santo,
De la preciosa igualdad;
Tú lo sabes, pero ahora
Una atmósfera opresora
Te envuelve en obscuridad.

Siempre fueron los tiranos
Pigmeos, cobardes, vanos,
Cuando cerca se les vió;
¿Y cómo olvidar que España
Fué impotente con su saña
Cuando América se alzó....?

Alza, pueblo, llegó Mayo,
Mira su fúlgido rayo
En el Plata reflejar,
Alza, sacude ese sueño,
Duerme tranquilo tu dueño....
No le dejes despertar....

IV

Duerme, tirano, sí, mientras terrible,
Rebrama el huracán de la venganza,
Que con paso gigante ya se avanza,
Tu trono deleznable á sacudir:
Cierra, muelle, los ojos insencibles,
Del pueblo que esclavizas al quebranto;
Envuélvete en los pliegues de tu manto
Y no verás su cólera lucir.

Duerme, duerme tirano; no está lejos
La hora felice de tu eterno sueño;
Al menos dormirás, y siempre dueño
Del pueblo que esclavizas te creeras:
¿Vés de ese sol los fulgidos reflejos?
¿Vés en las ondas su divino rayo?
Es el astro magnílico de Mayo;
Y es el último acaso que verás.

Duerme; y olvida en tu falaz demencia
Cuál es el pueblo que tu planta oprime,
Que en silencio tres lustros há que gime
Arrastrando su cuello yugo vil:
El en la aurora está de la existencia,
Y fecunda es la fuente de su vida;
Tú pasarás, tirano; y él erguida
Levantará la frente varonil.

Pasaron ya los tiempos tenebrosos
En que la humanidad se trasmitía,
Y tú al bajar hasta la tumba fría
Su maldición tremenda llevarás;
Y serán esos días tempestuosos
Lo que en el aire vaporosa nube,
Que cuando el sol al horizonte sube
En gotas se disipa por jamás.

INDICE

ANTOLOGÍA

Esteban Echeverría:

ANTOLOGÍA

DE

POETAS ARGENTINOS

POR

JUAN DE LA C. PUIG.

«LA PATRIA ES UNA NUEVA MUSA QUE INFLUYE DIVINAMENTE.»

Fr. C. J. Rodriguez.

«NUESTROS POETAS HAN SIDO LOS SACERDOTES DE LA CREENCIA DE MAYO.»

J. M. Gutierrez.

Tomo V—LA SOCIEDAD DE MAYO

BUENOS AIRES
EDITORES: MARTIN BIEDMA É HIJO
BOLIVAR Nº 535
AÑO DEL CENTENARIO—1910